SERGIO HERNÁNDEZ

LA AÑORANZA



FINALISTA PREMIO PLANETA 2026

AE&I

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

PRIMERA PARTE. LA AÑORANZA

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

SEGUNDA PARTE. LOS CAMINANTES

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Agradecimientos

Créditos

La añoranza

Sergio Hernández

Finalista Premio Planeta
2026

Planeta

Para Antonio, que un día se fue y ya nunca volvió

«Añorar», del catalán *enyorar* (echar en falta, echar de menos); del latín *ignorāre* (no saber de, no tener noticias de algo o alguien, desconocer su paradero, implicando la tristeza o melancolía que conlleva su incertidumbre).

(...) también la verdad se inventa.

ANTONIO MACHADO

Después del amor, la tierra.
Después de la tierra, todo.

MIGUEL HERNÁNDEZ

PRIMERA PARTE

LA AÑORANZA

CAPÍTULO 1

La tarde en la que conocí a Bastian Ballard el cielo de Barcelona era de color rojo y, aunque acababa de llegar la primavera, no había flores volando de aquí para allá con el rumor del viento, sino cañonazos resonando entre la bruma.

Muchos años después sería incapaz de olvidar aquella carrera por el Gótico. La fatiga pesando contra mis piernas, desesperadas por escapar de los disparos que atravesaban la plaza de San Ivo y el Puente del Obispo; el rostro de Clara, con el miedo en los labios, alejándose desde el otro extremo de la calle, las pancartas destrozadas en el suelo, los gritos de los demás flotando en el aire, como un eco que se resistía a apagarse. Era mediados de abril de 1959 y ese mismo mes se cumplían veinte años del fin de una guerra que ninguno habíamos perdido ni ganado.

Esa era la razón por la que nos manifestábamos: creíamos que la vida se resumía en salir a la calle a decir la verdad; que quizá así bastaría para terminar con los años de represión; que un puñado de adolescentes podríamos recordarles al resto, a base de gritos, que el tiempo no había bastado para borrar la clase de heridas que deja el miedo.

La tía Elvira ya me lo había advertido: quería que me mantuviese al margen, pero como de costumbre no le había hecho caso. Fue al pasar junto a la catedral cuando me acordé de ella, abriéndome camino a empujones a través de chiquillas no mucho mayores de los diecisiete que tenía yo entonces. Recuerdo que trastabillé calle abajo

ante la mirada de los vecinos, espantados por los disparos que silenciaron los acordeones en la plaza.

Qué diría de haberme visto. Una cría como yo, educada por las monjas, huyendo de la Guardia Civil frente a los niños que me observaban desde la plaza. Valiente, sí, pero ilusa. Arrepentida —qué culpa— como el que sabe que se le acaban sus días sin haber amado todo cuanto tenía que amar.

Corrí hasta la calle de la Llibreteria entre la niebla gris que a esas horas de la tarde se había apoderado de cada esquina. Las campanadas de Santa Cruz y Santa Eulalia tronaban tras los gritos de los guardias. Dispararon tres veces —pam, pam... ¡pam!—. Por fortuna, los tres fueron contra el cielo, ninguno a matar. Solo así conseguí cruzar los portales de piedra que custodiaban las librerías del Gótico y alcanzar una de esas calles angostas que conducía a duras penas hasta Jaime I.

Respiré por unos segundos y antes de recobrar el aliento el estruendo de las botas volvió a resonar contra los adoquines, inmunes al frío. Y de nuevo los gritos y los chivatazos de los vecinos, afilados como un susurro, señalando hacia donde había ido, empeñados en que una cría no escapase de la policía, en que cumpliese con su castigo.

Fue entonces cuando lo conocí: una mano me arrastró al interior de una casa en penumbra por la que todavía se filtraba la luz apagada del cielo de Barcelona. Cerró la puerta al instante y me cubrió la boca con unos dedos diestros, suaves: el ruego de un silencio cómplice que me costó unos segundos entender. Fuera, la Guardia Civil ya había alcanzado la calle y miraba de un lado a otro en busca de esa estudiante que no se creía preparada para morir. Podía sentir la frustración a través de sus gritos, de sus pisadas. Me

tenían, claro que me tenían, pero por alguna razón que escapaba a su control, había desaparecido.

Debieron de pasar varios minutos hasta que aquellos dedos se desanudaron de mi boca. Eran las manos de un hombre cuya imagen ha mutado en mi memoria. A menudo lo recuerdo por sus ojos marrones, sin fondo, por su olor a tinta; por su figura espigada aguardando paciente contra mi espalda en aquel comedor en penumbra. Todo en él despertaba en mí, ya desde ese instante, una extraña mezcla de curiosidad y fascinación. No debía de ser mayor que esas monjas jóvenes del colegio que rozaban la treintena y cuyos rostros contrastaban tanto con las otras hermanas.

La planta baja conservaba esa belleza modesta de los bajos de la época, con grandes ventanas y techos mucho más altos que los de un piso. Las paredes, de un blanco roto que, seguramente, llevaba varios inviernos pidiendo una capa de pintura. Un papel de pared ocre, con dibujos de pequeñas flores que se extendían hasta la altura del pecho, cubría algunas estancias. Y varias lamparitas colgaban de aquí y allá, encendidas tenuemente como un susurro. Su olor me recordó al de los libros viejos, al café y a cómo huele la ropa mojada que se deja varias horas sin tender. Un gato de color naranja me observó desde una silla de mimbre en el comedor, junto a una cocina diminuta. Por curioso que parezca, sentí una complicidad extraña en su mirada, como si con sus ojos verbalizase que ambos estábamos allí por azar y que no debíamos hacer ruido si no queríamos ser vistos.

—Espera un poco —susurró él.

Afuera aún rugían los lamentos de los guardias, rondando junto a los portales y dando el grito de alarma.

Su voz queda dejaba entrever un acento francés, diferente de todo cuanto había oído antes. Cuando pude observarlo mejor, me di

cuenta de que era más alto que yo: debía alzar la vista si quería mirarlo a los ojos. Volver a ese instante significa volver a mi sudor helado por el viento, y a su mirada serena, como si el tiempo no se hubiese detenido para él o no le importase qué estaba haciendo, quién era o por qué me perseguía la policía cañón en mano. Quizá fue eso lo que me atrapó de él desde el principio: una generosidad impropia del mundo que hasta entonces conocía.

Todavía hoy me pregunto:

¿Fue el destino el que quiso que mis piernas se rindiesen en aquella calle?

¿La suerte? ¿El azar, tal vez?

¿O solo que la vida podía ser así de desdichada?

A punto de cumplir los dieciocho años era incapaz de entenderlo y supongo que tampoco ahora sé explicarlo o encontrar las palabras exactas. La única certeza que tengo es que mi vida, tal y como la conozco, comenzó en ese momento, cuando ambos nos observamos en silencio, oyendo el ir y venir de la Guardia Civil en la calle de la Llibreteria, tocando a los timbres y preguntando por aquella estudiante rubia con la bufanda al viento que se había pasado la tarde clamando por la libertad de un país roto, con gente rota —qué pena—, a la que esperaba salvar —qué tonta—.

Me dijo su nombre y después me oí decir el mío con una voz que sonaba mucho más adulta de como la recordaba:

—Julia Ferré.

—Se irán enseguida, siempre hacen lo mismo —había dicho—. Solo hay que esperar.

«¿Siempre?», pensé. ¿A cuántas personas había ayudado antes?

Y obedecí con la misma certeza que las palabras que salían de su boca. Aquella primavera todavía llevaba una barba de pocos días que le rodeaba los labios, pálidos por culpa del frío.

Sobre la mesa del comedor, imponente ante la ausencia de grandes muebles —tan solo un par de estanterías repletas de tomos de todo tipo—, había extendidos varios libros en francés, también algunas libretas con tapas de hule y folios de papel desgastado, casi transparente, con tachaduras y correcciones. Meses después, sobre esa misma mesa, lo vería celebrar, suspirar, maldecirse. Y, por supuesto, sentirse vencedor y también vencido. Para entonces ya me habría acostumbrado a la presencia de tantos libros, a ese olor reconfortante, casi hogareño, imposible de olvidar. Ahora, cuando entro en una biblioteca o una librería que huele igual, algo me golpea el estómago; algo que duele como un puñal y que me lleva sin preguntar a esos días en los que la poesía y el jazz bastaban para refugiarse del mundo en ruinas que había al otro lado de la puerta.

En ese momento, me causó una gran impresión que alguien pudiese acumular esa cantidad de libros en casa. En la mía apenas había un par de ediciones mal cosidas de la Biblia y las *Novelas ejemplares* de Cervantes, así como novelitas de folletín que leía a escondidas la tía Elvira porque la mayoría eran subidas de tono. Lo mismo sucedía en casa de Clara: tampoco su padre contaba con una extensa colección de libros. Sin embargo, el salón de Bastian parecía una pequeña biblioteca, incluyendo esa fina capa de polvo que se forma en los estantes más altos y a los que nadie suele acceder. Bastian, allí de pie, observándome con sus ojos inquietos de color café, formaba parte de ese instante inolvidable que se ha quedado a vivir conmigo. Y con él, aquella colección de libros, que como entendería más tarde, eran una parte inseparable de su identidad y también de su herida.

Junto a la mesa había una pizarra de pie con frases básicas en francés, nociones de sintaxis y algunas palabras que no alcanzaba a

entender, puede que por la letra o simplemente porque el francés del colegio distaba mucho de lo que era un idioma de verdad. Y junto a la pizarra, en un cuadro de cristal sin marco, algo descolorido, un recorte de periódico. Esa fue la primera vez que oí hablar de Antonio Machado. Su nombre lucía estampado en un titular de letras versalitas que pedía una colecta popular para pagarle al poeta una tumba digna en el cementerio de Colliure, Francia. En ese abril ya lejano, su existencia era para mí un enigma; su nombre, el de un fantasma. En el colegio estudiábamos a poetas falangistas y del Siglo de Oro, pero eran contadas las veces que las monjas mencionaban a autores republicanos. No es que no se citasen sus obras o no surgiese la oportunidad de verbalizar sus nombres, pero era evidente que preferían mirar hacia otro lado cuando alguien preguntaba por ellos o mencionaba que sus padres conservaban alguno de sus escritos entre los cajones de la ropa vieja.

—¿Lo has leído? A Machado, digo.

Debió de percatarse de mi fascinación porque las palabras salieron de su boca con cierto tono de sorpresa. Sentí el impulso de mentir y de pronto me imaginé inventando cualquier excusa para no parecer una ignorante.

—No.

—¿Y qué se supone que os enseñan en el colegio?

En su voz no había juicios ni malas formas. Creo que aquella pregunta destilaba una ternura piadosa que, al menos, me excusaba a mí, como si parte de aquel desconocimiento no radicase en mi voluntad o mi forma de ser, sino en los tiempos que corrían.

—Ridruejo, Foxá... Sánchez Mazas —le dije.

Bastian sonrió y nos quedamos en silencio hasta que los gritos de la policía dejaron de tronar afuera.

Aún recuerdo el camino de vuelta a casa: mi despedida austera, tímida, sin darle las gracias de la manera en que me hubiese gustado, la estela de luces que separaba el portal de Bastian Ballard de Portal del Ángel, donde vivía junto a mi tía Elvira y mi padre; la bruma plomiza envolviendo, incluso, los pocos tranvías que todavía quedaban en Barcelona, y la altura del cielo, tan alto de pronto que uno podía marearse si se quedaba demasiado tiempo observándolo. Caminé todo lo deprisa que pude y, a pesar de las ganas que tenía de llorar, no conseguí derramar una sola lágrima. No sabía si se trataba de miedo o euforia y sospecho que nunca llegaré a saberlo. Del mismo modo que nunca llegué a imaginar que aquel hombre que me salvó la vida —o, en el mejor de los casos, de unas cuantas noches en la Prisión de Mujeres, famosa por las que entraban y no salían nunca— estaba destinado a convertirse en mi gran herida; una herida imposible de cicatrizar.

Sobre todo porque iba a enamorarme perdidamente de él.

CAPÍTULO 2

Al llegar a casa, los ojos azules de la tía Elvira me lanzaron una de esas miradas que solo lanzan las que son madres sin haber dado a luz. Sabía que había pasado la tarde con Clara y los demás y que la noticia de las revueltas en el Gótico se había extendido por todo el barrio, que no acostumbraba a ver a adolescentes huyendo de los disparos de la policía. Insistió tanto en lo terrible que sería que papá se enterase, que afloró en mí un sentimiento de culpa absoluto, incómodo y hasta rabioso, que me recordó enseguida que en aquella casa vivíamos bajo la mirada invisible de mi padre y sus leyes no escritas.

La tía Elvira vivía con nosotros desde hacía más de quince años. Cuando mamá murió, mi padre le propuso venir a casa. Ambos habían experimentado la pérdida de una manera cruel, voraz, y ni siquiera tenían más familiares con los que compartirla. El marido de mi tía, que nunca llegó a ganarse la simpatía de papá por su popularidad en los bares del Barrio Chino, se fugó a Portugal al poco de terminar la guerra. Aunque muchos pensaban que tenía cuentas pendientes con el régimen, lo cierto es que se había marchado con otra mujer a quien jamás pusimos cara.

La vergüenza del abandono la acompañó durante años y la hirió en lo más hondo, pero no permitió que la definiera. No la hizo salir más tarde de la cama, ni perder los valores con los que la habían educado. Su fuerza no era escandalosa, ejemplar ni heroica; era cotidiana y digna. Y su sabiduría no provenía de los libros, sino de la

vida misma, de la rutina: de las coplas que escuchaba de manera compulsiva en la radio, de su obsesión por que los manteles estuviesen perfectamente planchados y de sus intentos desesperados por mantener unido aquel hogar, el único que le quedaba en el mundo. Se notaba —aunque esto lo he aprendido con el tiempo— que se esforzaba para que los demás la viésemos como mucho más que una mujer abandonada. Por supuesto, tenía sus manías y era inflexible en su juicio moral: si la tomaba con alguien o no le entraba por el ojo, era imposible hacerle cambiar de opinión; daba igual que yo tratase de convencerla con elogios bíblicos o argumentos impropios en alguien de mi edad.

La herida de mi padre, en cambio, lo había devastado. Si quedaba algún atisbo del hombre que un día fue, no tenía ninguna constancia. Ni siquiera había llegado a conocer esas virtudes que la tía Elvira señalaba de él con frecuencia, cuando pasábamos los domingos jugando al truc y le pedía que me contase batallitas de la guerra: cómo transformó el sufrimiento en dignidad, cómo amaba sin condiciones ni pedir nada a cambio, cómo encontró siempre la forma de escapar de la miseria aun cuando ambos se habían criado sin padres y estaban solos en el mundo; y muchas hazañas más que jamás estuve segura de que definiesen al hombre que yo conocía.

Papá perdió a mi madre antes de que yo pudiese formarme un recuerdo nítido de su rostro, de sus manos o de su mirada. Se la había llevado una enfermedad sin diagnosticar que le había devorado las tripas con ferocidad, sin apenas tiempo para despedidas. Su nombre era Celeste y si aún soy capaz de reconstruir su imagen, su sonrisa, es porque en la habitación de papá —en otro tiempo la de ambos— reinó durante décadas un retrato en blanco y negro. Según mi tía era algo impreciso, aunque muy acertado en el modo en que la luz resaltaba el brillo natural de su expresión, a

menudo triste. Más allá de eso, nunca he sabido demasiado de ella: ni quién era, ni cómo veía el mundo, ni si se sentía triste de verdad como en aquel retrato que papá idolatraba como una virgen, como un santuario, cuando se quedaba sin palabras o a mi tía se le acababan los consejos.

Además de un jersey gris de lana, lo único que había heredado de ella era su voz. No sus rasgos ni el color de sus ojos ni de su pelo —que me venían dados de papá—, sino su talento para la música. Su inteligencia para llegar a las notas más altas, para ser precisa como un piano recién afinado a la hora de transitar entre tonos y semitonos. Aunque si había una norma por encima de todo era que no se me permitía cantar en casa, porque eso afligía terriblemente a papá. Supongo que no soportaba que nada le recordase a ella, y mucho menos mi voz. La voz de su hija lanzándolo al abismo de los recuerdos rotos.

Era irremediable. Si me escuchaba cantar se descomponía y se lo llevaban los demonios. Toda esa dureza y rigidez que lo acompañaban siempre se desvanecían tan pronto como abría la boca y comenzaba a cantar, fuera cual fuese la canción. Ahora entiendo que la amaba con locura. Tanto que es posible que mi madre fuese la única persona a la que papá realmente quiso. O, al menos, a la que realmente se lo demostró.

Con todo, la muerte de mamá no ayudó en su carácter ni en su forma de entender los tiempos que nos había tocado vivir. Lejos de hacerlo una persona más humana, endureció su carácter, forjado a las malas —o así lo justificaba mi tía— durante la guerra. Papá era inspector de las Brigadas Sociales, lo que Clara y los demás habían definido una tarde de febrero como «la Gestapo de Franco». Quizá era esa máscara la que lo hacía verse como el único preparado para mantener intacto el orden en casa: no toleraba que lo cuestionasen

y confundía vulnerabilidad con debilidad. Así había sido desde que era una niña. Al primer indicio de que iba a romper a llorar, planeaba sobre mí un sentido del deber extraño, como si en el fondo supiese que podía ahorrarme esas lágrimas, como si supiese que podía estar por encima de mis emociones, fuesen estas más o menos oportunas o válidas, qué más daba. En ese sentido, papá se encontraba inmensamente lejos de mí. No solo por esa perfección que ni siquiera él podía alcanzar, como entendí mucho después, sino por la distancia que marcaba entre ambos. Aún lo recuerdo con su traje de algodón abierto y la camiseta interior sobre su pecho, sentado junto a la mesa del salón, pidiéndome más, exigiéndome más, convenciéndome sin verbalizarlo de que era especial y tenía que hacerle caso si quería convertirme en una mujer íntegra cuya existencia hiciese justicia a los sacrificios que había hecho para darnos esa vida a la tía Elvira y a mí. Una vida con la que muchos ni siquiera soñaban en 1959 y que solo gracias a su trabajo y a esos sacrificios que tanto se empeñaba en recordarnos a diario nos era posible.

Trabajar en las Brigadas Sociales no había ayudado a papá a forjar una fortuna desmedida; como inspector, con la responsabilidad y el poder que eso entrañaba, alcanzaba las treinta mil pesetas anuales. Sin embargo, le había otorgado algo mucho más importante: el miedo. Aunque ya hacía veinte años del fin de la guerra, el miedo seguía siendo esa moneda de valor incalculable con la que uno podía conseguir prácticamente cualquier cosa. El poder, la impunidad, las influencias lo habían ayudado desde que yo tenía uso de razón. No abusaba de ellas, es cierto, pero planeaban sobre él casi sin quererlo, como si fuesen partes de su ser o traspasasen la placa que siempre llevaba secretamente consigo. Fue así como logramos instalarnos en uno de los áticos recién construidos en

Portal del Ángel. Un edificio de nueve plantas que distaba mucho de las casas viejas del Gótico que se veían desde las ventanas del salón. La tía Elvira solía decir que antes vivíamos en una casa de campo mucho más humilde, en el Montseny, y que por eso debíamos dar las gracias a Dios, pues no éramos conscientes de lo afortunados que éramos o de lo difíciles que habían sido las cosas desde la guerra, cuando se cambiaba el tabaco por azúcar, que era lo único que tenían para llevarse a la boca.

Comencé a intuir el lugar que ocupábamos en el mundo cuanto más amiga me hacía de Clara Alemany. Ambas estudiábamos en un colegio de monjas cerca de Gracia. Habíamos crecido juntas y nada había logrado separarnos desde la primera infancia. La nuestra no era una amistad buscada ni forjada en torno a las aficiones compartidas, a nuestra condición social o a nuestras aspiraciones. Una monja había tenido a bien sentarnos una al lado de la otra con cinco años y ese sello, el de lo casual y espontáneo, nos había acompañado desde entonces sin que ninguna tuviese la mínima voluntad de romperlo. Supongo que es así como se forman las amistades cuando una es niña y no entiende de deseos ni egos ni patrias.

La casa de Clara, como las de buena parte de mis compañeras, distaba mucho de la finca en la que me había tocado vivir. No podía decirse que estuviese mal ni que se tratase de un lugar inhabitable, en absoluto, sino que respiraba esa modestia obrera que debería haber respirado también mi casa si mi vida hubiese sido en ese momento como la de la mayoría. A diferencia de lo que muchos pensaban, era yo la que tenía motivos para sentir envidia de Clara: su madre era tan generosa y servicial como mi tía y no le importaba que nos pasásemos horas encerradas en su casa, fingiendo estudiar mientras escuchábamos álbumes en el viejo tocadiscos que su

padre, que era visitador médico y nunca paraba por Barcelona, había comprado para la familia. Discos de Carlos Gardel con instrumentaciones terriblemente grabadas, *singles* de Juanita Reina y de Antonio Molina, en pequeños discos negros de vinilo, e incluso algún álbum en directo de Édith Piaf —los menos— grabado en la sala Olympia de París.

Ahora que lo pienso, creo que tal vez su madre esperaba que algo de aquel poder que emanaba papá, y que parecía trasladarse en ocasiones a mí, se le pegase también a Clara. O tal vez solo es que les gustaba sentirse más seguros, que los reconfortaba que alguien con un padre como el mío los mirase con buenos ojos. En cualquier caso, me acogieron como a una hija más. Si una tenía un problema o le costaba encontrar las palabras para sacar lo que llevaba dentro, la otra la escuchaba sin pararse a pensar si estaba bien o mal sentirse de esa forma. Si Clara detestaba las patatas duras y sin sal del comedor del colegio, yo le cambiaba mi plato por el suyo, aunque eso supusiese comer dos veces lo mismo.

A mis ojos, nada me separaba de Clara: estudiábamos la misma cantidad de horas, nos esforzábamos lo mismo, y no podía decirse que fuese más inteligente que ella. Sin embargo, las monjas solían mirarnos con diferentes ojos a la hora de poner las calificaciones —ella casi siempre suficientes, y yo sobresalientes no merecidos—. E igual sucedía con el resto de las compañeras de clase: Clara debía esforzarse para que las demás la viesen tal y como ella deseaba, como una chica decidida, trabajadora y al tiempo extravertida, mientras que en mi caso ese respeto natural, genuino, nacía de un lugar que ni siquiera yo entendía, pues no era la más alta, ni la más lista, ni la más guapa siquiera. ¿Sería por lo que sus padres decían en casa de papá, por contentarme, por contentarnos a todos? ¿O por el coro? Lo cierto es que jamás supe la respuesta ni tampoco de

dónde nacía esa admiración por la Julia de entonces, que nada tenía que ver con la mujer que observaba al mirarme en el espejo.

Por supuesto, parte de esa influencia se trasladó a Clara con el paso del tiempo —no de forma consciente, claro—, y dejaron de juzgarla, al menos en voz alta, a medida que íbamos creciendo. A veces me pregunto qué habrían dicho de ella si nos hubiesen visto correr delante de la policía a través de las calles del Barrio Gótico. Sin duda, algo muy distinto de lo que habrían dicho de mí.

Con todo, necesitaba a Clara mucho más de lo que ella me necesitaba a mí. A su lado me sentía libre de una manera en la que era impensable sentirme en mi propia casa, imitando a Antonio Molina y Estrellita Castro con un peine de hebras de metal como micrófono, pintándonos los labios con el regaliz del quiosco o imaginando las vidas posibles que llevarían las monjas cuando acababan las clases.

—¿Y si no van a ningún sitio y se quedan ahí paradas hasta el día siguiente? —había dicho una vez Clara—. Imagina a sor Juana después de la clase de Matemáticas, ahí de pie frente a la pizarra esperando a que llegue el lunes, con la tiza en una mano y la regla en la otra, alerta para arrearnos en los dedos. ¡Zas!

Ambas rompimos a reír hasta que sentimos que la tripa se nos iba a partir en dos. Así éramos dentro y fuera de clase: dos adolescentes —dos niñas— que se querían y cuya existencia mutua les daba cierto sentido y forma a aquellos años absurdos en los que el mundo había dejado de tenerlo. Y eso era bonito y especial. Conservábamos una parte de nuestra infancia intacta, y éramos lo bastante ilusas e inocentes para ignorar que la vida adulta podía golpear más fuerte. Empecé a sospecharlo cuando Clara conoció a Santiago Sallés, lo que terminaría por desatar la fatalidad, por mucho que ninguna de las dos lo supiésemos entonces.

Santiago era hijo de unos profesores sindicalistas desaparecidos en la posguerra. Vivía con su hermano mayor en una imprenta junto a Sant Antoni —jamás «San Antonio», como nos obligaba a decir papá—, más por caridad que por méritos, en la que trabajaba como aprendiz. Tenía un talento fascinante, heredado, para meterse en líos y ganarse el corazón de los que lo rodeaban al mismo tiempo. De él se decía que imprimía folletos comunistas al caer la noche, y que se pasaba las madrugadas en los locales clandestinos del Barrio Chino leyendo en voz alta los discursos de Bakunin y Gramsci. Por extraño que parezca, aquellos rumores, que terminaron siendo realidad, fascinaron a Clara desde el principio. A Clara —mi Clara—, que prefería no oír hablar de guerras ni heridas abiertas, que rehuía los conflictos y que elegía hablar en susurros antes que alzar la voz con tal de que el resto no reparase en su presencia. Fue Santiago quien organizó la manifestación en el Gótico, así que jamás habría conocido a Bastian Ballard de no ser porque Santiago y Clara comenzaron a salir durante aquel invierno, lo que nos llevó a pasar varios fines de semana flirteando con un pequeño grupo de chicos que se hacían llamar comunistas.

Para mí no había nada reseñable en ellos. Sus ideas no me llamaban demasiado la atención, y su carácter dócil, que lo inundaba todo como si llevasen la razón por bandera, me resultaba, de hecho, algo superficial, pero entonces ni siquiera estaba segura de querer reconocerlo. Supongo que veía lo que quería ver, y que el sentimiento de rebeldía que emanaba de aquellas horas juntos era más fuerte que mi instinto. Aunque si me detengo a pensarlo con calma, me doy cuenta de que en ellos no solo veía un modo de luchar contra las injusticias de la dictadura —lo que en aquella primavera de 1959 estaba lejos de ser una obsesión—, sino de ir en contra de las ideas y los principios de mi padre, de la mujer en la

que él esperaba que me convirtiese y de esa mirada invisible que me perseguía con reprobación. Bien mirado, ¿no eran acaso la misma lucha? La batalla contra el régimen y la guerra por la autoridad en la casa de los Ferré, unidas a fuego ya desde entonces.

Pensé mucho en eso durante los días siguientes a la manifestación. No de la manera o con la madurez con las que soy capaz de recordarlo ahora. Quizá porque es una parte necesaria para reconstruir lo que sucedió aquel año junto a Bastian Ballard. O tal vez porque para dar forma al pasado necesitamos justificar nuestras decisiones, encontrarles un sentido. Yo, tan tonta, no entendía de razones de vivir, de coherencias, y aún menos comprendía lo que significaba que la vida tuviese un propósito. Pero durante esos meses de primavera la infancia se marchó sin despedidas.

Fue así como empezó todo.

CAPÍTULO 3

El mismo día que cumplí dieciocho años me reencontré con Bastian Ballard, aunque, bien pensado, fue él quien me encontró a mí.

Fue por culpa del concierto que el coro del colegio organizó junto a la plaza de San Ivo durante el primer domingo de mayo. Recuerdo que en aquellos años cantamos en muchos lugares de Barcelona, aunque ninguna actuación dejó en mí una huella comparable a la de aquel día. Cantar en el coro me hacía sentir especial de una forma que rara vez se ha vuelto a repetir en mi vida. Adoraba ir a la iglesia del colegio los martes y jueves por la tarde, con el viento fresco del verano cuando llegaba junio, y también con esa bruma azulada que envolvía las altísimas farolas de Gracia al caer el invierno. No importaba que la lluvia devorase la ciudad o que incluso tuviese unas décimas de fiebre. La sensación de cantar delante de la gente, sus elogios, sus miradas mudas —que ya entonces podía descifrar sin esfuerzo— resultaban muy gratificantes. Sobre todo porque no era algo buscado. Sencillamente había llegado hasta mí a través de mamá. Su legado no consistía en grandes fortunas ni en secretos de familia que arrastraría durante generaciones, como años más tarde descubrí que acostumbraba a heredar gran parte de la gente, sino en ese talento innato que tenía para cantar. A duras penas llegaba a las notas más bajas, y mucho menos tenía un rango vocal que se pudiese calificar como prodigioso, pero, como las monjas habían definido una vez, Dios me había concebido con esa voz de los que

son capaces de convertir un verso en música, de los que pueden y desean conmover.

—Tienes un ángel dentro, hija. Y eso el mundo tiene que saberlo.

Y yo me lo creí porque, aunque ignoraba el nombre que recibía aquel talento, nada me hacía más feliz que recibir los aplausos después de cada concierto.

Bien pensado, no cantaba para ellos. Y tampoco podía decirse que cantase para honrar a mi madre, o como acto de rebeldía contra mi padre y su tajante prohibición de cantar en casa —bastantes luchas había emprendido ya—. Podría decirse que cuando abría la boca e interpretaba una partitura, una certeza se apoderaba de mí y, sin saber el cómo ni el porqué, hacía que la cadencia entre las notas y los silencios se transformase en algo más, que cobrase matices que no estaban ahí antes. Podría llamarse de muchas maneras, aunque lo cierto es que cualquiera lo habría entendido con tan solo escuchar unos segundos de aquellas canciones entusiastas de misa.

La profesora del coro, sor Ángeles —o Angelita a ojos de las otras hermanas—, me dijo una vez que era una soprano lírica. Se trataba de la maestra más joven del colegio y había sentido una fascinación tan temprana por mí que, a los pocos meses de mi entrada en el coro, con ocho años, adaptó parte de las partituras que interpretábamos para incluir un solo y algunas armonías que de otra manera habrían sido imposibles de interpretar para un coro escolar. Desde entonces, su filosofía en los conciertos había sido la misma: las mezzosopranos —la gran mayoría— seguían la partitura con mayor o menor acierto, aunque siempre con solvencia, y las sopranos —un par de chicas de Bachillerato elemental y yo— soportábamos la melodía principal. Cuando los nervios traicionaban a las niñas de primaria o alguna no alcanzaba las notas más altas, se limitaba a abrir la boca en tono solemne y a fingir que cantaba hasta

la llegada del siguiente compás, como tantas veces le había sucedido a Clara, a quien a menudo se le escapaba una inconfundible sonrisa de atrevimiento.

Los conciertos por Barcelona acostumbraban a ser al aire libre, en fin de semana, a diferencia de las homilías de Navidad, cuando los curas bajaban de Montserrat y aprovechaban para confesarnos a todas bajo el juicio piadoso de ese Dios ávido de perdones y misericordias al que nunca llegamos a conocer. La elección de la plaza de San Ivo tampoco era casual, ya que existía la creencia entre las monjas de que cuanto más cerca cantásemos de la catedral, más cerca estaríamos de recibir una oferta de los canónigos de Santa Cruz y Santa Eulalia para actuar allí dentro, lo que habría sido noticia en el colegio durante décadas.

Las canciones que interpretábamos —en su mayoría cantos gregorianos o música de liturgia— podían resultar olvidables para muchos, pero a mí siempre me pareció que poseían una fuerza llamativa y especial si se les prestaba la suficiente atención y uno no se dejaba llevar por los prejuicios religiosos. No es que sintiese una conexión espiritual al cantarlas, ni siquiera ahora estoy segura de haber sentido algo así jamás, pero si uno conseguía olvidar todo lo que las envolvía y se dejaba abrazar por la música, la melodía podía arrastrarlo consigo hasta lugares a los que sería imposible llegar de otra forma. Esa tarde interpretamos una versión del *Regina Caeli*: una revisión de una partitura breve de Mozart que sor Ángeles había preparado a conciencia para el coro, duplicando la estrofa y culminando el estribillo final con un solo que estuve todo marzo ensayando. No era la primera vez que la cantábamos, aunque no por ello habían desaparecido los nervios en los rostros de las niñas, ese sutil gesto de desesperación que afloraba en sus labios apretados, en las manos sudorosas contra las faldas de sarga y que planeaba

como una sombra antes de cada actuación. Pero tan pronto como arrancó la melodía, los miedos se transformaron en un eco vibrante que salió de sus gargantas para salpicar el cielo de Barcelona.

Frente a nosotras, de pie, padres, abuelos, vecinos, profesoras, todos aguardando la resolución de la siguiente nota con cara de entusiasmo, de compromiso unas veces y de orgullo otras. Los padres de Clara, en primera fila, su hermano mayor, Mario. Los abuelos de las niñas de tercero de primaria, sonriendo en su primer concierto. La mirada de sor Juana —igual de condescendiente que cuando explicaba una ecuación imposible— y los gestos entregados de sor Ángeles —qué habrá sido de Angelita— antes del estribillo, haciendo hincapié en la lírica de la melodía. Pero no papá, claro, que no venía nunca, ni siquiera si el concierto coincidía con el día de mi dieciocho cumpleaños. Ni la tía Elvira, que no solía fallar, aunque esa tarde se había quedado cuidando de los vecinos, ya mayores y con demencia, a cambio de mil perdones de su sobrina y bajo la promesa de preparar la comida más especial del año. Ahora creo que de haber ido, quizá las cosas habrían sucedido de otra manera. Y que todo, como suele decirse, sucede por algo.

Con las últimas notas de la canción, después de un solo que me estremeció el pecho y resonó por los adoquines hasta llegar a la catedral, vinieron los aplausos. Y con ellos, la euforia de las miradas que nos regalábamos todas tras cada actuación. Hasta que lo vi en la última fila. Bastian Ballard, observándome fascinado, incapaz de aplaudir. Cuando sus ojos, tristes de pronto —nostálgicos, llenos de admiración, ahora lo sé—, se toparon con los míos, me di cuenta de que no se limitaba a mirar a la adolescente que tenía delante, sino a quienquiera que se encontrase tras ella, como si sus pupilas, oscuras, impenetrables, tratasen de escudriñar a través de las mías lo que quiera que hubiese en mi interior. Puede que viese entonces a

la persona en la que iba a convertirme, los miedos que ocultaba tras aquella máscara del canto, o el orgullo herido, silencioso, de quien canta para una familia ausente. Fuera lo que fuese, lo había encontrado porque, al verlo, no pude pensar en nada más.

A los aplausos les sucedieron las celebraciones. Las niñas que se abrazaban cuando regresaba la calma, unas palabras fugaces de sor Ángeles, Clara buscándome con la mirada para ser la primera en felicitarme... Qué más daba si Bastian estaba allí. Aunque, realmente, ¿por qué no iba a estar? Vivía a un par de calles de la plaza de San Ivo y siendo domingo a mediodía lo más probable es que hubiese salido a dar una vuelta, a comprar el periódico, lo que fuera.

Tras marcharme de su casa pensé que jamás volvería a verlo. Quizá por eso me maldije al tropezar con su mirada y sentí alivio al mismo tiempo; me maldije por las cosas que él podía ver al mirarme a los ojos y me sentí aliviada porque al fin tenía una excusa para hablarle de nuevo y deshacerme del sabor amargo que me había dejado nuestra despedida.

¿Quién era en realidad el hombre que me había salvado? ¿Qué hacían todos esos libros sobre su mesa (tantos a mis ojos, todos los del mundo)? ¿Adónde iba los domingos de Pascua, además de vagar por el Gótico y golpearme con su mirada? Una mirada bañada de aflicción, de un dolor que parecía más real que los dolores de la gente cuando solía escuchar una canción del coro y corría luego a tendernos la mano y a explicar que la melodía la había conmovido, incluso emocionado.

—El solo ha sido increíble, Julia. Felicidades.

Era sor Ángeles.

Le respondí con la mejor sonrisa que pude. Clara y las demás no tardaron en sumarse a las felicitaciones y enseguida se formó un

corro donde los comentarios se solapaban los unos sobre los otros. Un ruido horrible que hizo que el corazón, en cuanto perdí de vista a Bastian, comenzase a retumbarme en las sienes.

«¡Pues esperad a ver el festival de fin de curso!».

«Sí, he visto que te quedabas callada en el estribillo. Qué pilla».

«Normal que los haya emocionado. Es una canción muy bonita».

Cuando quise darme cuenta, Bastian ya se había marchado. Intenté llegar hasta Clara para decirle que tenía que irme, pero los padres subieron a la tarima por petición de sor Ángeles y, antes siquiera de poder despedirme, una decena de familiares se interpuso entre ambas como salidos de una procesión. Por supuesto, no faltaron los abuelos —quizá los menos avergonzados— con sus nietas tratando de felicitarme, insistiendo con vehemencia que tenía que hacer algo con mi voz, que no podía quedarse encerrada entre aquellas calles rodeadas de iglesias. Después de atenderlos con toda la educación que me fue posible, busqué a Bastian con la mirada. Primero hacia un lado, por donde se filtraba la luz seca de la primavera a través de la calle de la Freneria. Luego hacia el otro, en la plaza de la catedral, pero él ya no estaba allí. Me había visto cantar y me había mirado muy adentro, tras los ojos, dentro de mi pecho, solo para desaparecer al instante, como un fantasma. ¿Acaso no quería molestar? ¿Había sido él más considerado de lo que fui yo al refugiarme en su casa?

Segundos más tarde me descubrí buscándolo en el Gótico, corriendo hacia su calle sin entender qué nombre recibía aquel impulso irracional de volver a verlo, o cuál era esa fuerza que me arrastraba de nuevo hasta aquella planta baja. Esta vez elegida a conciencia, sin necesidad de gritos ni disparos al aire. Y, por supuesto, sin importar que el uniforme de sarga del colegio —impuesto incluso en fin de semana— no me favoreciese en absoluto:

una falda gris marengo, dura y larguísima, y un suéter rojo de lana fina que a esa hora ya había salpicado de sudor. Tampoco me favorecían los tobillos esos calcetines de algodón, altos y a juego con el suéter, ni mucho menos los zapatos de señorita que resonaban calle abajo como en un ensayo de claqué.

Con el tiempo he entendido que fue la posibilidad, tal vez remota, de reencontrarme con la persona que Bastian había visto sobre el escenario, que era —lo sabía— mucho más perfecta, apasionante y merecedora de esa clase de miradas que quien era en realidad. Jamás he vuelto a sentir ese impulso por buscar a alguien. Ni siquiera esa convicción culposa, con los dieciocho recién cumplidos, de que esa clase de pensamientos es una parte esencial de hacerse adulta.

No. Yo no era tan valiente ni estaba tan segura de que Bastian quisiese volver a verme, pero había algo que me empujaba hacia la clandestinidad de aquel hogar, igual que me arrastraba a pasar más tiempo con Clara y Santiago, como si así estuviese castigando secretamente a papá o descubriendo un mundo mucho más fascinante que ese en el que me había tocado vivir, donde no existía Antonio Machado ni los hombres podían ver lo que las mujeres ocultaban tan adentro.

Lo sorprendí poniendo la mesa y sirviéndose una copa de vino.

—Julia. —Sí, recordaba mi nombre.

De fondo, el susurro de la música, que me pareció de pronto lo más triste que había escuchado en la vida. Era jazz, pese a que entonces no supiese qué nombre tenía ni la nostalgia que me haría sentir.

—No quiero molestar.

—No molestas, pasa. Te he visto antes, en la plaza —dijo—. Felicidades.

¿De verdad no molestaba? ¿O lo decía por decir?

Deseé preguntarle más que responder, pero no dije nada. Toda esa convicción que me apremiaba mientras corría hacia allí se había desparramado por el salón, junto a la luz que entraba por el ventanal de una cocina diminuta, mucho más antigua que la que teníamos nosotros.

Bastian apartó aquel gato naranja, sentado en una de las sillas del salón, y me ofreció asiento.

Luego me preguntó por qué lo había seguido hasta su casa. Me quedé en blanco. No porque no conociese la respuesta —de la que tampoco estaba muy segura— sino porque no me atrevía a buscar las palabras exactas delante de él y a fracasar en el intento. Por suerte, fue Bastian quien retomó la conversación.

—Tienes una voz difícil de olvidar.

«Difícil de olvidar», había dicho. No bonita, ni especial, como decía el resto, sino inolvidable.

—¿Sabes? Cuando yo era un niño también cantaba en un coro. ¿Hace mucho que cantas?

—Más o menos. Desde los ocho años.

—¿Y cuántos tienes ahora?

Pensé en decirle que era mi cumpleaños, incluso en mentirle y fingirme más mayor, pero al final le dije la verdad:

—Dieciocho.

Bastian asintió y dio un trago a su copa.

—¿Y te gusta la música?

—En realidad, lo que me gusta es cantar.

Las palabras salieron de mis labios como por accidente, lo que debió de hacerle gracia porque los carrillos se le llenaron de aire y sonrió. Era cierto: el amor por la música llegó mucho después. También de eso tuvo la culpa.

—El otro día te quedaste mirando los libros de la estantería. ¿Te gusta la poesía? Quiero decir, si lees más allá de los autores del colegio que mencionaste.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué?

Bastian sonrió y dio otro trago. El vino danzando en su jaula de cristal, sus manos ceñidas a la copa, en una caricia.

—Si te gusta la música, te gustará la poesía. Dicen que es la única literatura de verdad.

Los dos guardamos silencio después de eso. Una trompeta resonaba en el comedor a través de una melodía pausada, tenue, que ennoblecía las paredes por pintar.

—Si no vas a responder a ninguna de las preguntas, por lo menos cántame una canción.

La propuesta me desarmó. Era lo último que esperaba que me pidiese.

—Si quieres, claro. ¿Algo de jazz?

Negué enseguida con la cabeza.

—Solo sé canciones de misa, coplas, algún villancico...

—Lo que prefieras, Julia. Cualquier cosa está bien.

Esa fue la segunda vez que me llamó por mi nombre. Oído de sus labios, y con aquel acento francés casi imperceptible, amoldado a Barcelona, me pareció de pronto el nombre más bonito del mundo.

En otra situación habría hecho un repaso rápido de las canciones con las que podía lucirme más o en las que los agudos explotaban con más fuerza al llegar al estribillo, pero sabía perfectamente qué debía cantar. Era el *Ave María* de Schubert. Llevábamos casi diez años repitiéndolo una vez tras otra cuando llegaba la Navidad. Sor Ángeles no se cansaba de incluirlo en el repertorio y nadie podía culparla porque la versión a la que habíamos dado forma entre todas

era, con mucho, la mejor que había escuchado aquella iglesia en sus más de trescientos años de vida.

Canté a capela siguiendo la partitura que tantas veces había leído. Al principio algo nerviosa, titubeante. Después, firme y dándole a cada verso esos matices que conocía de memoria, contrayendo la garganta y el diafragma al final de cada estrofa y apretando los ojos al llegar el estribillo para tratar de llegar a la nota que tenía en mente, que se dibujaba en mi cabeza como si fuese una escalera infinita de distintas alturas por la que tenía que ir transitando en un largo viaje.

Cuando la última nota tocó a su fin y abrí los ojos, descubrí que Bastian tenía el rostro cubierto de lágrimas. Nunca antes había visto a un hombre llorar. Entonces no lo sabía, pero no era algo que fuese a repetirse demasiado a lo largo de mi vida. Esa vulnerabilidad, extraña, difícil de mostrar, me causó mayor conmoción que su mirada. Jamás había provocado una reacción así en nadie.

Bastian no se enjugó las lágrimas, ni siquiera cortó el trayecto de las que le surcaban las mejillas. Se limitó a observarme una vez más. Allí, sentado apenas a un par de metros de donde me encontraba, con la mesa a medio poner mientras el gato se deslizaba entre las sillas, frotándose el cuello y la espalda.

Le cogí las manos sin detenerme a pensarlo. Tal vez creí que así podría contener esa emoción desmedida. O tal vez solo era una forma desesperada de salvarlo de las heridas que había reabierto sin darme cuenta, igual que él me había salvado días atrás. Y cuando quise advertirlo, ya estaba atrapada: atrapada bajo el tacto de sus dedos, suaves y al mismo tiempo curtidos, inmóviles; atrapada por la idea de que era yo, solo yo, quien lo había conmovido, quien había despertado en aquel hombre —quizá el más vulnerable que conocía— emociones que no creía que existieran. Fue así como

descubrí que quería más, que lo deseaba. O ese fue el modo que tuvo el cuerpo de interpretar mi voluntad de salvarlo.

Y por un instante deseé que él me desease a mí de la misma manera, aunque fuese solo por un momento. ¿Por eso había abandonado a su suerte a Clara, a sor Ángeles, a las niñas de primaria y los halagos de sus abuelos? ¿Era esa la razón por la que había corrido hasta allí esa mañana, porque el cuerpo ya intuía las curiosidades que iban más allá del vientre y las entrañas?

En cuanto las lágrimas desaparecieron de sus mejillas me miró los labios, como si intuyese en lo que estaba pensando. No sabía si me correspondería, si el deseo, en esos términos genuinos en los que te golpea en la adolescencia, era mutuo, pero aun así me incliné para besarlo —despacio, como en las películas—. Bastian tardó unos segundos en reaccionar, en los que se dejó besar por mis labios torpes, inexpertos, en un beso que se transformó en un placer profundo e intenso. Esa era yo, por difícil que resultase de creer: la Julia que las niñas del coro creían especial pese a no serlo en absoluto, la que con dieciocho años recién cumplidos descubrió el sabor a vino de la boca de un hombre, la Julia —qué suerte haber sido así alguna vez— que había sido valiente, y que también estaba a punto de perder.

Bastian separó sus labios de los míos enseguida, como si tratase de entender lo que había pasado.

¿Era confusión, culpa? ¿Arrepentimiento?

Le dije que lo sentía, que no debería haberlo hecho, y él me tomó de las manos con la misma naturalidad con la que yo había tomado las suyas.

—Puedes volver a cantar cuando quieras, pero no vuelvas a hacer eso.

Pensé en preguntarle por qué: ¿Porque no debía o porque no quería?

Me pasé el camino de vuelta sonriendo como una cría, con una sensación de euforia en el cuerpo que estaba lejos de lo que sentía tras el final de un concierto, cuando estallaban los aplausos. Sí, aquello era distinto: había sido valiente y había perdido. Y aun así nada de cuanto había vivido antes se podía comparar con el sentimiento de haber besado a Bastian. O, mejor dicho, de que Bastian me hubiese devuelto aquel beso, aunque solo fuese por unos instantes.

CAPÍTULO 4

Cuando llegué a casa, aún podía sentir el tacto de sus labios sobre los míos, esa confusión que azota el cuerpo después de un accidente sin remedio. Desde el rellano ya se olía un aroma delicioso, propio de los guisos prometidos por la tía Elvira. Un hambre voraz me removió las tripas. En esa época no solía desayunar, por lo que llevaba más horas de la cuenta sin probar bocado. Bastó que abriese la puerta para oír uno de esos gritos indecentes que papá solía pegar cuando llegaba a casa cerca de la cena o la comida. Si por él hubiese sido, jamás habría pisado la calle. No importaba que hubiese acudido a conciertos, a casa de Clara o a estudiar a la Biblioteca Popular de la Mujer, abierta entonces solo para niños y mujeres, la mayoría estudiantes de Bachillerato.

No le respondí. Acudí directa a la cocina, donde descubrí que la tía Elvira había preparado mi plato favorito: *escudella*, un sabroso caldo de carne y *galets* que solo cocinaba el día de Navidad y el de mi cumpleaños. Como solía suceder los domingos, se despertaba con los gallos para dejar todo listo desde primera hora. No era de extrañar que para entonces el caldo ya hirviese a borbotones que explotaban en la olla, llenando la cocina de un inconfundible olor a guiso. Cuando asomé la cabeza, vi que los *galets* estaban casi a punto.

La tía Elvira me estrujó entre sus brazos y tras muchos besos repitió las mismas felicitaciones que me había regalado esa misma mañana.

—¿Bien, el concierto?

—Bien, sí. Siempre va bien. Ya lo sabes —respondí tras devolverle un beso en las mejillas.

Después se disculpó por no haber ido y me acalló con gestos torpes cuando le dije que era mejor cuidar a los vecinos que haberse quedado en casa viendo las horas pasar, como había hecho papá.

Mi padre, Rafael Ferré, aguardaba en el comedor, escuchando la radio mientras mataba el tiempo redactando uno de sus informes infinitos. En esos años no hacía otra cosa cuando se quedaba en casa: sintonizaba alguna emisora donde repitiesen las noticias, como si el dial estuviese roto y no fuese capaz de captar otra frecuencia, y redactaba informes, los leía, corregía, y volvía a redactarlos hasta la saciedad. Como inspector de las Brigadas Sociales, no siempre tenía la necesidad de estar patrullando o en el cuartel. Su trabajo era más silencioso. Supongo que eso se traducía en que mi padre no tenía que hacer el trabajo sucio que hacían otros, aunque para mí todos los cargos de la policía estaban definidos bajo el mismo sello.

Para él, los besos y los abrazos quedaban reservados para los momentos especiales. Quizá por eso, y por primera vez desde hacía semanas, me estampó en las mejillas todos los besos que se había guardado, en los que asomaba el padre que solo se permitía ser de vez en cuando. Es difícil recordar de su parte señales claras de amor desde la niñez hasta la adolescencia. Los padres de hoy en día besan más a sus hijas, las abrazan más y les dicen más a menudo que las quieren. Ahora sé que tras aquella máscara que llevaba papá, y como la de muchos hombres en los cincuenta, se ocultaba una persona muy distinta de la que era en realidad, aunque para una cría que acostumbraba a ver el mundo en blanco y negro, eso era algo difícil de explicar por aquel entonces.

—¿Te han felicitado mucho? —preguntó papá después de los besos, cuando nos sentamos a comer.

En la radio, las noticias, como siempre. Debía de haber empezado la temporada de carreras de bicis porque estaban pasando el parte en pleno directo. Antonio Suárez iba en cabeza y lo seguía Rik Van Looy. Recuerdo su nombre porque me resultaba entrañable cómo lo pronunciaban los locutores.

—La verdad es que sí.

—¿Y no estás contenta?

—Mucho.

Papá regresó a su plato y luego le lanzó una mirada de curiosidad a la tía Elvira, como si no se hubiese quedado tranquilo con mi respuesta o esperase que esta interviniera para que pudiese explicarme mejor. Acto seguido echó mano al traje chaqueta y sacó una pretenciosa cajita de cartón forrado, no más grande que la palma de mi mano, que puso sobre la mesa con la misma naturalidad con la que nos habría acercado la sal o los cubiertos.

—Ábrela.

Miré a mi padre y luego a la tía Elvira, en cuya mirada planeaba la sombra del orgullo, solo para descubrir instantes después una diminuta cadena de oro, culminada por una placa con nuestro apellido —el suyo en realidad—: Ferré.

—¿Te gusta?

—Es bonita —respondí por instinto, alzándola con los mismos dedos con los que había tomado las manos de Bastian horas antes.

Papá acostumbraba a gastar el dinero en las cosas que le hacía ilusión que los demás llevásemos, pero jamás se paraba a pensar en lo que verdaderamente nos hacía felices al resto. Lo mismo sucedía en Navidad o para el cumpleaños de mi tía, quien a lo largo de los años había incorporado a su armario bufandas y pañuelos de todos

los colores, lo que, a ojos de mi padre, la hacía parecer mucho más sofisticada de lo que en realidad era.

—¿Te hace ilusión? —Siempre insaciable, no paraba hasta asegurarse de que dábamos la respuesta correcta.

—¿No ves cómo le brillan los ojos a la niña? —le replicó mi tía—. Claro que le gusta.

Papá asintió sin despegar la vista del plato y después dijo que se alegraba de que hubiese encontrado mi lugar en el coro, que eso era importante, pertenecer a un lugar. Sobre todo en alguien de mi edad, que cantar en el coro era mucho mejor que andar de aquí para allá haciendo raterías o buscándose problemas con la policía.

—Es de ser inconscientes, estando las cosas como están —sentenció.

¿Por qué decía eso papá? ¿Acaso se había enterado de que éramos nosotros los responsables del incidente en el Gótico? ¿Se lo habría contado mi tía Elvira o algún guardia civil tratando de hacer méritos?

—Julia no es así.

Mi tía me observó con sus grandes ojos, azules, del mismo color que los de papá y los míos. Como en los festivos, se había soltado los rulos del pelo y su cabello castaño claro caía ondulado y pomposo sobre sus hombros, igual que esa ama de casa inofensiva que a veces se empeñaba en ser.

—Quizá la gente no se busca problemas con la policía. Quizá es que les disparan y no les queda más remedio que salir corriendo.

La carne estaba deliciosa y los *galets*, que habían absorbido todo el sabor del caldo, se deshacían en la boca, pero a partir de ese momento ninguno volvió a reparar en su sabor.

Un pequeño silencio. La carrera de fondo. Suárez en cabeza, al frente del pelotón. Y la regañina de una madre:

—Come, hija, anda.

Me resulta imposible recordar todas las discusiones que tuvimos en esos años papá y yo. Cualquier excusa era buena para enzarzarnos en una pelea y terminar sin comer, o cenar, o lo que quiera que estuviésemos haciendo. En ese sentido, éramos iguales, del mismo modo que lo éramos físicamente. Casi un calco el uno del otro: la misma frente amplia, cubierta por un flequillo lacio, los mismos ojos, las mismas ojeras, ya presentes desde la adolescencia, tímidas pero visibles. Puede que por eso lo odiase más todavía: porque al mirarlo me veía a mí misma en sus carnes, defendiendo una causa absurda y con la que era imposible comulgar. Y nada me causaba más pavor que la posibilidad de convertirme algún día en alguien como él, que anteponía su comodidad a sus principios, que miraba siempre hacia otro lado.

—Es que piensas que la gente lo hace porque le da la gana, pero no son malas personas. Solo intentan hacer lo correcto.

—Julia —insistió mi tía.

—No, deja a la niña que diga lo que piensa. Mejor que lo diga en esta mesa a que haga el ridículo en el colegio y nos pongan la cara colorada.

Un rubor en el pecho, un fuego dentro. Siempre la misma sensación. Siempre esa mirada retadora de papá, y yo siempre cayendo en ella. Por supuesto, me entraron unas ganas terribles de hablarle de Santiago, de Clara y de los demás, de gritar que ellos —nosotros— teníamos una motivación más grande, más noble, que la de él —o ellos— ahí afuera, y que jamás podría compararlas. Mientras unos luchaban por la libertad y eran perseguidos a tiros, otros accionaban el gatillo.

—No es hacer el ridículo, es decir la verdad.

De pronto, oída aquella frase en mis labios, como si fuese una voz ajena, me pareció estéril y falta de determinación. ¿Dónde había quedado esa euforia con la que había salido de casa de Bastian? ¿Acaso papá me podía quitar también ese sentimiento?

—Tengamos la fiesta en paz —trató de mediar mi tía.

—Da igual, Elvira. No tiene sentido mantener esta conversación con la niña. Es desagradecida hasta para eso.

«La niña».

Ese recordatorio constante de que todavía no era una mujer. Cómo odiaba que me llamase así cada vez que discutíamos.

—¿Por qué?

—Porque te crees que lo sabes todo, hija.

Y exploté, claro. Le dije que solo por haber sobrevivido a la guerra no debería ir dando lecciones de moralidad a los demás, que eso no le daba derecho a decirnos cómo vivir o por qué luchar. Era la primera vez que lo expresaba de aquella forma, que las palabras salían de mi boca cegadas de tanta ira. Pero antes de terminar la frase, un golpe seco silenció la radio y también la conversación, haciendo que incluso la caja con la gargantilla de oro se pusiese a temblar. El puño de papá cayó sobre la mesa mientras los platos y la olla se estremecían dando vueltas sobre sí mismos con rudeza. No dijo una sola palabra. Con aquello fue suficiente.

Después de eso, mi tía fue la única que se atrevió a abrir la boca:

—A tu cuarto.

De camino a la habitación pude oír cómo abroncaba a papá. Siempre lo hacía cuando discutíamos y él terminaba perdiendo las formas. Ese era el talento que la hacía especial en casa, que nos mantenía unidos: sabía mejor que nadie cuándo ser protectora, cuándo intervenir, cuándo callar, y cuándo comportarse como una madre incluso con su propio hermano. Si en aquellos años mi tía no

hubiese vivido con nosotros, aquello a lo que llamábamos hogar se habría resquebrajado. Es curioso cómo para ella no existían los bandos ni las ideologías, cómo no le importaba quiénes fuesen los vencedores y quiénes los vencidos. Papá y yo éramos su único mundo, su único bando, y mientras nos mantuviese unidos todo lo demás sería suficiente.

El recuerdo de la discusión me acompañaría durante toda la tarde: al terminar un trabajo de Francés que debía entregar a la mañana siguiente, mientras me duchaba, incluso cuando cayó la noche. Cada vez que papá se ponía así, me volvía diminuta, ínfima, y el mundo se encogía poco a poco. Ahora, cuando lo pienso, me resulta curioso cómo pude pasar, en solo unas horas, de descubrir el sabor del deseo en los labios de Bastian a dar vueltas en la cama incapaz de conciliar el sueño, repitiéndose el eco de la voz de papá una vez tras otra. Todavía me sigue sorprendiendo que mi padre tuviese el poder de trastornarme de esa manera.

A lo largo de mi vida conocería a muchas personas, pero ninguna tendría un impacto tan grande como él en lo que a discusiones se refiere. No solo por el modo en que me enfurecían «su verdad» y su crueldad a la hora de hablar de los demás, sino por lo vulnerable que me hacía sentir, como si fuese el propietario real de mis emociones o el único con derecho a decirme cómo debía sentirme. No era raro que después de discutir, tocase a la puerta y tratase de hacerme entrar en razón. Que le restase importancia a la discusión o dejase entrever —nunca con palabras, sino con gestos, con miradas — lo ridículo que era que reaccionase así. Y lo detestaba, claro, sobre todo porque ahora comprendo que era una forma castrante, tal vez inconsciente, de invalidar mis emociones, de impedirme sentir lo que realmente sentía.

Esa noche, sin embargo, quien acudió a mi habitación fue la tía Elvira. Tocó a la puerta dos veces, y cuando vio que no contestaba, abrió con cuidado y tras colgarme la gargantilla de oro del cuello, se tumbó a mi lado, hecha un ovillo. Nunca se lo dije, pero en ese momento —como en tantos otros que se habrían de suceder desde entonces— hubiese cambiado con gusto la muerte de mi madre por la de papá. Ahora me avergüenza aquel sentimiento, pero era la realidad. Así me sentía, y no podía borrarlo por más que mi tía se pasase las noches tratando de convencerme de las bondades de su hermano, que para ella pesaban más que las formas y los golpes contra los muebles. Me pregunté qué habrían pensado Santiago y los demás si lo hubiesen oído hablar de esa manera. O qué habrían sentido Clara y su familia, que solo sabían deshacerse en elogios sobre él, pensando, tal vez, que a pesar de lo despiadado de la vida por arrebatarnos a mamá, en casa encarnábamos ese ideal que anunciaban a viva voz en el NO-DO. Esa España de las apariencias que tanto talento tenía para esconder los fantasmas bajo la alfombra.

Al menos, cuando la tía Elvira dormía conmigo, y su respiración acallaba la radio que canturreaba desde el comedor sin importar la hora, me sentía a salvo. Y eso, incluso en un día como aquel —el concierto, los aplausos, la mirada de Bastian, su casa de nuevo, la poesía, sus labios contra los míos—, era lo único que realmente importaba. Su *«petita, sempre petita Júlia*, *per molt que facis els divuit anys».*

CAPÍTULO 5

Habrían de pasar tres semanas hasta reencontrarme con Bastian Ballard. Mientras tanto, la vida sucedió en esa fina línea que discurre entre las prisas y el anhelo. En casa, las cosas no fueron muy distintas de como lo habían sido hasta la fecha. La discusión con papá quedó enterrada en las paredes del salón y aunque nadie lo verbalizó, la decisión de no volver a sacar el tema fue de mutuo acuerdo. Mi padre siempre hacía lo mismo después de que discutiésemos: imponía la ley del silencio y, por muchos gritos que se hubiesen lanzado al aire, todos quedaban suspendidos de juicios y recuerdos hasta nueva orden. Solo cuando a él le interesaba para ganar cualquier argumento o discusión, usaba las palabras exactas que yo había utilizado en su contra. Como si decidiese guardarlas consigo pacientemente, esperando el momento de hacer justicia.

Ya entonces me preguntaba cómo mamá, la mujer del retrato, con esa apariencia sencilla, dulce y enigmática, había podido ver algo en él. ¿Le haría a ella lo mismo? ¿Por eso había enfermado de las tripas? Cuando esas y otras preguntas sin respuesta me rondaban o me impedían dormir, me gustaba imaginarla viviendo esas vidas posibles. Su rostro, el mismo que el del cuadro, incluso en blanco y negro, se extendía ante mí como una encarnación de todo lo que yo soñaba ser: libre, ajena a las expectativas que el mundo proyectaba sobre mí. Pero después, cuando trataba de insertar a papá en aquella postal, en esa imagen idealizada de mamá, todo se venía abajo: la pintura perdía su consistencia y se derretía desde la

parte superior del lienzo hasta abajo, bañando el suelo y echándolo todo a perder; y mamá se hacía cada vez más pequeña, diminuta, igual que yo me hacía pequeña cuando me rendía —a veces por voluntad propia y otras sin quererlo— ante la mirada de mi padre, un injusto recordatorio de la persona que era en realidad.

Una vez, confesándome, los curas me habían dicho que guardarse demasiado las emociones podía hacer enfermar al alma. Puede que fuese eso lo que le había pasado, y que ese cúmulo de sentimientos acallados se hubiese apropiado de su estómago, de su intestino y su colon, y se hubiese desparramado por su interior como la pintura lánguida que se escurría por el lienzo en mis pensamientos. O puede que tal vez solo fuesen los delirios de una niña tratando de justificar la muerte de su madre, que no era más que la muerte en sí misma, en su primera herida.

En esas tardes de mayo, acostumbraba a volcar esas y otras ideas tontas —retorcidas a veces, sorprendentemente lúcidas otras— en una libreta que guardaba con recelo en el tercer cajón de la mesita, destinado a los calcetines de franela y a las bragas que ya se habían dado de sí, pero que mi tía se negaba a tirar.

—Al fin y al cabo, hija, bragas son.

Lo que apuntaba en aquel cuaderno estaba lejos de ser un diario. Y tampoco podía decirse que en su interior aguardasen los textos de alguien que desease, ya desde esa temprana edad, dedicarse a las letras y la escritura. Tampoco es que las palabras que volcaba allí tuviesen un valor especial. Nada más lejos de la realidad. Puede que lo que hacía memorable aquel cuaderno fuese el ritual que lo acompañaba cada vez que me disponía a escribir en él o que lo sacaba para guardar unas entradas de cine, una flor seca, o una foto de la última Navidad. Siempre lo hacía a escondidas cuando no había nadie en casa. Y, sin excepción, lo hacía en la habitación de

papá, frente al retrato de Celeste, como si fuese a ella a quien le contaba mis secretos, o como si bajo aquella atenta mirada me sintiese a salvo. No tengo la menor idea de lo que habría pensado papá de llegar a encontrarme en aquel cuarto —su dormitorio, solo suyo— escribiendo, pero estoy segura de que si él también se refugiaba allí más de lo que le gustaba confesar era porque en esa habitación se respiraba algo distinto que en las demás. Tal vez era el influjo de mamá, sus vestidos todavía esperándola en el armario, intactos, sus perfumes, aunque cuando traigo ahora a la memoria ese lugar —el polvo flotando con la luz pálida del invierno, el brillo en los pómulos de su retrato— me parece curioso que esa ausencia que emanaba del suelo y las paredes pudiese hacernos sentir en casa a papá y a mí.

Recuerdo que también usé el cuaderno para tratar de entender la huella que habían dejado los labios de Bastian en los míos. No me refiero a palabras o frases inconexas, inocentes, sobre cómo me sentí o qué impresión me había provocado descubrir el sabor de su cálido aliento, sino que me bastaba con pasarme las horas enfrente del papel, dibujando sin prisa, trazando líneas torpes que eran, sin saberlo, las líneas de nuestros labios, el uno junto al otro, plegados como dos sábanas, como dos páginas de un mismo libro. La idea de que lo vivido en su casa había sido real, de haberme descubierto besando su boca, se repitió en mi cabeza una vez tras otra. Y en cuanto el rumor de la discusión con papá se disipó de la casa, ya no pude pensar en otra cosa.

Escudriñé mi boca para asegurarme de que todavía quedaban rastros de aquel encuentro: me palpé las comisuras, los dientes, las mejillas, tratando de encontrar esa huella invisible que él había dejado impregnada en la piel, a pesar de apartarse, de pedirme que no lo volviese a hacer. Debía de ser real, sí, porque los recuerdos

eran nítidos y la piel recordaba su tacto. Allá por donde mis manos pasaban, la memoria me devolvía aquel beso cauto, la mirada líquida de Bastian, la promesa silenciosa de algo más. ¿Por qué los hombres que lloraban como lo hacía yo, como lo hacía la tía Elvira cuando escuchaba una de esas novelas en la radio que tanto la conmovían, tenían que venir de Francia, guardar tantos libros y salvar a otros de las garras de la policía? Los hombres que yo conocía, nacidos en aquel país roto, no hacían ninguna de esas cosas. No lloraban al escuchar canciones de misa, no acumulaban libros prohibidos ni discos imposibles con letras doradas que parecían sacados de la otra punta de un mundo que no era el mío, sino uno en el que existía la promesa de la libertad.

Puede que desde fuera fuese una imagen patética —absorta frente al espejo, con una mueca, buscándome, buscándolo—, una chiquillada, pero me reconfortaba que esas mejillas que en otra época me habían hecho verme como una simple cría con acné, que aquella melena quemada por el sol, tantas veces repeinada, y que esas piernas que unas veces veía grandes y otras demasiado atléticas o espigadas, hubiesen formado parte del universo de alguien para quien el mundo era mucho más recóndito y vasto que para mí, lleno de una música que carecía de un nombre concreto, pero que era triste, y estaba también cargado de poesía.

¿Acaso era esa la frontera entre la madurez y la infancia? ¿El hecho de que nuestra piel ardiese de deseo? ¿De mirarnos en el espejo y vernos como los otros —fueran quienesquiera que fuesen— nos veían en sus fantasías, sin defectos, sin cicatrices, sin heridas? ¿Tan admirados? ¿O puede que fuese el deseo de vernos así, la capacidad de aferrarnos con desesperación a esa idea, la que nos hacía adultos? Sea como fuere, tuve la certeza de que la inocencia que me había acompañado todos esos años había desaparecido tan

pronto como decidí seguir sus pasos tras descubrirlo en el concierto, cuando entendí de golpe las locuras del mundo, las que hacía la gente por amor o por deseo —no estaba segura aún de la diferencia —, como que mi tío se marchase a Portugal con otra mujer que ninguno habíamos conocido o que mi tía Elvira pusiese su reputación en juego intercambiándose esas novelitas ligeras en el club social con sus amigas.

Sin embargo, según avanzaba mayo, los exámenes y Clara se empeñaron en que aquellos anhelos quedasen relegados al silencio de mi cama. Por un lado, pasada la Pascua, las monjas comenzaron con los preparativos para la Prueba de Madurez, el examen final después del Bachillerato. La prueba estaba dividida en una parte común, obligatoria para todos, con Lengua española, Historia, Geografía y Religión, y otra específica, donde nos examinábamos de Latín o Francés las de humanidades, y de Matemáticas o Física las niñas que cursaban el Bachillerato de ciencias. Los mitos sobre aquel examen concebido por el régimen, como la desproporcionada tasa de suspensos que se buscaba, o el nivel de exigencia inalcanzable que imponía el tribunal, se habían transformado en fantasmas que en aquella primavera perseguían a todos los estudiantes de Barcelona. El hermano de Clara, Mario, cinco años mayor que nosotras, que quería ser visitador médico como su padre, siempre contaba que suspendió Lengua dos veces seguidas porque le hicieron aprenderse fragmentos enteros del Quijote, y cuando fallaba en una sola frase o palabra, le pedían que empezase el capítulo desde el principio y que lo comentase al detalle. Incluso sor Eulàlia, la profesora de religión, nos había advertido que se podía suspender por responder con poco fervor a las cuestiones sobre encíclicas papales, sobre la espiritualidad de la Inmaculada Concepción o, peor aún, sobre la moral católica.

Y por otro estaba la insistencia constante de Clara en que pasásemos las tardes de los sábados junto a Santiago Sallés y el resto de sus amigos comunistas. Para entonces, y después de lo sucedido en el Gótico a mediados de abril, Santiago y los demás se habían instalado en una planta baja del Barrio Chino, ligado estrechamente a las leyendas del hampa y la prostitución, junto a la calle de En Robador. Para mi sorpresa, no era uno de esos negocios marginales que acostumbraban a reinar en el corazón del barrio, sino un pequeño local que llevaba años cerrado y cogiendo polvo que en otro tiempo había pertenecido a alguien del partido. Si su padre o mi tía se hubiesen enterado de que pasábamos allí las tardes junto a cuatro críos que iban huyendo de los disparos de la Guardia Civil, probablemente no habría ocurrido todo lo que sucedió en los meses siguientes. Aun así, ni Clara ni yo imaginábamos lo que la vida podía depararnos cuando el tercer fin de semana de mayo entendimos quién era realmente Santiago Sallés.

Las dos nos adentramos allí como si abrazásemos la clandestinidad, como si ignorásemos lo que sucedería si los compañeros de mi padre o él mismo nos descubriesen reunidos en torno a cuatro banderas comunistas, clamando por la libertad. En el caso de Clara, había una razón evidente que la arrastraba hasta esas cuatro paredes en las que ni siquiera se filtraba la luz del exterior. En el mío resultaba difícil definir qué motivos me ataban a los demás. No era Clara, desde luego. Es cierto que lo hacía por acompañarla, para que no se sintiese sola, pero no habría seguido pasando las tardes de primavera con ellos si no hubiese algo aún más fuerte que nuestra amistad.

Debía de ser la adicción ansiosa, inesperada por otra parte, a desafiar a papá. Cada minuto que pasaba en aquel local desangelado, carcomido por la humedad, era una forma de

demostrarle que sabía cuál era el lado correcto de la historia. El mío, el de los vencidos, el de los sin voz, el de los que tenían que esconderse para leer y coser una bandera; el suyo, el de los vencedores, los que escribían los libros que estudiábamos en el colegio, los que podían trazar esa fina línea entre la verdad y la mentira, los que habían hecho del terror su patria. Si todo hubiese sido tan fácil como eso, como reducir la vida a aquella dualidad absoluta entre blanco y negro, creo que ahora, años después, lo recordaría de otro modo: tal vez no evocaría con desconcierto aquellas banderas vejadas por el olvido, ni los rostros entusiastas, con acné o barba de cuatro pelos, de los amigos de Santiago dando gritos de autoconvencimiento, ni las risas grises de Clara —mi Clara —, que no se reía porque los chicos fuesen graciosos, sino porque deseaba sentirse parte de ellos de manera desesperada.

Santiago también se había dado cuenta y siempre se reía cuando la oía romper a carcajadas, segundos antes de abrazarla o hasta de besarla delante de todos. Quizá solo era su forma de decirle al resto que Clara era suya y de nadie más, que si incluso él se reía de bromas sin gracia aparente era porque realmente le importaba.

Aquella tarde, durante la primera reunión clandestina que organizaba Santiago Sallés, conocimos a muchos más chicos. Todos hombres. No había ni hubo nunca una sola mujer que no fuese cuidadora o amante. Recuerdo a Joan, que era músico y había perdido a sus abuelos, fusilados en Moncada y Reixach; a Eduard y Severiano, dos hermanos que trabajaban en un cine viejísimo de San Cugat del Vallés, donde solo ponían wésterns de John Ford y Howard Hawks; a Martí, Antonio Savater y Antonio Vila, que iban juntos siempre y tenían fama de buscalíos; y por supuesto, a Gerard Escudé, que trabajaba en la SEAT del sur de Barcelona como quien cumple condena en la cárcel, donde llevaban meses organizándose

en la clandestinidad para reunir al mayor número posible de trabajadores afines a las ideas de Santiago. El mayor de ellos no nos sacaría más de dos o tres años, y aun así todos parecían mucho más leídos que nosotras, mucho más valientes, mucho más preparados para la vida, incluso cuando tras ese deseo de impresionarnos se ocultaba, en realidad, una voluntad creciente de competición. En especial a ojos de Clara, que se dejaba fascinar con cada nuevo libro que comentaban, o con las anécdotas sobre la lucha sindical que habían emprendido en los últimos tiempos, interiorizadas bajo la urgencia constante que les provocaba la idea de que en cualquier instante pudiesen atraparlos o echar la puerta abajo. Esa mirada, tierna, sumisa por momentos, que recordaba al amor, aunque yo no tenía claro que fuese exactamente lo mismo.

En mi caso, no podía decirse que no sintiese cierta admiración hacia ellos. Sus motivaciones eran nobles y el aura rebelde, kamikaze, les otorgaba un magnetismo natural que, a esa edad, era difícil resistir. Pero desde luego no me producían la fascinación absoluta que sí veía en las pupilas de Clara cuando los escuchaba hablar de cómo debían organizarse, de cuáles eran los siguientes pasos para remover la conciencia en el barrio, y de cómo podían sumar más personas a su causa. Estoy segura de que de no haber conocido a Bastian, la convicción de Santiago, su orgullo herido y esa certeza implacable con la que solo viven los que creen tener la razón me habría sacudido de la misma forma en la que sacudió a Clara.

Lo comprendí cuando esa tarde me propuso que cantase una canción. Tal y como había hecho Bastian, sí, pero de una manera muy distinta al mismo tiempo.

—Clara dice que eres la mejor cantante del colegio.

—Clara dice muchas cosas. Yo no le haría mucho caso.

—¡Serás mentirosa! —Por mucho que bromease, cuando la contradecía delante de los demás enseguida se ruborizaba.

—¿Y por qué no cantas en algún mitin? A los demás les gustaría, estoy seguro.

—No sé si es buena idea.

—En el coro solo nos enseñan canciones de misa. Nada divertido —se explicó Clara.

—Qué más da. Nosotros te enseñaremos la canción. Si quieres, claro. Bueno, no es una canción en realidad. Es un poema. De Machado. «Caminante, no hay camino». ¿Lo has leído? Él sí que era un patriota de verdad.

Clara me observó como si desease que, de pronto, tuviese la respuesta para todas las preguntas del mundo, pero yo solo podía pensar en Bastian y en aquel marco colgado en el salón de su casa, cuyo recuerdo volvió sobre mí certero y sin aviso.

—Espera, sé que te gustará.

Santiago rebuscó en su macuto y volvió al poco con unas hojas impresas en papel cuarteado que deduje que había impreso él mismo cuando nadie lo veía. Y después dijo en voz alta que si leían a Machado era para no olvidar su exilio, como el de tantos otros cuyo recuerdo pretendían borrar. Y comenzó a recitar el poema haciéndose querer, mirando de lado a lado, buscando la complicidad del resto en sus miradas, con una presencia que lo inundaba todo, hasta convencerme de las razones que habían llevado a Clara a sus brazos:

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,

y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

Hubo aplausos. También golpes, vítores, onomatopeyas a destiempo. Y Santiago los acalló enseguida por miedo a quienquiera que pudiese oírlos. Clara, con los ojos encendidos, me tocó el codo por lo bajini, como las madres que acudían a vernos cantar al Gótico hacían con sus maridos, llenas de un orgullo ciego.

—¿Qué me dices? ¿Lo cantarías para nosotros? Ya lo has visto. Les gustará.

Me di cuenta entonces de que todos me estaban mirando.

A diferencia de ese poder que solía acompañarme cuando se asignaban las partituras del coro al comienzo de cada trimestre, me sentí vulnerable: yo no entendía nada de poesía, ni de metáforas, y mucho menos conocía los caminos a la literatura de verdad —como había dicho Bastian— que escondía aquel poema, a qué se refería con las huellas y las estelas en la mar. Pero ya entonces sospechaba que nada tenía que ver con lo que querían ver los demás.

Antes de que pudiese negarme, me descubrí a mí misma diciéndole que sí a Santiago, y atisbando una ilusión genuina en su rostro. ¿Por qué la Julia Ferré de entonces hacía esa clase de cosas? ¿Por qué deseaba complacer al resto en cuanto sentía el deseo en sus ojos? ¿De dónde venía esa necesidad de buscar la satisfacción de quienes nos miran, en lugar de la propia?

La voz de Clara, de vuelta a casa, me recordó que tenía el corazón en otra parte. Sé que debía estar emocionada por la propuesta de Santiago, que meses atrás habría encontrado fascinante por el riesgo, pero lo cierto es que desde que había oído

el nombre de Antonio Machado, solo podía pensar en Bastian. En su casa. En los libros —que no eran cuartillas ni fotocopias ilegales, sino libros de verdad—. En aquel recorte de periódico junto a su mesa —que había que conseguir una tumba digna para el poeta, eso decía el titular—. En el mundo entero, clandestino, secreto, en ese país de la fascinación que no era el mío, personificado ahora en Machado: una excusa, un motivo para tocar a su puerta, para cantarle de nuevo; eso había dicho, que podía volver para cantarle cuando quisiera.

Mientras atardecía y cruzábamos rambla abajo, me sentí tentada de contarle a Clara lo sucedido después del concierto. Sabía cómo podría maquillarlo para que no me juzgara: por qué no le había dicho nada el lunes siguiente, al entrar por la puerta del colegio, cómo había corrido hacia la casa de un hombre francés que nada tenía que ver con los chicos del Barrio Chino, cómo me había pedido que le cantase una canción y sus lágrimas lo habían cambiado todo... Conocía las palabras perfectas, la cadencia que debía emplear para huir de su juicio. Podría haberla convencido de cualquier cosa, y aun así decidí mantenerme en silencio. Ahora sé que una amiga de verdad, una buena amiga, no se habría callado jamás. Pero Bastian se había convertido en mi secreto —uno pequeño, diminuto, pero un secreto al fin y al cabo—, y no soltarlo, retenerlo conmigo, lo hacía todavía más especial y me convertía en la única conocedora de ese mundo. Y eso no podía quitármelo nadie: ni Clara ni Santiago Sallés, ni los gritos de papá, ni siquiera los rostros de aquellos chiquillos entre banderas de color rojo y octavillas con noticias sobre la Unión Soviética.

Esa fue la primera tarde que le mentí a Clara: tras despedirnos en plaza Cataluña, deshice lo andado y antes de que tocasen las ocho, me encontraba frente a la puerta de Bastian, dispuesta a

preguntárselo todo sobre Machado, a cantar las canciones que me pidiese con tal de continuar alimentando aquel secreto y hacer de él mi revolución.

CAPÍTULO 6

Todo cambió aquella primavera. Y cuando digo todo, me refiero a mi mundo y las certezas que tenía de él. A partir de entonces, Bastian y yo comenzamos a vernos con más frecuencia. Tocaba a su puerta y él me dejaba pasar sin preguntas ni justificaciones. Pronunciaba mi nombre y me adentraba en aquel salón como quien cruza un umbral para viajar lejos. Casi siempre los sábados, cuando la tía Elvira me daba un puñado de pesetas con las que hacer la compra del fin de semana en el Born, mientras papá aguardaba impaciente los guisos del mediodía.

A menudo, él se comportaba como la primera vez: se servía una copa de vino, ponía uno de sus elepés y luego me hacía preguntas sobre las canciones que cantábamos en el coro o los autores que entraban en la Prueba de Madurez, hasta que sus preguntas se fundían con las mías en un ir y venir al que pronto nos acostumbramos. Yo quería saberlo todo de aquellos libros que tenía esparcidos sobre la mesa como un gran mantel, y también de Antonio Machado, en especial desde aquel encargo de Santiago —que jamás le mencioné a Bastian por pudor—, aunque principalmente quería saberlo todo de él. Ahora entiendo que en esos primeros días el deseo quedó disfrazado de fascinación por su forma de hablar de la poesía o de la música, y que bajo el artificio de la palabra se escondían otras tantas cosas imposibles de advertir para el corazón, aunque el cuerpo empezase a sospechar de todas ellas.

Lo admiraba, sí. Y, por cómo me observaba él, sospechaba que Bastian, pese a las dudas y la incertidumbre de aquella clandestinidad, también sentía cierta fascinación por mí. A veces se quedaba colgando de mi mirada cuando le hablaba de los cambios que haría respecto a las orquestaciones que preparaba sor Ángeles o de las complejidades de alguna pieza. Y cuando se daba cuenta de que habían pasado varios segundos, volvía la vista al frente sin tratar de disimular su curiosidad, pero sin concederme unos instantes más de ella. En cuanto advertía esa brecha entre ambos deseaba tomarlo otra vez de las manos, aproximarme a él, besarlo. O mejor, que fuese él quien me besase a mí, otorgándome así el permiso para hacerlo siempre que quisiese, sin necesidad de escucharlo hablar de aquella infinita colección de libros o de poner excusas para reencontrarnos por el placer de verme a través de sus ojos llenos de un respeto que solo con el tiempo he aprendido a valorar.

De esa manera, colmándolo de preguntas con las que acercarme a él, descubrí que Bastian era traductor de francés y que pasaba todo el tiempo que no estábamos juntos aceptando y rechazando, en su mayoría, encargos para editoriales escolares o universitarias, que compraban manuales en París por cuatro pesetas y que, tras ser traducidos, se editaban después en tapa blanda por una fortuna que pagaban, con gusto, los pocos que se podían permitir cursar francés en la universidad. Pero Bastian también traducía algunas novelas francesas que habían superado la censura. Recuerdo que en esa época estaba trabajando en varias adaptaciones de Victor Hugo. Y que semanas después recibió el encargo de traducir una reedición de *Nudo de víboras*, de François Mauriac. Fue hablando sobre aquellas obras como conocí de verdad al hombre que se ocultaba tras aquel escritorio. El que parecía debatirse entre entregarse a una

mujer años más joven —cuántos creería entonces que nos separaban, ¿quince?, ¿tal vez más?— o ignorar aquel deseo encendido en mis ojos que apenas me esforcé en disimular. Por eso siempre recuerdo a Bastian como un mentor antes que un amante, como un amigo antes que el hombre que me haría el amor esa primavera. Porque para ganarme a Bastian, primero debí acceder a sus obsesiones y a la herida que lo conectaba con Antonio Machado, al que me aferraba con tal de oírlo hablar durante horas.

De su boca supe que la vida de Machado estuvo marcada por una constante búsqueda de la autenticidad, que fue un hombre comprometido con su época y que tenía una sensibilidad única, cultivada desde niño en el palacio de las Dueñas, en Sevilla, donde se crio junto a sus padres y sus hermanos. Me acuerdo, por supuesto, de la voz de Bastian relatando cómo se interesó por el teatro y la poesía, y que incluso llegó a trabajar como actor; cómo viajó en 1899 por primera vez a París, donde se dedicó a traducir pequeños textos al castellano; cómo conoció a Rubén Darío y entró en contacto con el modernismo y el simbolismo francés. Me cuesta recordar muchos de los detalles. No recuerdo la fecha de publicación de sus poemarios, ni tampoco la mayoría de sus nombres. Pero lo que sí me causó una gran impresión fue que en Soria, tras ser destinado allí como profesor de provincia, conoció a Leonor: una mujer —una niña— con la que se llevaba dieciocho años, y de la que se enamoró tan desesperadamente que ambos terminaron casados a pesar del juicio natural del pueblo entero.

Sin embargo, la tristeza siempre contaminaba la conversación porque Leonor murió de tuberculosis tres años después de la boda. Esa pérdida irreparable marcó tanto a Machado que se marchó a Baeza y más tarde a Segovia, incapaz de vivir en las mismas calles que habían sido testigos de su relación. Bastian siempre parecía

detenerse en aquella etapa en Soria, en su trabajo como profesor, y defendía que aquella época resultó esencial para convertirlo en el autor que fue en los años veinte y treinta. Supe que continuó escribiendo poesía y también teatro junto a su hermano Manuel, y que siempre estuvo ligado a la reflexión y la filosofía, aunque esos años, los que separaban su vida en Soria de los primeros días de la guerra, jamás parecieron ser del interés de Bastian, y pasaba sobre ellos como un pájaro, planeando sobre las anécdotas y colaboraciones en revistas como si lo realmente importante hubiese quedado atrás. De los tiempos de la guerra no tenía mucho que decir: fui descubriendo poco a poco que Machado era republicano —esa palabra prohibida en casa, en clase, en el mundo, y que en aquellos días no sabía muy bien qué significaba— y que huyó de Madrid a Valencia, de Valencia a Barcelona y finalmente a Colliure, Francia, donde murió, tal y como delataba aquel recorte en prensa que colgaba impertérrito de la pared de casa de Bastian.

Por más cosas que le preguntase sobre Machado o sobre cualquiera de los poetas que mencionaba con entusiasmo, él siempre tenía algo que decir, alguna historia que confesar. A mí me fascinaba verlo rebuscar en su estantería libros que no había visto nunca y que papá habría juzgado con total seguridad. Era capaz de hacerlo durante horas solo para mostrarme un verso exacto, un prólogo, en el que podía resumirse una vida entera. Yo lo miraba como si lo entendiese todo, aunque no lo hiciese —qué más daba mientras él tuviese la certeza de sentirse escuchado—, mientras adquiría ese saber universal sobre los libros y la vida que había tenido a bien regalarme. Quizá porque pensaba que a falta de la convicción para entregarme sus labios de nuevo, buenas serían las palabras. Y me limitaba a aceptar su regalo con gratitud, sin hacer demasiadas preguntas, conformándome con estar ahí para él, como

si al escucharlo pudiese también acceder a una parte de su intimidad.

En los meses siguientes recurriría a la relación de Machado y Leonor cada vez que intentase justificar la edad que nos separaba a Bastian y a mí, y me repetía que en realidad nos llevábamos algo menos que ellos, y no mucho más de lo que se llevaban papá y mamá, como muchas de las parejas de aquellos días.

No volví a cantar para él. Tampoco hizo falta —otra más de aquellas excusas de la primavera—. Y en cuanto nos acostumbramos a vernos, cuando comprendí que solo él me trataba como esa adulta en la que deseaba haberme convertido, se lo pregunté: quería saber si había salvado a más gente de las garras de la Guardia Civil. Y también qué había visto en mí, una estudiante cualquiera, como para mirarme de aquel modo durante el concierto de Pascua. Entonces no lo sabía, pero ahora entiendo que lo que realmente necesitaba averiguar era si lo nuestro era especial de alguna forma o si había hecho lo mismo antes con más gente —en realidad, con más mujeres—. Si las había metido en casa, si les había preguntado si les gustaba la poesía o el jazz, si les había pedido que le cantasen una canción capaz de conmoverlo.

—No a más de dos o tres desde que vivo aquí. —No mencionó si se trataba de hombres o mujeres—. ¿De verdad quieres saber qué es lo que vi aquel día, en el concierto?

Le dije que sí, que claro.

—Supongo que a una parte de mí mismo. A la persona que era cuando tenía tu edad. Esa ilusión, esa hambre por saberlo todo del mundo, el inconformismo que a menudo se apaga con los años.

—¿Y dónde está esa persona ahora?

—Las personas cambian, Julia. Es ley de vida, aunque ojalá tú no lo hagas nunca.

La respuesta era demasiado compleja para una estudiante de Bachillerato y todavía hoy pienso en ella para tratar de justificar por qué accedió a abrirme las puertas de su casa, y con ellas su corazón, pero creo que lo sintetizó muy bien, sin máscaras ni rodeos. ¿Tú tampoco te conformabas con el mundo en el que te había tocado vivir, Bastian? ¿A ti también te parecía injusto el continente en ruinas que habíamos heredado, poblado por gente con demasiadas heridas?

Cuando nos quedábamos sin temas de conversación, yo le hablaba de papá y de la tía Elvira con tal de seguir unos minutos más a su lado. Hasta que se me olvidaba, claro, que era yo la que deseaba saber más sobre su vida. En ese sentido, Bastian podía pasarse horas escuchándome y jamás se cansaba o ponía una mala cara: «Cuéntame más de él, por qué esa obsesión con las carreras, dónde estuvo destinado en la guerra».

Esa era una de las cosas que más me gustaban de él, que deseaba entender quién era, que nunca caía en paternalismos o juicios de valor, pese a que yo no dejaba de darle motivos al hablar con tanta ingenuidad del mundo al que pertenecía. Y, sobre todo, que siempre nos encontraba fascinantes a mi familia y a mí —incluso en los pequeños detalles—, no por lo que aparentábamos, como en el colegio, sino por lo que en realidad éramos.

Nunca estuve segura de cuál de todas mis versiones le interesaba más: la Julia Ferré de dieciocho años que había perdido a su madre o, mejor dicho, que nunca había llegado a conocerla; la que vivía bajo el yugo de un padre que encarnaba en ideales y formas todo lo que detestaba de la España en la que le había tocado vivir; o la que había encontrado en su tía Elvira un refugio en el que sentirse a salvo. Cuando le contaba todo eso y mucho más, me daba cuenta de que en mi boca sonaban matices y detalles que no había verbalizado

antes —que intuía desde hacía tiempo, sí—, pero que se revelaban ante mí con una lucidez pasmosa al mirarlo a los ojos.

¿Pensaría acaso que me quejaba sin derecho de mi padre? ¿Que mis preocupaciones no eran legítimas sino superfluas, infantiles? Es difícil saberlo, pero al menos en esos instantes tenía la convicción de que Bastian me comprendía, y de que le gustaba tal y como era, incluso con aquella lista interminable de desasosiegos. Diría ahora, de aquella época, que se trataba de un milagro. No un milagro casual o imposible de descifrar como aquellos que aparecían en los pasajes del Nuevo Testamento que nos leía sor Eulàlia por la catequesis, sino uno real, hecho con las palabras que nos entregábamos: que dos personas tan distintas se dedicasen aquel tiempo, aquella intimidad, solo podía significar un milagro, porque en los tiempos que corrían, donde los amores eran lentos, conformistas, y hacían del matrimonio un peaje para la vida, esa clase de amor —el que espera para salir, contenido, culpable, tan secreto— parecía el único por el que valía la pena luchar o, en mi caso, callar. Tal vez solo era una forma cristiana de verlo. Bien pensado, la única con la que podía interpretar un milagro como ese: si Dios me había entregado a Bastian y lo había cruzado en mi camino, debía corresponder a esa acción de la misma manera, darle las gracias al mismo mundo gris que me había empeñado en condenar por culpa de las expectativas de papá y también de la mirada entusiasta de las monjas, bajo la que todas teníamos un destino cristiano que cumplir.

Así fue como comenzó esa historia que el tiempo ha teñido de dolores y anhelos. Ahora sé que desde el principio fue la historia de una añoranza y que ya en el deseo de tenerlo a mi lado —incluso de salvarlo— anticipaba la imposibilidad de una vida juntos que el

pasado, como a tanta otra gente en esos días, habría de arrebatarnos.

CAPÍTULO 7

En esos días vivos de primavera cuando el frío pareció darle una tregua a Barcelona, mi existencia se limitó a conocer más del mundo de Bastian a través de aquella rutina de la que no tardé en encariñarme.

Además de ensayar la canción que daba voz al poema de Machado —a ratos junto a Clara, a ratos frente al espejo, en pequeños susurros—, el mundo había seguido su curso con la misma naturalidad de siempre: las monjas continuaban ocultándose bajo sus hábitos, inmunes al calor de las últimas tardes de mayo, y el dormitorio de papá seguía sumido en el único silencio reconfortante que podía albergar mi casa, con el retrato de mamá observándome tras la puerta entreabierta. Tampoco habían cambiado las felicitaciones grises de papá cuando le contaba que había aprobado Francés o Lengua: «Es tu trabajo, igual que el mío es hacer del país en el que vivimos un lugar mejor». Curiosa manera de definirlo.

Fue la tarde del sábado cuando Clara me llamó desesperada, la voz tomada por la histeria, para confesar que habían cogido a Santiago y a Gerard en el Barrio Chino y los tenían retenidos en la cárcel hasta nuevo aviso. Al parecer, la Guardia Civil llevaba buscándolos desde mediados de abril. Lo primero que pensé fue que habían tenido suerte de que no los hubiesen detenido en aquel local repleto de octavillas y banderas soviéticas; quizá así tendrían una oportunidad de demostrar su inocencia, o eso era lo que Clara quería creer para convencerse de que todo iba a salir bien. No necesitaba

verbalizarlo para comprender cómo se sentía: estaba aterrada. La sola idea de que nos delatasen o pudiesen contar algo sobre quiénes éramos o dónde nos reuníamos le causaba pavor y la hacía correr al baño de los nervios, que se le adueñaban de las tripas. Clara no paraba de preguntarse qué pasaría si sus padres descubrían que andaba metida en líos con comunistas a los que disparaban por las calles y que ahora solo eran unos presos más de la Cárcel Modelo de la calle Entenza, a merced de las torturas.

Era curioso cómo ese fuego que la llevaba en volandas allí, a las reuniones —con sus miradas, sus cumplidos—, se apagaba en cuanto afloraba la posibilidad de perderlo todo, tal y como había sucedido el día de la manifestación, cuando fue la primera en echar a correr y a mí me tocó distraer a la Guardia Civil para que no la llevasen presa. Ahora me pregunto: ¿cuántas cosas hizo Clara que escapaban a su verdadera voluntad solo por complacer a Santiago? Yo ya sabía que si acudíamos a aquella planta baja del Barrio Chino junto al resto no era porque sintiese en sus carnes el deseo insaciable de cambiar el país. Era por amor, sí, como otras tantas cosas que yo haría con Bastian, pero aquel peligro —la perspectiva remota de convertirse en fugitivos de verdad— la angustiaba sobremanera.

El mitin, para el que llevaba semanas ensayando, se pospuso de forma indefinida por decisión del resto de la asamblea. Nunca tuve la certeza de que fuese por compromiso o lealtad a los compañeros encarcelados, sino más bien de un miedo voraz a que Santiago o Gerard los hubiesen traicionado y la Guardia Civil irrumpiese echando la puerta abajo. Para cuando Clara me dio la noticia, ya había perfeccionado una melodía que cantaba sin apenas detenerme a respirar, ligera como una de aquellas trompetas que resonaban en el comedor de Bastian. Sobre todo porque el poema era breve, lírico,

y contagiaba una fuerza que, si bien se podía transmitir al recitarlo, cobraba mucha más trascendencia al convertir cada sílaba en una nota, al hacer canciones de sus versos.

Para compensar esa providencia divina que me había entregado a Bastian, el destino no solo quiso posponer aquel concierto clandestino y martirizar a la pobre Clara, a la que desde ese momento imaginaba sin dormir, atormentada por pesadillas que se podían hacer realidad sin previo aviso, sino que también reunió a papá y a sus compañeros en el comedor de casa —como ya era costumbre el último sábado de cada mes— para sus partidas de dominó en las que se hacía de todo menos jugar al dominó.

No eran demasiados, ni siquiera recuerdo sus nombres. Puede que fuesen amables conmigo, pero lo cierto es que jamás les presté atención. Me limité a fingir escucharlos cuando hablaban y a fingir, también, una sonrisa que mis labios ya habían interiorizado igual que un actor interioriza los pasos exactos que debe dar hasta llegar al centro del escenario. Recuerdo de forma muy vaga que eran lo bastante altos como para observarlos siempre desde abajo, teniendo que estirar la cabeza. También me acuerdo de que ninguno llevaba uniforme —en su lugar, ropa austera, sin distintivos— y que lo único que los delataba era la mirada ruda y llena —a mi parecer— de prejuicios constantes, como si al entrar en la policía les hubiesen inyectado la enfermedad del odio. Al verlos allí, a todos juntos en el salón, me fue inevitable imaginar sus rostros interrogando a los Antonios y también a Martí. Era fácil, solo tenía que superponer sus caras a esas facciones anónimas que me venían a la mente cuando proyectaba los calabozos de la cárcel contra las paredes de mi habitación.

A veces se oían comentarios a deshora desde el dormitorio, porciones de conversación y cantos de victoria que retumbaban

contra las paredes, entre una humareda con olor a puro que impregnaba la casa entera para disgusto de mi tía. Aquellos gritos, que distaban mucho de los cuentos infantiles que debería escuchar una niña hasta quedarse dormida, me acompañaron desde que tuve uso de razón. En lugar de escuchar las rimas tontas de Caperucita o las fábulas de Calleja, debía conformarme con las hazañas de Millán-Astray y de cómo perdió el brazo cuando arengaba al Batallón de Burgos, o aquel al que llamaban José Antonio como si lo conociesen de toda la vida. De niña, sus desventuras no eran muy distintas de las de los protagonistas de los wésterns que narraban en la radio, pero ya a los dieciocho me enfurecía oír una vez tras otra los mismos nombres, pronunciados con la determinación con la que se recita un poema o se evoca la primavera.

Siempre era papá quien acallaba aquellas voces estridentes, pero esa calma estéril solo duraba unos minutos, en el mejor de los casos. Más allá de eso, papá apenas participaba en las conversaciones. Los dejaba hablar, sí, incluso cuando uno de ellos decía algo horrible, cruel —hasta sexual— sobre alguien a quien habían detenido, sobre alguien que podría tener hijos o familia, una casa como la nuestra o una vida ejemplar, vivida con más dignidad de la que ninguno aspiraríamos nunca. Pasara lo que pasase, él prefería guardar silencio y nunca hablaba de que habían ganado la guerra. Jamás. Silencio sepulcral. Ni siquiera cuando pasábamos por delante de esos edificios que todavía quedaban en Barcelona con agujeros de metralla. Debía de ser el único. Allí callado, en una esquina de la mesa, con sus fichas extendidas mientras se permitía saborear el puro del mes, reservado para esa noche. Ahora sospecho que esos silencios decían mucho más que las frases atropelladas del resto, y que quizá se avergonzaba tanto de aquella victoria que el

olvido era la única forma de seguir viviendo. Así es como me gusta imaginarlo, aunque lo cierto es que nunca se sinceró conmigo.

No recuerdo cuándo me dormí, pero a la mañana siguiente ya no había nadie en casa. Papá se había marchado y solo quedaba un rastro de la tía Elvira, que era una nota escrita con letra trémula en la que informaba que estaría cuidando de los vecinos hasta mediodía. Puede que fuese esa sensación inesperada de soledad la que me hizo tomar la decisión de visitar a Bastian, rompiendo la norma no escrita de que nuestros encuentros se limitaban a los sábados por la mañana, y que nada podía pasar fuera de aquella frontera. La sola idea de vernos más, incluso otro día, jamás me había parecido descabellada, hasta que descubrí que Bastian también arrastraba sus contradicciones, y que ni siquiera él, el hombre del que había quedado fascinada, podía escapar a esa clase de aflicciones y vergüenzas.

Antes de que tocasen las once ya había recorrido la distancia que separaba Portal del Ángel del Gótico. La plaza de la catedral lucía repleta con el ir y venir de la gente que bajaba desde la calle de la Llibreteria —las doña Carmen en sus faldas de algodón, arrastrándose a misa, los Josep con sus boinas negras saliendo de los bares, pitillo en mano— y desaparecía rumbo a la catedral o a los pocos lugares de Barcelona a los que se podía escapar en esos años. Nada me hacía imaginar que encontraría a Bastian con otra mujer. Otra estudiante, para ser exactos, segundos antes de subirse a un coche caro, oscurísimo y reluciente, muy distinto de la clase de coches que podíamos permitirnos en casa. No era mayor de lo que debía de ser yo entonces. Puede que incluso más pequeña. Dieciséis o diecisiete años.

Pensaba que Bastian se alegraría de verme, que me escucharía con atención cuando le contase cómo papá y tía Elvira se habían

marchado de casa, regalándonos aquella mañana de domingo como una pequeña e inesperada fortuna. Y entonces pincharía un elepé en el tocadiscos, y yo le miraría los labios mientras pensaba de nuevo en besarlo y maldecía aquellos dilemas que rebotaban contra las paredes. Pero en cuanto me descubrió observando cómo se despedía de aquella chica en el mismo portal en el que me había salvado la vida, lo vi por primera vez consternado, como si acabase de descubrir algo que no debería haber visto: un accidente, una fatalidad, un seísmo.

Era la primera vez que sentía celos por alguien, pero no estaba furiosa, sino que deseaba recogerme sobre mí misma, hacerme diminuta, y llorar. Sobre todo deseaba llorar. Bastian, que advirtió enseguida mi dolor, me pidió que pasase dentro solo para explicarme, como si no quisiese que nadie lo oyese, que aquella adolescente era solo una alumna, que con su trabajo de traductor no le bastaba para ganarse la vida y que tenía que recurrir a enseñar francés a los hijos de las familias burguesas de Pedralbes, desde donde se podía ver el mar y también las montañas que envolvían la ciudad, o eso decía siempre la tía Elvira. Por supuesto, esa vida, ese oficio, no es algo que hubiese mencionado cuando le preguntaba quién era o lo que hacía, cuando se le llenaba la boca hablando de poetas franceses y de traducciones imposibles, que alimentaban la admiración que sentía por él.

No sé si me dolió más la idea de que otra mujer pudiese ser su alumna, su aprendiz, hablando de literatura francesa como lo hacía conmigo, o de que un cuerpo más bonito que el mío, mejor vestido, con un olor distinto —a perfume más caro, tal vez— se sentase en los mismos lugares en los que llevaba semanas sentándome y deseándolo en silencio. Pero Bastian, frustrado, no entendía el porqué de mi tristeza, ni que quisiese marcharme a casa antes que

llorar ahí mismo por emociones que hasta entonces me eran desconocidas. Ni mucho menos la importancia desmedida que le estaba dando. ¿Sentía celos porque de pronto aquel secreto, aquella intimidad, no resultaba tan única como creía? ¿O era el deseo reprimido de nuestros encuentros —los besos no dados, las miradas furtivas, los labios húmedos— lo que había explotado y ya no podía volver a guardarse dentro?

Regresé a casa con el pecho encendido. Apenas podía respirar. Si Bastian también llevaba a otras mujeres a casa —alumnas, sí, había dicho alumnas—, eso me convertía en una más, en una entre tantas. Ya no era especial que pasase las mañanas de los sábados entre anhelos prohibidos que nadie debería descubrir. Si los domingos otras iban y venían y pisaban el mismo suelo que pisaba yo y miraban a Bastian a los ojos como lo miraba yo, sabedoras —no lo sé— del mundo que habitaba en ellos, ¿qué me hacía tan especial?, ¿qué sentido tenía custodiar el secreto de nuestros encuentros con tanta devoción u ocultárselo a Clara? ¿Les pediría también a ellas que le cantasen una canción? ¿Les hablaría de Machado y de Leonor con ese ímpetu? Solo de pensarlo se me envenenaba el corazón.

Cuando llegué a casa tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Temía no volver a verlo y el dolor me robaba el aire, se apoderaba de mi garganta, como si alguien hubiese tomado mi cuello entre las manos solo para apretar poco a poco hasta arrebatarle el sentido a todo. Si salir con Santiago y los demás era un acto inconsciente de rebeldía contra papá, verme con Bastian, desearlo, respirar su mismo aire y refugiarme en aquel pequeño universo, era un acto de rebeldía contra el mundo, mi forma de escapar de una España en ruinas. De la España del silencio, el olvido y la vergüenza. De la España sin letras, sin palabras y sin jazz. Y para una cría como yo, esa sensación lo era todo de una manera absoluta: la victoria, la

libertad. Si la perdía, si lo perdía a él, si me lo arrebataban los cuerpos intrusivos de sus alumnas, perdería esa razón de vivir que de pronto le daba sentido a todo.

Ahora sospecho que a la Julia de dieciocho años le repugnaba que esa mañana Bastian hubiese cambiado la imagen que tenía de ella, y que ese era el único miedo real que habitaba en su interior. ¿Se formó entonces en él la imagen de una niña caprichosa, demasiado sentimental, que veía el mundo en blanco y negro? ¿La de una niña que se creía con el derecho de pedir explicaciones a un hombre al que apenas conocía? La sola posibilidad de que me viese así, como alguien distinta de quien era en realidad, me duele incluso ahora —con el paso del tiempo— más de lo que me habría dolido cualquier amante. Cuando echo la vista atrás me sigue invadiendo ese mismo dolor, pero nada se le compara a imaginar a Bastian descubriendo que la Julia de entonces podía reaccionar como una mujer mucho más inmadura de lo que deseaba parecer.

Como de costumbre, no pude ocultarle los ojos rojos a la tía Elvira, que se extrañó de que quisiese meterme en la cama sin comer, sin saludar siquiera. Con los años habría de darme cuenta de que a las madres, sean de sangre o de cuna, se les pueden ocultar pocas cosas. Aquel día, las dos solas en casa, el aroma del guiso mecido por el susurro que se colaba entre las ventanas abiertas, intenté convencerla de que había discutido con Clara, pero la tía Elvira sabía perfectamente que se trataba de mal de amores.

—Una no se coge esos berrinches por discutir con las amigas. ¿Quién te ha roto el corazón, hija?

Me preparó un vaso de agua con sal y se quedó a mi lado hasta que pasó la hora de comer y la luz se volvió tan dura sobre el cielo de Barcelona que subió la temperatura de la casa entera.

Aunque me sentí tentada de hablarle de Bastian, de quién era y cómo había empezado todo una tarde inesperada de abril, no dije nada. Es cierto que mi tía era comprensiva y que tenía todo lo bueno y malo de las madres que han criado a sus hijas sin haberlas parido, pero aun así tenía la certeza de que jamás aprobaría que me hubiese enamorado de un hombre mayor que yo. Y, lo que era peor, que dedicase las mañanas de los sábados, mientras papá y ella me creían en el mercado del Born o en cualquiera de los mercados de Barcelona, a colarme en aquella casa. De haber visto lo que nos decíamos y cómo lo decíamos, cómo nos mirábamos, pese al respeto de Bastian y el poder que elegía no ejercer sobre mí, la habría hecho entrar en cólera incluso a ella, que tantas cosas había visto y que se sabía sola por la maldad de los hombres.

Tuve que soportar sus sermones sobre los donjuanes del mundo hasta media tarde, cuando llegó papá, como siempre, exhausto, con la cara larga. Le dijimos que estaba enferma y necesitaba pasar el día en la cama, pero mi padre, que tenía un talento natural para intuir las mentiras, no paró de preguntarle a la tía Elvira qué estaba pasando. Los oí discutir desde el dormitorio, pero por fortuna mi tía sorteó cada comentario hasta que se hizo demasiado tarde como para andar por casa con cuestiones sobre los cuchillos clavados en el alma.

Esa fue la madrugada en la que saboreé la certeza del desamor, en la que adiviné la forma exacta de la pérdida que había comenzado a predecir casi sin querer. Ahí estaba, danzando ante mis ojos cerrados, como si hubiese aguardado aquel momento oculta tras tantos instantes felices. Recuerdo a la Julia de esa noche, sí, la Julia a la que un dolor atroz retuerce desde dentro, vulnerable ante los fantasmas de la memoria. La que cree —de nuevo, qué tonta— que su vida va a terminar si al amanecer se confirma la certeza de la

pérdida, y la que advierte que el amor —antes incluso de ser amor— podía doler de maneras insospechadas. La que comprende como una epifanía que tal vez enamorarse es una emoción demasiado insoportable como para convivir con ella. La Julia que se descubre un vacío dentro, un frío en el pecho, en el punto exacto en el que antes figuraban sus afectos.

Si tan solo pudiese decirle lo mucho que estaba a punto de cambiar todo, si pudiese regresar a ese día, supongo que no habría nacido en mí aquel abismo al que después el miedo y la pérdida dieron forma. De ser posible volver hasta esa cama y susurrarle algo a la Julia de ojos rojos, le diría que Bastian no estaba enfadado con ella, sino consigo mismo. Que estaba avergonzado. Y que por eso no comprendía sus celos, ni su necesidad de explicaciones.

Creo que uno no elige de quién se enamora. Yo no elegí enamorarme de Bastian Ballard, del mismo modo que él no eligió vivir en guerra entre lo que era y lo que deseaba ser. Pero esa herida, la de la contradicción entre el deseo y la necesidad, entre la plenitud y la inercia, iba a regir nuestras vidas desde aquellos días azules de primavera hasta dos décadas después, por mucho que no tuviese entonces la menor idea.

CAPÍTULO 8

Desde nuestra discusión las horas se habían vuelto eternas, en especial al caer la noche, cuando resonaban las voces de los pájaros lejos, muy lejos, en el cielo, y los silbidos de papá se quedaban colgados de la duermevela al regresar a casa de madrugada. Recuerdo esos días con una lucidez ansiosa y me veo a mí misma jugueteando con las migas del pan, la tripa menguante. Me veo sufriendo al recordar la voz entusiasta de Bastian fundirse con la música, sus ojos a la caza de cualquiera de los libros prohibidos de los que tanto le gustaba hablar, aguardando a ser elegidos en la estantería. Era orgullo, sí, lo que sentía cuando pensaba en lo afortunada que había sido de tenerlo en el mundo, de saborear su libertad. Pero también un miedo punzante: a perderlo, a que su casa, su vida, quién era yo a su lado, se desvaneciese en mis manos. Esa clase de duelo, lírico, afilado, sin vuelta atrás. Lo había estudiado hacía años en los personajes del Romanticismo, en clase de Lengua, y aun así me resultaba impensable imaginar que podría terminar sumida en esa histeria silenciosa, contemplativa y llena de remordimientos, por culpa de un hombre al que había conocido hacía apenas mes y medio.

En casa, solo la tía Elvira se dio cuenta de lo que pasaba, más aterrada que sorprendida ante la posibilidad de que su sobrina —su hija— hubiese descubierto lo que era el desamor tan pronto. Tampoco en clase parecieron prestar atención a esa tristeza fácil que ni siquiera me empeñé en ocultar. Ni Clara —más ocupada en lidiar

con las recuperaciones de Latín y los sobresaltos a los que la sometía la detención de Santiago— ni las monjas advirtieron el vacío ni la desgana.

Al llegar el jueves, sor Ángeles —aparte de profesora del coro, nuestra tutora— nos felicitó por los resultados de los exámenes y además de poner fecha para el festival de fin de curso, que llevaba celebrándose desde hacía más de una década con una dedicación casi mística, nos llevó al zoo junto a las niñas de Bachillerato elemental y primaria. No era extraño que hiciésemos vida todas juntas. Ya fuese en las excursiones anuales —siempre dentro de Barcelona— o en las misas de Pentecostés y Navidad. Cada vez que un grupo salía del colegio, los otros iban detrás como si fuésemos inseparables.

Después de lo que había sucedido con Bastian, lo último que quería era reencontrarme con las chiquillas del coro, con esas crías de ocho o diez años que no conocían otra realidad más que la que sor Ángeles explicaba al entregar las partituras. Para ellas, como para Clara, sus padres o las hermanas de Gracia, Julia Ferré era una estudiante aplicada, de notas excelentes, que lo tenía todo: buena cuna, una gran voz y un futuro envidiable por delante. Pero esa no era la imagen que me devolvía cada mañana el espejo, sino la de una Julia menuda —*petita*, *tanpetita*, como me llamaba en secreto mi tía, cuando nadie más podía oírnos—, con más miedos y dudas de los que a mí misma me gustaba reconocer.

Dentro del zoo todo me parecía artificial: los árboles, el cielo, las explicaciones, científicas e infantiles al mismo tiempo, clavadas como estacas en la gravilla; los leones somnolientos, los cristales calientes de las jaulas, el olor fuerte a animal, y el aire cargado, con hedor a tripas y heces. Creo que es la única excursión de Bachillerato de la que guardo un recuerdo tan vívido.

Clara, por supuesto, ayudó a que así fuese. Puede que se tratase de la noche de antes de aquella excursión —o tal vez esa misma semana, no lo sé—, pero Santiago consiguió salir con vida de su arresto, por lo que, coincidiendo con el fin de las recuperaciones, mi amiga dedicó cada minuto que pasamos juntas a hablar de las heroicidades de su amante, quien, junto a Gerard Escudé, había sobrevivido a las peores noches de su corta existencia.

Habría de descubrir, primero por boca de Clara, y días más tarde por boca del propio Gerard y de Santiago, que nada más atraparlos los habían encerrado en celdas distintas, donde pasaron dos noches —si no más— sin luz ni comida, oyendo tan solo los gritos y lamentos de los otros presos, hasta que los desnudaron y comenzó la verdadera agonía: primero preguntas para las que no tenían respuesta, luego preguntas que implicaban delatar al resto —también a nosotras—, y por último, un silencio que anticipaba las golpizas con toallas mojadas, para no dejar marca, y la amenaza de no dejarlos salir nunca si volvían a darles razones para sospechar de ellos. Clara hablaba de ambos con el orgullo herido de una madre, como si fuesen animales encerrados en jaulas que salvar a la desesperada. De imaginar a Santiago y Gerard en esas celdas, los cuerpos lacerados, esa energía juvenil cayendo a plomo de los barrotes, menguando con cada golpe, se me helaba la sangre. Pensé en las cicatrices que tenía papá. En el pecho, en la espalda, a la altura de los hombros, donde nadie podía verlas, como si quien se las hubiese hecho supiese muy bien dónde golpear y cómo. ¿Lo habrían torturado a él también? ¿Habría aguantado aquel dolor con tal de no delatar a quien más quería, como había sucedido con los demás? Y de ser así, ¿cómo era posible que en los años siguientes utilizase ese mismo cuerpo para golpear a otros, para dejar en ellos sus mismas heridas?

Tras la excursión de aquel día regresé a casa de Bastian para pedirle disculpas por la forma en la que había reaccionado. Tenía la certeza de que si no tocaba a su puerta podría perderlo de manera definitiva, y que la única posibilidad de regresar hasta el mundo que escondía aquella casa pasaba por los mismos adoquines de piedra que un día me condujeron hasta él. Bastian no aguardaría en la esquina del colegio de Gracia a que las demás se fuesen, solo para caminar a mi lado hasta que nadie nos viese. Si quería volver a verlo, yo misma tenía que ir a buscarlo y convencerlo de cuánto me arrepentía de haberme comportado así.

Cuando abrió la puerta, una expresión imposible de describir se dibujó en su rostro. Parecía aliviado y al mismo tiempo no trataba de ocultar la culpa que planeaba sobre sus ojos.

—Pasa, por favor.

Bastian se disculpó sin darme siquiera la oportunidad de confesarle lo que llevaba días sospechando: que no tenía ningún derecho a pedirle explicaciones, menos aún como lo hice, y que debería haberle escuchado sin cuestionar una sola letra. Y luego, sin previo aviso, sin tiempo para advertir al cuerpo y al corazón, me estrechó entre sus brazos, rompiendo aquella barrera que él mismo había levantado al momento de pedirme —de rogarme, sí— que no volviese a besarlo.

—Pensaba que no volverías. No me lo habría perdonado.

Quise responder que yo también creía que no querría verme más, que no estaba segura de que fuese a abrirme la puerta, a invitarme a pasar, pero finalmente guardé silencio. Al sentir el calor de su cuerpo junto a mí, aquel olor a tinta y algodón recién lavado, desaparecieron las dudas y todo ese dolor que me había aprisionado el pecho se esfumó de una manera confusa. Tanto que incluso fui incapaz de entender cómo se había instalado ahí.

A decir verdad, no me importó demasiado que diese voz a sus remordimientos. No es que no le estuviese agradecida, pero solo con tocarlo, con reencontrarme con su piel, bastó para saber que aquella fascinación que ya intuía permanecía intacta en el interior de Bastian. Yo, que me había pasado la semana mortificándome, me descubrí reconociendo que esa era la primera vez que veía a un hombre pedir disculpas. Otra de esas primeras veces, como el amor y el llanto, que me regaló Bastian aquella primavera.

Ese día no hablamos de Machado, ni de Victor Hugo, ni tampoco hubo tiempo para descorchar una botella de vino. Recuerdo que me besó y que me quedé colgada de su boca hasta que se me durmieron los labios. Y que ese día hicimos el amor.

Cada vez que había oído hablar de sexo en el colegio, los comentarios de las otras niñas eran demasiado confusos, hasta novelescos. Decían, por ejemplo, que las mujeres que se tocaban a menudo se quedaban ciegas y, en el peor de los casos, se volvían locas. También había oído que a una podían salirle granos horribles por la frente, las sienes y las mejillas, incluso que la columna podía crecer torcida si lo hacía demasiado de adolescente. Las advertencias de las monjas tampoco eran muy alentadoras. Aunque evitaban hablar del tema, las preguntas solían salir en clase de Economía doméstica de forma recurrente, quizá aburridas todas de las tediosas lecciones sobre el mantenimiento de la casa. A veces, las niñas lanzaban aquellas preguntas fuera de tono para hacer reír al resto, y otras, puede que solo para hacer rabiar a las monjas. En cualquier caso, las respuestas de nuestras profesoras no estaban lejos de los comentarios de mis compañeras y, cuando se desataba una oleada de risas por la clase, terminaban mandando callar o sacando la regla del primer cajón del escritorio a modo de amenaza,

culminando con que Dios no quería que pensásemos en eso, que debíamos esperar al matrimonio para plantearnos ese tipo de cosas.

Sin embargo, en la vida real todo resultó natural, sin culpas. Nos dejamos caer en el sofá, sin despegar los labios, y, a la luz de aquel sol primaveral, Bastian comenzó a desnudarme: me quitó el suéter de lana rojo, que dejó entrever mi tripa perlada de lunares, y después el sostén. No recuerdo cuál, pero debía de ser rígido y sin relleno, como los que acostumbraba a llevar en Bachillerato. Cuando fantaseaba con esa primera vez, siempre imaginaba que la vergüenza me jugaría una mala pasada, que me avergonzaría de mi cuerpo o de mi pecho, que trataría de taparme o, al menos, de cubrirme la cara, pero lo cierto es que una sensación cálida y reconfortante me invadió en cuanto me vi allí, casi desnuda, tumbada frente a él.

Yo no sonreía, y debía de parecer seria o concentrada, porque Bastian me besó con cuidado el cuello y me preguntó si estaba bien. No contesté. Me limité a buscar sus labios con los míos, pero él se empeñó en perseguirme con la mirada. Después de eso, no hubo necesidad de decir nada más. Ya no importaba la vergüenza, ni la forma de mi cuerpo, ni mi olor o el sudor pegajoso por culpa del suéter. Cuando Bastian deslizó la mano por debajo de las bragas, bajo la falda, sentí que me faltaba la respiración, que las tripas se hacían diminutas en mi vientre, incluso algo de vértigo. Las pocas veces que lo había hecho yo sola, la sensación era muy distinta a tener a un hombre al lado, a sentir sus manos calientes cerca, a convivir con su aliento dentro de mi boca. Lo hacía con ternura, en el sofá, y aunque tenía los ojos entornados, podía sentir cómo se detenía con cada gesto a escudriñar mi rostro, asegurándose de que nada —el cuerpo, la piel, los huesos— se rompiese. En cuanto me di cuenta de que le gustaba oír esos gemidos entrecortados que se me

escapaban —más por accidente que por complacerlo—, comencé a quererlo dentro. Esa imagen, la de él desnudándose y entrando en mí, mientras yo lo miraba inclinada sobre el sofá, me excitó todavía más. Tanto que pensé que haría cualquier cosa que me pidiese. Incluso le habría implorado que se acostase conmigo si de pronto se hubiese arrepentido.

Fue entonces cuando se tumbó encima de mí. Yo aún llevaba la falda puesta, y me la quité como pude. Por instinto alcé ligeramente las piernas, preparada para acogerlo. Y entonces, despacio, entró en mí. No con brusquedad ni urgencia, sino de manera natural, como si resultase extraño que aquel fuese el primer instante juntos, o como si ya lo hubiésemos repetido decenas de veces y aquel solo fuese un día más.

Un dolor placentero me recorrió cuando me penetró. Empezó en la parte baja de la espalda y se extendió por el cuello, por el pecho que vibraba, y luego por algún lugar profundo, desconocido hasta entonces, lejano, pero sin duda perteneciente a mí. Más que excitada, me sentí conmocionada. Una fuerza que jamás había experimentado me empujaba contra él. Deseaba apretar mis caderas contra las suyas, que mi piel se fundiese con la de Bastian en una sola; aplacar esa sensación de ardor irracional que me había tomado el cuerpo de forma enfermiza, febril, y al mismo tiempo que no se acabase nunca. ¿Acaso eso era posible? ¿Era esa la definición del deseo que nadie había sabido explicarme hasta ese momento? ¿O es que esa clase de emociones no se podían explicar bajo la magia de las palabras o el lenguaje?

Me vienen a la mente sus movimientos, lentos al principio, deteniéndose a ratos para mirarme o tomando mis manos entre las suyas para —ya fuese queriendo o no— medir quién le estaba haciendo el amor a quién. Me golpea con fuerza el rumor de su

cuerpo, acelerando, mirándome los labios. Y de repente su torso entero comenzó a vibrar, y antes de que quisiese darme cuenta se me cerraron los ojos del rubor. Todo pasó muy rápido y al abrirlos descubrí que Bastian había salido de mí en el momento preciso y se había dejado caer contra mis pechos blancos. Solo entonces me di cuenta de que ambos estábamos temblando. Puede que el final no fuese como había imaginado —el cuerpo todavía me ardía—, pero fue reconfortante de todas formas. Incluso puede que perfecto, si lo comparo con otros hombres con los que me acostaría años más tarde, que no mostraban esa consideración. Después de eso, Bastian me preguntó de nuevo si estaba bien, y como no encontré las palabras concretas para decirle cómo me había sentido, nos echamos a reír.

Pensé que, tras recuperar el aliento, Bastian verbalizaría las semanas de deseo contenido, que se justificaría por los días perdidos en los que yo lo miraba y quería más, necesitaba más, mientras él batallaba en silencio entre lo que creía correcto y lo que realmente deseaba. Pero jamás compartió aquel miedo conmigo, ni ese día ni en los meses siguientes. Cuando pienso en ello sospecho que Bastian no quería abusar del poder que le otorgaba nuestra diferencia de edad, y que por mucho que desease corresponder a mis besos, no estaba seguro de quién debía ser para mí o qué podía hacer con mi admiración: podía ser un mentor, un maestro, podía mirar dentro de mis pupilas incluso, pero no se creía con el derecho a amarme. ¿Acaso temía en lo que eso podía convertirlo? Y después, cuando todo se había roto, cuando más perdidos nos creíamos, se había entregado a mí sin concesiones. ¿Era por miedo a perderme, a que esa intimidad pequeña, contenida, se hiciese añicos en pedazos diminutos y fuésemos incapaces de pegarlos de nuevo? ¿Estaba cansado de fingir, de callarse, de ocultar que él también quería

hacerme suya? ¿O se trataba de una forma encubierta de decirme que yo, y solo yo —y no ellas y solo ellas—, era la única mujer que existía en su mundo?

En su lugar, Bastian se arrancó a hablar con una voz cristalina que parecía haber ensayado durante días, de manera que tardé unos segundos en entender qué estaba sucediendo. Me explicó que, aunque pasaba casi todo el tiempo traduciendo textos del francés al castellano, era el fin de semana cuando se ganaba el pan dando clases a chiquillas cuyos padres podían permitirse que alguien venido de Francia las ayudase a comprender la diferencia de los tiempos verbales, las distintas formas de negación y también los secretos de la *liaison*, que traía de cabeza a clases enteras. A menudo era él quien iba a casa de ellas, pero de vez en cuando eran ellas las que acudían con alguien del servicio a casa de Bastian. En especial cuando tenían exámenes de última hora y avisaban la misma mañana. Esa dualidad lo había atormentado desde su llegada a España hacía más de diez años, y aunque él mismo se negaba a reconocerlo, sentía pudor al pensar que vivía de la calderilla de los burgueses de Barcelona, en lugar de la noble tarea de traducir novelas o poesía, que era para lo que realmente había venido a España. Si el hecho de que lo hubiese descubierto esa mañana junto a una de sus alumnas lo había cegado como lo hizo, no fue porque tuviese algo que ocultar, sino porque se avergonzaba de que la Julia de entonces, que lo miraba con esos ojos idealistas inyectados en deseo, descubriese que no era la poesía ni la música la que regía su vida, sino que se trataba solo de un oasis dentro de una existencia mucho más renqueante de lo que aparentaba.

Sentí su confesión como un regalo que Bastian me entregaba. Que hablase en esos términos y se abriese a mí me resultó de pronto un acto mucho más valioso que el de la entrega de su cuerpo

o su sexo. Al tiempo que se me dibujaba una mirada de gratitud en el rostro, advertí que también él se sentía aliviado, aunque no fuese consciente de que aquella honestidad me atraía mucho más que la rudeza que cabría esperar de un escritor maldito o un *enfant terrible*.

Le dije que no me importaba, que lo quería saber todo de él, y que si llevaba en su interior ese fuego, era porque en realidad su razón de ser era la literatura, la traducción, las palabras. Qué importaban las pesetas ganadas dando clase si lo que realmente le hacía feliz, aquello que lo mantenía vivo, se encontraba ahí mismo, aguardando junto a su escritorio. Y él me miró resignado pero feliz, hasta que me di cuenta de que era la primera vez que lo veía desnudo de verdad, tal y como era —o como creía que era entonces —.

El tiempo me ha enseñado que lo que le dije en ese momento no fue honrado. Puede que utilizase esos verbos, incluso parte de esas palabras, pero lo cierto es que la confesión de Bastian no sirvió para que dejase de idealizarlo, de romantizar su recuerdo, sino para comenzar verdaderamente a hacerlo. Creo que fue esa vulnerabilidad, como lo había sido escuchar sus disculpas, la que hizo que me enamorase de él y empezase a dar forma en mi memoria a un Bastian idealista, entregado en la clandestinidad a la vida secreta de las palabras en una guerra íntima y dolorosa entre lo que era y lo que deseaba ser en realidad.

CAPÍTULO 9

Ese día, después de que le pidiese saber quién era, en qué trabajaba, la música y la poesía dejaron de ser el atrezo que envolvía el salón de Bastian, y pasaron a formar parte de nuestro día a día con la misma naturalidad con que ya lo hacían los besos en la nuca. Desnudo, el sudor todavía reluciente en la espalda, los pies fríos, se acercó hasta su escritorio y volvió con un cuaderno rojo que reconocí enseguida porque era el mismo que tenía abierto del todo cuando entré por primera vez en su casa. Me contó que estaba trabajando en la traducción de un texto de Victor Hugo perteneciente a *Les Contemplations*. Se trataba de una edición adaptada para clases universitarias de Literatura Francesa. Sin embargo, llevaba días trabado por culpa de una palabra que, pese a no estar en la obra original, se repetía demasiadas veces en la adaptación. Fruto, quizá, de la fuerza que tenía para representar el sentir del manuscrito, un texto autobiográfico y en clave poética que Bastian definió como uno de los libros que mejor representaban el dolor y la pérdida. De entre las muchas palabras escolares que había aprendido en clase de Francés, *regretter* no era una de ellas. Ni tampoco la mayoría que figuraban en aquellas páginas, lejos del nivel que cabría esperar de una estudiante de Bachillerato superior. «Lamentarse», «arrepentirse de algo», «echar de menos» o «sentir la ausencia de alguien» eran las acepciones más comunes a la hora de traducir aquel verbo, pero a Bastian todas le parecían insuficientes, inapropiadas para la fuerza que tenía el texto.

—Esto es lo que hacemos los traductores —dijo con esa voz queda de los que se ríen de sí mismos—, pasarnos horas pensando en la dimensión de las palabras, en su intensidad, en su sentido. Y maldecirnos si no encontramos el equivalente exacto, ese que creemos que le hace justicia a cada verso.

Fue entonces cuando le hablé de la añoranza. La primera vez que oí aquel término fue de los labios de la tía Elvira, que siempre hablaba —cuando lo hacía en catalán, a escondidas de papá— de lo mucho que *enyorava* la vida en el Montseny, por dura que hubiese sido a causa de la guerra y el hambre. Pero si por algo lo recordaba era por las clases de Latín, donde las monjas, entusiastas de la etimología y del idioma de Dios, nos habían explicado que *añorar* venía del catalán antiguo *enyorar*, y que este, a su vez, tenía su origen en el verbo latino *ignorare*.

—Así que, etimológicamente, cuando decimos que añoramos algo o a alguien, estamos diciendo que lo ignoramos, que no sabemos qué ha sido de esa persona, que desconocemos dónde está y solo nos queda su ausencia —le dije.

Al escucharla de mi boca, aquella explicación me sonó cursi e intensa. De haberla formulado en clase, estoy segura de que el resto de las niñas habría soltado una risita burlona. En cambio, para Bastian, debió de cobrar un valor especial porque sus pupilas se tiñeron de una suerte de admiración que me excitó mucho. Era una sensación magnífica, sí, la de saberse deseada, pero más aún la de sentirse admirada por alguien para el que las palabras significaban tanto.

Nunca supe si *añorar* hacía justicia a los textos de Victor Hugo, ni jamás tuve constancia de que hubiese utilizado aquel verbo en alguna de sus traducciones, pero después de eso se pasó la tarde entera hablando de libros. Lo hizo con una pasión desmedida, con la

ilusión que vive en los ojos de un niño, como si en lugar de hablar, se dejase arrastrar bajo el flujo de una narración inconexa.

Saltaba de poetas franceses a nacionales, también entre siglos y géneros, pasando por la novela, el teatro y siempre deteniéndose en la poesía. Yo, claro, no entendía de versos ni de estilos ni metáforas, pero con escuchar aquella dedicación que destilaba con el ir y venir de las palabras ya me bastaba. Habría pasado días enteros colgada de sus conversaciones. Si recuerdo algunos de esos nombres —Baudelaire, Paul Valéry, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez— es porque con el paso de los años muchos se han ido cruzando en mi camino de una forma u otra: como antologías en puestos de viejo de la ronda de Sant Antoni, o como ecos de los que me es imposible escapar cuando intento regresar a aquel año de 1959. Aunque era Machado quien despertaba en él una fuente inagotable de elogios.

Recuerdo preguntarle por el recorte que conservaba en la pared: ¿por qué él, qué tenía de especial?

Bastian me preguntó si había estado en Colliure.

Le dije que no —yo, que ni siquiera había salido de Barcelona— y me respondió que el día que pusiese un pie en aquel cementerio entendería lo que representaba Machado, lo que era el exilio. Sabía el cariño que le profesaba, lo mucho que había estudiado su obra, pero no entendía por qué le brillaban los ojos cada vez que miraba hacia aquel rincón de la pared. Y mucho menos entendía la mística que tenía aquel pueblo francés que tan lejos le quedaba a una estudiante de Bachillerato en aquella primavera.

A la palabra *añoranza* se sumaron muchas otras con el correr de los días. Expresiones en francés que no existían en castellano ni en catalán, y que venían a reafirmar el complejo mundo bajo el que se regía la etimología, la semántica y la realidad de Bastian. Por ejemplo, *souhaiter*, «desear», tenía su origen en las palabras latinas

subtus, «bajo», y un término alemán y antiguo, *haitan*, que significaba «prometer». Por lo que a mis ojos, la forma francesa de entender el deseo tenía mucho que ver con ponerse bajo la promesa de alguien. A Bastian, en cambio, le parecía una lectura demasiado poética, y como traductor prefería pensar que todo deseo albergaba una promesa implícita, aunque no siempre estaba ligada al compromiso. Y eso hacía cada encuentro único, especial, porque entregarnos el uno al otro no solo significaba hacerlo con la carne y las manos, sino también con palabras que encerraban un universo entero, recóndito y lleno de significados por descubrir.

A la hora de traducir, Bastian era perfeccionista y sensible, como en la cama. Por eso le dolía que muchos textos tuviesen que enfrentarse a la censura, lo que condenaba al olvido a gran parte de los manuscritos que le enviaban. Una tarde me confesó que había tomado la costumbre de cambiar el tono político de algunos textos, incluso ideas de los personajes, con tal de que el libro superase la censura. Aunque había tratado de traducirlo con la mayor fidelidad posible, sílaba por sílaba, no soportaba la idea de condenar a la obra y al autor al olvido. Recuerdo que le respondí que tal vez no era lo correcto, y se puso hecho una furia. Incluso cuando me hablaba del trabajo de otros traductores o de compañeros que mataban las horas en una oficina revisando textos para el régimen, criticaba ferozmente la falta de pasión de muchos, su nulo compromiso con la literatura y, lo peor de todo, su oficinismo, que él mismo había rechazado varias veces, por mucho que se viviese mejor y se cobrase más. Decía que para censurar libros era mejor trabajar desde casa, en lo que uno buenamente pudiera, aunque eso lo abocase al hambre o a las clases de Francés, y que los libros no estaban escritos para ser olvidados, sino para ser leídos.

Además de ponerle nombre al deseo, le pusimos nombre al jazz. Esa música lejana, indescifrable, que había sonado desde el principio pasó de pronto a tener un significado. Las canciones no se limitaron a ser baladas tristes, a juego con la nostalgia natural que emanaba de la casa, sino que cobraron forma tras cada encuentro. Las melodías azules de trompeta pasaron a ser fraseos de Miles Davis; los solos de piano, más profundos que cualquier instrumentación escuchada en la iglesia, resultaron ser de Bill Evans; y esa voz ausente que parecía hablar en un idioma frágil y afligido —en inglés, en realidad— pertenecía a Sarah Vaughan. En sus propias palabras, el jazz era la tristeza danzando, un poema tocado con los dedos, un monólogo sin palabras. Aunque siempre culminaba diciendo con orgullo que si la poesía era una forma de llegar hasta la verdad que le daba sentido al mundo en el que vivíamos, el jazz era el único modo de soportar nuestra estancia en él. Muchos años después, escuché la mejor definición del jazz que he oído jamás, y me gusta proyectarla sobre esas tardes en casa de Bastian: «El jazz es la nostalgia de lo que podría haber sido y nunca fue». Ni siquiera ahora sé tanto de música como para atreverme a definir un género, pero al menos así es como me gustaba justificar la devoción que él sentía por esos discos de vidas no vividas y decisiones imposibles de tomar.

Cuanto más hablábamos de poesía y de jazz, más especial se hacía cada encuentro. No por el contenido de las conversaciones o lo que aprendía —que poco me importaba si se comparaba con el sexo o con el tiempo que pasábamos juntos—, sino por la forma en la que hacíamos el amor. Fue como si de pronto pudiese acceder a una parte de Bastian que hasta ese momento me era desconocida. Al saberlo vulnerable, me resultaba más fácil abandonarme a él: recuerdo que era entregado, leal y al mismo tiempo tierno y paciente. Se tomaba el tiempo necesario en cada beso, en cada

caricia, como si tratase de ser ejemplar en las formas del deseo, en sus colores, como si el cuerpo fuese un mapa que explorar igual que se conquistan los imperios. No lo decía de ese modo, claro, pero incluso a esa edad ya me daba cuenta de que su manera de observarme al gemir, de tocarme con dulzura, escondía el firme propósito de enseñarme cómo amar a través del tacto. Yo me dejaba hacer mientras se me revelaban los placeres del cuerpo, los lugares exactos que por mí misma no habría descubierto jamás, en especial por el pudor que las monjas habían inyectado en nuestros cuerpos.

Cuando Bastian accedía a dejarse llevar —jamás con palabras, a menudo con un gesto, con una mirada, con un primer beso que debía dar siempre yo—, adoraba tenerlo debajo de mí, piel con piel: el olor del vino en sus labios al suspirar y en los besos dados o sin dar, y también los gemidos sofocantes; que me observase abatido, respirando a marchas forzadas, lanzando suspiros que lo estremecían hasta hacerlo terminar siempre fuera de mí, incluso cuando yo no estaba de acuerdo y deseaba tenerlo dentro hasta el final.

Esa voluntad de someternos —tierna pero lasciva—, cuando nos sabíamos vulnerables, solos, a contracorriente, marcó la forma que teníamos de vernos. Con todo, siempre me pareció curioso que siendo Bastian un profesional de las palabras, fuese tan poco generoso para escoger aquellas con las que definir a la persona que era antes de conocernos. Sé, porque él me lo dijo, que apenas llegó a conocer a sus padres, que no se había casado, aunque sí que estuvo con más mujeres antes que conmigo —nunca le pregunté quiénes eran ni sus nombres—, que había cantado en un coro y que había nacido en Toulouse a mediados de los años veinte, a pesar de llevar más de una década en España. Siempre había tenido un talento especial para los idiomas. Y eso mismo era lo que lo había

llevado hasta Barcelona, huyendo de la guerra de Europa en la que se había sumido Francia, y para la que el gobierno de Daladier había tratado de que se alistase, como otros tantos críos por todo el país que no corrieron su misma suerte.

Recuerdo que le pregunté fascinada cómo cruzó la frontera, porque, por culpa de los amigos de papá —que siempre tenían anécdotas crueles de la guerra—, a mis ojos era una quimera. Pero a Bastian le entristecía tanto hablar de esos días como de la vida que llevó antes de llegar a España, y con el paso de las semanas dejé de preguntar con tal de no convocar a sus fantasmas. Todo cuanto sabía era que había tenido suerte y que desde niño había encontrado el modo de sobrevivir sin importar lo difícil que se pusiesen las cosas, incluso en esos tiempos terribles del desaliento. A él solo le gustaba hablar de poesía, de vino y jazz, de viajes por hacer a Europa —lo que era impensable para la cría que era entonces—, que llevaba años posponiendo por culpa del trabajo, y de las muchas cosas que le quedaban por hacer en Francia. Eso me chocó mucho porque en esa época el futuro se cernía sobre mí como una sombra de la que era difícil escapar, a causa de la mirada juiciosa de las monjas, que esperaban impacientes —como papá, como mi tía— a que decidiésemos ser amas de casa y consagrarnos a la vida familiar, o estudiásemos algo lo suficientemente valioso como para postergar un tiempo la noble tarea del matrimonio, que nada tenía que ver con la posibilidad de acompañar a Bastian a recorrer el país del que venía, y al que nunca había vuelto. Y, por supuesto, también le pregunté si se planteaba escribir su propia obra en algún momento remoto. Pero lo único que obtuve fue una sonrisa piadosa, tierna, que a la Julia de entonces le resultaba indescifrable, antes de responder que jamás se lo había planteado.

Cuanto más descubría de él, por insuficiente que me pareciese, mayores eran los matices que cobraba su mirada, sus expresiones o la cadencia con la que movía las manos cuando me tocaba. Puede que en ese mundo que se regía por verbos y confesiones, Bastian prefiriese ser cauto y mostrar solo aquello que le interesaba que alguien como yo viese, pero en el de los afectos y el tacto, era inevitable advertir su verdadero sentir. Y aunque no lo decía, podía leer en sus ojos lo solo que se sentía, cómo me pedía que me quedase a su lado antes de marcharme rumbo a la plaza de San Jaime y perderme entre la bruma que envolvía Barcelona.

Sí. ¿Verdad que lo pensabas, Bastian, aunque no lo dijeses, que deseabas que permaneciese a tu lado? ¿No es eso lo que hacen a menudo los hombres, incluso los que lloran y piden disculpas: esconder sus emociones muy adentro?

Visto en perspectiva, me pregunto si se habría abierto de esa manera si no lo hubiese encontrado con una de sus alumnas, si no nos hubiésemos visto así de vulnerables. Tal vez, aquel dolor y el modo en el que hicimos el amor para reconciliarnos solo fue un peaje para acceder al verdadero Bastian Ballard. O al menos, a quien yo creía que era.

CAPÍTULO 10

Con los ojos del ahora, la Barcelona de 1959 —como toda España— es una sombra de lo que un día fue. La gente del sur ya no llega con maletas de cartón ni crecen los barrios de barracas en los márgenes de la ciudad como respuesta al hambre. Tampoco aguarda la policía en las esquinas ni se construyen edificios sin alma junto a Sarrià y Les Corts, como si la gente temiese alzar la voz y sobresalir del resto. Ni siquiera el silencio de la noche es el mismo que el que habría de llegar veinte años después. Hace poco que la ciudad ha comenzado a recordar quién era. Ha descubierto que tiene una historia y un idioma con los que tratar de entender el mundo, y que sus calles y sus plazas están hechas para que chillen los niños, recién despertados de un sueño vivido por sus padres, hechas para que se vendan los libros —todos, sí, incluso los prohibidos— y la gente pueda cantar en las esquinas sin miedo a levantar la voz. Yo ya la veía bonita entonces, cuando era muy distinta de lo que es hoy en día. Aun con sus imperfecciones, su crueldad. Cuando era la Barcelona de Bastian Ballard y Julia Ferré.

Era la única versión de la ciudad que había conocido, sí, pero me encantaban su cielo y el rumor de la gente que iba y venía del puerto con el viento danzando en su cara, rambla arriba hasta plaza Cataluña, entre el canto de los periquitos y los feriantes. Puede que si Santiago Sallés y los demás la viesen ahora pensarían lo mismo, pero en ese momento soñaban con cambiarla con el mismo fervor con el que se escriben las utopías, porque soñar es entregarse a la

libertad y, en esos días tristes, cualquiera que no hubiese estado lo suficientemente obsesionado con el amor también habría querido huir de esa ciudad y de todas las ciudades grises que daban forma a eso que algunos —no nosotros, claro— llamaban nación. Esas palabras no son mías, sino de Santiago Sallés. No estoy segura de si las pronunció él o las tomó prestadas de algún discurso, pero así fue como empezó el mitin que había pospuesto su detención.

Clara me contó que a Santiago y Gerard les había costado varios días recuperarse de sus noches en la prisión, pero que por fin se habían reorganizado y ambos aguardaban con impaciencia a que cumpliese con mi promesa de cantar aquel poema de Machado delante de todos. La Julia de dieciocho años poco o nada sabía de los encuentros clandestinos de los comunistas catalanes, pero trataba de absorberlo todo con una extraña fascinación. No por mí, que bastante tenía con las disertaciones de Bastian, sino por Clara. Sentía que si la dejaba sola con Santiago, algo en su interior, esa fragilidad que emanaba de ella de manera natural, se rompería para siempre, y que nadie además de mí había reparado en lo fácil que sería hacer saltar por los aires el corazón de aquella chiquilla idealista que solo deseaba —como todas— sentirse amada y formar parte de algo más grande.

Lo comprendí cuando me confesó con susurros avergonzados, desde el otro lado del teléfono, que le había ofrecido a Santiago una planta baja en Sants, junto a la calle de Galileo, donde sus abuelos —o puede que sus tíos, no estoy segura— habían regentado en otro tiempo una vieja tienda de bicicletas. No lo había pensado demasiado: Santiago y los demás buscaban un lugar nuevo en el que reunirse después de que la policía los detuviera y ella se había limitado a entregarle las llaves, que llevaban más de cinco años abandonadas en el recibidor de su casa. Si sus padres se hubiesen

enterado —tal vez si yo se lo hubiese dicho, si hubiese hecho lo que debía—, no habría pasado todo lo que sucedió en las semanas siguientes. Aun así, ni Clara ni yo imaginábamos lo que la vida podía depararnos cuando acudimos al primer mitin de Santiago, que de alguna forma selló su relación con ella y, por tanto, también conmigo.

Ese día, Clara y yo aprendimos demasiadas cosas: algunas que toda niña habría deseado saber por morbo o curiosidad, y otras que habría preferido ignorar. Aprendimos, por ejemplo, que Santiago solía comunicarse con el resto mediante cadenas de confianza. Los mensajes se trasladaban de boca en boca y si alguien no transmitía la seguridad suficiente, se le condenaba al ostracismo y no tenía forma de enterarse de dónde ni cuándo iba a celebrarse la siguiente reunión. Tampoco conocíamos a todos los asistentes, solo a aquel grupo de chicos que nos habían presentado la última vez. Todos de nuestra edad, sin pinta de guerrilleros ni intelectuales. Tan solo críos, como puede que también nos viesen a nosotras, empeñadas en ser algo que no éramos mientras nos bajábamos los calcetines altos, doblándolos, y nos subíamos las faldas con la esperanza de parecer más mayores. Además de ellos, acudieron obreros de fábricas textiles del Besòs, Sants y Pueblo Nuevo —«Poblenou», decían ellos —. Y, por supuesto, estudiantes universitarios. Incluso un hombre que triplicaba la edad del resto y que semanas después descubrimos que era cura. También vino una mujer con un recién nacido en brazos, lo que me impresionó mucho. Dicho así podrían parecer decenas de personas, pero no solían ser más de quince. Si aparecía alguien que no conocíamos, estaba previsto pedirle una contraseña, aunque jamás llegué a oír que sucediese algo así.

Supe por boca de los demás que a menudo se reunían en pisos particulares, en sótanos, talleres de barrio o en fábricas que

cerraban al caer la noche. Incluso en alguna iglesia de las afueras que se ofrecía con la certeza de que las Brigadas Sociales jamás derribarían las puertas de la casa de Dios. Otros, en cambio, desconfiados de las inclemencias de la ciudad, preferían reunirse en la montaña de Montjuïc o Collserola, al amparo de las tinieblas. Sin embargo, Santiago había conseguido congregarlos a todos con su buen hacer. Tal vez solo quería demostrarse a sí mismo que podía hacerlo, que podía conquistarlos con la misma facilidad y labia con que había seducido a Clara —no lo sé—, pero lo cierto es que, lejos de amedrentarlos, su encarcelamiento los había inspirado y, a ojos de la mayoría, Santiago Sallés y Gerard Escudé se habían convertido en dos mártires que parecían elegidos por la mismísima Pasionaria para liderar a una nueva generación de chiquillos dispuestos a morir por una idea, a vivir en la clandestinidad y cambiar de domicilio o de trabajo constantemente, a usar un nombre que no era su nombre a cambio de la paz de no ser delatados nunca.

Me doy cuenta, cuando me golpea la nostalgia, de que todos tenemos nuestras heridas y buscamos voces en las que proyectarlas con la esperanza —ciega, la mayoría de las veces— de curarlas. Bastian había hallado su cura en la poesía. Papá y la tía Elvira se habían empeñado en crear un mundo austero, regido por unas reglas estrictas que de alguna forma daban sentido a una existencia que jamás lo había tenido. Y aquellos hombres necesitaban encontrar un bálsamo en las palabras de Santiago. No los culpo. No lo hacía entonces y no lo hago ahora. Es más, me habría encantado que aquel secretismo y valentía me inspirara como inspiraba a Clara, pero supongo que mi guerra estaba junto a Bastian y que, de no haber luchado allí, habría terminado fascinada por las ideas que en esa y en las tardes siguientes salieron de los labios de los demás.

Para abrir el mitin, Santiago repartió varias octavillas, donde aparecían documentos del Partido Comunista reproducidos con mimeógrafo o a mano. Y cuando comenzó a hablar de cuál sería la forma correcta de rearmarse ante los tiempos que corrían, la mayoría se limitó a escucharlo sin abrir la boca. Santiago habló de la revolución rusa, de la formación del partido en 1921 y de la situación de Cuba, en la que acababa de triunfar la revolución. Creo que si consiguió aquellos manuales y textos fue solo porque trabajaba en una imprenta y porque su hermano se ganaba la vida haciendo copias de los manuscritos para los verdaderos intelectuales de esa revolución silenciosa que Santiago se empeñaba en llevar a cabo con más pasión que coherencia. Eso, claro, lo entendí más tarde, como otras tantas cosas.

Después de su discurso, prometió que estaban trabajando para reclutar a más gente, que querían —necesitaban— una red de apoyo para lograrlo y que esperaba que ese fuese el primer encuentro de muchos para luchar contra quienes los querían callados y sin voz. El primer objetivo era claro: asociarse para liberarse del yugo de las Brigadas Sociales que habían inundado el Barrio Chino y el Gótico. No verbalizó que se trataba de una revancha, pero era evidente, ya entonces, que a las ideas de Santiago les eran insuficientes las palabras. Mientras, Clara y yo callábamos en una esquina. Ella, observándolo con admiración, y yo, pensando en papá, en que no me importaba el color de las banderas que colgasen de aquellas paredes venidas a menos mientras pudiese luchar contra su paternalismo estúpido e hiriente, mientras pudiese demostrarle que sabía mucho más de lo que él creía y que estaba equivocado. Sí, esa era la parte de mí que conectaba con Santiago; siempre había sido así y había llegado el momento de que lo supiese.

Todavía pensaba en ello cuando Clara me empujó hacia el centro de la planta baja. De pronto se había hecho el silencio y todos callaban con la vista puesta al frente, con esa mirada prendida en mí. Me enfurecía tanto pensar en papá que había olvidado qué me había llevado hasta allí.

Santiago me presentó ante el resto. No dijo mi nombre, claro, pero explicó que iba a cantar un poema de Antonio Machado y que esa clase de ímpetu, de pasión, era la que quería ver siempre en los ojos de los demás. No supe si se trataba de un piropo o un elogio estéril para inspirar al resto, pero aquella tarde, como tantas otras, me limité a cantar y a proyectar esas emociones en mi voz, que era de pronto la voz de Miguel de Molina, la de Concha Piquer y la de todos esos cantantes que desfilaban radiantes en los altavoces de la casa de Clara:

Caminante, son tus huellas / el camino, y nada más.

Algo parecido a los nervios.

Saberse escuchada.

Esa mujer dando el pecho, mirándome.

El silencio del bebé mamando.

... Caminante, no hay camino, / se hace camino al andar.

Clara conteniendo el aliento.

La sonrisa de Santiago, reluciente como la de un domador de leones.

El niño que suelta la teta de su madre y rompe a llorar.

Al andar se hace camino, / y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca / se ha de volver a pisar.

Sentirse artista gracias a los ojos del resto, que no son padres ni profesores ni abuelos.

Cantar a Machado para cantar contra papá, por mucho que aquellos versos poco tuviesen que ver con la lucha que perseguíamos. Contra sus formas, contra la persona en la que deseaba que me convirtiese y no podría convertirme nunca. Visto desde el ahora, me es imposible apreciar en aquellos versos lo que querían ver Santiago y el resto. ¿La libertad? ¿Una España distinta de la del dolor y la sangre? ¿Una patria de la que sentirse orgullosos? ¿Un camino que culminaba en esa España que podría haber sido y ya nunca fue?

Caminante, no hay camino, / sino estelas en la mar.

Para qué si no aquel teatro.

Y luego los aplausos, como si nadie comprendiese que utilizar aquel poema de Machado en aras de la libertad —solo el tiempo me lo ha enseñado— era una chiquillada más de Santiago.

Uno a uno, esos rostros anónimos que acababa de conocer desfilaron para felicitarnos. A ambos. A Santiago y a mí. Con sus narices —los adolescentes— menudas, todavía por crecer, con sus pelos ralos, menguando ya en la coronilla —los de las fábricas—. De fondo, ese estruendo generoso que sigue a las enhorabuenas. Y todos, sin excepción, haciendo lo mismo: abrazándose a Santiago como había visto a los mendigos abrazar a los curas en la sacristía de Navidad, para después estrecharme la mano. Era en ese momento cuando se dibujaba en sus ojos algo parecido a la gratitud. Era noble, sí, y estaba lleno de luz. Tanto que me dejó descolocada. Había despertado admiración, elogios, envidia incluso, pero nadie me había dado las gracias por cantar, por regalarle mi tiempo. Hasta Clara, que se lanzó a mis brazos entusiasmada, tenía ese brillo en la

mirada que me pareció más natural, más genuino, que todas las palabras que había volcado su novio al viento.

Tras el desfile de caras, el último en estrecharme la mano fue Gerard Escudé. No sabía mucho de él, más allá de lo que me había contado Clara. Sabía que lo habían detenido junto a Santiago y que ambos eran tan inseparables como lo éramos nosotras entonces. También que tenía el pelo alborotado, del mismo color que yo; de ese rubio extraño que solo oscurece por culpa de los disgustos que entraña la edad. Era guapo, eso lo recuerdo bien, y, a diferencia de la mayoría, prefería pasar desapercibido, siempre silencioso, paciente, meciéndose en una calma extraña que nadie habría de esperar de un chiquillo perseguido por la policía.

—Soy Gerard.

—Julia.

Le dije que ya nos conocíamos de la última reunión e insistió en que no había tenido la oportunidad de presentarse como debía. Me dio las gracias por venir y me pidió que perdonase el entusiasmo de Santiago, su insistencia. Le dije —le mentí— que no había sido nada y que si había cantado era por la conexión con el poema, porque me sentía cómoda proyectando aquella melodía que yo misma había ensayado frente al espejo —y que nada tendría que ver con la versión que Serrat sacaría años después—. No, ya tenía bastante con las chiquillas de primaria. Esto también se lo dije, y debió de hacerle mucha gracia porque rompió a reír y la risa subrayó la armonía de su rostro, incluso bajo aquella luz marginal de planta baja. Su boca, envuelta en una perilla dorada de varios días, los labios gruesos, la piel tostada, la barbilla erguida, siempre mirando de frente, a los ojos. Esa tarde, le hablé de mis compañeras del coro y de ese repertorio limitado, angelical, que llevábamos siguiendo devotamente desde hacía varios años, y también de que no me

había decantado todavía por ninguna salida laboral ni académica, pese a que las monjas insistían en que con mis notas —y si todo iba bien en la Prueba de Madurez, que estaba ya a la vuelta de la esquina— podría estudiar o trabajar en lo que quisiese; o al menos en lo que le estuviese permitido a una mujer tras cumplir la mayoría de edad.

En ese momento no le mencioné de qué trabajaba mi padre ni que mi madre había muerto y que yo vivía con mi tía en Portal del Ángel. Podría haberlo hecho desde el principio, para abrir la conversación, para que supiese quién era en realidad, pero me daba vergüenza que al descubrirlo pensase que solo era una niña pudiente del régimen, llena de privilegios con los que ni él ni los suyos soñarían nunca. En esos años todavía me preocupaba lo que los demás pensasen de mí. Sí, entonces existía una Julia ideal que acostumbraba a ser lo que los demás deseaban ver en ella: podía ser la Julia amante que le confesaba a Bastian al oído cuándo se iba a correr, la Julia hija perfecta, que sacaba las mejores notas lo quisiese o no, solo por el respeto o el miedo que infundía su padre, y también la Julia obrera que cantaba en mítines y encarnaba con su voz el sentir de una revolución que le era ajena. Sí, en esos años habría sido la Julia que me hubiesen pedido, que me hubiese hecho falta ser.

Gerard y yo no nos separamos en las horas siguientes. Nos reencontramos con Santiago y Clara, por supuesto, e intercambiamos varias conversaciones con los demás, pero él no se apartó de mi lado en ningún momento. Me lo contó todo sobre él. O todo lo que se podía contar: que tenía diecinueve años y trabajaba en la SEAT del sur de Barcelona desde los quince, que su familia era de origen humilde, de Gavà, y que acudía cada mañana en tren desde la Estación de Francia, donde los recogían en un autocar que

los conducía directamente a la fábrica. Gerard me explicó que sus inquietudes políticas no le venían de familia. Su padre trabajaba como jornalero y su madre se había dedicado a criar hijos sin mayor afán en la vida que el de dar el pecho. Tenía cinco hermanos y aunque la mayoría habían continuado el legado familiar en el campo, solo él y su hermano pequeño habían decidido adentrarse en la industria que estaba expandiéndose por toda la ciudad. Si se sentía afín a las ideas de Santiago o al comunismo, era solo por las condiciones a las que los sometían en la fábrica y por los sindicatos que operaban clandestinamente cuando bajaban las persianas y se detenían las máquinas. Para él, luchar contra los de más arriba solo era una forma de sacar la cabeza a flote, de intentar vivir con dignidad. Después me contó que había conocido a Santiago gracias al hermano de este y desde entonces habían forjado su amistad en torno a aquellas reuniones a oscuras, y a los textos torpemente impresos que salían de la imprenta en la que trabajaban los dos Sallés.

Si Santiago encarnaba al chiquillo idealista, convencido de que podía cambiar el mundo, Gerard representaba la lucha desde la humildad. No lo oí hablar de las detenciones de los compañeros, ni de los amigos desaparecidos. Ni tampoco repetía las consignas que los demás chillaban con orgullo ni bromeaba con las noches que habían pasado en el calabozo, con lo duro que estaba el único mendrugo de pan que les dieron en aquellas noches. Desde fuera podría parecer que se tomaba la vida menos en serio que los demás, pero ahora creo que solo trataba de relativizar aquel sufrimiento para hacerlo más llevadero. Con todo, me resulta demasiado difícil recordar al detalle lo que me gustaba de él, lo que temía, cuáles eran sus defectos o sus manías, porque lo que pasó semanas

después condicionó la forma en la que lo veo cada vez que vuelvo a esos días.

Lo que sí perdura en la memoria y se extiende ante mí es la sensación pegajosa que me dejó en el cuerpo su mirada. Ahora, desde la sabiduría que da la edad, puedo decir que Gerard me miraba como si supiese que era cuestión de días que me sometiese a él. Sí. Santiago estaba demasiado ocupado viéndose a sí mismo a través de la mirada de Clara, majestuoso, imparable, un Lenin de la Barcelona moderna. Pero Gerard me quería a mí y por alguna razón me observaba paciente, sabedor de que solo el tiempo me conduciría hasta su cama. Yo no tenía entonces la menor idea de que en los ojos de los hombres —más allá del deseo— podía habitar esa certeza y que incluso podían hacer de ella una virtud. Sea como fuere, su mirada no pasó inadvertida para nadie, ni siquiera para Clara, que en cuanto retomamos el camino de vuelta a casa me habló de las virtudes de Gerard y de lo inspiradoras que eran las palabras que Santiago a menudo le dedicaba.

—¿Has visto cómo te mira?

—¿Y qué?

Debió de sonar hostil, porque Clara me preguntó enseguida si me pasaba algo. Le dije que no y sonreí. Creo que por compromiso o simplemente porque era más fácil complacerla que reconocerme a mí misma que si le hubiese hablado de Bastian Ballard cuando debía, ahora no tendría que justificar o evadir ese deseo no correspondido. ¿Dónde se suponía que quedaba la intimidad con la que se hablan las amigas? ¿En eso había transformado mi amistad el amor clandestino?

—No sé... ¿Te imaginas? ¿Los cuatro juntos?

Esa noche, papá ya estaba en casa cuando llegué. Le dije que venía de estudiar con Clara y él se limitó a saludarme como solía

hacerlo, a voces desde el salón, con el NO-DO zumbando en todas direcciones, donde hablaban del 52, cuando Franco llegó a Barcelona a bordo del crucero *Miguel de Cervantes* con motivo del Congreso Eucarístico Internacional, lo que llevó a la ciudad entera de cabeza con la seguridad y las conspiraciones.

Para mi sorpresa, la tía Elvira, que siempre salía de la cocina para comerme a besos, me tomó de la muñeca y me encerró en el dormitorio, donde todavía se colaba el inconfundible olor a ajo dorado en la sartén. Después de asegurarse de que la radio estaba lo bastante alta para que no nos oyese papá, me lanzó una mirada severa, incontestable, que aún hoy guardo conmigo:

—¿Por qué estás viendo a ese hombre, niña?

CAPÍTULO 11

Lo sabía todo: dónde vivía Bastian, las horas que pasaba allí, y también que acudía a su casa mientras todos me creían en el Born o Sant Antoni. Hablaba enfurecida, con la voz ronca, reprimiendo —imposible no darse cuenta— un enfado aún mayor. Nunca la había visto así: ni cuando suspendí una evaluación de Matemáticas en primaria, ni cuando regresaba a casa una hora más tarde de lo previsto y me esperaba asustada en la ventana, temiéndose lo peor. Ni siquiera cuando me escapé, siendo una niña, en medio de las fiestas de Gracia solo porque papá me había chillado, y ambos se pasaron la noche buscando entre sardanas y cabezas de gigantes mientras yo apretaba fuerte los ojos bajo una de esas mesas largas que colocaban para cenar en la calle, esperando a que todo pasase y se hiciese de día.

Alguien en el barrio debía de habérselo dicho. No podía imaginar quién ni cómo, pero debían de haberme visto. Sí. Algún vecino me habría visto acudir a su casa con la misma bolsa de tela con la que salía de Portal del Ángel. Y después se habría encontrado con mi tía en la peluquería, o en Las Ramblas, y le habría confesado, para su vergüenza y deshonra, lo que hacía su sobrina. Y mi tía, que con lo que había sufrido no soportaba que nos mirasen con condescendencia, no habría sabido dónde meterse. Puede que hasta hubiese dicho que esa no era yo, que debía de tratarse de un error porque su sobrina a esas horas estaba ayudándolos con las tareas

de casa, o en la iglesia, cantándole a Dios, que era lo que hacían las niñas de bien como yo.

—Se está aprovechando de ti. Y cuando se canse, adiós muy buenas.

Deseaba gritarle que no tenía razón, que ella no lo conocía ni tenía derecho a hablar de esa forma de él, pero me sentía tan furiosa que ni siquiera estaba dispuesta a discutir. Tal vez porque sospechaba que eso solo empeoraría las cosas.

La tía Elvira me confesó que Bastian tenía treinta y cinco años —más de lo que habría advertido a simple vista— y que en el barrio hablaban pestes de él, no solo por ser extranjero —lo que en la época ya era motivo suficiente de burlas—, sino porque de vez en cuando metía en su casa a las niñas ricas de Pedralbes. Intenté explicarle que era profesor de Francés y que esas niñas solo eran sus alumnas, que yo también las había visto, que sabía el lugar concreto en el que estaba la pizarra con la que les enseñaba sintaxis y lingüística, que Bastian no era mucho mayor que papá cuando conoció a mamá, que era dulce y generoso, el único que me trataba como a una adulta, y que se preocupaba por mí más que cualquiera de las que se hacían llamar mis amigas en el colegio de Gracia, pero antes de responder se quedó observando mis labios, buscando en ellos el rastro del carmín, y me preguntó si venía de su casa, si había pasado allí la tarde. Y cuando le respondí que no, y volvió a insistir, me descubrí guardando silencio, tragándome las mentiras, porque prefería que pensase cualquier cosa, por disparatada que fuese, antes que confesarle que había estado con Santiago, Clara y los demás. De haberle contado la verdad, solo me habría buscado más problemas. Incluso puede que hubiese hablado con papá. «Por mi propio bien», sí, eso habría dicho.

Con la misma voz con la que me había regañado —los dientes apretados, las mejillas rojas de la rabia—, me dijo que debía olvidarme de ese hombre, que si papá se enteraba no volvería a salir de casa jamás —francés, mayor que yo, soltero, casi era peor que los comunistas—. Y luego guardó silencio, antes de quedarse unos segundos allí parada, entre mi cuerpo y la puerta, con el olor del ajo quemado danzando libremente por el pasillo de casa, esparciéndose por cada habitación.

Desde el salón, un grito. De papá:

—¡Elvira!

Fue lo último que alcancé a oír antes de que mi tía saliese del dormitorio como si se la llevasen los demonios.

Esa noche cenamos en silencio.

Solo con mirar a mi tía ya sabía lo que estaba pensando. No me lo dijo, claro. Ni en esa ni en las muchas noches que vendrían con los años, pero aun así lo supe: ¿por qué iba a querer un hombre de esa edad andar con alguien como yo? ¿No estaría aprovechándose de mí, tan joven, sin criterio, sin una barrera formada contra las hostilidades del mundo? Si no me faltaba dinero ni un techo ni comida en el plato, ¿qué había visto en él para meterme en su cama, para dejarle asomar la cabeza bajo la falda? El tiempo me ha hecho valorar todavía más ese silencio, ese amor y esa sabiduría para no valerse de frases crueles, punzantes, que como la chiquilla que era me habría costado mucho olvidar. Puede que de haberlo hecho, de haberme contado lo que realmente sentía, hubiese herido de una forma irreparable nuestra relación, y la hubiese convertido en una cercana a la que tenía con papá. Solo por eso creo que nunca dio voz al miedo a que Bastian me hiciese daño, se aprovechase de mí o me utilizase solo para dejarme tirada, tal y como habían hecho

con ella. No. Jamás se habría perdonado que nuestra relación derivase en algo tan horrible.

En los días siguientes pensé en contarle la verdadera historia que escondían nuestros encuentros: que me había salvado la vida, que nos habíamos cruzado en el Gótico la mañana en la que ni ella ni papá pudieron ir al concierto de mayo y que yo había acudido a su casa sin saber muy bien por qué, solo para convertirlo en el hombre de las primeras veces. Pero en el fondo sabía que eso solo despertaría más preguntas que no sabría cómo justificar —en parte porque no era del todo cierto— y que incluso con la certeza en los labios, aquella explicación podría sonar ridícula. Al fin y al cabo, solo eran los delirios de una cría obsesionada con su primer gran amor. Y eso era lo último que quería que pensase mi tía y cualquiera que supiese de la existencia de ese mundo prohibido que habíamos formado Bastian y yo.

La sombra de la culpa, si es así como se podía definir, no fue la única destinada a atormentarme desde las regañinas de la tía Elvira. Aunque me empeñaba en negarlo, sus palabras habían dejado una huella en mí. Lo deseable hubiese sido que se marchase de la misma forma que había llegado, pero al recordar a esas chiquillas —«todas en edad de bien», eso había dicho— comenzaron a someterme los celos de nuevo, que despertaron en el lugar exacto en el que debía encontrarse la convicción del amor de Bastian. Sé que no eran las palabras de mi tía, sino de los vecinos, las que me habían provocado esa herida, pero escuchadas de su boca, con su aliento maternal que tantas verdades me había regalado, se volvieron reales de pronto. Y entonces regresó el miedo y la sombra de aquellas chicas, anónimas, sin rostro ni forma, se cernió sobre mí y ya no pude pensar en otra cosa durante días.

¿Acaso había forma de competir contra ellas, que vivían en torres desde las que se veía la noria del Tibidabo? ¿Acaso su poder no estaba por encima de los cuerpos, los olores y el placer? Recuerdo ese instante como el primero de mi vida en el que me sentí una perdedora. En el que tuve la convicción de que el mundo era un lugar más inhóspito y grande de lo que yo realmente creía y había personas —niñas, chicas, mujeres— con el poder suficiente como para arrebatarme lo que más deseaba solo por el poder que ostentaban. Creí que solo por vivir en aquel mundo de privilegios podrían acostarse con Bastian cuando quisiesen, que con aquel dinero que pagaban sus padres podrían comprar su lealtad.

Ahora me doy cuenta de que no era solo el ataque de celos de una niña, sino el sentimiento de impotencia aflorando en mí, anticipando las injusticias que estaban por venir años más tarde. Quizá, me decía, el problema era la edad. Si esas chiquillas hubiesen sido mayores, incluso de haber sido amantes de verdad pero de su misma edad, su existencia no me habría conmocionado tanto. Pero descubrir que los palacios de Pedralbes eran la realidad de alguien que podría haber sido yo de haber nacido en otra tierra, en el seno de una familia que no estuviese rota, me golpeó con demasiada fuerza. De repente, no tenía nada especial con lo que competir con ellas por el amor de Bastian: la literatura, el francés, lo compartía con todas, y sus cuerpos —como la mayoría de los estudiantes que paseaban esos uniformes carísimos por el centro de Barcelona— parecían mucho más bonitos y femeninos que el mío.

La imagen de aquella niña, que se volvió de pronto la imagen de todas las demás, se repetía con más fuerza cuando estaba a su lado, hasta el punto de que temía romper a llorar frente a él. ¿Qué excusa pondría entonces? El dolor se había instalado en algún lugar concreto del cuerpo y se estaba contagiando a los pulmones, al

vientre, incluso a los ojos. Sabía que no era un dolor real —tras comprobar con el tacto de sus manos que solo me amaba a mí, que esa manera de tocarme no podía esconder el germen de más amores—, pero no por ello resultaba menos doloroso. Aunque para Bastian no debió de pasar desapercibido porque una de las veces me confesó que me notaba distinta, que sentía que me ocurría algo que no quería contarle.

No podía mentirle. No al menos de forma absoluta, sin entregarle nada a cambio. Pensé que una porción de verdad bastaría para no levantar sospechas, así que le conté que mi tía se había enterado de nuestros encuentros y había tenido problemas en casa desde entonces. Como mínimo eso era real.

—Alguien del barrio, los vecinos, deben de habérselo dicho —le confesé—. Pero papá no lo sabe.

Bastian se pasó varios segundos en silencio, sin una expresión clara en los ojos, como si analizase todas las respuestas posibles para escoger la única correcta. Y aun así no lo hizo.

—¿Crees —una pausa— que si dejásemos de vernos desaparecerían los problemas?

Recuerdo que me ofendió mucho. Que hablase con esa facilidad de la posibilidad de separarnos, por pequeña que fuese, relativizándolo todo de ese modo, sin pensar en cómo me haría sentir o en el eco que dejaría la tentativa de alejarnos el uno del otro.

—¿Qué pasaría si tu padre se entera?

—Eso ni lo menciones.

—¿Y si un día tuviese que marcharme? ¿Si regresase a Francia? ¿Arreglaría algo?

—¿A Francia? ¿Por qué ibas a irte a Francia? ¿Y por qué no podríamos irnos los dos juntos?

—No hasta que cumplieses los veintiuno.

—¿Adónde quieres llegar?

—No lo sé. Solo lo pregunto. Aún eres joven. Todavía tienes mucha vida por delante. —Se detuvo un instante, buscando las palabras correctas—. No quiero hacerte daño ni que te busques un problema en casa por mi culpa. No lo soportaría.

No podía creer que estuviese diciendo eso. ¿Acaso pensaba que lo nuestro era un error? ¿Cómo podíamos estar haciendo algo mal cuando nos hacía sentir a ambos así de vivos, cuando a los dos nos había salvado de la soledad? Si no había nada de malo en la relación de Machado y Leonor, ¿por qué tenía que haberlo en la nuestra?

Cuando Bastian se dio cuenta de mi tristeza, me llenó de besos la nuca, como si fuese fácil olvidar lo que había dicho o creyese que la huella de sus labios en mi piel bastaría para arreglarlo todo. Pensé, mientras me desnudaba, que si un día se marchase sin mí no podría soportarlo. No importaba si era a Francia o a cualquier otro lado. Y me descubrí fantaseando con la idea de tenerlo hasta el fin de mis días, solo para mí, como no podía tenerlo nadie más, corriendo por las calles y riendo juntos. Qué más daba que se lo dijesen a la tía Elvira —ya lo sabía—, o que lo descubriesen Clara y las monjas del colegio. Incluso si papá lo descubría daría igual porque eso era lo único que podía separarme del resto de las alumnas de Bastian —la certeza de saberlo mío—. Tanto ellas como yo desfilábamos por aquella casa sin saber de la existencia de las otras, de sus rostros, o de qué hacíamos ahí dentro, y eso nos convertía a todas en muñecas de la misma colección. Sin embargo, si conseguía que nuestro amor se trasladase al exterior, quizá tendría algo exclusivo para mí, algo único a lo que las demás no podrían acceder pese a vivir en grandes casas con jardines de otro siglo y mansos perros de raza.

Durante todo el tiempo que me besa, mientras se encarga de que mi piel lo espere con ansia, me dedico a pensar en esa idea, en la imagen de ambos recorriendo Barcelona de la mano, o puede que solo mirándonos y dejando que el resto advierta en nuestra mirada los signos del afecto. Y antes de tenerlo dentro, en el momento exacto en el que se desnuda y se tumba encima, se lo pido. Le pido que me lleve al Tibidabo. Le ruego que salgamos de allí, de su casa, y exhibamos nuestro amor por Barcelona: en las callejuelas empedradas de camino al tranvía, en el interior de los vagones con olor a lluvia, en las mismas atracciones que sus alumnas podían ver desde las ventanas de sus dormitorios. Y Bastian, con el sexo en las manos, se queda confuso, inyectado de deseo pero desorientado al mismo tiempo, como si las condiciones de nuestro amor hubiesen cambiado y ahora el requisito para hundir su cuerpo en el mío fuese decir que sí, aceptar aquel pacto y sellarlo con nuestros besos.

CAPÍTULO 12

Le fue imposible decir que no.

Bastian aceptó que fuésemos juntos al Tibidabo y después, como si las condiciones hubiesen quedado fijadas y ya ninguno pudiese echarse atrás o cambiar de idea, hicimos el amor en silencio, solo para sellar aquel pacto, para decirnos que era real y que esa promesa ya no podría romperse.

Acordamos que cada uno pagaría sus entradas. No eran caras, lo recuerdo, tal vez rondaban las cinco pesetas. Al principio, Bastian se empeñó en pagar las de ambos. Dijo que no era justo, que yo no tenía trabajo y solo era una estudiante, y al final pactamos que al menos él se haría cargo del tranvía de ida y vuelta, aunque la entrada al parque y la comida la pagásemos a partes iguales. Con eso sería suficiente.

Había sacado el dinero del aguinaldo de Navidad. Papá siempre me regalaba ropa formal para ir a misa, por mucho que solo fuésemos en fechas señaladas, suéteres o faldas que resistían los lavados constantes, mientras que mi tía Elvira prefería acudir al dormitorio bien entrada la noche y darme pequeños billetes que llevaba acumulando desde la infancia en un viejo libro de primaria sin afán ninguno de hacer algo con ellos. No era demasiado —puede que trescientas pesetas, a lo sumo—. Ahora creo que, de haberse enterado de lo que hice con su dinero, jamás me lo habría dado. No sé si se sentía avergonzada o prefería no pensar en ello, pero en los días siguientes no volvió a sacar el tema de Bastian ni a sugerirlo

con la mirada como si tratase de acusarme por ello. Hubieron de pasar muchas semanas hasta que escuché el nombre de Bastian de sus labios y, por fortuna, para cuando fuimos juntos al Tibidabo a mediados de junio, el tema había quedado sepultado bajo la alfombra, oculto como si nada hubiese sucedido, como si mi tía, al limpiar hasta la extenuación la casa, hubiese decidido alojarlo allí, donde nadie podía verlo, en la infinita colección de vergüenzas que acumulaban siempre las familias y que custodiaban con el silencio. Quizá si lo ignoraba, si ponía esa determinación en pasarlo por alto, podría olvidarlo. O quizá —ya nunca lo sabré— solo trataba de protegerme de papá. Porque cuanto más se verbalizaban las cosas en aquella casa, mayores eran las posibilidades de que mi padre las oyese y extendiese sobre ellas su sombra.

Cuando tenían lugar los encuentros de los sábados, siempre llevaba una de aquellas incómodas faldas que picaban en la piel, sobre las que la tía Elvira acumulaba remiendos año a año. Sin embargo, en cuanto la posibilidad de vernos fuera de casa se convirtió en una realidad, comprendí que debía vestirme para la ocasión, que ya no valían los trajes adolescentes pensados para cuerpos adolescentes, ni tampoco las largas faldas de volantes que solíamos vestir las chicas siempre que alguien se casaba o tenía lugar la misa de Navidad. Fue al tocar a su puerta cuando me di cuenta de que para Bastian también debía de tratarse de un día especial.

Nunca antes había visto aquel traje de lino. Era de un gris novelesco —como sacado de una *nouvelle* francesa— y le sentaba a la perfección: se ceñía de forma natural sobre sus hombros y los bajos del pantalón tenían la medida exacta para evidenciar la silueta de sus zapatos. Podía decirse que el traje lo hacía todavía más alto y que su cuerpo, custodiado por las solapas de la americana,

desprendía un atractivo natural que lo hacía más joven y viejo al mismo tiempo. Por un lado, su elegancia ya no emanaba solo de sus facciones, sino de la presencia que le otorgaban aquellos colores tristes, propios de un hombre de otro siglo. Y por otro, podía decirse que aquel gris del lino ensalzaba sus ojos encendidos, como si al observarlo con la suficiente atención uno pudiese ver al Bastian de hacía cinco o seis años.

Aún me acuerdo de cómo me miró, cómo me devolvió la sonrisa al comprobar que la joven que tenía enfrente no iba armada con aquellos suéteres con los que me había desnudado por primera vez, sino vestida como se suponía que debía vestir una mujer: un vestido de una sola pieza, naranja, con las pantorrillas al aire, robado del armario de mi tía y sin mayor perfume que el de mi propio cuerpo para no dejar huella. Me dijo, en francés, lo bonita que era —*«Julia, toujours aussi jolie»*— y me miró con ternura; qué afortunada que a una la viesen así.

Cogimos el ferrocarril subterráneo en plaza Cataluña, uno de los de color gris a franjas verdes. Incluso a primera hora de la mañana, los vagones estaban algo saturados por culpa de los soldados de permiso, que no dejaban de escudriñar las faldas de las chiquillas que desfilaban hacia la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles. Al cabo de treinta minutos nos detuvimos en la parada de avenida Tibidabo para enlazar con el Tranvía Azul que nos dejaría en la plaza del Doctor Andreu, al pie del funicular. Para entonces, apenas quedábamos una decena de personas de las que habíamos subido en plaza Cataluña, la mayoría familias y parejas en la veintena que lucían con orgullo sus anillos de recién casados. Yo no cabía en mí de la felicidad. No podía creer que estuviésemos juntos a plena luz

del día, en la calle, como si fuésemos una pareja de verdad. Era la primera vez que veíamos Barcelona a través de los mismos ojos, y que la ciudad era testigo de ese amor prohibido que habíamos tratado de ocultarle al mundo.

Sabía que solo era una ilusión, y que en cuanto regresase a casa a las ocho —como le había asegurado a mi tía tras prometerle que pasaría el día en casa de Clara estudiando para la inminente Prueba de Madurez— las cosas volverían a ser como antes. Nuestro amor sería de nuevo un amor clandestino, y ya no podríamos cogernos de la mano en público ni besarnos a cielo abierto, pero incluso así conseguí olvidarme de que ese era verdaderamente nuestro mundo. Y de que nada, al menos por unas horas, podía impedirnos ser quienes éramos en realidad.

Bastaron unos minutos para que los raíles de madera que apuntaban hacia la montaña chirriasen, dejando entrever un tranvía de azul radiante —«el *tramvia blau*», como todos lo llamábamos pese a no poder decir su nombre—, con destellos de latón pintados en blanco. Era muy distinto del que habíamos cogido para llegar allí, como sacado de otro siglo. Barcelona se convirtió de pronto en una mancha en el cristal: cuanto más subíamos, más grande se volvía el silencio que reinaba en el tranvía. Fue así como llegamos hasta el funicular que habría de subirnos hasta el parque. El trayecto era breve pero empinadísimo, y conforme uno subía podía sentir el dulce tirón de los mecanismos antiguos en el estómago, y también que el aire se volvía sutilmente más fresco, más puro.

Todos se quedaron unos segundos observando el cielo, las nubes al alcance de las manos, pero Bastian solo parecía tener ojos para la ciudad de Barcelona, diminuta a nuestros pies como una maqueta inmensa, inabarcable —ahora me pregunto qué veías en ella, Bastian, ¿un refugio, una penitencia?—. Desde allí se divisaban las

fábricas humeantes de Poblenou, inofensivas de pronto, y también las hileras interminables de grúas que se arremolinaban en el puerto. Y al fondo, lejos, muy lejos de todo, el Mediterráneo, brillando como una capa preciosa de ante mecida por el murmullo de la ciudad. Y entonces, cuando el funicular alcanzó lo alto de Collserola —los carteles del parque ondeados por el viento, las nubes bajas, casi como una neblina, la música de feria envolviéndolo todo como una danza—, se dibujó una sonrisa en el rostro de Bastian. Era una sonrisa de fascinación, casi accidental, en la que uno podía advertir el tiempo que llevaba sin sentirse expectante, ilusionado como un niño. Recuerdo —imposible olvidarlo— que llevaba una cámara colgada del cuello. Se trataba de un modelo plegable de medio formato —una vez dijo que de importación, aunque desconozco la marca—, y que ahí mismo, a las puertas del parque, con la noria de fondo, me pidió que posase para él. No sabía cómo colocarme ni si debía reír o mirarlo. Eran contadas las veces en las que me habían hecho fotos y tampoco podía decirse que fuese especialmente fotogénica. Y aun así le devolví la sonrisa, la mejor que tenía, la más honesta: la de una felicidad sin fronteras. Fue al disparar la primera foto del carrete cuando comprendí que jamás iba a olvidar aquel día.

En esa época, la mayoría de edad todavía era de veintiún años, por lo que Bastian tuvo que firmar como mi tutor legal para que pudiésemos entrar. Montamos en todas las atracciones: el carrusel de los caballos, la Talaia, que llevaba allí desde antes del nacimiento de la tía Elvira, y el avión rojo, que daba vueltas de forma incansable sobre Barcelona, subiendo y bajando al ritmo de un vals triste que no habíamos oído antes en ninguna parte. No creo que se alzase más de cinco o seis metros del suelo, pero a nosotros nos parecía que subía y bajaba con tanta determinación que incluso el cielo se

quedaba pequeño. Recuerdo que Bastian me tomó con fuerza de las manos, tratando de contenerse para no gritar, pero tras un par de vueltas ambos comenzamos a chillar como dos chiquillos. Nos entró tanta risa al bajar que parecía que el estómago nos iba a reventar de un momento a otro. Semanas después Bastian me confesaría, tras hacer el amor, que tenía un vértigo atroz y que se pasó el trayecto entero aterrorizado, imaginando que el avión echaba a volar y ambos nos estrellábamos sin remedio contra el mar.

Me acuerdo también de que nos colamos en la sala de los espejos deformantes, donde nuestros cuerpos se estiraron como espigas y crecieron, sin previo aviso, hasta convertirse en dos tinajas del tamaño de un gran barril de vino a punto de explotar. Y recuerdo, claro, que le rogué que jugásemos a las escopetas de feria, pero Bastian se negó de pleno a empuñar un arma, y terminé disparando sola. Como era de esperar, fue un desastre.

Comimos un par de bocadillos de jamón en los merenderos que había junto al teleférico. Nadie se dio cuenta, ni los dependientes, ni las parejas que había a nuestro alrededor, ni siquiera los niños de las familias que gritaban hasta hacer tronar los oídos, pero Bastian extendió la mano hasta mí y me acarició los hombros y los brazos, que el vestido dejaba al descubierto. También los lunares y las muñecas, los pliegues de la piel a la altura del codo, el cuello, lo que me excitó mucho. Quizá tratase de comprobar que allí, frente a él, se encontraba la misma Julia que ya conocía, cuyo cuerpo había memorizado con todo lujo de detalles bañado siempre por la misma luz tenue de su casa.

Esa tarde sentí que podía tocar la felicidad más pura que es capaz de soportar la vida. Ese éxtasis que apenas dura unos segundos antes de marchitarse de forma efímera, como las flores, o las nubes del cielo al cobrar una forma preciosa. Nos besábamos al

bajar de cada atracción y cuando estábamos cansados de andar de aquí para allá, nos sentábamos en cualquier lado y lo abrazaba. A veces, él también me abrazaba a mí. No lo hacía para que nos viesen o para demostrar que estábamos juntos, como la memoria podría justificar, sino para exprimir nuestra libertad, para saborearla. Aún consigo evocar el olor de su traje ligeramente marcado por el sudor, el humo de las brasas invadiendo los pasillos secretos de las atracciones, el sonido de la Talaia y su lento crepitar, reflejado en sus ojos oscuros, el sabor de las castañas robado de su boca. Era tan especial descubrirnos en las miradas de los demás, que en todo el día no se me borró la sonrisa. Al fin el mundo nos pertenecía: podíamos pasarnos horas haciendo fotos —Bastian dando de comer a una pareja de palomas, los dos posando frente a la basílica de la entrada, con cara de idiotas— o romper a reír sin miedo a que alguien pudiese correr a decirle a papá que su hija andaba de la mano con un hombre que la besaba en las esquinas y la miraba con esa mirada inconfundible de los que han hecho el amor. Por supuesto, también teníamos miedo. Miedo de cruzarnos con alguna compañera del colegio de Gracia o con una de las alumnas de Bastian y su infinito séquito familiar. Era un miedo real, sí, pero creo que nos dejamos llevar tan pronto que por un día nos dio igual la condena a la que el mundo podía someternos.

Antes de regresar, Bastian me confesó algo que atesoraría por mucho tiempo y a lo que habría de volver en los años siguientes, una vez tras otra. Lo hizo a su manera, sí, como ya era habitual, pero al menos he conseguido guardar ese recuerdo intacto. Me dijo que le gustaría morir en casa, en Francia, aunque fuera al cabo de mucho tiempo, cuando yo ya fuese una mujer con los pechos caídos y las ojeras me hubieran devorado las mejillas, cuando fuese vieja y añorase esos días con la misma nostalgia con la que se añora la

infancia. No sé si estaba preparada para hablar de su muerte o de lo que quiera que significasen aquellas palabras, y lo único que pude responder fue que no le perdonaría jamás.

—Aunque seguro que dejarías una bonita calavera.

Creo que sonrió. Sí. Sonrió y dijo:

—Ojalá pudiese verme a mí mismo con los ojos con los que me ves tú. Encontrarme, al mirarme en el espejo, al hombre que vive dentro de tu cabeza. Si algún día te los pido prestados, ¿me los dejarás?

—Puedes pedírmelos cuando quieras.

Y luego me miró fijamente, muy adentro, como solo él podía hacerlo, siempre tan lejos.

—No sé cómo se llama ni quién es él o el idioma que habla, pero estoy seguro de que ese no soy yo.

—Pues yo estoy segura de que se llama Bastian Ballard.

—Y yo de que quiero los ojos de Julia.

Pensé en decirle lo mucho que lo quería. No importaba si era con un «te quiero» o de cualquier otro modo, incluso en francés —eso sí sabía decirlo—, pero al final no lo hice. Ni ese día ni en ninguno de los que estarían por venir. No, no me creía tan valiente como para pronunciar esas palabras en voz alta. Tal vez temía que las cosas cambiasen, o que Bastian lo considerase un delirio de una niña superada por sus emociones. De aquel silencio habré de arrepentirme siempre. Entonces no lo sabía, claro, pero se quedará clavado en mí y sobrevivirá al tiempo como lo hacen los dolores superlativos. Se convertirá, incluso, en una culpa, en eso en lo que mutan las acciones que uno no ha hecho por amor y que lo persiguen igual que hace la muerte, la verdad o los fantasmas. Tal vez, de habérselo dicho, habríamos hecho de aquel parque nuestro

hogar y esas versiones de lo que fuimos habrían regresado a Barcelona con nosotros. Ya nunca lo sabremos.

Recuerdo que volvió a sonreír y dio por zanjada la conversación. Fue confuso, triste y feliz al mismo tiempo. Aunque en ese momento fui incapaz de darme cuenta, la figura de Bastian al atardecer, con las luces doradas bañándole el rostro, el eco de su risa todavía rebotando en las tripas, incluso su cara de vértigo, me acompañaría por muchos años, convirtiéndose en el recuerdo más nítido que tengo de él, calcado al de una de las fotografías que revelaría semanas más tarde. A veces, cuando menos lo espero, ese instante me golpea con violencia, al igual que su olor cuando entro en un comercio por donde ha pasado alguien que comparte su perfume; otras, en cambio, me gusta volver hasta aquel día para convencerme de que Bastian no era el hombre gris que en ocasiones me visita en sueños y habla de su muerte siempre que se siente en casa.

Y después las campanas de la basílica: siete veces. Llegaba tarde. Tardísimo. ¿Cómo no me había dado cuenta? ¿Cómo podía ser tan tonta? Si la tía Elvira descubría la verdad o si se atrevía siquiera a insinuarla delante de mi padre, no volvería a salir de casa en meses. Iría directa del colegio al salón y tendría que decir adiós a Bastian, a Clara, a Santiago y Gerard, y a todas las cosas que me importaban mucho más que lo que sucedía en aquel silencio conformista de mi habitación, de la que el mundo habría dejado de formar parte.

Volvimos a toda prisa con el mismo ferrocarril con el que llegamos. Ninguno dijo nada: Bastian temía ponerme más nerviosa y se sentía culpable —a esas alturas ya podía ponerles nombre a muchas de sus caras— y a mí me parecía que el tranvía avanzaba tan despacio que jamás llegaría a tiempo. Mientras, Barcelona nos miraba de reojo, como si fuese la única que no entendía de

angustias en el pecho ni de esos nervios que tal y como vienen se van, dando saltos.

Esa tarde llegué a casa pasadas las ocho. Corrí a cambiarme antes de que la tía me viese y me estampase uno de sus besos en las mejillas, y cuando quise darme cuenta ya estaba sentada a la mesa junto a papá y a ella —los tres envueltos en aquel delicioso aroma a carne que salía de la olla—; su vestido, en el mismo armario del que horas antes lo había sacado. Aunque la tía se quedó unos segundos colgada del reloj que reinaba en el salón, no dijo nada, y cenamos en silencio, mecidos únicamente por las canciones de la radio.

Las emociones de aquel día se han quedado conmigo de una forma especial y de vez en cuando regresan a mí como una letanía: los reflejos anaranjados de las luces de la ciudad contra el cristal, ajenos a nuestras prisas, un estallido de aquellas escopetas que Bastian se negaba a disparar, el gusto a algodón dulce en los labios, la calidez del sol golpeando las góndolas de la noria... Ojalá esa tarde no se hubiese terminado nunca. Pero sobre todo, Bastian, ojalá te hubiese dicho «te quiero».

CAPÍTULO 13

El verano llegó a Barcelona cauto como un susurro, llevándose las lluvias y arrastrando consigo un viento cálido que se pegaba a la piel. En cuanto se acercó el fin de las clases, Clara se empeñó en que pasásemos más tiempo con los demás, por lo que no resultaba raro que en esas tardes azules las campanadas de la catedral nos sorprendiesen repartiendo octavillas alrededor de la SEAT o Can Fabra, pobladas de los pocos sindicalistas de la CNT que todavía no habían renunciado a los ideales de la República. Las imprimíamos en la imprenta de Santiago y allí mismo las cortábamos. Lo hacíamos con una precisión exacta y aprovechábamos que la máquina estaba caliente para imprimir panfletos o textos que después leíamos en el local de Sants. Del mismo modo que Bastian me hablaba acerca de los secretos inconfesables de Machado y de los poetas malditos franceses, habría de descubrir por Santiago los grandes discursos de Mao, incluso los primeros de Fidel Castro, que empapelaban entonces la imprenta como si fuesen paredes de papel de todos los colores. A decir verdad, ninguno —ni sus palabras ni sus ideas— conseguía dejar en mí la huella que esperaba o seducirme como lo había hecho el jazz, pero aun así seguí acudiendo allí cada vez que tenía ocasión. Me convencía diciendo que lo hacía por acompañar a Clara, aunque aquella excusa comenzaba a ser insuficiente porque ella no hacía más que insistir para que le diese una oportunidad a Gerard Escudé:

«Está loco por ti».

«Eso le ha dicho a Santiago».

«¿Por qué no?».

«Si es tan guapo...».

Yo, claro, me hacía la tonta. Escuchaba lo que quería escuchar y justificaba mi falta de interés con el pudor cristiano con el que nos habían educado frente al deseo. Pero Clara, que me conocía desde niña, sabía cómo miraba yo a los hombres que nos observaban al salir del coro y trataban de adivinar qué ropa ocultaba el bamboleo de las faldas de sarga, y también a los chicos de los jesuitas cuando coincidíamos en la iglesia y cuchicheaban sin quitarnos los ojos de encima. No sabía cuánto tiempo más podría ocultarle que mi verdadera guerra no se encontraba en las calles ni en las trincheras secretas de Sants, sino en la cama de Bastian Ballard, pero la realidad es que se me acababan las excusas con las que justificar los deseos no correspondidos de Gerard.

Fue la tarde de San Juan cuando Clara me engañó y decidió organizar una cita a cuatro. Lo que se suponía que iba a ser un nuevo encuentro en la imprenta de Santiago —con Martí, los Antonios, Eduard, Severiano— terminó en un paseo interminable, Rambla abajo hasta el puerto, mientras Santiago y Gerard no dejaban de hablarnos de las virtudes del cine y el poder catártico que tenía para esa sociedad idílica, libre, con la que soñaban. Me acuerdo de sus manos llenas de pintura y de que confesaron, con orgullo, que habían pasado la noche pintando consignas en las puertas del convento de San José. Aunque a Clara no pareció importarle, para mí solo fue la confirmación de que la lectura de aquellos manuales soviéticos, interminables y torpemente traducidos, no los hacía más inteligentes ni combativos. «¿Qué habría pasado si los hubiesen detenido? ¿Si los hubiesen visto los curas? ¿Era posible que la dureza de las noches en la prisión se

hubiera convertido en un juego de niños? ¿Cómo podía alguien a quien habían torturado y atormentado de hambre y frío exponerse de esa forma a repetirlo?». Se me ocurría una infinidad de preguntas que hacerles, pero nada que justificase aquel riesgo.

Acudimos a una proyección en la Casa de la Cultura de San Francisco, junto al puerto, organizada por el hermano de Santiago, que, como descubriría más tarde, acostumbraba a traer a Barcelona películas prohibidas. En aquella época eran contadas las veces en las que papá nos llevaba al cine a la tía Elvira y a mí. Solíamos ir a salas de barrio, como el cine Astoria o el Maragall, y tampoco abundaban las películas extranjeras porque la mayoría no resistían la mirada recelosa de la censura. La proyección era en 16 mm para no llamar demasiado la atención, y se hacía siempre sobre una sábana ocre que colgaba del techo como dejada caer. La calidad no era la misma que la de una sala convencional y la imagen no se veía con la nitidez suficiente. Tenía exceso de grano y a menudo se entrecortaba en el salto de un rollo a otro de película. Con todo, a nadie parecía importarle. La mayoría estaban más ocupados en lo que pasaba sobre aquella pantalla improvisada que en la textura de la imagen o en las sillas escolares que habían sustituido a las butacas clásicas de las salas de cine.

Tuvimos que decir en la puerta que íbamos de parte del profesor Torruella para que nos dejasen pasar. Solo Santiago conocía la consigna. El resto nos limitamos a caminar detrás, entre la penumbra de la sala de proyecciones, hasta que encontramos cuatro asientos libres casi al final. Esa noche proyectaban *El ladrón de bicicletas*, de De Sica, subtitulado al castellano, aunque recuerdo que no tenía ese nombre ni ninguno que se le pareciese. Gerard me explicó que era la única forma de que las cintas pudiesen cruzar la aduana, y también de no levantar sospechas entre los propios

invitados al estreno en los días previos al coloquio. La mayoría, neuróticos por instinto de supervivencia, temían que los delatasen o que se corriese la voz de que estaban viendo películas prohibidas por el régimen. Muchos años después descubrí que lo que hacíamos en aquella sala era más común de lo que el propio Gerard, Santiago o su hermano creían, y con el tiempo no tardaron en aflorar por toda Barcelona los clubes secretos de cine, las salas clandestinas y los centros culturales regentados por estudiantes de letras que no se conformaban con las películas poco subversivas de Nieves Conde.

Clara —mi Clara— y Santiago se pasaron los noventa minutos de película besándose. Al principio, besos sutiles, de pájaro, en los labios y las mejillas, pero enseguida se sucedieron los besos lascivos y los susurros en la nuca. Me di cuenta de que él trataba sin éxito de meterle mano bajo la falda, y de que Clara —ay, mi Clara— parecía posponer una vez tras otra aquel momento, temerosa de que alguien los viese. Gerard, en cambio, solo tenía ojos para la película, y si hacía algún comentario, por trivial que fuese, era solo para comparar la cinta con las de Buñuel o Rossellini, que también había visto sentado en esas mismas sillas.

Al acabar los créditos, el hermano de Santiago salió ante aquella sábana micrófono en mano —su cuerpo bañado por la luz del proyector, el polvo moteado como una galaxia— y el coloquio dio comienzo. Su aspecto no era muy distinto del de los otros chicos comunistas que habíamos conocido en el local del Barrio Chino o Sants, pero de sus gestos y su forma de hablar se desprendía una calma natural, paciente, que distaba mucho del tono encendido que solía utilizar su hermano. Ambos tenían el mismo pelo ondulado y las facciones afiladas, con ese aspecto de intelectual maldito que lo hacía atractivo o miserable según los ojos con los que se lo mirase. Aprendí, mucho después, que ese tipo de rostros llevaban escrita

una advertencia y que por mucho que una los desease o encontrase en ellos respuestas para algo que ni siquiera sabía que buscaba, solo podían traer problemas.

Como Santiago no soportaba que nadie lo opacara o le robara el micrófono, al poco de dar comienzo el coloquio salimos de nuevo al puerto y echamos a andar rumbo a ninguna parte. Salvo Gerard, el resto no comentamos demasiado la película. Clara y Santiago parecían más ocupados en los besos que no podían darse en la calle y, después de la cita en el Tibidabo, a mí se me había agotado el ímpetu con el que solía sobrellevar la presencia de Gerard y su mirada —paciente, sí, pero al acecho—. La misma con la que advertía esa cuenta atrás en la que yo podría caer en sus brazos de un momento a otro y en la que estaba implícito que si no lo había hecho aún solo era porque él así lo deseaba.

Nuestros pasos nos llevaron hasta la imprenta, lo que ya se había convertido en un ritual. Aquel local, más cercano a una diminuta fábrica obrera que a un comercio de barrio, hacía esquina con la rambla de Sant Antoni y la calle Casanova. Clara me confesó una vez que pertenecía a un amigo de la familia Sallés, demasiado mayor para seguir trabajando entre aquellas máquinas hostiles repletas de rodillos, prensas y plomo. Los hermanos vivían allí por caridad desde hacía casi una década, cuando sus padres desaparecieron en los años cuarenta. Por la mañana funcionaba como una imprenta clásica: hacían tarjetas de visita para médicos de provincias, sastres o abogados, y también entradas para el teatro. De vez en cuando, hasta operetas para el Liceo. Aunque lo que más dinero les reportaba eran los encargos regulares de pequeñas empresas, centrados en la contabilidad y las facturas. Nada memorable ni digno de ser contado. Sin embargo, cuando caía la noche y cerraban las puertas, las máquinas se ponían a trabajar y no paraban hasta

imprimir centenares de documentos de todo tipo, volcados siempre en la agitación obrera que ambos llevaban por bandera. Con todo, no podía decirse que lo que hacían al caer la noche fuese un trabajo, sino más bien la persecución de un estilo de vida que, aunque creían real, se les escapaba de las manos cada vez que algún vecino sospechaba o veía el papel manchado de tinta roja secándose en el patio de luces.

Santiago dormía en una litera del despacho desde donde llevaban las cuentas. Solía llevar allí a Clara cuando estábamos todos juntos. Al principio siempre lo hacían con cuidado de no ser vistos, de forma sutil, como si lo tuviesen perfectamente estudiado. A los segundos de estallar una discusión o un debate, se desvanecían para regresar minutos más tarde con el pelo repeinado con torpeza y las mejillas rojas. Pero con el paso de los días, sus excursiones al despacho comenzaron a resultar más evidentes para todos y no tardaron en asomar los chascarrillos y las ocurrencias sobre la virilidad de Santiago. De Clara jamás decían nada.

Esa noche, en cuanto llegamos a la imprenta, fue ella —Clara, mi Clara— quien me lanzó una mirada de expectación antes de que Santiago la tomase de las manos y la arrastrase entre risas piadosas al despacho. Gerard y yo nos quedamos en la sala de máquinas que conectaba con el mostrador, un mueble oscuro de madera, tosco, montado con apatía. Me acuerdo como si fuera ayer de la luz tenue de una bombilla que colgaba en lo alto del techo y que, a esas horas de la tarde —casi de noche—, anulaba los sentidos y distorsionaba la percepción del espacio. Por un instante, los dos fingimos —puede que fuese yo y él me siguiese la corriente— que Santiago y Clara regresarían enseguida, que con una conversación trivial sería suficiente para matar el tiempo, pero el silencio se volvió más intenso que las palabras, de una densidad insoportable. Recuerdo

que me miraba fijamente. No decía nada. Ni siquiera abría la boca, y aun así me sentía expuesta ante él igual que lo estaban los animales del zoo de Barcelona en sus jaulas de cristal, como pequeños juguetes de una colección infinita. ¿Sería yo parte de la colección de deseos de Gerard? ¿Por qué aquel brillo en sus ojos me incomodaba como no lo hacía el brillo en los ojos de Bastian? ¿Acaso no eran miradas de la misma intensidad, definidas bajo el mismo sello?

Me descubrí recurriendo al hermano de Santiago solo para romper aquel silencio. Escuchada en ese momento, mi voz sonaba genuina, con un interés casi convincente, como si la garganta me hubiese tendido una trampa. Gerard me miró de arriba abajo de la misma forma en que se contemplan los enigmas.

—¿Lo preguntas por lo del cine?

Luego asentí. No sé si aquella traición del cuerpo pretendía complacerlo o solo fue para hacer más liviano el tiempo juntos. En cualquier caso, Gerard debió de encontrar algo gratificante en aquel interés repentino, porque comenzó a hablar largo y tendido de los Sallés. Lo hizo con tanta lucidez e inteligencia que puede que la imagen que conservo de ellos, en especial de Santiago, tenga mucho que ver con la persona de la que Gerard me habló esa noche. De su boca descubrí que el hermano de Santiago se llamaba Federico. Tenía veintiocho años y colaboraba con la Radio Pirenaica. Se trataba de una emisora clandestina dirigida desde el exilio por el Partido Comunista. Todavía en aquellos años conservaba colaboradores por toda España, sobre todo en Bilbao y Barcelona, desde donde trataban de establecer redes de apoyo entre los exiliados a Francia o Latinoamérica y los presos políticos de la posguerra que seguían encerrados y sin fecha de regreso a casa. Además de ser el responsable de la imprenta, Federico pasaba todo

su tiempo pegado a la radio, escribiendo programas o cartas que entregar en los centros de detención de Barcelona.

Así funcionaba la red de apoyo: si alguien mandaba un mensaje o dedicaba unas palabras en la emisora a un familiar, un amigo, un amante, Federico trataba de hacérselo llegar o de enterarse de si seguía con vida, si había sobrevivido a las inclemencias de la tortura y el hambre. A diferencia de Santiago, tenía siempre un perfil bajo, y toda esa inconsciencia y rebeldía juvenil de su hermano, heredada de sus padres, se había canalizado en él de un modo distinto. Ahí donde uno era combativo, impaciente, el otro se limitaba a luchar las guerras que sabía que iba a ganar. Federico no soñaba con la revolución, ni tampoco con las armas, sino que prefería estar con la gente y convertir ese idealismo en algo más realista y útil para el mundo que le había sido legado. Para él, todo lo que no fuese valerse de las palabras eran solo castillos en el aire. Quizá por eso abundaban las discusiones en la imprenta. De ahí, supuse, nacía aquel hastío injustificado del cine. Con los años comprendí que habíamos conocido al Sallés equivocado. Y que de haber entablado amistad con Federico en lugar de con Santiago, las cosas habrían sido muy diferentes. Así de trivial y cruel podía ser la vida.

—¿Preguntas para tomar nota? —Su voz resultaba difícil de descifrar fuera de contexto—. Clara le ha contado a Santiago lo de tu padre.

Rastreé las palabras de Gerard en busca de un rencor, de cualquier pista, de lo que quiera que pudiese advertir una alerta. Y de pronto un abismo en el estómago. Las tripas estremeciéndose, una serpiente constriñendo las costillas, un ligero tembleque en la boca, entre los labios. Me di cuenta enseguida de que había pasado el último mes y medio ocultando demasiadas cosas: les ocultaba lo de Bastian a mi padre, a Clara; lo de papá a Santiago y Gerard; lo de

Santiago y Gerard a papá y también a Bastian por miedo de que lo considerase una chiquillada. Y entre aquella maraña de secretos me ocultaba a mí misma lo frágil que era la realidad entonces. Solo con que una de las personas que formaban parte de aquel circuito extrañísimo de conexiones se enterase de lo que estaba sucediendo, la vida —mi vida— podía estallar por los aires.

Gerard se acercó despacio, en silencio. Luego dijo:

—No hace falta que pongas esa cara, mujer. Ninguno es tan necio como para juzgarte a ti por los crímenes de tu padre.

«Por los crímenes de tu padre», había dicho. No los errores, las ideas, los actos... no. «Los crímenes de tu padre». De papá.

—Estaba de broma. Mira cómo te has puesto.

En sus palabras no había severidad ni reproche, sino cierta condescendencia, incluso cierta superioridad moral, la de perdonarme a mí por las injusticias cometidas por papá, el fascista.

Sonrió. Esa sonrisa perfecta, imposible de esquivar, por la que cualquiera de las chiquillas del coro habría accedido a cubrirlo de besos.

¿Cómo había podido Clara revelarles aquel secreto? ¿Debería culparla? Bien pensado, ¿no era acaso la verdad? Me sentía traicionada: la traición de la cita a cuatro, la traición de dejarme a solas con Gerard, la traición a papá. Ahora, cada vez que me viesen aparecer por Sants señalarían mi rostro y dirían: «Mira, ahí va Julia Ferré, la hija de un fascista». No importaba que cantase a Machado en los mítines o que acompañase a Clara a cada evento absurdo del que ella —solo por amor, no por sus ideales— quisiera ser parte para complacer a su novio. La imagen que los demás proyectarían de mí ya estaba sellada.

—Santiago ha desconfiado desde el principio. Tiene instinto para estas cosas, ya lo sabes. Cuando se pone paranoico sospecha de

todo el mundo. Pero puedes estar tranquila. —Gerard se quedó a apenas un metro de mí—. Que yo a él me lo tengo controlado.

«Controlado». También eso me hizo sentir humillada. ¿Por qué había que controlarlo? ¿Qué haría Santiago Sallés si Gerard no lo tuviese «controlado»? Sin preverlo, me golpeó una certeza: la idea de que me dejasen de lado, de que me abandonasen por quién era papá, me aterraba más de lo que había imaginado, me volvía diminuta, tanto como la idea de que el amor de Bastian se hubiese roto tras nuestra primera discusión. Una certeza que solo duró unos segundos, que se escapó de las manos, pero que me estremeció como si la realidad entera se hiciese añicos.

Después de eso, Gerard comenzó a hablar con dulzura, restándole importancia, apaciguando aquellas ideas que debían de brotar de las mejillas y los ojos sin necesidad de verbalizarlas. Recuerdo que quise contraatacar, responder algo que dejase constancia de que papá no me definía, y de que yo estaba lejos del fascismo del mismo modo que lo estaban ellos —aunque no hubiese sufrido frío y hambre en la Cárcel Modelo de Entenza ni mis padres hubiesen desaparecido en la posguerra—, pero también sabía que si abría la boca sin la respuesta exacta, podría romper a llorar, y eso era lo último que deseaba. No quería concederle ese espacio en mis heridas. No quería darle la oportunidad de que se creyese con el poder de salvarme o de que pensase que estaba rota y que solo él podría hacerme sanar.

La luz era cada vez más escasa. Afuera debía de haber caído ya la noche. No podíamos volver mucho más tarde o levantaríamos sospechas en casa. Gerard continuó acercándose y yo me quedé inmóvil, incapaz de calibrar la distancia que nos separaba por culpa de las tinieblas. Aguardé a la fatalidad del encuentro con los labios

apretados. El corazón, subyugado, todavía latiendo con violencia en el pecho, y también en las tripas y en las sienes.

Pero antes de que sus labios tocasen los míos, la puerta del despacho: la risa ahogada de Clara y los pasos plomizos de Santiago por el pasillo, arrastrando los pies. Los dos despeinados, los ojos brillantes. Y el rostro de Gerard, dibujado entre sombras a esa distancia casi irreparable en la que uno puede advertir el aliento del otro. A pesar de la traición y la furia, me descubrí dándoles las gracias por haber llegado a tiempo. Y contrariada, casi por instinto o mala costumbre, me odié por ello.

Ni en aquella ni en las noches siguientes lo supe, pero en mi interior —allí donde no alcanzaba la conciencia y ni siquiera Bastian podía mirar— había comenzado a crecer un abismo.

CAPÍTULO 14

Al dolor causado por la traición de Clara se sumaron pronto otras aflicciones. Pero de entre todas, la más dolorosa fue la de la tristeza de Bastian. Para entonces había alcanzado algo parecido a la felicidad: pasaba las mañanas en la biblioteca, apurando los últimos días para la Prueba de Madurez, y las tardes las destinaba a estudiar en casa bajo la sombra inclemente de papá y el juicio ya irreparable de la tía Elvira. Mientras, Bastian y yo seguíamos luchando en aquella guerra sin cuartel, fingiendo que el mundo no nos importaba o que existía un mundo valioso al que volver después de cada encuentro. Junio tocaba a su fin cuando todo comenzó a resquebrajarse.

Veo esa tarde ante mí como el recuerdo de una noche pegajosa de verano, aunque todavía no era de noche en Barcelona. Es la vida la que se ha encargado de tenderle trampas a la memoria. Puede que por culpa de los dolores que vinieron después o solo para darle un sentido a mi herida. ¿Fue ahí donde empezó a aflorar la añoranza? ¿Cuando alguien o algo decidió que debíamos devolver esa felicidad que nos había sido otorgada? ¿El instante preciso en el que nos castigaron por nuestros secretos? Resulta difícil saberlo o volver hasta esos días con el valor suficiente. Sea como fuere, el corazón de Bastian empezó a marchitarse desde ese día.

Lo encontré derrotado, sin luz en los ojos, y esa energía magnética que emanaba de él en las atracciones del Tibidabo —cuando descubrí que podía hacerlo reír de aquella forma, o que

sonreía hermosamente en las fotos— se había esfumado junto a su risa y el brillo de los labios. Le pregunté qué sucedía, si estaba enfermo. Pero él —apenas un vacío, una cáscara— no tenía ánimos para hablar de nada.

Cuanto más le repetía, frustrada, que sus besos no eran sus besos o que sus caricias estaban teñidas de una tristeza difícil de definir, más insistía en que no quería hablar de ello y que lo dejase estar. En ese momento me sentía preparada para todo. Nuestra visita al Tibidabo todavía planeaba sobre nosotros con una certeza absoluta, así que me aferré a esa determinación y me negué a que me hiciese el amor, a que nos fingiésemos dos desconocidos.

—No mientras no me digas qué pasa.

¿No era el amor algo que debía cuidarse en la salud y en la enfermedad? ¿Por qué no me dejabas cuidarte, Bastian? Eso era lo que habrían querido las monjas y los salmos: que nos cuidásemos y fuésemos uno en el dolor del otro. No solo amantes, sino también amigos. ¿No había comenzado todo así, bajo la promesa de escucharnos y el pacto de que las palabras, el respeto, la admiración, fuesen antes que los besos o el deseo?

Pero Bastian me confesó que no estaba preparado para hablar de ello y yo no me sentía con el valor de romper su silencio. Esa misma tarde me pidió que le ayudase a deshacerse de varios de los libros y cuadernos de su colección. Los reconocí al instante porque la mayoría rondaban por su mesa de trabajo, e iban y venían de un lugar a otro de la casa con la misma frecuencia que el gato. Cuando le pregunté por qué quería deshacerse de ellos, se limitó a responder que solo eran trastos y que tenía que dejar de acumular tomos que nunca leería. Después se sirvió una copa de vino, pinchó uno de sus vinilos y siguió guardando cuadernos en cajas de cartón.

En sus ojos podía leerse la petición casi desesperada de que no le hiciese más preguntas.

Habíamos construido nuestra relación sobre los poemas de Machado, los textos de Victor Hugo y las palabras extrañas en francés que no tenían un significado exacto en castellano, y verlo traduciendo durante horas me resultaba fascinante en términos intelectuales y eróticos, por lo que alejarnos de aquel aroma a tinta y libro viejo, renunciar a él, me resultaba difícil de asumir. Después de eso se puso a bajar varios tomos de las estanterías, con convicción, como si supiese exactamente de qué libros quería deshacerse y de cuáles no: cuadernos, folios enteros tachados, informes de lectura llenos de anotaciones, y sentí que con ellos se marchaba también una pequeña parte de lo que éramos —diminuta, sí, pero valiosa— y del significado que Bastian, al hablarme de ellos, les había otorgado.

En las horas siguientes, ambos nos deshicimos de varias cajas de libros que apilamos en el recibidor y ordenamos aquel caos que reinaba siempre en el salón, que de pronto no parecía el salón de la casa de Bastian ni tampoco el mismo salón con el que me había obsesionado desde que un día me salvó la vida. De entre todos los documentos que reunimos en medio del caos de aquel hogar roto me llamó especialmente la atención una carta. Se trataba de una cuartilla escrita a mano con tinta estilográfica, con una caligrafía preciosa, como si alguien se hubiese tomado la molestia de mimar las peculiaridades gráficas de cada letra. Estaba en francés. Un francés formal y excesivamente cortés en el que apenas reconocí una veintena de palabras. Al parecer, era de una editorial en la que rechazaban un manuscrito enviado por el propio Bastian vinculado a Antonio Machado. El nombre del poeta lucía estampado en el último párrafo del texto de manera inconfundible. No figuraba ninguna

firma ni tampoco una fecha concreta. Tan solo un cuño de color granate que cerraba la carta: tres medialunas alineadas la una sobre la otra. Pero antes de poder releerla, descubrí la mirada triste de Bastian, rogando —ordenando— que se la entregase, como si nunca tuviese que haberla leído.

—¿Es por esto? No sabía que escribías.

—No escribo.

La tomó de entre mis manos y la metió dentro de una maraña de papeles sin ordenar que guardó antes de sellar la última de las cajas que nos observaba con recelo desde el recibidor.

Esa tarde se disculpó de todas las formas que el castellano le permitía. Dijo que lo sentía. Que no tendría que haberlo visto así y que entendería que quisiese marcharme a casa. Y yo, claro, le dije que no pasaba nada, que permanecería a su lado el tiempo que hiciese falta. Más tarde nos echamos sobre el sofá y Bastian se quedó abrazado a mi cuerpo hasta bien entrada la tarde, mientras el gato, como cada vez que intuía la incertidumbre, nos rondaba, frotándose contra las piernas y ronroneando para romper aquel silencio ingobernable que se había apoderado de la casa.

El lunes siguiente, con la excusa de una última sesión de estudio antes de la Prueba de Madurez, le pedí a Clara que me acompañase a la biblioteca. Cogimos sitio en una de las mesas de la nave central y después nos perdimos por la sección de textos en francés. No había demasiados libros, muchos estaban censurados y otros estaban desperdigados sin ton ni son entre estanterías descoloridas que alcanzaban el techo.

Clara no hacía preguntas. Se limitaba a hojear algunos manuales de gramática y a leer las contraportadas de las *nouvelles* que mencionaban las monjas en clase —Balzac, Maupassant, Mérimée—. En ese entonces el Francés era una asignatura maldita, y no

resultaba raro visitar la biblioteca en busca de libros con los que complementar las clases de Bachillerato. Clara no tenía la menor idea —nunca se lo dije—, pero la única razón de que hubiésemos acudido allí es que el logo de la carta de Bastian me resultaba familiar y quería comprobar de qué editorial se trataba.

La búsqueda me llevó casi media hora. No sabía por dónde empezar ni cuál era la forma más eficiente de hacerlo, así que me dediqué a escudriñar el lomo de todos los libros hasta que al fin di con el logo en la sección de poesía, estampado en una antología de Rilke. Se trataba de una editorial parisina —por lo que pude descubrir en las primeras páginas— llamada Éditions Valmont, y estaba especializada en la traducción al francés de grandes poetas internacionales: el propio Rilke, Walt Whitman, Yeats... y, por supuesto, Antonio Machado. La lista, como figuraba en la sobrecubierta del libro, era más extensa, pero lo cierto es que no había oído hablar de la mayoría de aquellos nombres. Me di cuenta en ese momento de que Bastian tenía varios tomos de la colección en sus estanterías. No eran ediciones de lujo ni muy cuidadas, sino que su valor, como le había oído decir, radicaba en la fidelidad de la traducción, en la forma de interpretar el texto, que a menudo se acompañaba de notas biográficas sobre los autores o detalles de su vida.

Pensé en llevarme el libro a casa, pero lo descarté después de un vistazo. No saqué nada en claro de aquella edición y tras verlo así tampoco tenía el valor para preguntarle por la carta. Su mirada al descubrir la cuartilla entre mis manos, casi desesperada, era suficiente. Así que me resigné y devolví el libro a su sitio, convencida de que aquella carta solo sería un secreto más de todos los que habíamos decidido esconderle al mundo. Bien pensado, era ese

mismo silencio idealizado, vulnerable, el que envolvía a Bastian y a su realidad, el que ahora se volvía contra mí.

Pasamos el resto de la tarde estudiando en la sala central de la biblioteca. Yo intentaba repasar Historia, y Clara, Francés, pero me sentía muy dispersa y cualquier ruido que se escapaba de los pasillos me sacaba de inmediato de la lectura. En los días que habían pasado desde la conversación con Gerard, no había desaparecido el poso de rencor que sentía hacia ella. Detestaba que le hubiese hablado de papá a Santiago y que hubiese utilizado su oficio para definir quién era. Y al mismo tiempo sabía que no había sido con mala fe. Probablemente se le escapó en una conversación trivial o Santiago le había tirado de la lengua; en cualquier caso, no quería que me viesen del modo en que yo veía a mi padre, y no podía negar que mi relación con ella se había enfriado. No fui del todo consciente hasta esa tarde, cuando Clara aprovechó el silencio velado de la biblioteca para confesarme que le estaba resultando muy difícil tener sexo con Santiago. Puede que no lo expresase con esas mismas palabras, pero eso era lo que quería decir.

Me explicó que cuando llegaba la hora de la verdad, jamás se sentía preparada, y que, aunque al principio él era comprensivo y le había otorgado todo el tiempo que necesitase, estaba comenzando a perder la paciencia. La otra noche, sin ir más lejos, la había presionado para que se acostasen allí mismo, en la imprenta, mientras Gerard y yo aguardábamos impacientes junto al mostrador. Me dijo que no me lo había dicho antes porque se sentía avergonzada y porque creía que iba a malinterpretar la actitud de Santiago, su impaciencia.

Nunca había hablado de sexo con ella. No así al menos. Clara era muy pudorosa. Cuando hablaban a escondidas en el patio y se jactaban de meterse los dedos o del roce de las mantas, solía

retraerse y mirar hacia otro lado, como si no fuese con ella. No es que yo participase activamente en esas conversaciones, pero tampoco me gustaba exponerme ante las demás. Supongo que la moral cristiana con la que nos habían educado había marcado de formas muy distintas a las otras niñas. Lo que para unas era una fuente constante de represión o de autodesprecio, para otras solo era el germen de una curiosidad irrefrenable, casi rebelde, que las llevaba a decir todo tipo de barbaridades. Clara era más bien del primer grupo, pero sentía un fuego indigno cada vez que Santiago la besaba.

—Lo hemos hecho todo menos eso.

No tenía ningún problema en desnudarse ante él, en complacerlo y en dejar que él la complaciese a ella, pero a la hora de la verdad, la mente se le nublaba y el corazón le latía tan deprisa por culpa de los nervios —de lo que se suponía que debía ser y no era, de lo que debía dejarse hacer y no hacía—, que pensaba que le iba a explotar el pecho. También dijo que temía que Santiago se cansase de ella y la dejase por hacerlo esperar demasiado. «¿Cuánto era demasiado? —me pregunté—. ¿Acaso tres meses era demasiado tiempo como para entregarle el cuerpo a un hombre? ¿Como para dejarle hacer lo que quisiese a su antojo?».

Sabía perfectamente lo que debía responderle: que si Santiago la quería de verdad no tendría ningún problema en esperar el tiempo que hiciese falta —y que si no, solo estaba con ella por una razón—, que era normal que sintiese aquel miedo, que yo también lo había sentido, que igual significaba que no estaba preparada, o solo que a ambas nos habían metido demasiadas cosas raras en la cabeza —en la iglesia, en clase—, y que en la vida real, todo era más fácil de lo que parecía. O, al menos, así debía serlo. Pero no lo hice. Ninguna de esas palabras salió de mi boca y en su lugar le contesté algo

banal, indigno de la amistad que nos unía. Le dije que la entendía, que lamentaba que se sintiese de esa forma y que esperaba que aquel sentimiento desapareciese pronto. Fue horrible, reprobable, y de una falta de empatía de la que no me creía capaz, pero seguía dolida con ella y supongo que esa fue una manera de disfrazar mi venganza, de devolverle el dolor que había dejado en mí su traición. Ambas lo hicimos a través de Santiago, como si el signo de la traición definiese el triángulo que marcaba nuestra existencia en esos días. Una a cada extremo, con ángulos afilados, y Santiago en el medio, objeto de los miedos de ambas, y también de los deseos: el de Clara, el de sentirse al fin digna de ese amor; el mío, el de verme a través de sus ojos como alguien que luchaba activamente contra lo que representaba papá.

Con mi silencio le fallé a Clara Alemany, a nuestra amistad, y al deber por el que se rigen las amigas de verdad, las que no se ocultan secretos ni encierran a sus amantes en un cajón. Ese fue otro de los abismos a los que me asomé durante aquel verano. Y de él, puede que como de ningún otro, me arrepentiría toda la vida.

CAPÍTULO 15

Pese a que superé la Prueba de Madurez sin demasiado esfuerzo, mis notas distaron mucho de las esperadas por las monjas de Gracia. Nos examinamos en la Universidad de Barcelona. Era una clase inmensa, extensísima, un aula magna. Había estudiantes de todas las escuelas de Barcelona, sin importar si eran masculinos o femeninos. Me acuerdo especialmente de los colegios católicos por sus uniformes de sarga, a juego con el nuestro: el suéter de algodón de La Salle Bonanova, los zapatos de los chicos de Sant Ignasi-Sarrià o del Claret y, por supuesto, de las melenas repeinadas de los colegios de espíritu más refinado, como el Liceo Francés, donde estudiaban la mayoría de las alumnas de Bastian. Verlas allí, en la misma aula, examinándose de los mismos temas de los que nos examinábamos Clara y yo, me produjo cierto alivio. A pesar de que no eran esas mismas niñas, me consolaba saber que frente al juicio imparcial de un examinador todas éramos iguales y teníamos las mismas oportunidades, pese a que ellas pudiesen comprar el tiempo de Bastian y yo tuviese que pelear por él en la cama o escucharle hablar de Victor Hugo y Machado para tener su total atención.

Las preguntas de los exámenes se centraban en grandes temas transversales, compuestos por varios epígrafes más. A menudo nos daban tres opciones y debíamos escoger una o, en el peor de los casos, dos. En Historia elegí el tema de la Reconquista porque las alternativas estaban centradas en las Constituciones del siglo XIX y me negaba a someterme a aquella encrucijada de fechas y cambios

de gobierno. Así que me descubrí hablando de los Reyes Católicos durante casi una hora, llevada por esa determinación nacional que esperaban escuchar los examinadores. Sabíamos, por lo que nos había explicado sor Ángeles, que el entusiasmo ideológico podía subir la nota en caso de duda, y por esa razón en la mayoría de nosotras afloró un impulso patriótico por resaltar las virtudes del régimen, que podían reinterpretarse en cualquiera de los grandes temas de la historia de España. Ahora que lo pienso, esa fue la primera vez que me examinó alguien que ignoraba la identidad de papá, en qué trabajaba o el poder que tenía, y eso me hacía sentir libre a la par que vulnerable. En el colegio sabía que siempre podía contar con la valoración subjetiva de las monjas, mientras que frente a aquel tribunal estaba sola en el mejor y en el peor sentido de la palabra.

En Francés nos hicieron traducir uno de los textos que había estudiado junto a Bastian. Se trataba de un fragmento de *Le Cid* de Pierre Corneille, donde se reflexionaba acerca de la soberanía del pueblo. Por suerte, encontré las preguntas sobre gramática sorprendentemente fáciles. Saqué un sobresaliente. Esa fue la mejor nota de toda la Prueba de Madurez. El resto —Lengua, Geografía, Latín...— fueron notables y algún bien inesperado que me dejó un sabor amargo.

En general estaba satisfecha con las calificaciones, pero no podía decirse que hiciesen justicia a cómo habían sido mis notas durante Bachillerato, lo que solo confirmaba la generosidad con la que me veían los buenos ojos de las monjas. Clara también aprobó a la primera y, a diferencia de lo que me había sucedido a mí, sus notas estaban por encima de su media escolar, lo que resultó una sorpresa incluso para sor Ángeles, que lo celebró entusiasmada como si aquel aprobado y el del resto de la promoción —superamos el examen

todas, sin excepción— fuese un milagro más de la Virgen de Montserrat y de todas las Vírgenes de Barcelona.

Una semana después, entrado el mes de julio, nos graduamos en la capilla del colegio. Los curas, como ya era habitual, vinieron expresamente a confesarnos. Sé que acostumbraba a mentirles o a decir frases vacías que simplificaban o reducían a la nada cómo me sentía en casa, y que los curas se limitaban a asentir y a restarle importancia en nombre del perdón absoluto. Pero creo que esa tarde les hablé de mamá, de que me habría gustado verla sentada en un banco de la iglesia como a una más, junto a mi tía Elvira y a mi padre; que habría deseado saber cómo era su mirada de orgullo. O que al menos me habría conformado con conocer una expresión de ella que no fuese la misma que siempre lucía en el retrato de casa, mientras me miraba satisfecha con el título de graduación en las manos. ¿De qué forma sonreía cuando papá le decía que la quería? ¿Cómo era su rostro al despertar, sin carmín en los labios o colorete en las mejillas? ¿Qué habría sentido al descubrir que había heredado su misma voz?

Todavía conmovida por la ausencia de mamá, escuché el discurso de graduación de sor Ángeles con mucha más emoción que el resto de las eucaristías del año, aunque, como era costumbre, sin intervenir en la mayoría de las réplicas que seguían a cada oración. Recuerdo cómo habló acerca de los valores que debían tener las señoritas en las que debíamos convertirnos y de cómo las lecciones cristianas que nos habían impartido desde primaria servirían para forjar un hogar católico a imagen y semejanza de lo que Dios y España necesitaban, que para entonces eran dos entidades inseparables. Para mí, el matrimonio estaba lejos de ser una realidad y no me veía cumpliendo con los valores que se presuponían de una mujer católica, aunque reconozco que en esos días no me habría

importado renunciar a mi libertad si con ello hubiese unido mi vida a la de Bastian de manera permanente. Porque así es como lo quería entonces: para siempre, sin condiciones. ¿Acaso habría sido posible casarnos en una iglesia como esa? ¿Qué pensaría papá al verme en el altar junto a un francés, un traductor que vivía de las clases que pagaban los mismos hombres de poder a quienes él protegía? ¿Recordaría que él se llevaba doce años con mamá? Y la pobre tía Elvira, ¿qué diría ella, que tantas cosas se había callado para no herirme?

Pensé en ello durante el resto de la graduación: mientras nos dábamos la paz y también mientras recibíamos la comunión. Pensé que al fin se acabaría lo de que todos me viesen como una persona que no era en realidad, que esa admiración natural, ese respeto que planeaba sobre mí en clase y en el coro, estaba a punto de echar a volar a través de las vidrieras de la iglesia. Ahí, en esa capilla, se quedaría esa versión de mí misma que me había acompañado desde que tenía uso de razón. Esa que todos veían y que jamás había representado cómo me sentía en realidad: ni una triunfadora, ni una gran estudiante, ni siquiera libre. Es curioso. Algunas niñas querían ser como era la Julia de entonces, pero yo solo quería que papá me escuchase cantar y que me mirase con el orgullo con el que no había podido hacerlo mamá.

Cuando terminó la misa, retiraron el atril que descansaba junto al altar y, tras sonar las campanas del mediodía, las chicas del coro nos reunimos por última vez para cantar una versión del *Salve Regina* que llevábamos ensayando desde mayo. Era un arreglo con órgano, escrito para una soprano, la solista, acompañada por una decena de voces intermedias. Sor Ángeles había ajustado la partitura original a mi tono de voz y la versión sonaba imponente ya desde los primeros ensayos.

Fue un concierto hermoso. Sí, creo que esa es la palabra que mejor lo define. Las niñas de primaria cantaron con una precisión insultante y la mayoría, puede que por las vibraciones del órgano —que resonaba a través de las piedras macizas del suelo, subiendo por las medias rojas y llegando hasta el pecho—, cantaron con una fuerza superlativa que amplificaba la reverberación natural de la iglesia. Fue nuestro mejor concierto. El más brillante o el más afinado al menos. La emoción debió de contagiarse también al público, porque no dejaron de felicitarnos en los minutos siguientes. De mi actuación no tengo mucho que decir porque apenas recuerdo en lo que pensé cuando dio inicio la canción. Me sucedía a veces, cuando sentía la interpretación de verdad y no era una melodía genérica de misa. En ese momento, la canción se apoderaba de mí y salía de entre mis labios como un fuego. Cantaba sin concesiones, desde las entrañas, y cuando terminaba de interpretar la partitura me resultaba imposible recordar qué había pasado. De lo que sí me acuerdo es de que empecé el solo conmovida, con la voz tomada. Me daba miedo romper a llorar cuando llegase a las notas más altas, pero al cabo de unos segundos solo tuve ante mí la imagen del primer compás, del segundo después. Y así, uno a uno, hasta que todos resonaron en mi garganta. Y, con la misma facilidad con la que habían aparecido instantes atrás, se fueron todos los miedos.

La tía Elvira se lanzó a mis brazos en cuanto bajamos del presbiterio.

—Ha sido precioso, hija. ¡Precioso!

Papá estaba esperando fuera, aunque, a diferencia de lo que era habitual, sabía que me había escuchado porque lo encontré conmovido. No le dije nada, pero fue gratificante que al menos se quedase en la puerta aguardando a que saliésemos, que era mucho más de lo que había hecho en los últimos años. Pensé que si podía

escucharme, quizá podría verme actuar algún día. Y esa posibilidad, por idealista que sonara, me resultó reconfortante.

Esa fue la última vez que actué delante de alguien. Desde entonces no he vuelto a cantar para nadie. Ni en coros, ni en misas, ni siquiera para un público reducido en una sala de conciertos. Supongo que si pudiese decírselo a la Julia de dieciocho años que pensaba que podría hacer de su voz un mundo, no me creería. Seguramente pensaría que era mentira, una excusa para amargarla, pero eso fue justo lo que pasó: tan pronto como salimos de la iglesia de Gracia, se terminó mi carrera como cantante. Aquella versión del *Salve Regina* fue lo último que canté.

Papá, mi tía y yo cenamos en un restaurante del Ensanche para celebrar la graduación. Quizá mi tía —o mejor dicho, sus guisos— tenía la culpa, pero lo cierto es que jamás salíamos a cenar. Ni siquiera cuando era el cumpleaños de alguien. No lo habíamos hecho en los cincuenta de papá, ni tampoco en los cuarenta de la tía, así que era una sensación extraña. Debimos de cenar cualquiera de los platos que había en la carta —no lo sé—, pero lo importante es que nos pasamos la cena riéndonos los unos de los otros y hablando acerca de los mejores episodios que nos había regalado mi andadura escolar con las monjas. Esa noche fuimos felices, y los rencores y los malos modos se quedaron en casa. No sé si papá fue consciente de que les había dado una tregua, o que el influjo de la canción había amedrentado sus fantasmas. Sea como fuere, es uno de esos momentos de la adolescencia que recuerdo con un cariño especial, único. Tanto que incluso pensé que si papá estuviese dispuesto a tenderme siempre su corazón de esa forma, yo se lo entregaría sin condiciones.

Mi padre me preguntó qué iba a hacer a partir de entonces. Si quería estudiar o ponerme a trabajar en cualquier lado. Incluso

sugirió que podía encontrarme un puesto digno si así lo quería. Pero no sabía qué hacer. Todavía tenía varias semanas para elegir si inscribirme en el curso preuniversitario, lo que no era muy común en las mujeres de mi generación, incluso guardaba cierta ilusión pasajera ante la posibilidad de dedicarme enteramente al canto. Lo que sabía a ciencia cierta es que no quería terminar siendo la secretaria de un inspector de policía en la comisaría de Vía Layetana, ni mucho menos la mujer de cualquier vecino dispuesto a que criase a sus hijos en nombre de la unidad de España y la familia católica. Antes habría aceptado encantada cualquier destino que la vida me deparase, siempre y cuando este no me hubiese alejado de Bastian. Por cruel o recóndito que fuese, sabía que esa existencia que los demás habían planeado para mí jamás me haría feliz si la comparaba con la que podría tener a su lado. Aunque no podía decírselo así a la tía Elvira y mucho menos a papá, así era como me sentía.

Con la llegada del verano también acudí más a menudo a casa de Bastian, sumando más encuentros a los que ya se habían sucedido en el mes de junio. El primer día después de la graduación, un martes, me esperaba con un pequeño ramo de orquídeas que había comprado para felicitarme.

—Te lo mereces.

Nunca antes un hombre me había regalado flores y, aunque siempre renegaba de las anécdotas que contaba la tía Elvira cuando su marido la colmaba de rosas, me encantó que me tratasen así. A mí, que tanto había huido de ese amor romántico y castizo que en esos días era el único válido. A mí, que odiaba las flores, los vestidos de colores pastel y los diminutivos. A mí, que ni siquiera podía llevarme el ramillete a casa porque no tenía manera de justificarlo —no podía ser un regalo de Clara ni de sor Ángeles—. No. Un regalo así solo podía hacerlo un hombre que ama y desea. Y yo tenía la

fortuna de haberlo encontrado, y de que fuese dulce y paciente, sin caer en los tópicos en los que caían el resto de los hombres que conocía que también regalaban flores.

—¿Te gustan?

—Son preciosas —dije—, aunque me temo que vas a tener que quedártelas tú.

—Ya había pensado en eso. —Y luego las puso en un jarrón con agua sobre la misma mesa en la que trabajaba—. Así te tengo cerca.

Esa tarde, y con la graduación aún reciente, Bastian me escuchó con mucha ternura cuando le hablé de las dudas que tenía sobre el futuro. Fue paciente y atento, como acostumbraba, y concluyó que tal vez continuar estudiando era la única forma de huir de aquel deber nacional que aguardaba a la vuelta de la esquina, y que al menos así ganaría tiempo para decidir en quién quería convertirme, si quería ser la mujer de alguien —de quién iba a serlo si no era de él— o llevar una vida propia. Más allá de eso, nunca volvió a sacar el tema del matrimonio o la familia, pese a que a su lado me habría pasado días enteros planeando una existencia juntos.

A pesar de las flores y la dulzura, su dolor no se marchó en esos días. Creía que el sexo y las conversaciones sobre el jazz serían suficiente para superar esa aflicción, pero incluso al cuerpo le costó unos días adaptarse al nuevo Bastian Ballard. Temía que el mismo dolor que se había apoderado de su espíritu —ese que lo había convertido en alguien que no era, que se deshacía de libros y escribía cartas a editoriales francesas— contagiase al mío; me aterraba que nuestros cuerpos, al tocarse, no evocasen algo puro y verdadero, por lo que acostarnos solo fue una forma de comprobar que Bastian seguía ahí para mí.

Mi amor, bajo aquella búsqueda, fue tan intenso que al recordarlo aún me deja sin aliento: su sexo, a menudo latente en las manos, de

pronto en mis labios, caliente como una herida abierta. Las llamas en la garganta, con tantas cosas que decir y tantas que callar al mismo tiempo. La sensación insaciable de notarlo hundiéndose plácidamente en mi interior, de tenerlo dentro, mojada, como si estuviésemos hechos solo para eso, como si ambos hubiésemos nacido para encajar el uno en el otro pese a su tristeza. Nuestros cuerpos, dóciles, abriendo la boca, besando y dejándose besar. El pelo alborotado cayéndonos en las mejillas, mirándonos, sabiéndonos vulnerables. Y yo buscando adentro —cómo temía perderlo, cómo temía que desapareciese—, sin encontrar nada, hasta que empezaba a moverse más rápido, hasta que ambos lanzábamos un grito que no tenía forma de grito ni de nada que hubiésemos oído antes, pero que resonaba por la casa y salía por las ventanas abiertas sin importar quién lo juzgase, antes de que le diera tiempo a salir de mí y susurrar mi nombre —una temeridad que no debería volver a pasar, diríamos después—. La sensación de que Bastian terminase en mí de esa manera todavía vuelve con una intensidad violenta, que me estremece desde dentro, bajo la falda, las bragas e incluso la piel. Es bonito, sí, que él, de todas las formas del querer, eligiese hacerlo con tanta dulzura.

Mientras duró la aflicción de Bastian, tomé la costumbre de rogárselo todo al oído:

«Por favor, hazme el amor».

«No pares ahora».

Que volviese a decir mi nombre en susurros al correrse o suplicarle cuando alargaba de más el momento de entrar en mí.

Cuando lo hacía, siempre lo miraba a los ojos. Él con frecuencia me devolvía la mirada, y después, cuando terminábamos y teníamos el cuerpo bañado de sudor, evitaba mirar hacia las estanterías del comedor, hacia los libros que nos observaban en silencio, aunque le

resultaba imposible. Y callaba, me acuerdo, igual que semanas atrás, con la diferencia de que no me sentía con fuerzas para hablarle de cualquier nimiedad de casa, o de pedirle que me contase de nuevo los años de Machado en París, donde había conocido a Rubén Darío.

También en esas tardes me hice amiga de su gato. No solo me sentía como él, indefensa, cada vez que Bastian extendía la punta de los dedos y me acariciaba la tripa, sino que había tomado la costumbre de enroscarse en mis piernas cuando terminábamos de hacer el amor. Estiraba la cola y recorría mis muslos desnudos sin prisa hasta encontrar la postura exacta para tumbarse. A pesar del calor, lo recibía siempre con la certeza de quien se sabe amado, y eso me consolaba porque sabía que pasara lo que pasase él acudiría para hacer menos hostil aquella casa. Una tarde le pregunté a Bastian por su nombre, pero me confesó que no tenía.

—¿Cómo puedes tener un animal sin nombre? —le dije.

—Ya. No lo sé. Un día apareció por casa, le di de comer y desde entonces regresa cada día. Se cuela por la ventana del patio de luces. Yo creo que les pide comida a todos los vecinos. Es muy listo.

—¿Y no has pensado en ponerle un nombre?

—¿Un nombre como qué?

Quería decir algo ingenioso, pero no se me ocurrió nada lo suficientemente especial como para romper el silencio. Solo me venían a la mente nombres de poetas o títulos de jazz que había visto en sus vinilos, y lo último que quería era que discutiésemos o que pensase que había iniciado esa conversación para hablar de los mismos temas que había elegido ignorar adrede.

—Yo lo llamaría Turrón.

Era un gato naranja, de un marrón tierra precioso, que recordaba a los turrones de almendras que mi tía compraba por Navidad. No sé por qué dije ese nombre, pero a Bastian no le disgustó.

—Turrón —dijo mirando al gato, que ronroneó en mis piernas—. Ese mismo está bien.

Por lo demás, los primeros días de las vacaciones se volvieron insoportables: al tiempo que ayudaba a mi tía en las tareas de casa, dediqué la mayoría de las tardes libres que tenía a buscar en la biblioteca libros traducidos por él. Pasaba horas enteras entre pilas interminables de libros de la sección de francés, pero no había ninguno de Éditions Valmont que llevase estampado su nombre, ni tampoco de ninguna otra editorial. Nunca supe qué pretendía con mi búsqueda —justificar su dolor, compartirlo, llegar hasta quien realmente era—, pero tampoco así conseguí traer de vuelta a la persona que era antes de recibir aquella carta.

Nada me hacía imaginar que tardaría más de veinte años en descubrir su significado.

CAPÍTULO 16

El tercero de los abismos llegó días más tarde.

Para entonces, los fines de semana se hacían largos e insoportables en Barcelona, cuando el sol flotaba alto en el cielo y lo inundaba todo de un calor intenso que te impedía pensar. Clara se había pasado tardes enteras tratando de convencerme de que fuésemos de excursión con Gerard y Santiago. Quería ir a la montaña a pasar el día, aprovechando que ya habíamos terminado el curso y que tanto la imprenta como la fábrica cerraban durante los sábados de julio y agosto. Después de nuestra cita a cuatro en el cine, apenas habíamos vuelto a quedarnos solos. Cada vez que nos veíamos solíamos hacerlo rodeados de los demás, en el local de Sants, por lo que traté de posponer el encuentro hasta que se me acabaron las excusas. Por un lado me sentía contrariada de seguir viéndonos los cuatro a solas, como si aquello fuese una forma implícita de aceptar que había algo entre Gerard y yo del mismo modo que lo había entre Santiago y Clara. Y por otro, no quería dejar de verlos ni abandonar la única causa que me hacía batallar contra papá. No tenía más lazos que me atasen a la lucha contra el régimen, ni en clase ni con Bastian. Con todo, el segundo sábado de julio fuimos juntos al Montseny.

Llenamos los macutos de botellas de agua y le pedí a la tía Elvira que preparase una tortilla para cuatro. Nunca le dije que había quedado con Santiago y Gerard, pero horas después descubrí que ya lo sabía. Esa mañana recogí a Clara en su casa y quedamos con los

chicos junto al Arco del Triunfo. Aunque un gris impropio del verano copaba el horizonte, los rayos de sol se colaban tímidamente entre las nubes. No podía decirse que nos hubiese salido el mejor día, pero a todos nos pareció más que suficiente para escapar de Barcelona por unas horas. Cogimos la línea del tren con destino a Vic-Puigcerdà y el trayecto duró algo más de sesenta minutos. Estaba repleto de gente y no hablamos demasiado. Santiago y Gerard, sentados frente a nosotras, se habían vestido para la ocasión con camisas de lino arremangadas hasta los codos, mientras que Clara y yo habíamos tenido que conformarnos con largas faldas de algodón que daban más calor del que aparentaban. La suya era de un granate vivo y la mía naranja —me encantaba—. No recuerdo qué llevábamos en la parte de arriba, pero sí que cuando llegamos tenía las axilas empapadas y una fina capa de sudor se había apoderado del pecho y los hombros.

Finalmente el tren se detuvo en Figaró. Era una estación pequeña y con encanto, rodeada de montañas en todos los sentidos: era como si las vías hubiesen aflorado de entre las raíces de los árboles, y la arquitectura del edificio se mimetizaba con las ramas afiladas que brotaban de altos pinos. Alrededor no había nada memorable: algunas calles de tierra todavía por asfaltar, casas de campo y un delicioso olor a verano. Seguimos las instrucciones de uno de los vecinos y pusimos rumbo al norte, donde las masías comenzaban a dibujarse en el horizonte como en esos cuadros costumbristas pintados torpemente que las familias humildes tenían en casa. De fondo, muy a lo lejos, podían oírse los gritos traviesos de los niños, a los que descubriríamos después con enormes jarras de agua yendo y viniendo de una fuente que coronaba la montaña.

Caminamos hasta dejar atrás la última casa y nos internamos en un bosque de encinas, robles y pinos, donde había sombra suficiente

para cobijarnos del sol, que para entonces ya golpeaba con tanta fuerza como para espantar a las nubes del cielo. A apenas unos metros había una poza natural de la que fluía un riachuelo sobre un mar de piedras vírgenes, todas redondas y de proporciones sorprendentemente similares. Clara, con el gesto servicial de una madre, extendió una sábana vieja sobre el suelo. Era de color crema, algo fea, y sobre ella las fiambreras de hojalata parecían perder parte de ese encanto natural que tenían. Gerard había llevado un pan de aceite del tamaño de una barra normal; Clara, embutidos; y Santiago, dos botellas de vino. Pese a la insistencia de los chicos —fascinados de pronto ante la posibilidad de emborracharnos— fui la única que no probó ni un solo trago. No había bebido antes y no estaba dispuesta a hacerlo delante de ambos. Sin embargo, Clara, que al principio se mostró incorruptible, no tardó en someterse a la voluntad de Santiago.

No sé de qué hablamos, pero fue agradable y, por primera vez en mucho tiempo, nadie tomó la iniciativa ni asumió el peso de la conversación. Todos hablábamos por igual y cuando un tema se volvía manido o perdía fuerza, alguien sacaba otro de la nada y todos aportábamos algo de valor para mantener viva la charla. Clara parecía relajada y muy a gusto, y hablaba con una convicción desconocida en ella. La miré fascinada, como si no conociese esa versión de ella, o como si simplemente hubiese aflorado en su interior una nueva Clara, espontánea, magnética. Visto de ese modo, cuando estábamos en clase siempre la envolvía un velo invisible. Quizá yo era la responsable de que esa condición planease sobre ella, pero ahora que las clases se habían acabado, y con ellas el colegio y las monjas, parecía otra.

Cuando tocaron las doce, los tres ya habían bebido lo suficiente como para romper a reír por cualquier tontería y aunque me sentía

algo fuera de lugar no podía decirse que no estuviese a gusto a su lado. Puede que fuese por culpa del vino o del calor —qué sé yo—, pero Santiago propuso que nos metiésemos en el agua y a Gerard le pareció la mejor idea que nadie había tenido jamás. Mejor aún que la revolución y los sindicatos. Clara y yo nos miramos sin saber qué decir. Ninguna llevaba traje de baño y la posibilidad de meternos en el río con ropa interior resultaba demasiado embarazosa incluso para dos niñas atípicas de un colegio de monjas de Gracia. Ellos no lo pensaron dos veces. Se quitaron la camisa y los pantalones y antes de que nos diésemos cuenta estaban caminando hacia el agua con pasos pequeños, tratando de que las rocas no les destrozasen los pies. A diferencia de los calzoncillos que había visto de Bastian, estos eran de tela dura y ceñidos al pubis. Se les marcaba todo, en especial a Santiago, tan delgado que costaba discernir dónde terminaban las costillas y empezaba el pecho. Gerard, en cambio, lucía atlético y los músculos se desplazaban en su espalda de manera suave, hipnótica, cada vez que daba una brazada para abrirse camino entre la maleza. La luz hacía resplandecer de forma natural su torso perlado de sudor, y su cuerpo brillaba como en un cuadro de Sorolla. Era hermoso. Más de lo que creía posible en el cuerpo de un hombre.

Me di cuenta de que Clara lo estaba observando igual que yo, y aunque ninguna nos miramos para constatarlo, comprendí que eso también era el deseo: un pinchazo en el vientre que no distaba mucho de los escalofríos que me recorrían las piernas cuando Bastian me acariciaba con dulzura los muslos.

—¡¿Está fría?! —chilló Clara.

—Mucho —respondió Santiago lanzándole agua a Gerard para que se sumergiese del todo.

En el aire todavía flotaba ese aroma a resina seca que bajaba desde lo alto de los pinos.

Clara me preguntó si debíamos meternos.

—¿En bragas y sujetador?

—¿Por qué no?

De pronto, su réplica se volvió de una evidencia incontestable. ¿Adónde había ido a parar la Clara que conocía?

Cuando vuelvo sobre esa mañana y la veo desnudándose —su sujetador gris, de copa, antiquísimo, unas bragas blancas, sin adornos ni artificios— y caminar hacia el río, es como si todo hubiera pasado ayer mismo. La observo avanzando entre las rocas con el vientre encogido y el rostro inyectado en ese placer contrariado del agua helada. Y también veo a Santiago y Gerard flotando semidesnudos, contemplando con curiosidad los pezones duros contra el sujetador.

—¡Vamos, Julia! —gritaron los dos, pero hasta que Clara no me pidió que me metiese no reuní el valor suficiente para desvestirme y seguir sus pasos.

Al principio, el agua apenas cubría hasta la rodilla. Su frescor era tolerable para la piel y el suelo estaba repleto de preciosas piedras de todos los tamaños que hacían difícil moverse con normalidad, pero en los tramos de sombra la corriente se volvía más fría y resultaba imposible verse los pies. Alcancé a Clara antes de llegar a la zona en la que el río se convertía en un pequeño lago rodeado de ramas. Para entonces los chicos ya habían iniciado una guerra de salpicones que nos hizo buscar refugio bajo el agua. Ambas nos miramos entre la bruma verdosa del río y en cuanto comprendimos lo ridículas que parecíamos, encorsetadas en esa estúpida ropa interior de la posguerra, nos echamos a reír.

Cada vez que pienso en Clara, pienso en aquel día. Del mismo modo que la imagen más poderosa que guardo de Bastian es la del Tibidabo, la de ella es sin duda la de aquellos instantes en el río: feliz, despreocupada, sin temores, siendo la mejor versión de sí misma. Ya no era la Clara estudiante que siempre me acompañaba en clase, y en el coro, sino Clara Alemany, una mujer —una niña— por sí misma, riendo junto al hombre —el niño— que amaba, sin saber todo lo que vendría semanas después.

Esa mañana fuimos felices: jugamos a las ahogadillas, chapoteamos hasta perder la noción del tiempo y nos abrazamos furtivamente los unos a los otros para resistir el agua helada, de la que la piel solo parecía abstraerse gracias al contacto con otros cuerpos. Gerard me tomó por los hombros un par de veces y estampó su pecho contra mí durante unos segundos, manteniéndome a flote. Sentí su sexo contra mi espalda y me excitó, aunque no dije nada. Minutos después me descubrí apretando sus hombros contra los míos y acercando mis pechos a su torso, casi como una forma inconsciente de devolverle aquel rubor. Al darse la vuelta, nuestros labios se quedaron a apenas unos centímetros de distancia. Tanto que podía sentir un ligero aroma a vino pegado a ellos, no muy distinto del sabor que solía tener la boca de Bastian. Santiago gritó que iba a salir ya y su voz nos devolvió a la realidad antes de lo esperado. Clara, como si respondiese a sus órdenes, lo siguió de cerca y Gerard y yo fuimos detrás sin mediar palabra.

Ya afuera nos turnamos para quitarnos la ropa mojada y vestirnos con las mismas prendas con las que habíamos llegado en el tren. Primero fueron los chicos, que dejaron colgando los calzoncillos de una pequeña rama que sobresalía de entre los árboles que crecían junto al río. Y luego nosotras. Clara me pidió que vigilase si venía alguien mientras ella se cambiaba. Me fue inevitable

girarme para apreciar mejor su piel desnuda: hacía un par de años que no la veía sin ropa y desde entonces su cuerpo se había vuelto más hermoso y atlético. Ya no era el cuerpo de una niña, sino que tenía las proporciones y la firmeza de un cuerpo adulto. Tenía menos pecho que yo, sí, pero estaba bien proporcionado con su torso y reinaba sobre él de una forma armónica.

—Lo voy a hacer —dijo subiéndose la falda—. Ya tengo la decisión tomada. Si no doy el paso ahora, nunca sabré si estoy lista o no, ¿verdad?

Sentí de pronto un zumbido en la cabeza que me dejó mareada. No supe qué decir. Creía que si le decía lo que pensaba me odiaría, y que si me limitaba a darle la razón o asentir como en la biblioteca, estaría traicionando su confianza de nuevo.

—¿Vamos? No quiero hacerlos esperar demasiado.

Se ajustó la falda y echó a andar en dirección a Santiago sin que yo hiciese nada para evitarlo: ni un gesto, ni una mirada, ni una palabra. Nada.

Después del baño, los ánimos se habían enfriado. Estábamos exhaustos y apenas quedaba un cuarto de la segunda botella de vino. Conseguimos que ninguno hablase acerca de mítines y polémicas del partido durante unos minutos, pero Santiago parecía tan entusiasmado por lo mucho que habían avanzado las cosas desde el primer mitin que ni siquiera Gerard o los besos de Clara consiguieron posponer lo inevitable. Hasta donde sabía, las octavillas y el boca a boca habían surtido efecto: en apenas un mes se sumaron más trabajadores de Pueblo Nuevo y también sindicalistas encubiertos de empresas que en otro tiempo habría sido inimaginable ver por el local de Sants. El crecimiento era evidente desde el último mitin. Una podía darse cuenta con solo observar el brillo en los ojos de Santiago. Con todo, la guerra continuaba

librándose en las calles de Barcelona: las Brigadas Sociales habían duplicado efectivos desde mediados de junio y Gerard tenía pruebas de que llevaban días siguiendo a los Antonios y a Joan. Cualquier prudencia era poca para todo lo que estaba en juego. Yo los escuché sin mediar palabra, y mientras Santiago recurría a disertaciones teóricas sobre la importancia de establecer redes de seguridad y confianza, me pregunté si no era en realidad una forma encubierta de atacarme por quién era papá. ¿Sabría que Gerard me lo había contado? ¿Se dirían entre ellos esa clase de cosas? En las horas que habíamos pasado juntos nunca me sentí juzgada por ello, pero jamás supe discernir si era por decoro con Clara —haría cualquier cosa con tal de meterse bajo sus faldas— o con Gerard —que era de saber popular que deseaba meterse bajo las mías—. Santiago confesó que gracias a un taller de precisión y matricería de Sants existía la posibilidad de conseguir algunas armas de la marca Star. Eran pistolas de mano, semiautomáticas, dijo. Sus materiales no eran los mejores, pero bastarían para defenderse si lo necesitaban. Al oírlo me fue inevitable pensar en papá. Santiago era, sin lugar a dudas, la clase de hombre que se atrincheraba en su casa y provocaba una sangría.

Ya lo había oído en más de una ocasión, sobre todo cuando se trataba de las personas topo —la mayoría republicanos dados por muertos—, que vivían escondidos entre los muros de casa. A veces, papá y sus compañeros se pasaban meses detrás de uno de ellos. Había chivatazos de los vecinos, voces que decían haberlo visto al caer la noche, cenando con su mujer o leyendo junto a su hijo. Cuando conseguían encontrarlo no era raro que se liase a tiros con una vieja escopeta o una pistola oxidada de la guerra. Incluso ahora me doy cuenta de lo roto que estaba mi país entonces y de que no importa el tiempo que haya pasado: incluso veinte años después,

España permanece hecha añicos, prueba de lo profundas que son algunas heridas.

Quizá regañé a Santiago o dije algo inapropiado, porque al escuchar mi reacción no tardó en ponerse a la defensiva. Era la primera vez que le decía lo que pensaba. Aunque creía que sería liberador, me di cuenta enseguida de que se trataba de un error de cálculo que estaba a punto de pagar.

—Tal vez no sea la mejor idea, pero si disparan a matar, tendremos que defendernos. No querrás que nos maten, ¿no?

En las palabras de Santiago no había rencor ni reproches, pero hablaba con tanta naturalidad de la muerte y de aquella guerra fría que había tomado sus mentes que me enfureció que diese por sentado el camino de la violencia. ¿Sabría Federico Sallés lo que estaban haciendo? ¿Estaría a favor de la persona en la que quería convertirse su hermano? «La clase de persona que va armada por la calle, que responde al fuego con el fuego», pensé, y casi por instinto me acordé de un pasaje de la Biblia que sor Ángeles siempre leía en clase. Era del Nuevo Testamento, de los textos del Evangelio de san Mateo, y hablaba de poner la otra mejilla. No recuerdo el texto exacto, pero en síntesis eso era lo que decía. Por supuesto, no era tan ingenua como para pensar que esa afirmación podía aplicarse en cualquier contexto, pero la sola idea de imaginar a Santiago con un arma me dejó sin aliento.

Al final respondí que no, que claro que no quería que los matasen, y la conversación se dio por zanjada. Después miré a Clara, indignada. No sé qué esperaba de ella: si un atisbo de complicidad o, al menos, la confirmación de que estaba de mi lado, pero sencillamente no se encontraba allí para mí. Nos estaba escuchando, sí, pero en lugar de opinar se limitaba a poner una de esas sonrisas forzadas que reinaban en su rostro cada vez que

Santiago abría la boca para soltar un disparate o hablar —en sus propias palabras— en nombre de la próxima revolución —fuera la que fuese—. Sabía que le molestaba que la observara así, como pidiéndole explicaciones, pero lo hice de todos modos.

El silencio duró un par de minutos. Gerard se terminó la botella de vino con la vista puesta en el río, sobre el que se reflejaba el vuelo de las alondras en dirección a la montaña. Y Clara, como si el eco de la discusión no resonase aún en sus oídos, comenzó a besar a Santiago de una forma incómoda. Ambos se dijeron algo indescifrable al oído y segundos más tarde echaron a andar hacia el interior del bosque, sorteando la maleza que hacía de frontera entre los pinos. Alcancé a ver una sonrisa de expectación en el rostro de Clara mientras él tiraba de sus brazos rumbo a ninguna parte. Ni Gerard ni yo dijimos nada. Los observamos marcharse y luego él se quedó unos segundos mirándome como si tratase de descifrar por qué no me comportaba como lo hacía Clara, sumisa, incapaz de juzgarlos. Fingí que no me daba cuenta de cómo me miraba y me pregunté dónde había quedado esa excitación pasajera del río, cuando su cuerpo entumecido se había pegado al mío con la excusa de sobrellevar el frío, y yo —qué tonta— le había devuelto el gesto haciéndole saber que también estaba dispuesta a formar parte de aquella intimidad. Le había estampado los pechos contra su espalda, había dejado que advirtiese con aquel roce su forma, su consistencia. ¿De verdad me había atrevido a tanto?

Supe que trataba de ganarse mi confianza por las preguntas que me hacía —si estaba satisfecha por los exámenes de final de curso, qué quería hacer en el futuro—, siempre desde un interés que incluso para él resultaba inusual. Su cuerpo todavía se encontraba al otro extremo de la sábana, pero en sus gestos ya podía anticiparse esa búsqueda desesperada del mío. Con cada palabra que salía de

su boca, se incorporaba un poco más. Yo respondí a todas sus preguntas con vaguedades y palabras torpes que distaban mucho del modo en que veía los resultados de la Prueba de Madurez o mi propio futuro. Y cuando quise darme cuenta, apenas me separaban unos centímetros de su boca. Fue en ese instante cuando me besó. En sus labios, además del inconfundible aroma del vino, todavía quedaba el sabor dulce del agua del río. Lo primero en lo que pensé fue en Bastian, casi por instinto, pero luego me di cuenta de que aquello no se parecía en nada a lo que había sentido mientras nos bañábamos. Puede que si me hubiese besado entonces, le habría devuelto el beso o que simplemente me habría dejado besar, confundida por lo que sentía, superada por esa extraña contradicción entre amar a Bastian y desear de manera inoportuna el cuerpo de Gerard.

Cuando comprendí mejor lo que estaba pasando, me aparté con cuidado de sus labios y agaché la cabeza con un rubor indigno de mí. De cerca se podía apreciar cómo el sol había aclarado algunos mechones de su pelo, y cómo había perfilado pecas diminutas donde antes solo figuraban pedacitos vírgenes de la piel.

—Lo siento —le dije.

—Está bien —dijo él—. No tienes nada que sentir.

Lo siguiente que noté fue que sus manos surcaban mis piernas, deslizándose bajo la falda con dulzura. No era brusco en sus gestos, ni impaciente, aunque eso no significaba que estuviese de acuerdo con lo que estaba haciendo. Traté de apartarme despacio igual que lo había hecho al separar mis labios de los suyos, pero el cuerpo apenas me respondía.

Cuando quise darme cuenta, sus manos ya habían alcanzado la cara interna de los muslos y sus dedos danzaban dibujando pequeñas espirales que comenzaban en las rodillas y terminaban

muy cerca del sexo. Un calambrazo en las caderas me impidió apartarlo, me ancló contra el suelo como si los pies hubiesen echado raíces y fuese imposible levantarse y echar a caminar. En los años siguientes diría que me sentí aterrada, pero ahora creo que se trataba de un miedo que provenía de un lugar mucho más profundo del cuerpo, de un miedo primitivo que tenía que ver más con la vida que con la muerte, con la constatación irrevocable de vivir en un presente del que es imposible escapar. Me dije que eran preferibles las discusiones con papá, los llantos, las carreras de todo o nada delante de la policía; que con gusto cambiaría vivir mil veces cada uno de esos instantes con tal de que Gerard se detuviese, pero por más que pensé en ello, no paró.

Lo más inquietante, lo que más me perturbaba —recuerdo pensar en ello con una lucidez espantosa— es que sabía qué nombre tenía lo que estaba sucediendo, y aun así me negaba a reconocerlo: evitaba que aquellas sílabas se agolpasen en mi mente, las rehuía para que no se formasen, masticaba las letras, las aplastaba unas con otras con la esperanza de que perdiesen su forma, su significado, porque de no hacerlo no me quedaría más remedio que asumirlo.

En algún momento debí de recuperar las fuerzas porque se formó un nudo en mis piernas y Gerard paró de pronto. Me preguntó si estaba bien, pero solo tenía palabras para pedirle que se alejase de mí. Debí de decírselo chillando porque en sus ojos se dibujó enseguida algo parecido al espanto. Santiago y Clara llegaron poco después. No entendían qué había sucedido o por qué me había puesto así. Un sabor amargo me invadió la garganta. Sabía que si volvía a abrir la boca se acabaría todo, pero me sentía ridícula —y sobre todo culpable— ante la idea de contarles la verdad. Muchas veces me he preguntado si no fue mi culpa que Gerard se

comportase como lo hizo; si no le había dado señales en el río, si no había aceptado la presencia de sus manos en mis muslos al refugiarme en aquel silencio. ¿Acaso le había pedido que parase? ¿Podía culparlo por pensar que de algún modo deseaba que me tocase, que aproximase su boca a la mía? ¿No era consciente desde hacía semanas del modo en que me miraba, de los deseos que tenía de someterme y de que me ofreciese a él de la misma manera en que lo hacía frente a Bastian, cuando me desnudaba y le decía que hiciese conmigo lo que quisiera, que era suya y ojalá lo fuese siempre?

Supe que se acercaba un enfrentamiento, que el impacto era inminente, y aun así no pude hacer nada para evitarlo: Gerard dijo que sabía desde el principio que era «de esa clase de mujeres». Entonces no entendí bien a qué se refería —ahora lo sé—, pero me sentí tan impotente y furiosa que deseé arrancarle la piel a tiras, comenzando por las manos. No recuerdo nada de lo que grité, solo que Santiago trató de separarnos. Al cabo de unos segundos, yo me encontraba en el extremo más cercano al camino por el que habíamos llegado y ellos junto a los pinos que rodeaban el río. Sé que Clara no podía parar de llorar y que en algún momento debí de mencionar lo de las armas porque Santiago me echó en cara que era tan cómplice como papá y que ambos teníamos las manos manchadas de sangre. Después de eso, no supe qué más decir. Estaba destrozada y sus palabras me habían estallado en el pecho como si hubiese abierto fuego con las mismas armas de las que había hablado esa mañana.

Al final me di por vencida y eché a andar a la desesperada, como si el cuerpo tratase de salir de allí a la carrera mientras una parte de mí continuaba temblando junto a la orilla. Solo entonces descubrí

que yo también estaba llorando y que apenas podía respirar por culpa de la rabia.

CAPÍTULO 17

Atravesé el bosque sin pensar en nada y cuando volví a tomar conciencia de dónde estaba, ya había llegado a aquella estación perdida entre las copas infinitas de los pinos. Para entonces, un manto de nubes había engullido el cielo y el mismo sol que nos persiguió hasta el río se escondía lejos, muy lejos, oculto tras él. Al verme en aquel estado, una mujer me explicó que el último tren había salido hacía menos de diez minutos, y que el próximo no pasaría hasta al cabo de una hora. No le pregunté nada, ni siquiera respondí, pero aun así se mostró muy atenta conmigo. El reloj que coronaba las vías marcaba las dos y media. Yo solo podía pensar en que no quería encontrarme con Clara y los demás, que mi corazón no soportaría enfrentarme a ellos de nuevo.

Aguardé la hora entera mirando de reojo el camino de piedras que conducía hasta la estación, con la fe ciega de no ver sus siluetas caminando hacia las vías. Pero no apareció nadie. Tampoco volví a mediar palabra alguna con la mujer del andén, que de cuando en cuando me lanzaba una mirada insoportable de condescendencia. El tren llegó a las tres y media con una puntualidad extraña para la época y me pasé el resto del camino conteniendo las lágrimas por pura vergüenza. No había demasiada gente en mi vagón —tampoco en los otros—, pero en todos habitaba cierta desconfianza por la Julia Ferré de la cara quemada, que observaba la montaña del Montseny hacerse más y más pequeña. Esta vez, el camino se me hizo eterno y aunque cerré los ojos y traté de olvidar la escena del

río, tanto las imágenes como las voces de Gerard se repetían una vez tras otra dentro de mí, en algún lugar que no identificaba del todo, entre los pulmones y las costillas.

Gerard sabía desde el principio que era «de esa clase de mujeres». Eso es lo que había gritado. Y Santiago, que papá y yo teníamos «las manos manchadas de sangre». Y Clara solo lloraba. Lloraba sin parar. ¿Por qué no les había dicho nada? ¿Acaso no éramos amigas? Amigas que se traicionan, sí, pero amigas al fin y al cabo. Sin maldad, expuestas ante la inocencia y la crueldad del paso a la edad adulta —ambas caras de la misma moneda—. Comprendí que los odiaba. Y que hasta ese momento no había odiado nunca a nadie de esa manera. Ni a mi padre, ni a las monjas, ni a los compañeros de papá de las Brigadas Sociales. No, eso no era odio si se lo comparaba con el fuego que sentía.

Advertí, por la mirada de los demás, que mis piernas seguían temblando. Las bragas seguirían secándose al sol en el mismo lugar en el que las había dejado, así que me sentí expuesta, desnuda. Apreté los muslos con fuerza y me empeñé en anclarme a las imágenes que se proyectaban contra el cristal, intentando no pensar en nada. O al menos, en no pensar en lo que acababa de pasar. Cuando llegué a la estación de Triunfo-Norte, comenzó a chispear. Era una fina película de agua que se extendía por Barcelona como un manto inofensivo, agradable incluso, para la piel quemada, pero al llegar a plaza Cataluña la lluvia se convirtió en una tormenta despiadada que hacía imposible ver nada a apenas unos metros de distancia.

El destino quiso que fuese papá quien me abrió la puerta. Al principio no parecía entender lo que estaba ocurriendo, pero yo me negué a hablar y emprendí sin detenerme a pensarlo una peregrinación en busca de la tía Elvira. Papá se percató de todo: de

la piel empapada, de las rojeces del sol, de las heridas en las piernas y los pies por culpa de las rocas del río, de los ojos hinchados por las lágrimas. Me preguntó de dónde venía y si estaba bien, pero no respondí. La puerta del baño se abrió con el estruendo de siempre —un curioso crujir de la madera— y al momento la tía Elvira ya estaba poniendo el grito en el cielo. Me resultaba difícil imaginar mi aspecto, pero solo por su reacción pude hacerme una idea. Cuando quise darme cuenta, los tres nos encontrábamos en el salón y mi tía me rodeaba el cuerpo con una toalla blanca bordada con el apellido Ferré, de las que solo utilizábamos cuando estábamos enfermos o venían visitas.

Los minutos siguientes se convirtieron en un interrogatorio que hizo incluso llevadera la discusión con Santiago y Gerard. Yo me sentía exhausta. Había llorado tanto que no tenía fuerzas para ocultarles la verdad, para fingirme por encima de lo que había pasado. Así que se lo conté todo. Al menos, todo lo que podía contarles —nada de las armas, nada de lo que había tratado de hacer Gerard—: que habíamos ido al Montseny con los amigos de Clara, que nos habíamos bañado en el río y después habíamos discutido, que todos dijimos cosas que podían herir al resto. Ellos se habían quedado allí y yo había decidido volver sola a Barcelona porque no soportaba la idea de pasar más tiempo a su lado. Eso fue lo que dije, aunque para papá no fue suficiente.

—Los amigos de Clara —susurró—. ¿Los comunistas?

Y de nuevo un silencio. ¿Lo sabía?

La tía Elvira me lanzó una mirada de reproche que me hizo pensar en todas las veces en las que me había advertido de lo que pasaría si papá se enterase de con quiénes andábamos Clara y yo.

—¿Qué quieres, que te maten? ¿Que te peguen cuatro tiros o te encierren en la cárcel? ¿Sabes lo que les hacen ahí a las mujeres?

¿Te lo he contado ya?

A diferencia de otras veces, papá no sonaba furioso, sino consternado; había un deje de aflicción en sus palabras. Estaba dolido de verdad, y eso me destrozó porque jamás, salvo cuando se mencionaba a mamá, se ponía así.

Después de eso dijo que era una desagradecida y que jamás había valorado lo privilegiados que éramos. Gracias a sus sacrificios —nunca olvidaré la forma en la que pronunció esa palabra— ahora podíamos llevar esa vida, tener un hogar digno, podíamos incluso permitirnos que continuase estudiando y no terminase trabajando en algo que odiase. Y cuando parecía que había acabado de hablar, lanzó un suspiro que llenó la habitación con la misma fuerza que sus palabras y añadió que no volvería a salir sola por Barcelona, que no volvería a ver a Clara ni a ninguno de sus amigos, y que me mandaría a estudiar a Madrid sin importar lo caro que fuese antes de que yo misma arruinase mi vida para siempre.

No supe qué decir. Sentía que cualquier palabra fuera de tono tendría consecuencias terribles. Pero tan pronto como asumí que esa iba a ser mi nueva vida —que incluso lo tenía merecido—, dijo que tampoco volvería a ver «a ese profesor de francés», lo que me encogió las tripas. No recuerdo qué cara puse, solo que le arrojé una mirada llena de furia a la tía Elvira, tan consternada como yo ante la idea de que mi padre se hubiese atrevido a pronunciar aquellas palabras en voz alta. ¿También ella me había traicionado? ¿Por qué habría de contarle a papá lo de Bastian? Advertí por sus gestos que deseaba detener el sermón y excusarse de algún modo, pero ni siquiera tuvo tiempo porque las palabras de papá se abalanzaban sobre mí sin tregua. Dijo que Bastian —no pronunció su nombre, se refería a él como «el francés»— no era trigo limpio y que no entendía de dónde nacía mi fijación por él y por los comunistas.

Al escucharlo le pregunté en un arrebato si había estado investigándolo.

No, no era una pregunta, sino un reproche.

No era la primera vez que investigaba a alguien: profesores, amigos de la familia, padres de compañeras... Lo hacía siempre de forma discreta, a través del poder que le otorgaba su cargo, y la tía Elvira y yo lo detestábamos porque solo servía para aflorar en él prejuicios que terminaban por atormentarnos a ambas o por romper relaciones que no debían romperse.

Le chillé de malas formas, como nunca antes lo había hecho, furiosa de que hubiese descubierto lo mío con Bastian, y furiosa también de que hubiese decidido indagar en su vida, como si se creyese con el derecho a descubrir ese mismo mundo que a mí me era negado. ¿Quién se creía que era para hablar así de Bastian? ¿Para reducir su esencia, su vida, a esas cuatro palabras vacías —«no es trigo limpio»— que resultaban insuficientes para definir quién era en realidad?

Enloquecí. Sí. Eso fue exactamente lo que pasó. Me revolví como una chiquilla y le recriminé cosas que no pensaba, cosas que parecían sacadas de los labios de Santiago Sallés: que era un hipócrita y que las mismas manos con las que había construido nuestra casa eran manos manchadas de sangre. ¿A cuántas personas había matado en la guerra? O peor aún, ¿después de ella, en los calabozos de Vía Layetana? Y dije también —todavía hoy me arrepiento— que quizá mamá enfermó por eso, porque no soportaba vivir con un asesino, dormir a su lado. Y que eso era lo que la había matado.

Lo siguiente que recuerdo es que me ardían las mejillas. Un ligero pinchazo en la mandíbula, las formas abstractas del salón —la

luz, los muebles, el sonido lejano de la radio— dando vueltas sobre mí o yo sobre ellas, como si esa no fuese mi casa.

—¡Rafael! —gritó mi tía.

Papá tenía el brazo extendido a apenas unos centímetros de mi cara. Comprendí en ese momento que me había dado un bofetón, aunque no dolía como un golpe ni como una herida superficial, sino como algo más profundo, como una brecha en carne viva que a cada segundo que pasaba se extendía con más fuerza por todo mi cuerpo.

La tía Elvira lloraba, pero sus lágrimas no parecían lágrimas reales, sino surcos de agua que corrían con la misma fuerza que los arroyos del Montseny. La escena se volvió de pronto tan extraña que no se parecía a nada que hubiese experimentado antes. Por unos segundos pensé en lo que acababa de pasar, pero antes de poder entenderlo, de comprender cómo las palabras nos habían enloquecido a ambos, mi padre —que no volvería a ser «papá» en mucho tiempo— me pidió que me marchase.

—Si tan segura estás de que esta casa está manchada de sangre, entonces no deberías vivir aquí.

Habló con la misma calma con la que se había dirigido a mí al principio. Como si ya no necesitase del ruido ni de la furia para hacerse entender. Mi tía me cogió del brazo mientras trataba de convencer a mi padre de que aquello era una locura, de que no podía echar a su hija de casa, pero lo único en lo que podía pensar mientras caminaba hacia el dormitorio era que —como Clara— también ella me había traicionado y que ni el llanto ni la desesperación serían suficientes para perdonarla.

Metí un par de mudas limpias en el macuto de clase y eché a andar hacia la puerta del rellano con el pecho encendido de dolor. Cuanto más tiempo pasaba desde el golpe, más entumecida sentía

la mandíbula. No cerré de un portazo. Ni siquiera con rencor o cegada por el odio, sino que me marché tratando de conservar la poca dignidad que me quedaba a esas horas del día, movida por la convicción de que jamás volvería a aquella casa mientras mi padre y mi tía estuviesen en ella.

Mi mundo, el mundo en el que había vivido durante los últimos meses, era un mundo de asesinos y traidores. Esa idea se abrió ante mí como una revelación espantosa, y al volver a pisar la calle me fue imposible pensar en otra cosa o convencerme de lo contrario. Rafael Ferré, mi padre, era un asesino; Santiago y Gerard no lo eran todavía, pero estaban preparados para serlo —se podría decir, incluso, que lo deseaban—; y Clara Alemany y mi tía Elvira me habían traicionado, y con su traición el mundo se había venido abajo. «Un mundo frágil el mío, torturado por la gente a la que quiero», pensé.

Me arrastré hasta el Gótico bajo el aguacero que había tomado Barcelona. Los edificios engullidos por las sombras, el reflejo sórdido de las nubes en los adoquines, la luz de los coches brillando como faros entre esa neblina fría y azulada de las tormentas de verano. Y cuando quise darme cuenta, me hallaba frente al portal de Bastian, todavía empapada, todavía con los ojos hinchados y la cara abrasada por el sol. Toqué tres veces, y en cuanto se abrió la puerta, rompí a llorar de nuevo.

CAPÍTULO 18

Me refugié entre sus brazos sin darle explicación alguna y lloré hasta caer rendida, de forma incontrolable. Bastian me llevó hasta su habitación y se acurrucó en la cama junto a mí. No hizo preguntas, tan solo me abrigó con el peso de su cuerpo, que envolvió el mío como una manta suave, y aguardó hasta que cesó el llanto.

No sé el tiempo que pasé en aquella cama, pero cuando abrí los ojos, una luz violácea ya se filtraba por la ventana de la habitación que daba al patio de luces. Me dolía a rabiar la garganta y debía de tener algo de fiebre porque estaba sudando y la frente me ardía como si alguien hubiese presionado contra ella un arma aún caliente. Lo primero en lo que pensé es que me había quedado dormida junto a Bastian, y que llegaría tarde a casa, que mi padre se pondría hecho una furia por haber pasado la noche fuera. ¿En casa de «ese francés»?, diría.

Me costó unos segundos comprender que mi casa ya no era esa casa a la que volver, y que mi padre no podría regañarme por dormir fuera con Bastian si no regresaba allí. Comprobé con cierto espanto que también había perdido la voz a causa del berrinche. Traté de llamar a Bastian, aunque fue inútil porque de mi garganta solo salían sonidos estériles, incapaces de atravesar las paredes de papel o las puertas, más parecidos a un susurro o a la confesión desesperada de un secreto que a un grito. Así que me resigné y pasé los minutos siguientes observando el dormitorio. Pese a que era la primera vez que me permitía mirarlo con calma, los contornos de cada objeto se

volvían imprecisos ante mí por culpa de la fiebre. Aun así pude advertir la silueta de una gran lámpara que colgaba del techo, un armario de una madera oscurísima, propia de otro siglo, con pequeños dibujos florales de un gusto terrible, y también una mesita de noche a unos palmos de mí, sobre la que descansaba la tulipa de una lámpara a medio colocar y una pila de libros cuyo lomo no conseguí leer. Después volví a quedarme dormida sin darme cuenta.

Fue Bastian quien me despertó. Llevaba una gasa fría en las manos y su aspecto me recordó al de nuestros primeros encuentros, como si de su cuerpo emanase esa dulzura y contención de la primavera. Dijo que era casi mediodía y que había dormido dieciocho horas. No hizo preguntas acerca de por qué estaba allí o del estado en el que había llegado a su casa la tarde anterior, así que se lo conté todo —la discusión con mi padre, lo poco que pude acerca de los comunistas—, y, de la manera más edulcorada que pude, lo que Gerard había tratado de hacer en el río. No sabía hasta qué punto era correcto hablarle de aquello al hombre del que estaba enamorada, pero me sentía tan exhausta que no pensé en las consecuencias. En ausencia de Clara y de la tía Elvira, no tenía con quién compartir mi aflicción, por lo que dejé que el dolor saliese de mi boca sin filtro alguno, que los sucesos se explicasen por sí solos de una manera abrupta que la fiebre solo empeoraba. Bastian respondió que era «desgarrador». Yo jamás le habría puesto ese adjetivo, pero quizá ese era el término que mejor definía cómo me sentía: rajada de pies a cabeza, herida por un arma, con la sangre borbotando de los costados. Sus palabras, entonces, se volvieron severas, como si hablase exento de miedos o rubores. Jamás, ni siquiera en todos estos años, he olvidado lo que dijo y lo mucho que significó para mí:

—Quédate conmigo. No importa el tiempo que necesites. Esta es ahora tu casa.

Oírlo hablar así me conmovió. Seguramente volví a llorar de la forma tan absurda e indigna en que ya acostumbraba a hacerlo. Sé que le di las gracias y que reconocí que en sus labios no se escondía signo alguno de piedad, sino de un amor silencioso para el que yo, Julia Ferré, era de pronto prioritaria y su responsabilidad en el mundo. Estaba indefensa, vulnerable, y él podría haberme arrebatado lo poco que me quedaba si así lo hubiese deseado, pero en su lugar había elegido dejar intacto mi corazón, preservarlo. Era agradable, sí, y hermoso, sentirse cuidada de esa manera. Incluso cuando nunca antes me había concedido aquel espacio en su vida, ahora me estaba entregando su casa, su dormitorio, su intimidad verdadera. Esa fue para mí la prueba definitiva del amor de Bastian.

Pasé tres días más en la cama hasta que la fiebre al fin remitió. Y él no dejó de cuidarme en todo ese tiempo: me traía comidas que podía digerir —como pan tostado con mantequilla, galletas y caldos que dejaban la casa llena de aromas reconfortantes—, pinchaba jazz cuando se lo pedía y al caer la noche siempre dedicaba unos minutos a compartir conmigo sus últimas traducciones, a las que había vuelto poco a poco.

A través de la puerta entreabierta del dormitorio accedí por unos días a su mundo, aquel que durante tantos meses me había resultado desconocido. Fue así como descubrí el modo en que se afeitaba, meticulosamente, palpándose la barbilla con sutileza para comprobar que su piel seguía intacta, sin cortes ni vello, igual que lo hacía papá antes de estampar la cuchilla contra la pila fría del baño. También lo vi vestirse con una minuciosidad sorprendente para pasar la mayor parte del tiempo encerrado en casa frente al escritorio, pero casi nunca observarse en el espejo. Se miraba, sí, aunque

siempre con una utilidad evidente, con un pragmatismo estudiado: ¿caía bien la camisa sobre sus hombros? ¿Se había cortado al pasar la cuchilla sobre la parte central del cuello, donde la piel es más fina? Jamás con la finalidad precisa de escudriñar su rostro, de estudiarse a conciencia. ¿También de esa imagen huía, de la que le devolvía el espejo?

No era raro que a media tarde, cuando el tiempo parecía detenerse y las cosas en las que pensar se habían agotado, se tumbara a mi lado y me preguntase cómo estaba. Yo sabía que no se refería a mi garganta, ni a la fiebre, sino a algo más profundo. Cuando respondía de manera banal, o simplemente rehuía la pregunta porque no tenía ganas de contestar, me pedía que fuese sincera y que lo sacase fuera, de la misma manera que yo había tratado de descifrar su dolor días atrás. Para mí era un sentimiento nuevo, el de mostrarme tan vulnerable ante él y sacar fuera emociones que ni siquiera me atrevía a confesarme a mí misma. Con el paso de los días me descubrí hablando con naturalidad acerca de la ira que me producía pensar en mi padre y en la traición de mi tía. Me di cuenta, con aquella confesión, de que el auténtico dolor, la verdadera herida, yacía en el seno de mi discusión con ellos, y que lo sucedido con Gerard no resultaba tan desgarrador en la memoria. Tan solo una aflicción efímera si se comparaba con haber perdido un hogar.

Cuando salí de la cama, llegado el miércoles, sentí que había engordado un poco, que la dieta a base de mantequilla y galletas había servido para que mi vientre se hinchase más de la cuenta. Bastian dijo que estaba exagerando, que él lo veía como siempre, y yo le hice una broma acerca de que el flequillo que llevaba, larguísimo, le impedía ver la realidad. Me pidió que se lo cortase, por

lo que su corte de pelo fue lo único realmente valioso que hice en esos días.

En más de una ocasión habíamos bromeado con ello. Yo le hablé de que la tía Elvira había tratado de enseñarme a hacer pequeños arreglos en varias ocasiones —retoques en las puntas y un vaciado sencillo con tijera de peluquero—, y que aun así no había aprendido nada. Siempre me sucedía lo mismo con esa clase de cosas que se supone que debíamos dominar las mujeres: no solo no tenía un talento natural para ellas, sino que yo misma saboteaba el aprendizaje, hasta el punto de que las únicas asignaturas que había suspendido en mi vida eran las de Educación femenina y Economía doméstica. Bastian estaba al tanto, pero insistió para que le cortase las puntas con una tijera de costura que llevaba guardada en la misma caja desde que alquiló la planta baja.

Fue un desastre. Le hice varios trasquilones y tuvo que pasar los días siguientes repeinándose hacia atrás para ocultar los mechones de alturas diferentes que se arremolinaban junto a su frente como una maraña. Con todo, seguía igual de guapo y no parecía importarle porque, como él mismo había dicho, con eso aguantaría unas semanas más sin ir al peluquero.

Ese fue el comienzo de nuestra nueva clandestinidad. Ambos vivimos en secreto, pegados el uno al otro, como si fuésemos un matrimonio recién casado —cualquiera que nos hubiese visto desde fuera así lo habría jurado— y no nos separábamos salvo cuando él iba a hacer la compra. Los primeros días se tomó la molestia de comprar algo de ropa por si quería salir. No eran prendas caras ni de excelente calidad, pero sí una muestra de amor lo suficientemente verdadera como para volver a reconciliarme con el mundo. Aunque agradecí el gesto, tardé varios días en pisar la calle.

Por un lado, no quería que nadie me viese sola por Barcelona y corriese a decírselo a mi padre o la tía Elvira. Y por otro, todavía me sentía débil para pasar demasiado tiempo fuera. Para ser sincera, no creo que ninguno de esos argumentos fuese del todo cierto. Creo que solo quería pasar todo el tiempo posible en esa casa ahora que por fin se me había otorgado el privilegio de permanecer allí sin horarios, sin normas, empapándome del amor sin fronteras que Bastian había decidido entregarme. Tampoco tuve noticias de mi familia ni de Clara. Ignoraba si me estaban buscando, si sabían dónde me encontraba o si los unos habían hablado con los otros para tratar de entender lo que había ocurrido. Decidí que no quería saberlo. Nada de lo que sucediese fuera de esas cuatro paredes me interesaba lo más mínimo. El mundo se había vuelto un lugar hostil para mí. ¿Por qué iba a preocuparme por él cuando solo cosechaba tormentos? Me limité a no pensar en ellos, y permanecí en aquel estado, anestesiada, sin necesitar más que la presencia de Bastian. Sí, eso era todo lo que me hacía falta para sanar.

En esos días grises de julio, las tormentas se instalaron en la ciudad en ráfagas repentinas de truenos que resonaban en el cielo. A veces escampaba a las pocas horas y el sol regresaba a lo alto del cielo; otras, los truenos provocaban tal estruendo que sofocaban el tañido de las campanas de la catedral. Turrón solía echar a correr cuando eso sucedía, espantado como un gorrión. Se escapaba a toda velocidad por la ventana del salón y podían pasar horas hasta que regresaba, hambriento y con las patas embarradas. Fue la noche del quinto día cuando el gato regresó a casa con el vientre cubierto de sangre, tierra y el agua de la calle. Me acuerdo de sus maullidos pacientes —pobre Turrón— desde el patio de luces, como si supiese que tarde o temprano iríamos a sacarlo de allí. Le faltaba un trozo de oreja y varias heridas le surcaban el vientre, como si un

perro lo hubiese atacado. Las heridas parecían profundas y le conferían un aspecto perverso, muy distinto al que acostumbraba, como si no fuese el mismo animal que ronroneaba entre mis piernas cuando el silencio gobernaba la casa.

Esa noche cuidamos de él lo mejor que supimos: le pusimos gasas, le dimos leche y agua y dormí junto a él en el salón, pese a la insistencia de Bastian en dejarlo solo. Cuando amaneció, le pedí que lo llevase al veterinario porque estaba temblando y las heridas no parecían mejorar. Esa misma mañana, dos horas más tarde, volvió a casa y tan pronto como abrió la puerta corrió a estrecharme entre sus brazos, pero el gato ya no regresó con él.

Sentí la ausencia de Turrón como un nuevo golpe. Aquel animal y yo éramos los únicos huéspedes en esa casa, y saber de la existencia del otro había sido reconfortante. Perderlo solo era una constatación de que ahora estaba sola. Paradójicamente, él se había marchado cuando Bastian me abrió las puertas de su casa, invitándome a formar parte de ella. ¿Cómo de injusto era eso para el gato? ¿Se habría dado cuenta, antes de morir, de aquel cambio?

Su pérdida, por extraño que parezca, nos unió más de lo que ninguno imaginábamos. Es cierto que no nos ataban a él grandes lazos afectivos, pero el hecho de compartir el duelo o de que los silencios de ambos tuviesen el mismo nombre se trasladó en parte a la forma en la que nos amábamos. Fue como si hubiésemos descubierto una nueva manera de comunicarnos, un matiz nuevo en nuestra intimidad al que aferrarse. Estaba hecho de un dolor minúsculo comparado con los verdaderos dolores que nos atenazaban, pero era lo bastante valioso como para sellar ese estadio reciente de nuestra relación. En otras palabras, la muerte de Turrón fue nuestra alianza, y los días que pasamos encerrados en casa, el equivalente a nuestro viaje de novios.

Como parte de aquella rutina que habíamos instaurado, Bastian tomó la iniciativa en muchos de los aspectos en los que solía mostrarse pasivo. Por ejemplo, el sábado siguiente llevó a revelar el carrete del Tibidabo —sospecho que para animarme, como todo lo que hacía en esos días— y descubrimos con fascinación lo felices que se nos veía en las fotos. No eran muchas y algunas habían salido veladas, con haces de luz imposibles de disimular o directamente desenfocadas —en especial las que había hecho yo—, pero aun así ambos sonreíamos como dos chiquillos hasta el punto de que era difícil reconocernos. Estaba segura de que, de haberlas visto alguien del colegio o los vecinos, sin ir más lejos, habrían jurado que esa no era yo. Esa mujer tenía las facciones parecidas a las mías y los mismos ojos, pero no podía tratarse de mi rostro porque en él no existía la cualidad de sonreír de esa forma.

Otra de las cosas que no esperaba era que pospusiese sus clases de forma indefinida. Me dijo que podía ir tirando sin ese dinero, y cuando le aseguré que no hacía falta, que me sentía culpable de que lo hiciese, especialmente por lo que se había gastado en ropa y en el gato, me dijo que no le convencía dejarme sola tanto tiempo. Mientras pudiese permitírselo estaríamos bien, y luego me pidió que respetase su decisión y no hiciese más comentarios al respecto. Otra de esas pequeñas pero valiosas muestras de amor que Bastian me regaló en esos días.

El tiempo que antes dedicaba a preparar sus clases, lo invertía ahora en leer y traducir textos académicos de los que apenas hablaba. Salvo cuando aparecía alguna palabra ininteligible o expresión que no conocía, Bastian evitaba contarme nada de lo que estaba haciendo. Y cuando le preguntaba, se limitaba a responder que, para su desgracia, solo eran manuales para estudiantes de letras. Era cierto. Su existencia se había limitado a la traducción de

aquellos documentos, relegando los encargos literarios por voluntad propia a meras anécdotas de nuestra relación. Sospeché que no había vuelto a traducir un poema desde que recibió la carta de Éditions Valmont, pero como su aflicción parecía haber remitido preferí no sacar el tema. Mientras trabajaba me permitía leer cualquiera de los libros de su biblioteca. No tenía radio y tampoco había mucho que hacer en esa casa más allá de escuchar los mismos elepés de jazz que conocía de memoria, así que al cabo de una semana ya había leído *Los miserables* y la correspondencia de Oscar Wilde con su editor, publicada en un librito de tapas de hule que Bastian solía llevar de la mesita al salón cada día.

Alentada por él, decidí que lo siguiente que leería sería un libro de poesía. Hasta entonces, esta se había revelado ante mí como un misterio insondable. No es que no la entendiese o que no pudiese recorrer esos caminos de una forma genuina, casi catártica, pero leerla por puro placer distaba mucho del concepto de lectura que tenía entonces, ligado al escapismo y a las novelas de aventuras infinitas. Cuando le dije que al fin le haría caso, se sintió halagado, incluso bromeó con la posibilidad de estar soñando, mientras buscaba en la estantería el libro perfecto. Le sugerí algunos poetas franceses, una antología juvenil que él mismo había traducido para una editorial catalana, pero Bastian insistió en que si iba a leer un solo poemario, ese debía ser *Campos de Castilla*, de Antonio Machado. Pensé que después de lo sucedido con la carta no volvería a hablar de él jamás, pero estrechándolo entre sus manos explicó —con una sonrisa— que si después de todo el tiempo que había dedicado a hablarme de Machado, no era lo primero que leía por mí misma, no volvería a besarme nunca, ni a hacerme el amor, ni a prepararme pan con mantequilla. Algo por lo que no podía culparle.

El poemario —un tomo encuadernado con torpeza y castigado por el paso del tiempo, probablemente de tercera o cuarta mano— era una edición original de 1912, de la editorial Renacimiento. A diferencia de la mayoría de los libros de su colección, estaba subrayado de manera pormenorizada, diría que hasta obsesiva, con muchos versos señalados a lápiz y frases o palabras en francés, garabateadas en los márgenes. Hay días en los que creo que Bastian me entregó aquel tomo sin ser consciente del trabajo que había en su interior, y otros en los que me convenzo de que eso es justo lo que pretendía: entregarme una porción de sí mismo codificada en aquellas notas, esperando tal vez que descubriese algo en sus anotaciones, que infiriese parte de quien era o lo que significaba para él aquel libro.

Había poemas que entendí enseguida. Después de las horas que había invertido Bastian en hablarme de sus símbolos, sus temas y sus obsesiones, no era de extrañar. Sabía que cuando hablaba del olmo seco hablaba de la muerte y la decadencia, y que cuando lo hacía del camino y del caminante, estaba hablando en realidad de los caprichos del destino, que nada tenían que ver, como intuía ya entonces, con las lecturas politizadas y adolescentes de Santiago Sallés. Pero también había poemas complejos, laberínticos. Esa clase de textos que le roban a uno la certeza de estar entendiendo lo que lee. Esos, en especial, los leía con más voracidad, de principio a fin, como si entre sus versos hubiese nacido la fascinación de Bastian por Machado. Lo que no hacía jamás era preguntarle por ese tipo de poemas. Me negaba a parecer una ignorante. O, peor aún, una lectora insensible.

En su lugar, cuando parábamos a media mañana a tomar café y coger aire, le pedía que me hablase de nuevo de la historia de Machado y Leonor. Lo hacía siempre a regañadientes, no porque no

adorase hablar de ella, sino porque lo había hecho demasiadas veces y todas habían sido insuficientes para mí. Me entusiasmaba escuchar su historia y pensar que esa era también la historia de Bastian y mía, y nos imaginaba a nosotros en sus cuerpos. Él, en el torso robusto y grande de Antonio Machado; yo, en el cuerpo de cristal de Leonor Izquierdo. Fantaseaba con ello más de lo que estaba dispuesta a reconocer: con sus rostros, que eran en realidad los nuestros, en Soria en el momento de conocerse, cuando el padre de ella todavía era guardia civil, con sus cuerpos —el de Bastian y el mío— vestidos de boda en la iglesia de Santa María la Mayor de Soria, mientras resonaban las campanas —nos separaban diecinueve años, pero nos daba igual—; con sus manos entrelazadas —las nuestras— en una cama de París al descubrir que yo, Leonor, estaba enferma de tuberculosis y solo él podía cuidarme y llevarme de vuelta a casa.

Con la convivencia, también el sexo sufrió una sutil metamorfosis: pasamos de tocarnos con la urgencia de quien se sabe con los minutos contados, a tenernos siempre al alcance. Si uno estiraba los brazos podía palpar al otro, su calor y sus deseos. En los primeros días hicimos el amor como si creyésemos que la tormenta fuese a engullir de un momento a otro aquel privilegio que la vida nos había regalado: volvió esa ansia física, esa sensación de privilegio, incluso esa voluntad de las primeras veces en demostrar con el cuerpo lo que las palabras callan, y ambos nos descubrimos comprobando el tacto de las sábanas en la piel desnuda, el espacio inmenso del colchón y sus posibilidades, que tanto distaban de aquel sofá del salón en el que habíamos dado nuestros primeros pasos.

Sin embargo, fue ese mismo fuego el que con el correr de los días se fue haciendo más reservado. Cuanto más nos sometíamos el uno al otro, más me daba cuenta de que Bastian no quería imponer el poder que le otorgaba haberse convertido en mi nueva familia, en

mi hogar. Creo que era consciente del control que le confería dentro de la relación. Y que renegaba de él, que le tenía miedo. Un miedo que no distaba mucho del que siguió a la mañana en la que le di nuestro primer beso. Nunca se lo dije, pero lo comprendí por la forma en la que entrecerraba los ojos cuando le pedía que apretase con más fuerza su cuerpo a mis caderas, cuando parecía llevar la mirada a ninguna parte al pedirle que dijese mi nombre antes de correrse. Ahí estaba, el mismo pudor y la misma prudencia de los primeros días. El mismo temor a estar haciendo algo incorrecto.

Cuando eso sucedía, una sensación brumosa se extendía por el dormitorio, en el que parecían haberse filtrado las nubes bajas de Barcelona, plomizas y de un gris intenso, casi pictórico. Solo entonces —puede que con el deseo de devolver a Bastian a la realidad— me sorprendía hablando de las cosas que añoraba de casa, que seguían sucediendo en mi ignorancia, sin que pudiese hacer nada para verme de nuevo en ellas: el aroma de los guisos de la tía Elvira, las carreras ciclistas en la radio, el retrato de Celeste —mamá—, mi ropa, las risas de mi padre los domingos, cuando se levantaba de buen humor, tostaba pan y su aroma inundaba la casa antes de que pudiese despertarnos la luz del sol...

Una noche, por primera vez desde mi llegada, confesé que los echaba de menos. Bastian vaciló unos segundos antes de responder. Recuerdo que yo seguía apoyada en su pecho y que su respiración me mecía con suavidad la cabeza, con la cadencia del latido de un corazón viejo. Luego se arrancó a hablar. Fue la única ocasión en que el nombre de mi padre salió de sus labios. Yo jamás habría pensado que estuviese en posición de defenderlo, que pudiese mostrar esa clase de empatía hacia un hombre como Rafael Ferré, que representaba todo lo opuesto a lo que era Bastian. Sin embargo, eso fue lo que hizo: explicó sin titubeos que muchos de los que

lucharon en la guerra no lo hicieron por voluntad propia, sino para sobrevivir, y que quizá tras sus formas y su ideología solo se ocultaba un intento desesperado de vivir el resto de sus días con la dignidad con la que no habían podido vivir durante la contienda, cuando los obligaban a hacer cosas horribles que no podrían perdonarse nunca.

—Es posible que él —dijo Bastian— nunca eligiese formar parte de esa realidad terrible, y por eso le duele tanto que se lo recrimines. Tal vez —culminó—, todo cuanto ha hecho desde entonces es intentar que esos sacrificios valgan de algún modo la pena, dándotelo todo y esperando que eso lo redima o le dé sentido a su pasado.

Respondí que por sus palabras cualquiera creería que él también había estado en la guerra, pero dijo que no. Yo ya había hecho cálculos: si Bastian tenía treinta y cinco años en ese instante, significaba que para el fin de la guerra solo tenía quince. ¿Cómo podría un chiquillo ir al frente a esa edad? ¿Disparar a matar? ¿Ver morir a sus amigos? No, eso no era posible en el mundo que yo conocía.

No quise darle la razón, ni reconocer que lo que decía tenía sentido y hasta cierto punto podría tratarse de la realidad. Sabía que si me arrastraba hasta casa se acabaría todo, que valdría con pedirle disculpas a mi padre. Ni siquiera sería necesario que me humillase de más, que me rebajase a admitir de manera pormenorizada todos mis errores. Con plantarme frente a la puerta de casa y tocar el timbre bastaría para que me acogiesen como a una hija recién nacida, como un regalo de la vida, y al cabo de una semana todos podríamos fingir sin problemas que no había pasado nada; no olvidarlo o borrarlo de la memoria, pero sí pasar página, empezar de nuevo. Yo volvería a escribir frases inconexas frente al cuadro de

mamá, y volvería a odiar los gritos de los hombres de las Brigadas Sociales el último sábado de cada mes, aunque eso solo significase que había regresado a la que siempre había sido mi casa. Pero para ello debía renunciar a lo que habíamos construido Bastian y yo, y no estaba dispuesta a perder lo que había anhelado durante tanto tiempo.

Cada día a su lado era un tesoro de un valor incalculable, y también una forma de castigar a mi padre y a mi tía por lo que me habían hecho. No estaba segura de lo moral que era aquel pensamiento —desde luego, nada cristiano ni digno de la educación que me habían dado—, pero sentía que si volvía en ese momento, estaría reconociendo que era la niña soberbia e ingrata que mi padre tan bien había sabido definir antes de echarme de casa, y ellos habrían ganado. Y no podía rendirme todavía ni darle aquel privilegio. No mientras Bastian fuese mi hogar.

CAPÍTULO 19

Mi padre tocó a la puerta en plena madrugada. Se trataba de una pesadilla, pero incluso en aquella atmósfera pegajosa me costó lidiar con la angustia de enfrentarme a él. En el sueño, venía solo y atenazaba las muñecas de Bastian con unas esposas de hierro. La discusión entre ambos —ese «no quiero ir» y «sí, vendrás conmigo»— había comenzado en el salón, que era idéntico al salón que sí existía, pero hecho con ese material hostil del que están hechas las pesadillas. Mi padre lo esposaba sin dar explicaciones y Bastian gritaba tratando de zafarse sin éxito. Yo quería ayudarle, pero no me respondían las piernas; quería separarlos y rogar para que me llevasen a mí en su lugar, pero no me salía la voz. Y por supuesto, quería despertarme. Pero no podía, aunque chillase o agitase los hombros esperando que eso me liberase, aunque papá dijese cosas que convertían a Bastian en un monstruo.

No recuerdo si chillé al abrir los ojos, o si los abrí porque estaba chillando, pero cuando desperté estaba fría y el cuerpo parecía conservar la misma pasividad que en el sueño. El miedo me envolvió desde los pies hasta la cabeza, y sentí un horror que me pareció ajeno, como si alguien, desde otra realidad, hubiese decidido inyectármelo en la piel. De niña solía tener pesadillas tan terribles como esa, de una lucidez asfixiante. Llamaba a la tía Elvira con un quejido y ella se acurrucaba a mi lado hasta que me entrelazaba con su cuerpo caliente y conseguía coger de nuevo el sueño, temerosa de que al cerrar los ojos me hallase de nuevo rodeada de

monstruos. En ese instante deseé gritar su nombre, y me llevó unos segundos recordar que no estaba en casa y que ella tampoco se encontraba en ninguna de las habitaciones contiguas, aguardando mis gritos para venir a salvarme. Busqué a tientas a Bastian. Deslicé las manos por las sábanas intentando aferrarme a su cuerpo, pegarme a él para espantar los demonios, pero enseguida advertí que no estaba allí. Encendí la luz de la mesita, incapaz de soportar tanta oscuridad, solo para descubrir la huella de su ausencia en un extremo de la cama. Por un momento, la mente me jugó una mala pasada. ¿Y si no había sido una pesadilla? ¿Y si había sucedido de verdad, mientras dormía, y ahora Bastian permanecía encerrado en la penumbra de un calabozo? ¿Había tenido realmente mi padre el valor de arrebatármelo?

Salí del dormitorio con el corazón atenazado. Del salón emanaba una luz cálida, que proyectaba sombras sin forma contra las paredes empapeladas del pasillo. Y ahí estaba él, sentado a la mesa del escritorio bajo los haces fluorescentes del flexo, que se desparramaban contra la alfombra y el suelo como una cascada. Tenía una copa de vino a medio beber al lado y en lugar de usar la máquina de escribir, parecía volcado en un cuaderno azul que no había visto antes. Le costó unos segundos reparar en mi presencia, y cuando lo hizo, lo cerró despacio y pronunció mi nombre, que sonó muy distinto de todas las veces que lo había hecho antes. Pensé —por extraño que parezca— que aquel no era Bastian. No me miraba como solía hacerlo Bastian. O peor aún, que ese era el Bastian real y que la persona con la que había estado todo este tiempo solo era su contraparte diurna.

—¿Estás bien? No tienes buena cara.

No respondí. No porque no tuviese nada que decir, sino porque me sentía confusa.

Me pidió que me acostase de nuevo y después dijo que volvería a la habitación enseguida.

¿Saldría de la cama cada noche para sentarse frente a su escritorio? Al pensar en ello, me sorprendió no haber reparado antes en que mi cuerpo nunca registraba su ausencia al buscarlo a tientas en la madrugada.

—No sabía que trabajabas por las noches.

—Solo a veces, cuando me desvelo.

Guardó el cuaderno azul en un cajón del escritorio y me miró como si tratase de descubrir qué era lo que quería preguntarle en realidad. Ahí estaba: esa aflicción en su mirada, el brillo vulnerable de las emociones contenidas.

—¿Es por esa carta? —pregunté con la boca pequeña.

Temía que se enfadase o que su dolor lo contagiase todo, como la última vez, pero en su lugar apretó los labios.

Un silencio.

Y luego dijo que todavía no estaba preparado para hablar de eso, que simplemente no tenía fuerzas.

Mi vista ya se había acostumbrado a la luz radial del flexo, de manera que podía ver el salón engulléndonos, arrojándonos el uno frente al otro de manera descarnada. Y de nuevo dijo que lo sentía, que ojalá pudiera hacerlo pronto. Y de la impotencia me descubrí albergando una idea terrible: si era lo suficientemente adulta como para que me hiciese el amor, como para permitirme vivir a su lado, cocinarme y cuidarme, también lo era como para entregarme su realidad. Se trataba de una de esas reglas de tres de primaria. Pero si por el contrario me creía insuficiente como para callarse sus miedos, ¿para qué ofrecerme su amor, su casa y su intimidad?

Le dije que a veces resultaba difícil entenderlo, que respetaba sus silencios, pero que no sabía cuánto tiempo podría soportar verlo

así.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Bastian se volvió afilada, aunque no por ello pareció alterarse.

—Lo siento, no debería haber dicho eso.

Después regresé a la cama con la misma sensación de horror con la que me había levantado minutos antes.

En los años siguientes me sería imposible borrar esa conversación de la memoria y me arrepentiría de ella como si se tratase de un error imperdonable. Entiendo a la Julia Ferré de esa noche, sí, pero no logro justificarla. Entiendo la impotencia, la indignación, y al mismo tiempo siento que eso no explica la amenaza encubierta que traían consigo esas palabras. Bastian me lo había dado todo sin pedirme nada a cambio. Me había ofrecido un hogar cuando más lo necesitaba, sin hacer preguntas, sin condiciones ni cláusulas, y yo había acumulado el miedo a perderlo bajo la piel, y después de una pesadilla lo había utilizado como un arma. ¿Fue un arrebato? ¿Una prueba más de la inconsciencia juvenil que me definía entonces? De no haberlo hecho, ¿habría sucedido todo de la misma forma? ¿Habría roto sin querer ese pacto tácito en el que él me entregaba su mundo a cambio de que yo respetase sus secretos?

Esa noche no fue a dormir a la habitación. Tampoco volvimos a hablar del tema.

Desde ese momento, las horas en las que Bastian salía a comprar o a entregar algún encargo, las dediqué a buscar aquel cuaderno azul. Inspeccioné el escritorio, sus cajones, la estantería, y como no hallé nada continué con el dormitorio, con la mesita, incluso busqué entre la ropa de invierno del armario. Deduje que lo había escondido a buen recaudo, al igual que la carta, o tal vez siempre lo llevaba consigo. No se trataba de un cuaderno demasiado grande; podría

llevarlo y traerlo cada vez que salía de casa. Pero luego me descubría avergonzada, colocando cada objeto en la misma posición en la que lo había encontrado, y repitiéndome que Bastian no era ese tipo de persona. En el proceso descubrí cartas, libretas de todos los tamaños y también poemas a medio traducir de Victor Hugo, pero nunca nada que pudiese vincular a la carta de Éditions Valmont o al cuaderno azul en el que estaba escribiendo aquella noche.

En su lugar, surgieron otros hallazgos que me colmaron de preguntas: un rosario de madera; una Biblia con su nombre estampado en una preciosa letra escarlata que identifiqué enseguida como la de Bastian, aunque de un trazo mucho más infantil e ingenuo; y también un reloj de muñeca, algo oxidado, como sacado de una época lejana. Recordé que Bastian me había mencionado que también cantó en un coro, y relacioné el rosario y la Biblia con su infancia, pese a que me costaba mucho imaginarlo en misa o pensando siquiera en la existencia de un dios —fuese el Dios que yo conocía o cualquier otro—. Del reloj no pude deducir demasiado, así que tuve que conformarme con aquel fragmento de la vida de Bastian como única fuente de su pasado.

Cuando se cumplieron diez días de mi estancia allí, comencé a salir a la calle con la esperanza de librarme de aquella sensación. Me sentía culpable por juzgarlo de esa forma, por imaginar sus vidas posibles y por condenarlo por su silencio.

Era mediados de julio y el Gótico rugía de bullicio, inclemente ante el calor al que había dado paso la lluvia. Solía ir al Born a comprar fruta con las pesetas que Bastian dejaba encima de la bancada de la cocina. Nunca me daba dinero de manera explícita, sino que lo dejaba desperdigado por la casa y luego decía cosas como «hay que comprar albaricoques, creo que hay dinero en la cocina». Tampoco parecía importarle que saliese a comprar por las

mañanas, o que los vecinos pudiesen verme entrar y salir cada día de casa. Para cuando regresaba, solo debía esperar a que terminase de trabajar y después preparábamos juntos la comida. A esa clase de pensamientos —los de la culpa y la incertidumbre— se sumaron enseguida otros mucho más asfixiantes: el tercer lunes de julio, al volver junto a Bastian, encontré una fiambrera con canelones junto al escritorio. Era idéntica a las que teníamos en casa. Las mismas tapas de hojalata, las mismas asas, y en su interior aguardaba una ración más grande de lo habitual, como si alguien hubiese reparado en que debía haber suficiente comida para dos.

Supe de inmediato que la tía Elvira había estado allí mientras yo estaba fuera y al instante me invadió una punzada de dolor y remordimiento que me hizo imaginarlos hablando sobre mí. Ella le diría que me echaba de menos, que quería que volviese a casa; de qué respondería él, no estaba segura. Era raro pensar en ambos juntos en el mismo espacio, compartiendo el aire enrarecido que solía respirarse desde el portal. Una imagen extraña, como si los dos perteneciesen a universos distintos que no pudiesen coexistir a la vez.

—Tranquila —dijo Bastian—, ya se ha marchado.

Me contó que había venido en mi búsqueda sin mayor afán que saber cómo estábamos, para asegurarse de que no habíamos caído enfermos y que no nos faltaba nada que echarnos a la boca. Y yo le pregunté si había mencionado a mi padre, pero respondió que no. Decidí creerlo, no porque pensase que llevara razón, sino porque no tenía forma de comprobarlo.

—Dice que te echa de menos y que la casa se le hace grande sin ti.

Sabía que bajo aquellos lamentos se escondía el deseo ansioso de que volviese con ellos. La veía cocinar inútilmente para tres y

comer junto a mi padre, en el silencio de la madrugada vaporosa de Barcelona, al amparo de los comentarios de la radio, y la veía sola, demasiado dolida como para maldecirnos a ambos, preguntándose por qué se había roto su hogar de aquella forma, el único que le quedaba. Y sentía lástima por ella, y también por mí, por lo que éramos. Porque por mucho que me empeñase en ocultarlo, yo también la extrañaba. No sabía cuánto podría permanecer separada de ellos, pero de lo que no tenía ninguna duda era de que aquel comportamiento esquivo solo confirmaba que me había convertido en una persona distinta de la que esperaba ser. Yo, exiliada en casa del hombre al que amaba, mendigando su amor, su dinero, vulnerable como un animal herido. ¿Era eso la vida adulta? ¿Era esa la Julia Ferré en la que habría deseado convertirme cuando era una niña?

—Quizá —una pausa para crear la atmósfera correcta, una mirada— deberías hablar con ella. Creo que le darías una alegría.

Sabía que tenía razón y aun así no hice nada para ponerle remedio. Asentí, supongo, y comencé a guardar la fruta del Born en la cocina sin mayor afán que seguir odiándome por hacerlos sufrir —a mi tía, a mi padre, a Bastian y sobre todo a mí—. Era culpable, sí, y puede que por esa razón, Dios —al menos el Dios del odio, el de la mala fortuna— quisiese castigarme, arrojarme a la calamidad con la esperanza de que así entrase en razón y pudiese liberarlos a todos del yugo al que los había sometido.

Sucedió la noche del viernes, a punto de cumplirse dos semanas exactas desde mi llegada. Bastian, que llevaba un par de días encerrado en casa, se sirvió una copa de vino al tocar las ocho y, con el sol todavía arañando las montañas camino al ocaso, me propuso que saliésemos juntos a la calle. Eran las fiestas mayores en el Barrio Chino y esa misma semana ambos habíamos fantaseado

con la idea de pasarnos la noche bailando. Al fin y al cabo, ahora que mi padre había descubierto la verdad, ¿qué importaba que nos viesen los demás?

Desde el Tibidabo no habíamos vuelto a compartir el aire del exterior, y el hogar que habíamos construido le pertenecía solo a aquella casa. No a los adoquines empedrados del Gótico ni a los puestos de viejo de la plaza de San Ivo, sino a la cama, a las estanterías, a los libros en francés y a los poemarios de Antonio Machado. No sabía si tras su propuesta se escondía el deseo consciente de gritar nuestro amor, o era su forma de decir que ya no podía contenerlo en casa y quería compartirlo con el mundo, pero lo cierto es que no necesité justificaciones de ningún tipo.

Él con traje oscuro y camisa blanca, yo con un vestido largo y a rayas granates y blancas que me recordaba a la caída de los trajes de novia, nos lanzamos a la calle sin cámaras, bolsos ni prisas, mecidos tan solo por el rumor del viento que subía del puerto con la misma fuerza que en los días de tormenta. La noche era de un fresco puro y los taxis iban y venían por la Rambla, irrumpiendo con sus faros en la neblina, siempre misteriosa, que se esparcía desde el Gótico. Y a la altura de la calle del Carmen, los escaparates iluminados, las flores arremolinadas junto a las fachadas, los rostros enrojecidos por culpa del vino, agrupándose unos contra otros frente a las cabalgatas de los gigantes y de los cabezudos, que bailaban en todas partes de forma contagiosa.

Un paso adelante, dos para atrás.

Uno adelante, dos para atrás.

Y media vuelta.

Los *correfocs* también habían tomado la calle Hospital, con sus máscaras de *dimoni*, lanzando fuegos que espantaban a Bastian como si se tratase de bombas o metralla: las chispas incandescentes

bailando contra el cielo de Barcelona, el inconfundible aroma de la pólvora, los silbidos incesantes de las mechas en llamas, de la pirotecnia, como una melodía de guerra. Y él tan guapo, a pesar del miedo, con los destellos rojos estallando en su rostro, y yo tan afortunada —pese a la culpa y el odio— de tenerlo y poder mostrárselo al mundo.

Vagamos sin rumbo alguno. Bastian con la vista perdida entre la gente, escudriñando las facciones juveniles de los *castellers*, el entusiasmo etílico de los que se apretujaban contra los balcones y bailaban para gozo de los que iban y venían, clamando para que les echasen una bota de vino o qué sé yo; y la Julia de esa noche, observándolo a él y, viendo las fiestas mayores de las que tantas veces había renegado, a través de sus ojos de color café. Cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando —y de que lo hacía de esa forma— se rio y luego se dibujó en él una sonrisa deslumbrante, alineada a la perfección en el centro de la boca, como de actor de película americana. Al verlo me hizo sonreír a mí también, y el peso del miedo —que me caía sobre los hombros— se desplazó de pronto a alguna parte del cuerpo más ligera, que hacía llevadera la carga.

Compramos un helado en la plaza Vicente Martorell. Era de turrón y miel, aunque ninguno mencionamos nada del gato ni tuvimos el valor de traerlo de nuevo a la memoria. En el centro, custodiada por los arcos de los edificios que envolvían la plaza, habían montado un pequeño techado bajo el que clamaban los feriantes de las rifas. Tras ellos podía apreciarse una tira dorada de guirnaldas y una pila de electrodomésticos y cubertería sobre una elegante tela negra. Sortearon radios, baterías de cocina, cuchillos y también lanzaron varios ramos de flores antes de que alguien dejase caer una nube de globos que llenó la plaza de todos los colores.

Tan pronto como en el cielo rompieron las campanadas que anunciaban las diez, una banda de músicos se subió al escenario y arrancó la verbena. Era un quinteto simple formado por un pianista, un batería, un contrabajista, un saxofonista y un guitarrista que hacía las veces de cantante. Iban vestidos con trajes humildes pero impolutos, con una rosa roja sobre el bolsillo izquierdo de la americana. Cuando afinaron, el cantante marcó el tempo de la canción con un susurro y el batería se lanzó a tocar pasodobles que los demás siguieron con un instinto natural, sumándose con el paso de los compases.

La gente se echó entonces a la plaza y arrancó a bailar como venida de todas partes. Yo deseaba que Bastian me sacase a bailar de la misma forma que los chicos hacían con las estudiantes de Bachillerato, como si aquel instante fuese el primero de una larga lista de noches tórridas de verano. A los pasodobles —reconocí sin esfuerzo *Suspiros de España* y *El gato montés*, de Manuel Penella— se sucedieron enseguida los chachachás, y finalmente los boleros. Fue entonces cuando Bastian me tendió la mano. Una parte de mí se estremeció al pensar que el mismo hombre que me había salvado la vida la pasada primavera, dándome refugio en su casa al resguardo de la policía, me estaba ahora invitando a bailar. Tres meses separaban un instante de otro. Sin embargo, la vida había cambiado tanto como el país entero en los tres años que duró la guerra. Era tal el ímpetu con el que Bastian había agitado mi mundo, que de pronto me parecía impensable que en tan poco tiempo mi existencia se hubiese transformado de esa forma. ¿Era eso la vida? ¿La facilidad con la que podía cambiar el rumbo de nuestros días sin quererlo nosotros? ¿Sin preverlo siquiera?

Esa noche bailamos cegados por las melodías de la plaza, y por unos instantes —diez canciones, tal vez más— todo fue perfecto: la

gente mecida al compás del saxo como si se tratase de una fiesta de fin de año, los globos flotando en el cielo cuando los golpeaba el viento, los aplausos tímidos entre canción y canción, y la gente esperando impaciente a que se arrancasen a tocar un vals. Y nosotros bailando, dejándonos llevar por esa brisa dulce que precede a la madrugada, turnándonos la iniciativa, jugando con los pies, dando vueltas con los brazos en el aire, elegantes como las figuras de una caja anticuada de música, representando ese primer amor del verano. Ojalá nos hubiesen hecho una foto. Quizá así sería más fácil volver a esos días, aunque también más doloroso.

—No está mal para no ser jazz —le dije.

Y Bastian sonrió, abrazando mi cuerpo en silencio, con más fuerza.

Las campanas tocaron las once, y también las doce, y la plaza se fue vaciando despacio, de manera que resultaba casi imposible saber la cantidad de gente que se había marchado de una canción a otra. De los boleros, la orquesta pasó a las coplas, y luego a las versiones de Imperio Argentina y Juanita Reina, y cuando apenas quedaban una decena de parejas bailando, comenzaron a lanzarles billetes de una peseta con la cara de Isabel la Católica, y algunas monedas plateadas que rodaron escenario abajo, clamando para que cerrasen el concierto con un vals. El cantante recogió los billetes de la forma más digna que pudo y tras dar las gracias anunció que *El día que me quieras*, de Gardel, sería la última canción, a lo que siguieron los vítores y el eco de los besos de los amantes.

Bailamos tan pegados que nuestros cuerpos se fundieron en uno solo, formando un silencio íntimo —una atmósfera, un universo—, tan colosal como para que desapareciese la música de los tambores y todo lo que nos rodeaba. Solos en el mundo, contra él, y sin él. Solos Bastian y yo. Solos en un país roto, de gente rota, y corazones

hechos de ceniza. Solos sin nada más que la piel para tocarnos y los ojos para vernos. Solos como no lo habíamos estado jamás.

Fue entonces, al amparo de aquella soledad, cuando pronunció las palabras que me cambiarían la vida:

—Te voy a añorar.

El piano vuelve a sonar, súbitamente. Está haciendo un solo con una determinación gozosa, febril, que anticipa con tristeza el final del concierto. Y los dos volvemos a la plaza, y a ser quienes éramos. Y esas palabras resuenan en mí como si se tratase de una sentencia, de las últimas palabras que alguien escucha antes de morir. Las siento —todavía lo recuerdo— en el vientre como la herida de una cuchilla afilada. Su dolor no es inmediato, pero eso no impide que la sangre brote con la suficiente fuerza como para sentir el mundo desvanecerse. Y después, cuando la canción va a tocar a su fin y ya puede advertirse en el rostro de los amantes efímeros esa euforia del final, un disparo rompe la noche.

Y con él un grito.

CAPÍTULO 20

Los hubo que se refugiaron entre los arcos de la plaza Vicente Martorell, que regresaron a los portales de piedra con la esperanza de que se apiadasen de ellos los vecinos. Y los hubo —como nosotros— que echaron a correr cegados por el instinto. Una última nota de piano, agudísima, sonó antes de que la música se detuviese. Luego las manos frías, la cabeza embotada, el pecho atenazado. Y una estampida. Los dos corriendo cogidos de la mano, mientras me convenzo de que tengo que contener como sea la aflicción que me ha golpeado tras sus palabras, de que ya me ocuparé de ella más tarde.

Bastian —que me iba a añorar, había dicho— gritaba algo en francés que no pude entender. Y de nuevo un disparo silbando en el cielo, no muy lejos de donde estábamos. Y después varios más —demasiados para contarlos—, una ráfaga que hizo que la gente que venía espantada desde la calle de las Ramelleras nos embistiese contra los portales. Yo no había vivido ninguna guerra, ni había tenido que refugiarme de niña por culpa de las bombas del Liceo o de Gracia, pero advertí en los rostros de esas gentes que ellos sí habían sufrido aquel dolor, y que ahora la memoria lo había traído de vuelta, como si no creyesen posible que sobre Barcelona —su Barcelona, mi Barcelona— se volviese a derramar la sangre con la que se había reconstruido la ciudad.

Bastian trató a la desesperada de retenerme a su lado, incluso cuando los manifestantes de la plaza nos llevaron en volandas calle

abajo a la carrera. Me sostenía la mano con todas sus fuerzas, y yo lo observaba lejos, muy lejos, pese a tenerlo tan cerca, como si quisiesen separarnos el uno del otro. La estampida nos arrastró contra los portales, y pronto los gritos de la gente retumbaron desde todas partes: del puerto, del Gótico, de Sants, del Ensanche, sumándose a ese caos repentino que precede siempre a los desastres. Me gritó que no me soltase y yo le respondí que no lo haría, pero cuanto más fuerte trataba de agarrarlo, más gente cargaba contra nosotros. Hasta que sus dedos se desanudaron de los míos sin remedio. Lo miré con un miedo atroz a perderlo antes de que su silueta se desvaneciese entre la gente. Bastian desapareció ante mis ojos como llevado por la tormenta y yo solo pude recogerme sobre mí misma, resistiendo los golpes y los gritos de esas caras anónimas que podrían ser de cualquiera, pero que de pronto parecían sacadas de una pesadilla.

Un caos.

Más disparos al aire.

Pam. Pam... ¡Pam!

Tantos golpes contra el cuerpo, tan rápidos, tan fuertes, que apenas quedaba tiempo para el dolor.

Y cuando lo creía perdido, con los ojos cerrados incluso, llegó para rodearme con los brazos, mientras soportaba las embestidas de los demás. Me preguntó si estaba bien y yo me limité a asentir mientras me aferraba a sus manos con fuerza para asegurarme de que nadie nos separase de nuevo. Y cuando al fin recuperamos el aliento, nos lanzamos a través de la noche, rodeando las callejuelas sin nombre que envolvían la plaza de Buen Suceso a medida que sorteábamos las preguntas que llegaban desde los balcones, cuyas luces se encendían una tras otra del mismo modo que en una delicada coreografía de ballet. Solo entonces conseguimos

vislumbrar la hilera de sirenas que desfilaba al otro lado de la Rambla.

La policía armada había tomado la calzada y un par de coches cortaban el paso al otro lado de la carretera, a apenas unos metros del Ateneo. A lo lejos, el eco de las balas todavía silbaba en el cielo. Hablaban de la misma forma que se escupe, con rabia, y las pupilas les ardían de cólera. Recuerdo que no entendimos nada de lo que decían, y que nos hacían señas a todos para que nos marchásemos por donde habíamos venido, abocándonos al Barrio Chino, como si cruzar al otro lado estuviese prohibido por el poder que Dios les había otorgado. Entre el clamor de la policía distinguí a varios hombres vestidos con trajes grises hechos a medida, bajo los que se ocultaba el arma reglamentaria sin ningún disimulo. Los reconocí enseguida. Eran los compañeros de mi padre. No sabía sus nombres, pero tenían las mismas voces hirientes que acostumbraba a oír desde el dormitorio, y esos rostros duros que no entendían de amor y que obligaban a mi padre a guardar un silencio cómplice. La clase de silencio de quienes, al mirar al pasado, miran también al abismo.

También ellos debieron de distinguir mi cara de entre las demás, porque nos lanzaron una mirada de consternación y luego me preguntaron, con la voz queda, por Rafael: si lo había visto, si sabía dónde estaba, si estaba bien. Supuse que ninguno sabía nada de nuestra discusión ni de mi nueva vida junto a Bastian. Y cuando les respondí que no, que no sabía nada de mi padre, el miedo se apoderó de sus rostros. Nos pidieron que nos marchásemos, que unos chiquillos habían desatado una carnicería y que la Rambla no era segura. No dijeron que eran comunistas ni tampoco sus nombres, pero enseguida me invadió el terror, y comencé a buscar a mi padre de forma desesperada, tratando de adivinar su rostro entre las caras abatidas de la policía, pese a que él no estaba allí.

Lo siguiente que recuerdo es que solté la mano de Bastian —o que tiré de él lo suficiente como para que se soltase por accidente— y que eché a correr Rambla arriba pese a los gritos de la Guardia Civil, como llevada por los demonios. A mi espalda podía oír las zancadas de Bastian, pesadas en comparación con las mías. Me gritó que me esperase, que no era seguro, y seguí corriendo con la misma congoja que me había dominado al escapar de la policía la pasada primavera, con la diferencia de que ya no huía de la muerte, sino que iba a su encuentro. Al galope, como en el poema de Alberti, temerosa de que esta se hubiese llevado a mi padre. Pero no era la muerte quien quería llevárselo. Eso lo sabía bien. Quien quería hacerlo tenía nombre y apellidos, y también manos lascivas y boca de lobo, con la que me invitaba a cantar canciones para la esperanza que en sus oídos se transformaban de pronto en canciones de guerra.

Caminante, son tus huellas / el camino, y nada más.

Por mucho que luché para alejar aquellas imágenes de mí, me fue imposible, y tan pronto como alcanzamos plaza Cataluña me di cuenta de que ya era demasiado tarde, y que estas habían comenzado a proyectarse ante mí como aquella película de Vittorio De Sica.

Caminante, no hay camino, / se hace camino al andar.

Una sospecha, una redada, quizá una intuición; Santiago disparando contra la policía secreta, contra mi padre —esos habían sido los primeros disparos— y luego una ráfaga; Gerard, los Antonios, Joan —ojalá que no estuviese aquella mujer que amamantaba a su niño—, todos disparando, sin escapatoria: una carnicería.

Al andar se hace camino, / y al volver la vista atrás...

Veo el modelo de sus armas, las balas en el suelo, la luna menguante reflejada en la sangre, y traigo a la memoria una última vez las palabras de Santiago y Gerard en el Montseny. «Que se defenderían», ¿verdad?, me digo. Que no iban a dejar que los matasen. Que para eso eran las armas. Que eran armas auténticas. Que venían del País Vasco y las llamaban Star.

Y maldije la voz que salió de mi garganta y a Antonio Machado. Al camino y al caminante, y a las sendas y las estelas en la mar. Y maldije también todos los caminos de España. De una España, la que sea, que no era la mía. Y solo entonces pensé en Dios y recé.

... se ve la senda que nunca / se ha de volver a pisar.

Recé para que a mi padre no lo hubiese alcanzado la muerte, mientras atravesaba las puertas de piedra que separan las calles y dan nombre a cada esquina, mientras las sirenas sonaban imparables, sustituyendo aquel vals —qué vals—, cuando todo era perfecto, cuando papá estaba vivo y Bastian no hablaba de cuánto me iba a añorar.

Caminante, no hay camino, / sino estelas en la mar.

El camino —o Dios, cómo distinguirlos— me llevó hasta mi calle, y luego hasta casa. Los vecinos daban voces en camisón y pijama, aunque apenas podía distinguir lo que decían. Estaban todos: la panadera del mercado con sus niños, ese matrimonio de cincuenta años que siempre saludaba con la cara inyectada de entusiasmo, los recién casados del primer piso, incluso los jubilados a los que había alcanzado la demencia. Y también mi tía Elvira con expresión grave y la vista puesta en dirección a la Rambla, pero ni rastro de papá.

—¡Julia!

Al volverme lo vi a mi espalda, con la camisa a medio poner. Perplejo de verme con vida y yo perpleja de verlo a él, hasta que me abrazó y los dos volvimos a la realidad, donde reinaba el eco de las sirenas atrapado en los portales. Y ya no pudimos parar de reír ni tampoco de llorar. Me confesó entre lagrimones —aquella fue la segunda vez que vi a un hombre llorar— lo mucho que me había extrañado. No dijo en voz alta que se temía lo peor —ni yo tampoco —, ni que se arrepentía de las palabras hirientes —ni yo tampoco—, pero ambos sabíamos que en nuestras lágrimas quedaban selladas las disculpas, y que la sola idea de sabernos vivos era suficiente para empezar de nuevo.

La tía Elvira se echó a mis brazos poco después, y tras darle las gracias a Dios, me maldijo con tantas fuerzas que solo entonces tuve la certeza de haber vuelto a casa.

Bastian llegó a tiempo para ver cómo los tres nos fundíamos en un abrazo que enseguida llamó la atención de los vecinos, convirtiendo, por unos segundos, el rumor de la noche de Barcelona en un recuerdo. Papá lo miró con cierto aire de gratitud y Bastian le devolvió la mirada sin mediar palabra.

Después de eso sonrió, sereno, en paz. Y sin mirarme a los ojos, como si de pronto volviese a estar prohibido aquel amor, echó a andar hacia el Gótico con la misma convicción con la que había sostenido mis manos en el aire mientras bailábamos aquel vals, dando vueltas con el cuerpo, con la cintura, aguardando impacientes —qué ilusos, qué ingenuos— a que en los bises sonase algo de jazz.

Esa madrugada se marchó la infancia y ya nada volvió a ser igual.

CAPÍTULO 21

La noticia de las muertes de Santiago y Gerard abrió los periódicos a la mañana siguiente. También los noticiarios de la radio se hicieron eco del tiroteo, y para cuando dieron las diez, la gente ya decía sus nombres en las plazas de Barcelona y en sus calles, y también en los mercados del Born y en el de Sant Antoni. Los pronunciaban y hablaban de ese grupo de chiquillos comunistas, armados como en los tiempos de la guerra, como si no fuesen sus vecinos o el niño de la imprenta de la esquina.

Me fue inevitable pensar en sus familias. Pensé en Federico Sallés, el hermano de Santiago, con esa cara de intelectual venido a menos, que creía en la palabra con la misma fe con que sor Ángeles creía en Dios —qué le rondaría ahora al pobre Federico—, y pensé, claro, en los padres de Gerard, los jornaleros de Gavà, y en sus otros cinco hijos, que habían perdido a un hermano —o que el idealismo se lo había quitado—. Y también pensé en Joan y en sus abuelos fusilados, en Eduard y Severiano y en las anécdotas que contaban de sus tardes proyectando wésterns en los cines de Sant Cugat, y en Martí y en los Antonios —ay, los Antonios—, el Savater y el Vila, que no se separaban nunca.

El tiroteo se había producido junto a la Rambla, a los pies del Ateneo durante las fiestas mayores en el Barrio Chino. Ocho chiquillos, no mayores de veinte años, habían muerto a tiros en una guerra de guerrillas en la que también habían matado a tres guardias civiles y dos miembros de las Brigadas Sociales. Nunca

supe qué pasó, quién disparó primero, y lo cierto es que tampoco importaba. Las vidas de Santiago y Gerard se habían cruzado con la mía en aquella Barcelona pegajosa y llena de brumas, y de la misma forma casual en que llegaron hasta mí, se marcharon sin ponerle remedio. Ese fue el primer contacto que tuve con la violencia de la muerte, la primera vez que la miré a los ojos y que entendí que, si se había llevado a ambos con esa facilidad, podía hacer lo mismo con cualquiera. No sentía miedo, tampoco un dolor profundo como el que me invadía tras una discusión con Bastian o papá, sino un vacío, una pena tan grande de que todo hubiese terminado así, que durante horas fui incapaz de pensar en nada más. Tantas vidas echadas a perder, me dije. ¿No fueron suficientes en la guerra? ¿No nos habíamos matado ya demasiadas veces bajo la luna, como en una de esas tragedias de Lorca de las que no querían hablarnos las monjas?

Me enteré por papá de que Clara se encontraba junto a Santiago en el momento del tiroteo, y que la habían trasladado a los calabozos de Vía Layetana con varias heridas de bala. Hasta ese momento jamás le había pedido nada. Ni muñecas de trapo cuando llegaba la Navidad, ni abalorios de plata cuando tomé la comunión o me confirmé. Pero ese día —tal vez por la culpa, no lo sé— le rogué que sacase a Clara Alemany de prisión. La imaginaba menuda, con las piernas manchadas de la sangre seca de los demás, acurrucada al amparo de un rayo de luz, entre los gritos y las amenazas indecentes de los guardias, recordando una vez tras otra —no había mayor condena— el rostro sin vida de Santiago —su Santiago—, que había perdido al juego de la revolución, sí, pero al que ella tanto quería. Pobre Clara —mi Clara—, le dije a papá, que la habían engañado, y que ella no era así, como yo no lo era tampoco. Y le prometí que se daría cuenta cuando pasase el duelo de lo mucho

que se había equivocado, y que volvería a creer en la palabra de Dios. O, al menos, en la de la familia, pero nunca más en la palabra de un chiquillo, un amante, un idealista.

Dos días después, y tras muchas súplicas y promesas vacías para salvarla del juicio de un tribunal militar, papá consiguió que Clara saliese de la comisaría de Vía Layetana. Esa misma tarde, mi tía Elvira y yo acudimos a su casa para llevarle flores. Eran lavandas y olían a verano y nostalgia. Recuerdo que su padre no cabía en sí del agradecimiento y que no hacía más que preguntarnos por papá —que cuándo iba a venir, que cómo darle las gracias, que no había vida suficiente para recompensarle por lo que había hecho— y que su madre llenó la mesa del salón —una enorme, con mantel celeste de vichy— con pasteles de crema y piñones tostados. Allí, conjurados en torno al humo del café, rompieron a hablar sobre las crueldades de la vida y la inconsciencia de las niñas que se dejaban llevar, exentas de culpa por ser eso mismo que las hacía vulnerables: niñas. Niñas y nada más. La cruz que coronaba el salón parecía oírlo todo y comprendí, por la forma en la que hablaban, que ellos también lo sentían así. Yo no hacía más que asentir y sonreír por compromiso, sin intención alguna de rebatir lo que decían o de añadir matices que les diesen un sentido a los días que ambas habíamos pasado junto a Santiago y Gerard.

Clara aguardaba tumbada en la cama de su cuarto. Aún veo las heridas encendidas de su cuerpo antes de convertirse en cicatrices. Nos abrazamos como nunca lo habíamos hecho y cuando pensaba que iba a romper a llorar, cuando busqué en sus ojos el rastro de las lágrimas, solo encontré cólera. No gratitud ni arrepentimiento, sino el semblante rabioso de la muerte. Me dijo que le habían dado de beber aceite de ricino y que había soltado hasta las tripas ante la mirada de todo el calabozo. Eso fue lo único que me contó. No habló

de torturas ni amenazas ni preguntas, solo de que había corrido más suerte que el resto, que a esas horas todavía seguían encerrados a la espera de que los juzgasen los militares. Cuando le pregunté por la noche del tiroteo, solo mencionó que los habían emboscado y que Santiago era un mártir. Fue así como comprendí que para Clara nada había cambiado, y que esas muertes, lejos de extinguir la llama de la revolución, solo la habían encendido. En otro tiempo habría tratado de convencerla de lo contrario, de hacerle ver que todavía se podía aprender algo de la sangre derramada, pero me acongojaba tanto verla así que en lugar de eso permanecí en silencio y volví a abrazarla.

Ahora me doy cuenta de que ese fue el instante en el que se terminó nuestra amistad. Quizá ya estaba sentenciada desde mucho antes, cuando decidí no hablarle de Bastian, o cuando le fallé en la biblioteca, empujándola a las garras de Santiago —ya daba igual—. En los años que habrían de seguir a 1959 intercambiamos varias cartas, pero jamás volvimos a vernos. Supe que no continuó estudiando y que aquel invierno comenzó a trabajar en un pequeño taller de costura de Sants. De manera que ese es el último recuerdo que guardo de Clara Alemany. Uno teñido de tristeza —tan triste, tristísimo que todo acabase así— y que a veces me persigue y todavía duele.

Los cuerpos de Santiago y de los demás fueron enterrados en el Cementerio del Sudoeste —o de Montjuïc, como lo llamábamos todos— esa misma semana. Sin nombre, sin lápida, sin funeral en el que llorarlos. Papá me contó que junto a ellos habían enterrado a varios fusilados más, arrojados a una fosa común de disidentes que no había hecho más que crecer en los últimos meses. Esa fue la última vez que oí sus nombres.

Pese a que intenté recuperar la normalidad de aquella nueva vida, marcada por las aflicciones y por mi regreso a casa, julio se convirtió enseguida en el mes de las últimas cosas: Clara se marchó de mi vida, Santiago y Gerard de Barcelona, del mundo. También el colegio y el coro desaparecieron cuando dejé de pensar en ellos. Antes, mientras todavía iba a clase, las monjas de Gracia permanecían esperándome por mucho que me empeñase en olvidarlas de verano en verano, pero ahora se habían marchado para siempre, y la idea de no volver allí jamás, de que lo que me esperaba —un trabajo, una vida— era algo inhóspito, me aterró tanto que me costó días acostumbrarme a vivir bajo esa incertidumbre. Lo que no podía imaginar es que todavía me quedaba algo más por perder.

Era 29 de julio cuando la tía Elvira abrió la puerta de casa con un paquete envuelto en papel entre las manos. Tenía mi nombre, escrito en esa caligrafía perfecta que solo él sabía hacer. Se trataba de su ejemplar de *Campos de Castilla*, con aquella encuadernación ajada de la primera edición, la misma que había comenzado a leer en su casa y ya nunca había terminado. En su interior no había dedicatorias. Ni siquiera una carta. Tan solo sus versos subrayados, las notas infinitas de su puño y letra, que había leído y releído días atrás tratando de encontrar alguna pista del dolor de Bastian. Y entonces lo supe: que lo había perdido, que algo —aquella aflicción, aquella carta, un enigma— me lo había arrebatado de verdad, para siempre, y que aquel regalo era su forma de decir adiós.

Ya lo sabías aquella noche, ¿verdad, Bastian? ¿Cuando dijiste que me ibas a añorar? Sabías que te marcharías y por eso querías llevarme a bailar, ponernos tan guapos y que todos nos viesen, sin importar la mirada de papá, ni la de mi tía. Ni siquiera la de Dios.

Corrí hasta su casa con la misma convicción que aquella mañana de Pascua, tras el concierto. Pero allí donde habitaba la valentía, se escondía ahora la certeza de la soledad. Nada habría cambiado si no hubiese regresado al Gótico en su búsqueda. Sabía que Bastian no estaría ahí para mí, y aun así necesitaba comprobar con mis propios ojos que la herida era real.

Junto a su puerta reposaban una decena de libros de Historia y Lingüística francesa. Su nombre había desaparecido del buzón, donde se acumulaban varias cartas, como si nadie se hubiese tomado la molestia de recogerlas desde hacía días. Las saqué todas a la fuerza, pero no había ninguna pista. Ni siquiera una dirección o un teléfono con el que consolarme.

La escena del baile, aunque breve, volvió sobre mí como una náusea.

«Te voy a añorar».

Yo misma había hablado con él acerca de aquel verbo —los dos desnudos, cuando él todavía estaba a mi lado— y ahora su significado exacto —la ignorancia— volvía a mí de forma despiadada.

¿Lo habría hecho por amenazarlo de manera encubierta aquella noche, cuando lo descubrí escribiendo de madrugada y le insinué cosas horribles que nunca debería haber dicho? ¿Por haber elegido a papá cuando él me había entregado su hogar, su intimidad, su vida? ¿Por qué esa serenidad en su mirada antes de marcharse? ¿Por qué había elegido aquel libro para despedirse? ¿Por qué no merecía un último «te quiero», un último «por qué»?

Deambulé por el Gótico hasta bien entrada la tarde, con la esperanza de encontrarlo frente al escaparate de cualquier librería, y cuando volví a casa todo estaba envuelto en tinieblas y parecía extraño e irreal, bañado del mismo dolor inmenso —ahora una

extensión, un océano— que el corazón había anticipado en la plaza antes de que resonase el primero de los cañonazos.

Fue así, con la marcha de Bastian Ballard, como dieron comienzo los largos años de la añoranza.

CAPÍTULO 22

Tras su despedida traté de sobrevivir de muchas formas a aquella incertidumbre culposa. Recuerdo que fui a su casa en los días siguientes y también durante el resto de la semana, negándome a creer que se hubiese despedido así. Me convencía de que esa sería la última vez que acudiría a su puerta, pero a la mañana siguiente me sorprendía ahí mismo, tocando de nuevo el timbre y esperando a que alguien abriese. Era horrible. Cuando corría hacia allí, presentía que aparecería al doblar una esquina, y se me aceleraba tontamente el corazón de imaginar que me arrastraba de nuevo al interior de su casa y que todo volvía a empezar, como si nada hubiese pasado. También recuerdo que repasé muchas veces nuestros últimos días: la vida juntos en su casa, el vals en la plaza y las palabras exactas que había empleado aquella noche. Las diseccioné y reescribí mentalmente hasta que dejaron de tener significado y comenzaron a sonar ajenas.

Había perdido la risa, los secretos, la libertad, los poemas prohibidos. Nuestra casa, nuestro hogar, nuestro refugio. Todo eso era mío —sí, de los dos—, pero ya no lo sería más.

¿Por qué así, Bastian? ¿Por qué no dar voz a los demonios, por qué decir adiós de esa manera? ¿Por qué no llevarme contigo?

Fue así como me transformé en el olmo seco que Machado había descrito en su poema, y que leía cada noche de forma enfermiza, tratando de aferrarme a su recuerdo. Un olmo carcomido y polvoriento en cuyas entrañas urdían las arañas sus telas grises.

Muerto como la pobre Leonor. Y sin nadie para llorarlo. Pensé mucho en esa idea, en que el dolor podía ayudarme a formular metáforas con las que describir las emociones que guardaba dentro, pero ni siquiera ahondando en el poemario con el que se había despedido Bastian —que leí y releí durante días, buscando preguntas que no estaban ahí para mí— encontré consuelo. El mío no era un sufrimiento lírico que pudiese romantizar, sino uno de una densidad incómoda, con subordinadas interminables y adverbios innecesarios. Un sufrimiento al que se iban sumando aflicciones con el paso de los días, que no hacían más que golpearme con una crudeza que me negaba a asumir: jamás tendríamos un hogar, jamás tendríamos un futuro.

La luz tras las persianas, fría al despertar, se volvió enseguida una verdad indeseable y al levantarme podía sentir cómo tiraba a rastras del cuerpo, que tardaba más que yo en salir del cuarto o en recorrer los pasillos de la casa rumbo a ninguna parte. En esas primeras semanas todo pareció detenerse, y el único idioma que comprendía era el del dolor. El resto me resultaba ininteligible —sin forma ni significado—, y con ellos el mundo.

Desde entonces, comencé a sospechar que a nadie le dolía el corazón tanto como a mí. Que yo, Julia Ferré, a mis dieciocho años, era la única en el mundo que experimentaba ese sufrimiento. Y cuando salía a la calle —algo raro en esos días—, me quedaba mirando embobada a la gente buscando en vano una huella de aquel dolor solo para poder decirme: «¿Ves?, nadie más está sufriendo tanto». Poco después, la tía Elvira me llevó al médico. Ella sabía mejor que nadie que esa clase de dolor no se cura con la misma maña con la que se curan las tuberculosis o las pulmonías, pero estaba desesperada y yo demasiado cansada de mí misma como para negarme. Con todo, el doctor —un hombre entrado en

los cincuenta, con un bigote difícil de olvidar— concluyó que lo que tenía era mal de amores y que eso solo se iba viviendo, y nos mandó a ambas a casa como si no entendiese que para mí la vida se acababa, que había sido feliz, sí, pero no podría volver a serlo mientras Bastian estuviese lejos.

¿Por qué despedirse de esa forma, Bastian? ¿Por qué no decirnos adiós cara a cara? ¿Acaso no nos lo merecíamos?

Escuchar su nombre de boca de la tía Elvira tampoco hizo más llevadera la pérdida. Mi tía me recordaba todos los días que a ella también la habían abandonado —que eso era algo que hacían mucho los hombres—, y que sabía mejor que nadie lo que era ese dolor, ese apretar los dientes, ese despertar temblando sobre una cama vacía, y siempre culminaba, con cierto orgullo, que lo había superado.

—Gracias a la familia, hija. Y tú también vas a poder porque nos tienes a tu padre y a mí. Y eso vale mucho.

Yo me limitaba a escucharla, convencida de que su sufrimiento poco o nada tenía que ver con el mío, y que, aunque su afecto fuese noble, no bastaría para hacerme sanar. También me rogaba que no me callase nada —«que se pudre el alma —decía—, y uno se pone malo de guardarse los sentimientos dentro»—, pero yo nunca le hablaba de él o de lo que me rondaba la cabeza. Por más que verbalizase aquel sufrimiento o lo encerrase en un rincón de la memoria, sabía que no desaparecería, así que me negué a intentarlo y, como de costumbre, también me castigué por ello.

Papá, en cambio, afrontó aquellas semanas de una forma muy distinta. Silenciosa pero tenaz. Para ayudarme a dormir, había tomado la costumbre de quedarse a mi lado en el salón —en esos días también dejé de visitar mi cuarto—, con la radio encendida hasta que se quedaba dormido y despertaba horas más tarde en el

sofá, con la camisa arrugada y los zapatos a medio quitar. A veces me fingía dormida con tal de que regresase a su cuarto, y otras amanecíamos con la cabeza apoyada el uno sobre el otro mientras las noticias sonaban a viva voz por el transistor con el primer informativo de la mañana. Nunca antes se había preocupado por mí de esa forma, y aquel gesto bastó para que cambiase para siempre la relación que teníamos.

Desde entonces me sentí en paz con la idea de tenerlo en casa y papá pasó a ser, sin necesidad de confesiones ni palabras, aquello en lo que la tía Elvira se había transformado durante la infancia. No podía decirse que se tratase de un confesor, pero, contrariamente a lo que habría esperado, se convirtió en mi hogar. De ese modo, con la misma voracidad con la que había desaparecido el amor, desapareció también el odio. Ahora sé que la pérdida fue lo que nos unió: él había perdido a mamá cuando yo apenas era una niña y todavía le perseguía su recuerdo; y yo añoraba a Bastian por encima de todas las cosas. Supongo que eso nos convertía en padre e hija de una forma mucho más sincera y real que todo cuanto habíamos vivido antes. Es curioso, supongo, que fuese el dolor lo que creó ese vínculo, y al mismo tiempo fuésemos incapaces de querernos o tolerarnos durante las casi dos décadas previas en que mi corazón permaneció intacto.

Así, con el paso de los días y la certeza de que mi dolor —nuestro dolor— era un dolor compartido, comencé a vivir con él. Al dolor le siguió el duelo; a la angustia, la pena. Con todo, mis ojos continuaban proyectando los momentos vividos junto a Bastian por dondequiera que mirase: sobre las callejuelas que envolvían la catedral, contra la luz desparramada de las plazas del Barrio Chino y también en los puestos de viejo de las librerías de la Rambla. Las imágenes eran de un dolor intenso, pero al mismo tiempo me

resistía a dejarlas marchar. Bien pensado, eso era lo único que me quedaba de él.

Una tarde me sorprendí al descubrir que habían pasado un par de horas sin que pensara en Bastian y me atormenté por ello. ¿Cómo había podido olvidarlo? Sabía que el olvido era el último paso de mi duelo y aun así me resistía a él como si pelease con una camisa de fuerza. Había algo de mí que seguía creyendo que si guardaba un pequeño espacio para él, todavía existía la posibilidad de que regresase. Al caer en ello me descubría escribiendo el guion de aquel reencuentro: él llamaba a la puerta de casa y me confesaba que había tenido que marcharse a Francia sin tiempo para avisarme, ni siquiera para una carta, y que estaba profundamente arrepentido; y yo lo perdonaba, claro, y volvían los días de poesía, de vino y de jazz. Fue así como estudié todas las posibilidades que la imaginación ponía a mi alcance, todas las frases que le diría si un día nos reencontrábamos.

Alentada por papá a olvidar aquella Barcelona donde lo había perdido todo, decidí estudiar en Madrid. No tendría sentido decir que fue una decisión de mutuo acuerdo, sino que él confesó que sería lo mejor para mi futuro y también para dejar atrás las historias de Bastian, y de Clara y Santiago, y yo decidí creerlo sin hacer preguntas, con el firme propósito de que el sufrimiento desapareciese para poder empezar una nueva vida. Gracias a mis notas y a la influencia de papá, conseguí una plaza en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid cuando todavía se ubicaba en la calle Zurbano, junto al barrio de Almagro. En los cincuenta, el periodismo no se consideraba todavía una carrera como tal, de manera que no tuve que cursar el preuniversitario. Tampoco me hizo falta el carnet de la Falange ni el título de bachiller, necesarios para obtener plaza en la Escuela. Papá se pasó el mes de agosto pidiendo

favores y yo, por primera vez, me limité a esperar sin juzgarlo, agradecida incluso de que fuese él quien quisiese sacarme de Barcelona.

La primera semana de septiembre papá nos llevó a Madrid con motivo de sus vacaciones, y aprovechamos para formalizar la matrícula. Compramos varios de los manuales en la librería Mundi-Prensa de la calle Castelló, y dedicamos los días restantes a visitar el Palacio Real, la Plaza Mayor e incluso El Escorial, al que nos arrastró mi tía Elvira con la excusa de que las fotos serían la envidia de todas en la peluquería. Un mes más tarde me encontraba subida en un tren rumbo a Madrid, con una maleta llena de ropa y libros, decidida a escapar de la ciudad en la que me había enamorado y de cuyo recuerdo solo quedaban las ruinas.

Gran parte de los alumnos venían de familias burguesas con mucho más poder del que ostentaba papá: nietos de ministros, hijos de empresarios y de políticos de la Falange... El noventa por ciento eran hombres —los había de Madrid y también venidos de otras partes de la península— y las mujeres apenas sumábamos tres o cuatro pupitres entre las filas del final. Y todos —ellos, ellas—, en su mayoría, eran un fiel reflejo de Santiago, Clara y Gerard, por sus formas, su fuego, pero con la balanza inclinada hacia el otro lado. No era extraño oír en esos días que la palabra era un símbolo de la verdad y que en la comunicación radicaba el devenir de una España justa, objetiva. Y ante todo grande. Ya entonces me preguntaba cuál era esa España a la que se referían. Para ellos, una ecuánime, conciliadora, de paz, que no se parecía en nada a la España que yo conocía, cubierta de ceniza. Pero esa era su verdad y yo no quería rebatirla ni que nadie me mirase con los ojos que no debía. Ahora entiendo que esa fue la razón por la que decidí aislarme y vivir en

aquella soledad confortable que otorgaba la residencia de estudiantes.

Por recomendación expresa de las monjas, me hospedaba en un Colegio Mayor femenino, cerca de Chamartín. Ninguna de las que dormíamos allí éramos de Madrid, y por sus pasillos siempre podía oírse el ir y venir de las maletas después de las vacaciones y los fines de semana. Tuve la fortuna de no compartir habitación, por lo que aquel dormitorio se convirtió enseguida en mi único refugio: aireaba las sábanas nada más despertar, hacía la cama, escuchaba música y pensaba mucho en aquel privilegio por el que tanto habrían sacrificado otras chiquillas.

Con el paso de los meses fui adquiriendo la condición de observadora y comencé a forjar una identidad pasiva respecto al mundo. Me limité a ser testigo de la vida de los demás, una *voyeur* encerrada en sí misma que había recurrido a aquella condición como forma de supervivencia. Y en cierto sentido era agradable: no perseguía la aceptación en la mirada de los demás, ni tenía que pasarme horas hablando del sentido nacional para demostrarme más patriota que el resto o la mayor lectora de Primo de Rivera o Sánchez Mazas. Creo que si alguien hubiese escrito sobre mí en esos años, me habría definido como una autómata llevada por la inercia: «Julia, la autómata, se hace la comida y estudia». «Lee, se va a dormir». «Se peina, mira por las ventanas que dan al patio». «Piensa, aunque los demás nunca saben en qué está pensando». Sí. Usarían frases sencillas, casi telegráficas, que reflejarían lo simple de la realidad en la que me había refugiado.

De esa manera pasé a formar parte del grupo de chiquillas a las que no miraba nadie. No era un grupo muy grande, tal vez tres o cuatro niñas de provincia sin apellidos rimbombantes ni padres bien colocados. En cierto sentido, me gustaba interpretar ese personaje y

que me viesen así, porque nada tenía que ver con la Julia que interpretaba en el colegio, donde todas me creían diferente de como era en realidad. Ahora sé que los defectos de la infancia son los fantasmas de la vida adulta y que esa fascinación que despertaba en el colegio de Gracia se había vuelto contra mí, convirtiéndome en una más, sin nada que me hiciese especial: ya no era la que tenía el padre más influyente, ni la que mejor cantaba de todo el colegio. Ahora era yo la que se había convertido en una suerte de Clara Alemany. Anodina, silenciosa, irreconocible.

Supuse que quien ya se sabía insuficiente de adolescente o de niña no tendría ese problema, y me preguntaba cuánta culpa sobre lo que me pasaba, sobre aquel aislamiento, era por la ausencia de Bastian, y cuánta por hacerme adulta en un país roto, marcado por las apariencias con las que todos tratábamos de ocultar nuestro pasado —una guerra, una culpa, un duelo, lo que fuese—.

De esa primera etapa en la Escuela de Periodismo podría decirse que donde habité realmente fue en los márgenes de la realidad, en ese diminuto espacio que te concede el mundo cuando le das la espalda; que lo hacía con una peligrosidad suntuosa y con una inconsciencia de equilibrista. Hasta que conocí a Mikel, a quien todos llamaban el Vasco, y desde ese momento me resultó demasiado difícil continuar enfadada con el mundo.

CAPÍTULO 23

Todo lo que descubrí de Bastian en los años siguientes se lo debo a él.

Mikel era de Euskadi y estudiaba periodismo un curso por encima del mío, aunque siempre tenía asignaturas pendientes que recuperar de otros años. En el momento de conocernos, él ya trabajaba en un periódico local como fotógrafo y apenas aparecía por clase. Recuerdo que en un taller de Crónica y Reportaje nos obligaron a juntarnos por parejas para hacer un trabajo, y que, como no tenía con quién hacerlo, el profesor le propuso a Mikel que lo hiciésemos juntos, así que corrió a buscarme y se presentó diciendo que él haría las fotos y yo podría escribir los textos, como en una de esas parejas de reporteros de guerra. No tenía dónde elegir ni tampoco posibilidad de negarme, así que acepté y días más tarde ambos recibimos —para consternación de los demás— la primera matrícula de honor del curso.

Lo que me gustaba de Mikel era que desde el primer instante supe lo que despertaba en él. Era el único que me miraba en toda la Escuela y siempre lo hacía con una generosidad y un entusiasmo de los que no creía capaz a nadie a esas alturas. Mikel no tenía piel de lobo, ni sentía un deseo acuciante por colarse bajo mi falda, y eso era lo que me atraía de él. También su forma de mirar el mundo, tan alejada del nacionalismo de los demás, que siempre parecía fuera de lugar, como si hubiese terminado en aquellas clases por accidente. Semanas después descubrí que no estaba tan equivocada: su abuelo

había sido militar de la Falange en San Sebastián y él, pese a no comulgar con las ideas de la Escuela, había accedido a estudiar en Madrid porque, además de amar la fotografía, deseaba escapar de una familia a la que odiaba. Visto así, ambos nos conocimos en una especie de fuga y eso, quizá sin quererlo, fue lo que nos unió con tanta fuerza.

Mikel no era especialmente guapo, pero en su expresión pragmática, llena de ingenio, había también algo bello, carismático. Ese carisma, pensé, no estaba solo en cómo me hacían sentir sus manos —como sucedía con Bastian—, sino que residía en su actitud lazarillesca hacia la vida, en su picardía y en esa valentía de los que no le temen al éxito. En otro tiempo se habría dicho de él que era un buscavidas, y que había aprendido a serlo con tal de rechazar los privilegios que le otorgaba su familia: si le negaban la entrada a una rueda de prensa, encontraba la forma de colarse; si llegaba tarde a clase, se quedaba unos minutos con el profesor para preguntarle por Robert Capa —del que se sabía admirador—; y si las fotos que disparaba salían movidas o fuera de foco, fabulaba historias sobre los grises de los que había tenido que huir aun a riesgo de pasar la noche en el calabozo.

Para entonces, la herida de Bastian se había convertido en una cicatriz. Mediaban dos años desde su marcha y, aunque no podía decirse que no sintiese nada al pensar en él o traerlo hasta la memoria, ya no me afligía su nombre ni el eco de las tardes juntos. Todavía no me creía preparada para que me azotase esa clase de emociones. Pero luego, cuando me miraba en el espejo, veía a alguien que deseaba ser amada de nuevo. Así, con el paso de las semanas, Mikel comenzó a no perderse ninguna clase con la excusa de vernos unas horas y yo a convencerme de que merecía su amor,

su dignidad; de que esa determinación en su mirada serviría para sellar mi autoestima, regenerarla.

No se trataba de un amor violento, pasional, sino de la clase de amor que uno necesita cuando el corazón se propone amar otra vez. Sabía que a diferencia de cómo era Bastian, Mikel haría cualquier cosa que le pidiese con tal de despertar esa satisfacción en mí. Sabía que si le decía que lo quería, me respondería que él también, y que si le pedía que se mantuviese al margen o guardase una distancia emocional por pura prudencia, así lo haría. Y eso fue suficiente para dejarlo entrar en mi vida.

La expectación marcó los meses siguientes. Mi intención, claro, no era la de someter a Mikel a examen, pero antes de cada encuentro —sobre todo cuando empezamos a vernos fuera de la Escuela— los nervios burbujeaban en mi vientre, preguntándose cuál sería la forma correcta de reaccionar a un beso, cuánto debería durar, cómo debería acariciarlo o cuánto habría de pasar hasta permitirle que me bajase las bragas. Horas más tarde, sin embargo, me descubría llevada por ese impulso natural de los cuerpos que se rondan a la espera de materializar el placer.

De nuestros encuentros no podía decirse que todo fuese natural, sin artificios. Mikel era dulce, a su modo, aunque también torpe y acelerado, de manera que fue aprendiendo cómo me gustaba que me tocasen, dónde y cuándo. Tenía que concederle que era servicial, y que aprendió muy pronto a prestar atención a los detalles: pasó de desnudarse con prisas a asegurarse de haberme dado los besos y caricias que el sexo requería, y en apenas unas semanas se dio cuenta de que si esperaba a que estuviese lo bastante mojada, el momento de hundir su cuerpo en el mío se volvía más placentero.

Disfruté de aquella novedad con una sabiduría impropia de los veinte años que tenía entonces. Me gustaba sentir el sabor dulce de

su sexo en los labios, oírlo gemir y dejarme llevar por el cuerpo, para que este paliase su sed y tomase de Mikel lo que desease. Me gustaba esa sensación, sí, incluso llegué a adorarla, pero mi entusiasmo estaba a merced de todo cuanto había vivido antes y nunca sentí que pudiese ser libre por completo mientras nos acostábamos ni que pudiese sentirme plena, en paz, del modo en que había sucedido con Bastian. A veces, mientras me hacía el amor, yo cerraba los ojos y me descubría de nuevo desnuda en aquel sofá en una calle perdida del Gótico. Aunque me empeñaba en concentrarme, en volver al dormitorio de Mikel, debía conformarme con sentir su cuerpo estremecerse dentro del mío mientras observaba impaciente las molduras del techo, tomadas por el polvo.

En esos años descubrí también que algunos hombres encendían un cigarrillo tras hacer el amor. Mikel lo hacía a menudo. Fumaba Celtas Cortos, sin filtro, como la mayoría de los compañeros en la Escuela. A veces se encendía uno y yo me quedaba mirándolo —su melena echada para atrás, una cadena de oro en torno al cuello— como si estuviese viendo una fotografía o una de las películas que proyectaban en el cineclub de la Escuela, pero luego siempre me lo tendía y yo le daba un par de caladas fugaces antes de romper a toser y despertar a los vecinos de la casa que él mismo había alquilado con lo que ganaba en el periódico, que respondían con golpes en la pared y al grito de «ya no son horas». De esas noches recuerdo que siempre me olían las manos a tabaco y a sexo, y aunque sentía la urgencia de levantarme a lavármelas, me quedaba allí durante horas, aguardando a que diesen las siete para regresar a clase.

Mikel no solía hacer preguntas después de acostarnos. Creo que enseguida se dio cuenta de que ese silencio me reconfortaba y que no quería romperlo con frases sórdidas si yo no estaba dispuesta a

hablar primero. Pero con el paso de las semanas, aquella calma se convirtió en una inquietud para él, que no entendía cómo podía sumirme en mí misma de esa forma, deshacerme, plegarme sobre mí hasta desaparecer. Fue así como se aficionó a preguntarme en qué pensaba, como si me hubiese convertido en una artista a la que entrevistar. Con el ingenio que lo caracterizaba, comenzó a hacerme preguntas de todo tipo —divertidas siempre—, basadas en los fundamentos de una noticia con una intención claramente sarcástica. Poniendo la misma voz que nuestro tutor, el señor Remartínez, profesor de Estilo Periodístico, me preguntaba:

—¿En qué piensa, señorita Ferré? ¿Cuándo tuvo lugar el coito? ¿Y dónde? ¿Acaso en la habitación de su amante o en la residencia de la señorita? Y lo más importante, ¿por qué, señorita Ferré? ¿Por qué? Ya sabe que las preguntas son la base sobre la que debe construirse el relato del buen periodista.

Y los dos terminábamos rotos de la risa, con el estómago dando vueltas en las tripas. De Mikel descubrí que la risa también era un artefacto poderoso con el que amar. Nos reíamos mucho, es cierto. Todo lo que no me había reído con Bastian me reí con él. Su humor se convirtió enseguida en una forma de intimidad. Por la mañana, al llegar a la Escuela, me sorprendía con un chiste cualquiera, sobre los otros estudiantes o los señoritos madrileños que poblaban a esas horas la Gran Vía. Y por la noche, cuando nos quedábamos en su casa, seguía sonriendo de un buen humor contagioso incluso para mí. A Mikel nunca se le escapaba nada de mi estado de ánimo, desde los cambios más imperceptibles hasta los más evidentes, y sentía que cuando me miraba a los ojos lo hacía de lleno, sin secretos.

Quizá eso era lo que más me apasionaba de él. Esa transparencia, ese espacio compartido que había generado sin

quererlo, limitándose a ser quien era, sin artificios ni pretensiones, solo con su risa y su predisposición a entregármelo todo. Tenía la certeza de que Mikel no se marcharía nunca, de que no haría trizas nuestro amor a no ser que yo se lo pidiese. Solo cuando pienso en esa clase de amores, entiendo los matrimonios, las vidas compartidas, los refugios, incluso entiendo —por extraño que parezca— la literalidad en la liturgia de una boda, ese amarse y respetarse en la salud y en la enfermedad, en la prosperidad y también en la adversidad hasta el fin de los días. Supongo que eso es a lo que llaman hogar.

Con todo, en los años de idas y venidas que duró nuestra historia nunca hubo un «nosotros» para mí. Tampoco nos hablábamos en diminutivo ni utilizábamos apelativos cariñosos. Nos llamábamos por nuestros nombres —nunca un «amor», un «cariño»— y cuando a él le asomaba la promesa de un «te quiero», siempre lo miraba en silencio, rogando que se guardase aquellas palabras en la garganta.

Una vez le hablé de Bastian. Debía de tratarse de alguna fiesta en su residencia porque había mucha gente y todos fumaban y bebían mientras sonaban viejas canciones de jazz en un equipo compacto de música. Alguien pinchó un disco de Charles Mingus, idéntico al elepé de casa de Bastian, y la música me asaltó sin previo aviso. Me robó el aire y tuve que salir de allí a la desesperada, sin despedirme de nadie. A la mañana siguiente, Mikel me preguntó por lo que había pasado. En sus palabras no había rencor ni tampoco sonaban como un reproche, pero me sentía culpable de haberlo abandonado y me rendí al impulso de confesarle la verdad.

¿Pensaba que así me sentiría mejor? ¿Creía que confesarle algo tan relevante me excusaría de mi comportamiento? Sea como fuere, me di cuenta de que no estaba preparada para hacerlo del mismo modo que Bastian no lo estaba para contarme quién era en realidad.

Y entonces lo entendí y me di cuenta de que ahora yo era Bastian Ballard, y Mikel, la Julia Ferré de aquel verano. Quizá por eso terminé hablando de más cosas de las que me habría gustado: le conté que ya había estado enamorada, que él era un traductor francés mayor que yo, y que después de vivir juntos y acogerme en su casa, se había marchado, despidiéndose con aquel viejo poemario de Machado. Sin cartas ni explicaciones. Sin un adiós. Y luego, antes de que pudiese articular palabra, le pedí que por favor no hiciese más preguntas. Mikel sonrió, dejando entrever que todo estaba bien, y con eso bastó para dar por cerrado el tema. Yo sabía que era una sonrisa fingida que confirmaba sus peores temores: la risa —su risa — era insuficiente si se la comparaba con el abismo que había dejado Bastian con su marcha, pero aun así nunca dijo nada. Algo por lo que solo podía estarle agradecida.

Esos eran mis fantasmas: los fantasmas del jazz, del pasado, los fantasmas de las comparaciones odiosas. Y a veces, cuando salíamos y bebíamos, él también me hablaba de los suyos. No podía decirse que fuesen fantasmas como tales, pero sí tormentos que lo perseguían incluso cuando más fuerte reía. Con el tiempo aprendí a diferenciarlos y concluí que solo había un tema del que Mikel hablara sin reservas cuando se emborrachaba: la familia. Pero no la suya, la de sangre, de la que parecía sentirse avergonzado incluso conmigo, sino de la familia elegida. Si algo lo entusiasmaba —más que pasarse horas hablando de Hans Namuth, Georg Reisner, Antoni Campañà y otros tantos fotógrafos de guerra— era la idea de ser padre y construir el hogar que nunca pudo tener de niño, alejado de las ideas hostiles y el poder que ejercían en su casa.

A mí me resultaba imposible escucharlo sin sentir cierta incomodidad, porque jamás me había visto a mí misma como madre, ni como esposa ni como ama de casa ni como nada de lo que se

esperaba en aquellos años de una mujer. No resultaba raro ver a parejas en la Escuela que postergaban sus estudios para tener su primer niño —él se ponía a trabajar de cualquier cosa y ella lo amamantaba mientras los cursos, los profesores, los compañeros se sucedían—, de modo que era un debate abierto en los cafés y las residencias de estudiantes. Con todo, yo prefería quedarme en silencio cuando Mikel se encendía al hablar de sus propósitos familiares, por lo que fue cuestión de tiempo que aquel entusiasmo terminase distanciándonos.

Quizá fue egoísta por mi parte, pero me negaba a verbalizar que era yo quien tenía el problema. ¿Por qué no podía seguir a su lado pese a tener dos concepciones distintas de la vida? No tener hijos no significaba que mi existencia fuese un fracaso, ni que me hubiese convertido en un simple proyecto de lo que soñaba ser de niña, pero de alguna manera así lo sentía, y cada vez temía más que esas ideas calasen en la mente de Mikel, que él también me viese de esa forma. El nuestro era un amor cálido, al que me habría aferrado hasta el día de mi muerte, pero también insuficiente y falto de pasión si se lo comparaba con la vehemencia con la que sabía que se podía llegar a amar.

Tal vez, si me hubiese entregado sin condiciones a él, todo habría sido distinto, y esos sentimientos genuinos, radicales, habrían terminado por aflorar al fin y al cabo. Y quién sabe, quizá habría deseado ser madre, esposa. Durante un tiempo incluso me permití desearlo. Anhelaba que esos deseos naciesen de mí, que amaneciese una mañana con la epifanía de la maternidad —un milagro, dirían todos— y fuese feliz —una mujer cristiana, de su marido, añadirían—. Deseé esa felicidad, esa vida, deseé tener la convicción de que aquella existencia me haría feliz. Lo deseé con locura, pero luego me alcanzaba la certeza de que la risa de Mikel no

bastaría para entregarle mi corazón ni para casarme con él, ni mucho menos para formar una familia.

Nuestra relación terminó tras el último curso de la Escuela, en tercero. Me gradué con buenas notas. Leí mucho, escribí hasta que me dolieron los dedos y me esforcé para demostrarme que todavía podía hacer cosas valiosas y dignas de elogio, aunque no fue suficiente para conseguir prácticas o trabajo en ninguno de los periódicos de Madrid, reservados para familias mucho más influyentes que la mía. A diferencia del resto de la clase, que viajó a Sevilla por unos días, Mikel y yo fuimos a ver el mar en San Sebastián cuando tocó el mes de julio. Habíamos hecho alguna escapada a Salamanca o a Toledo, siempre por estudios, a cubrir congresos y asistir a varias charlas, pero esa vez el viaje entero fue para nosotros.

Yo sabía que tan pronto como volviésemos, la vida —la de verdad, no aquel simulacro en Madrid— empezaría de nuevo. Sabía que Mikel había conseguido trabajo en un medio de los grandes, que tenía un buen sueldo y que deseaba desesperadamente que la palabra *hogar* tuviese para él un significado nuevo, muy distinto del que había conocido en su casa. Y con el plazo de la residencia llegando a su fin, sin prácticas ni sueldo con el que sufragar un alquiler, mi retorno a Barcelona estaba sellado. Mikel, claro, también lo sabía, pero ni siquiera en los años que habíamos pasado discutiendo o debatiendo sobre la posibilidad de un futuro juntos había abandonado la esperanza de convencerme para que me quedara a su lado. Y cuanto más insistía en ello, más persistente era mi silencio. Por lo que en aquellos primeros días del verano, cuando el cielo parecía una caricatura de sí mismo, inalcanzable, tan perfecto, nos amamos como si el mundo estuviese a punto de terminar: él, oponiéndose a la idea de alejar su cuerpo de mi

cuerpo, de separar sus días de los míos; y yo, angustiada por perderlo, maldiciéndome por no ser la persona que él habría deseado que fuese.

Al pensar en ello me pregunto si me habría portado de esa forma con Bastian. Si habría rechazado sus planes de futuro, sus sueños. O si a su lado todo habría sido natural, fácil, como lo era siempre. Me costaba imaginarnos otra vez juntos, amamantando a una criatura, y al mismo tiempo cuando pensaba en hablar de él como mi marido —en la calle, en las plazas, en el mercado— me invadía un orgullo extraño que jamás llegué a entender del todo, similar al que me alcanzaba al pensar en los apellidos Ballard Ferré unidos. Si tiraba de ese hilo, las dudas se volvían efímeras y me descubría fantaseando con el posible nombre de nuestros hijos —a mí me hubiera gustado que se llamase Celeste, como mamá, si era una niña, y Víctor, por Victor Hugo, si era un niño—. Y al traer a la memoria esos recuerdos que no existían, anhelaba de pronto el olor a tostadas del día a día, los cuerpitos cálidos de unos niños que deseaba que fuesen nuestros, que tuviesen nuestra sangre, unas vacaciones en Cadaqués para poder observarlos con recelo desde la orilla, pidiéndoles —rogándoles— que tuviesen cuidado con el mar. ¿También a ellos les habrías hablado de Machado, Bastian?

Los años que siguieron al fin de la carrera se tiñeron enseguida de una oscuridad pegajosa. Con mi regreso a Barcelona y la ruptura con Mikel, también regresó el estoicismo que frecuenté en los primeros meses de residencia, con la diferencia de que ahora debía convivir nuevamente con papá y mi tía Elvira, quienes no veían con buenos ojos que me abandonase a la indiferencia ni que a mi edad no tuviese la voluntad de encontrar un trabajo ni tampoco un marido. El hecho de haber cursado Periodismo en Madrid ayudó a sanar la reputación que teníamos en el barrio, en especial desde que

mis días junto a Bastian se volvieron motivo de viva voz. No eran muchos los que podían permitirse alcanzar ese nivel de estudios y tan pronto como regresé a Portal del Ángel entendí que las miradas de la gente habían cambiado de forma sutil. Ya no eran de recelo o incomprensión, sino de una envidia desde la distancia que a veces se camuflaba con la admiración o simplemente con el autodesprecio.

Y sin embargo, en cuanto fue de saber popular que me negaba a abandonar la casa de mis padres, que no había encontrado un marido ni un trabajo pese a haber invertido miles de pesetas en una Escuela de Madrid, la reputación de los Ferré volvió a verse sometida a juicio. Así me lo hizo saber mi tía. Ella era tan buena, tan humana, que lo entendía todo salvo que no desease una independencia real.

—Con los estudios que tienes, hija, en cualquier lado se te rifan. ¿De verdad quieres seguir aguantando a tu padre? A mí me iban a coger...

La postura de papá tampoco era muy distinta. Había sido considerado conmigo durante el duelo de Bastian, me había concedido un amor de cuya existencia yo llegué a dudar, incluso invirtió parte de los ahorros de una vida con tal de sacarme de esa Barcelona por la que tanto había llorado. Y aun así estaba convencido de que mi falta de voluntad laboral no era un buen augurio. A diferencia de mi tía, a él la mala fama entre los vecinos había dejado de importarle hacía mucho, pero día a día tenía que ver cómo el poder de las Brigadas Sociales se debilitaba, y con él, la influencia natural que ejercía sobre el mundo. Y eso le preocupaba sobremanera porque creía que cuanto más tiempo pasase, menos podría ayudarme a encontrar un trabajo a la altura de la persona que merecía ser. Pero ¿quién merecía ser yo después de todo? ¿Una redactora? ¿Una costurera? ¿Una secretaria? ¿Por qué tenía que elegir? Todos los oficios —sus modos de vida, sus rutinas— me

parecían de una burocracia tediosa, insustanciales, poca cosa para la persona en la que había deseado convertirme alguna vez. No lo había olvidado: yo quería ser libre, especial, tener una voz propia. Sí, creía merecer la vida que las niñas de Gracia imaginaban para mí, pese a no haber sido así nunca.

Sabía que no quería uno de esos trabajos de oficina, de niña bonita, como a los que aspiraba la generación del hambre de la tía Elvira. Y al mismo tiempo, tampoco me veía relegada a la redacción de uno de esos periódicos dedicados a ensalzar el espíritu nacional con orgullo y españolidad, donde las periodistas quedaban confinadas a secciones del día a día sobre los productos de la casa, a los cotilleos de la alta sociedad catalana o a escribir decálogos semanales sobre las bondades que se le suponían a una mujer de bien. Era culpa mía —me decía—, como todo: yo había elegido aquellos estudios de periodismo pese a saber el país en el que estaba, y ahora tenía que asumir las consecuencias. No podía hacer como si no hubiese pasado nada o apartar la vista.

Quizá con dieciocho años solo era una cría y esa clase de cosas —de dolores— me estaban permitidas, pero ahora la mayoría de edad me había alcanzado y si continuaba rechazando trabajos o refugiándome en el salón de casa al poco de sonar el despertador, la realidad me golpearía con fuerza para sacarme de ahí. Sí, en eso consistía el despiadado mundo de los adultos, en que uno no podía bajarse de él cuando se sentía sin fuerzas. En que uno, por mucho que luchase, debía escoger desde temprano quién quería ser y si dudaba lo más mínimo, la familia, los vecinos, los amigos —y por tanto la conciencia— se le echaban encima como una jauría hambrienta de hienas, envenenando el cuerpo y sobre todo el alma.

¿Por eso batallabas constantemente con la persona que eras y la que querías ser en realidad, Bastian? ¿Acaso ya lo sabías?

CAPÍTULO 24

Cuando llegó el invierno, ocurrió lo inevitable y acepté un puesto en un periódico local de Barcelona. No pagaban demasiado, ni siquiera pagaban bien para la cantidad de trabajo que implicaba, pero sí lo suficiente como para vivir sola y sin depender de nadie. Sin embargo, encontrar piso fue más difícil de lo que había imaginado. Nadie alquilaba propiedades a mujeres solteras —habitaciones a lo sumo—, y los que accedían a concertar una visita siempre lo hacían con la mirada por encima del hombro, tratando de descifrar qué era lo que estaba roto dentro de mí, cuáles eran las rarezas o los defectos que me separaban de la vida conyugal. Que tuviese un jornal propio o el aval de mi padre poco importaba, ya que siempre terminaban arrendando la casa a alguna pareja de recién casados, incluso si venían de una familia mucho menos pudiente o sus padres acarreaban deudas que llevaban pasando de generación en generación desde principios de siglo.

Ya en primavera, terminé mudándome a un piso junto al paseo de San Juan, a poco más de veinte minutos de la redacción del periódico. Se trataba de un hogar modesto —apenas setenta metros—, sin reformar, pero con mucha luz. El propietario había sido compañero de mi padre a principios de los cincuenta. Supe mucho después que había hecho fortuna con el estraperlo y que todos los billetes que acumulaba los invertía en la compraventa de pisos. De haberme regido por los mismos valores que me acompañaron un día, habría seguido buscando hasta caer rendida con tal de no

deberle nada a alguien así, pero estaba desesperada y lo único que me importaba en aquel entonces era salir de casa. Si el peaje para independizarme era sufragar la jubilación de un estraperlista, podría vivir con ello.

De los años que pasé en el periódico no puedo decir nada memorable ni de lo que pueda sentirme orgullosa. Aunque entré bajo la promesa de escribir en cultura, no tardaron en relegarme a un suplemento dominical destinado a amas de casa, con publicidad para el hogar y análisis amarillísimos sobre los diferentes programas de televisión española que se sucedieron esa década —*Galas del sábado*, *Esta es su vida*—, con curiosidades y anécdotas sobre sus presentadores. De manera que con el paso de los años terminé escribiendo sobre las parodias que le hacían a Federico Gallo cuando aún presentaba los informativos, de los detalles sobre las vacaciones en Marbella de José Luis Dibildos con Laura Valenzuela y su hija, que aún no era famosa pero que ya tenía el mismo brillo en los ojos que su madre, y también sobre las pasiones que despertaba Marisa Medina entre sus tertulianos.

El mayor mérito del equipo de aquel suplemento, formado por dos redactoras más —dedicadas a los análisis de moda y los consejos románticos— y una dibujante que se encargaba de esas dichosas ilustraciones donde siempre salían mujeres felices sosteniendo las camisas de sus maridos o lavando, fue una entrevista a Massiel días después de su victoria en Eurovisión en el 68. Gracias al padre de una de las redactoras, que veraneó en Asturias junto al padre de Massiel, pudimos hablar con ella por teléfono, lo que para un suplemento como el nuestro era un verdadero éxito. En especial por cómo nos centramos en lo que significaba que una mujer fuese la primera ganadora española de Eurovisión, comparándola con la británica Sandie Shaw, que ganó el

año anterior cantando descalza. El director del periódico —uno de los muchos que hubieron de sucederse en el cargo en aquella época — nos felicitó a las cuatro lleno de orgullo, y se permitió el lujo de enmarcar la página junto a nuestra mesa, en la que podía leerse desde fuera de la sala de redacción: QUE CANTEN ELLAS.

Jamás entablé con ninguna de aquellas tres mujeres una relación digna de llamarse amistad. Tampoco ninguna trató de acercarse a mí o de relacionarse con las demás de una forma profunda, humana. Hablábamos a diario, claro, y lo hacíamos de todo sin importar lo que pensasen los demás, pues trabajábamos en una sala acristalada apartadas del resto de la redacción del periódico, donde nadie podía juzgarnos. Las había que hablaban de sus vidas sin ningún tipo de reparo, de sus triunfos, de sus virtudes o de las de sus maridos, pero nunca de sus fracasos, y había también quienes —como yo— se limitaban a escuchar, a reír y a trabajar sin necesidad de demostrar nada. En los años que duró la andadura del suplemento jamás discutimos ni tuvimos malas palabras para las demás. Podría decirse que entendimos lo que se esperaba de nosotras y que aceptamos el cometido de buena gana, sin rechistar, sabedoras de que nuestro papel empezaba en aquella sala aislada del resto y terminaba en la última página del folletín que redactábamos de lunes a viernes, antes de mandarlo a imprenta el sábado. Su nombre —imposible olvidarlo— era *Ellas*.

Fue en esa época cuando aprendí a caminar con tacones. Nos obligaban a que fuesen rojos, a juego con una falda de tubo que llegaba por encima de las pantorrillas. Aunque todas llevaban aquella imposición con cierto orgullo femenino, conscientes de la forma en la que estilizaban el cuerpo, lo cierto es que yo los detestaba. Jamás había utilizado tacones: ni en mis graduaciones, ni en los bautizos, ni siquiera en las fiestas mayores, cuando las niñas

trataban de aparentar más años de los que en realidad tenían con la esperanza de robarles un beso a los chiquillos recién licenciados de la mili. No entendía por qué era una condición indispensable para la redacción de textos, pero tampoco me quejé. No porque temiese dar la imagen de una mujer problemática —aunque intuyo que algo de eso también había—, sino porque sabía que jamás podría ganar esa lucha. Nuestro uniforme —si se le puede llamar así— solía despertar piropos en el resto del periódico. Los camuflaban con cortesía y palabras elocuentes, pero tanto yo como las demás sabíamos de sobra lo que aquellas frases escondían. Alababan el encaje del vestido, el brillo del pelo y los andares, y cuando querían subrayar lo guapas que estábamos siempre lo hacían con la mirada, sutilmente, como si creyesen que no podíamos darnos cuenta. Por supuesto, muchas se dejaban querer, otras se dejaban llevar, pero a ninguna le resultaba indiferente que la mirasen con los ojos encendidos de deseo.

En esos días grises, marcados por el nostálgico olor de la tinta, me acosté con varios hombres despreciables. Todos eran diferentes a su manera —bajos, altos, atléticos, de andares pomposos—, pero en los rostros de la mayoría se podían distinguir enseguida los inconfundibles rasgos de un *enfant terrible*. Creo que le tomé el pulso a esa faceta impulsiva que acostumbraban a mostrar, y era innegable que algo debía de encontrar en su actitud como para acceder a meterme en su cama. De ellos me gustaba que iban de cara, que sabían lo que buscaban y que yo podía dárselo. Ninguno me habló nunca de formar una familia, e incluso era la otra de algunos, por lo que también era un modo de preservar el estilo de vida que había decidido llevar entonces. Igual que me gustaba interpretar el papel de mujer invisible en Madrid, y saberme ajena a los debates vacíos que llenaban de gritos las clases, adoraba

interpretar el papel de la amante. Junto a ellos descubrí facetas del sexo que no habría descubierto de otra forma. Descubrí, por ejemplo, lo que era el deseo sin dulzura y también el placer culpable del dolor. La culpa era siempre de las prisas y de la rudeza, pero yo no hacía nada para evitarlo —no me quejaba, no pedía que parasen —. Quizá porque en el fondo me creía merecedora de aquel dolor, como si a través de la flagelación del cuerpo pudiese castigarme por mis tormentos.

Durante los primeros veranos, Mikel todavía venía de visita a Barcelona bajo la excusa de cubrir algún evento o reunirse con editores catalanes, así que también seguí acostándome con él cuando se presentaba la ocasión. Todavía entonces —y por lo que sé, hasta hoy— trabajaba en el mismo medio, un periódico con una tirada diaria de más de cien mil.

Cruzábamos cartas e incluso llegó a dormir en casa varias noches, pero una tarde llamó para decirme que no volvería a Barcelona: había conocido a alguien. También era periodista y lo hacía feliz, eso era todo lo que dijo —o al menos todo lo que recuerdo—. Después me pidió que no volviese a llamarlo, que a partir de ese momento lo que fuese que hubiese entre ambos tendría consecuencias para él y no se lo perdonaría nunca. Pese a que me sentí tentada de recriminarle aquella ruptura, sabía que no era justo: la mujer con la que estaba Mikel podría haber sido yo de haberlo querido, pero había elegido otra vida. Bien pensado, ni siquiera había elegido nada, y eso era lo que me había llevado a estar donde estaba. Le deseé lo mejor, colgué y me pasé una semana entera sin saber cómo debía sentirme, lo que solo afianzó la idea de someterme a la voluntad de aquellos balas perdidas que iban y venían por los despachos humeantes del periódico.

Me pasé encerrada en aquella redacción hasta los treinta y cinco. Lejos de cómo habría imaginado aquellos años, el tiempo transcurrió ligero como un pestañeo: compraba la cantidad exacta de comida para cada semana, medía bien la sal con la que cocinaba, aunque le ponía abundante pimienta negra, y limpiaba cada dos días para conservar la casa en esa extraña armonía que tanto me reconfortaba —el baño siempre perfumado, la cama hecha desde primera hora, con las sábanas lo más ceñidas posible—. La rutina en el periódico y el orden —todo a la misma hora, todo controlado, sin sobresaltos— fue lo que me mantuvo unida al mundo durante esos años.

La realidad se sostenía sobre un hilo muy fino, casi invisible. Sabía que si en algún momento decidía soltarlo, igual que había hecho en la Escuela, la vida perdería su sentido y eso era lo último que quería. Me limité a dejarme llevar por la corriente, convirtiéndome en eso mismo de lo que renegué durante años: una mujer útil que cumple con lo que se espera de ella, siempre preparada para sonreír y complacer a los demás. Por su parte, papá y mi tía no tardaron en desistir del matrimonio y terminaron por asumir que su hija se había instalado para siempre en la periferia de las expectativas sociales. Como si alguien hubiese trazado un círculo y yo hubiese decidido vivir fuera de él, muy cerca de la línea, sí, pero fuera al fin y al cabo.

Al mismo tiempo que me debatía entre el conformismo y la soledad, también fueron muchas las cosas que comenzaron a cambiar en el país. Desde finales de los cincuenta hasta 1975, el mundo a nuestro alrededor —ese diminuto y roto llamado España— pareció enloquecer. Cuando uno echa la vista atrás, se da cuenta de que mes a mes resulta imposible percibir el número constante de cambios que se producen en una dictadura, pero vistos en su conjunto, simplificados a un mero epígrafe de un libro de historia,

uno puede comprender cuánto cambió todo. Aquella lista interminable de pequeñas revoluciones arrancó en 1966, con la Ley de Prensa, que fue el primer paso para eliminar la censura, lo que no solo cambió el modo de trabajar en el periódico, sino que también reformó de pies a cabeza la sección de cultura, permitiendo la entrada de nuevos colaboradores que iban y venían con cada libro publicado o película de estreno. A ellos debo el descubrimiento de los *enfants terribles*.

Tres años más tarde, Franco nombró sucesor al príncipe Juan Carlos de Borbón. Ese fue el primer momento en el que todos empezamos a advertir la posibilidad —aún remota— de que los días del franquismo, tal y como los conocíamos, podrían tocar a su fin. A él se sumaron muchos otros con el paso de los años, como el auge de ETA, nacida años atrás en el País Vasco, el proceso de Burgos, el atentado contra Carrero Blanco o los voceríos en catalán en los mercados, que dejaron atrás los susurros de los idiomas prohibidos. Pero sobre todo, la incertidumbre del 75, cuando ninguno terminaba de creerse que cuarenta años de dictadura pudiesen esfumarse de un día para otro. Sin embargo, fue a papá a quien aquellos cambios en nuestro pequeño mundo le sobrevinieron como a ningún otro.

Una tarde de invierno, cercana a la Navidad, mi tía Elvira me confesó que papá padecía una demencia abrupta, casi repentina, así que los últimos recuerdos que guardo de él son distantes, remotos, y, ante todo, dolorosos. Aprovechando la muerte de Franco, papá se jubiló y casi como si desease olvidar quién había sido durante las cuatro décadas que había llevado la placa de las Brigadas Sociales, se encerró en su dormitorio a pasar los días que le quedaban. No quiero decir que no saliese nunca de allí, que jamás pisase el salón o la cocina, pero durante los meses siguientes casi nunca lo vi en otro lugar de la casa. No tengo recuerdos de mi padre en la cocina ni en

el balcón, ni siquiera vagando por los pasillos. Su existencia se limitaba a sentarse frente al cuadro de mamá, y lo observaba sin hacer nada más. Durante un tiempo, tanto la tía Elvira como yo creímos que tras su nueva afición se ocultaba el deseo de recordarla mientras lo acompañase la cordura. Quizá —le decía yo— esa era la manera de morir a su lado.

Aún hoy me pregunto si papá tenía constancia de lo que le estaba ocurriendo. Si tenía la certeza de que el olvido lo alcanzaría pronto y por eso decidió pasar todo el tiempo que le quedaba junto a mi madre. Era difícil saberlo: si se trataba de una decisión racional o un impulso inconsciente del alma para encontrar su hogar entre las tinieblas. ¿Sería eso lo que nos esperaba a todos antes de la muerte? ¿Del olvido? ¿Un viaje a la desesperada en busca de los únicos lugares donde nos habíamos sentido seguros?

Esa misma Navidad, y por recomendación de los médicos, comencé a cantar para él. Habían pasado diecisiete años desde que mi voz entonó una sola nota. Nada de conciertos, ensayos o intentonas de volver a cantar para alguien, pero los médicos del hospital de Sant Pau, en el Guinardó, preguntaron si había algo que pensásemos que podría ayudarle y mi tía se aventuró a responder que mi voz —que en otro tiempo le había recordado a la voz de su mujer y había sido motivo de broncas y duelos, sí, pero también un atajo al pasado— podría calmar sus dolores. No se trataba de dolores físicos, ni reumas o entumecimientos de los huesos como los que azotaban a mi tía por culpa de la edad, sino tormentos que tomaban su cuerpo y lo hacían permanecer horas, a veces días, en un silencio hermético. Yo no tenía ninguna esperanza de que cantar pudiese curar sus males, pero para entonces costaba alejarlo de la habitación de matrimonio y cuando a duras penas lo conseguíamos, siempre debíamos pagar el peaje de sacarlo de allí a gritos o —en el

mejor de los casos— a rastras, tirando de él como si cargásemos con un mueble pesado que es imposible llevar entre dos. De forma que habría hecho cualquier cosa con tal de verlo más animado.

Nunca eran canciones completas ni conocidas siquiera. Recuerdo que le cantaba estribillos, versos sueltos que él mismo tarareaba al entrar y salir de casa cuando yo era pequeña: fragmentos de pasodobles, versiones obsoletas de Conchita Piquer y coplas errantes de la posguerra que mucho después habría de cantar Manolo Escobar en una de esas películas que protagonizaba en los sesenta. Al principio lo hacía en voz alta, asegurándome de que mis palabras llegasen a sus oídos mientras observaba aquel retrato con la vista puesta en ninguna parte, y después comencé a hacerlo en susurros —sonreídos unas veces, con lagrimones otras— mientras lo peinaba y le echaba perfume tras darle un baño.

El redondel bajo el sol parece un clavel,
y es al empezar igual que un altar color de miel.

Mientras daban las carreras ciclistas en la radio los domingos.

Échale más valor, búscale sin temor. Anda, recréate
en la suerte y olvida que la muerte acecha perderte.

O cuando se despertaba de madrugada y comenzaba a dar vueltas entre gruñidos.

Busca que ruede sin puntilla. Suena un olé
y la plaza entera es un clamor, toda puesta en pie.

Jamás supe si mi voz lo calmaba o si aquellas melodías quedaban registradas en él de alguna forma. Tampoco parecía reaccionar sobremanera a ellas, sino que las escuchaba mecido por la música,

como una nana, con el mismo semblante serio de siempre, sin decir nada. Yo a veces buscaba aquel cambio en su mirada, pero sus pupilas me devolvían la imagen de un hombre menguante atormentado por los recuerdos, un hombre que en otro tiempo había sido mi padre —un padre, un marido, un hermano, un policía—, pero que era ya otra persona. Sus ojos eran del mismo azul intenso, aunque más cansados; su piel estaba caliente como lo había estado toda la vida, aunque más manchada. En cambio, papá ya no estaba ahí. Probablemente, en una de aquellas mañanas dedicadas a la contemplación del cuadro de mi madre, su cuerpo se había quedado observándolo mientras su mente escapaba hacia ella. Era una comparación algo sórdida, cristiana incluso, pero a mí me gustaba pensar que eso era lo que había pasado.

Cuando se cumplió un año de la demencia de mi padre, volví a la casa de Portal del Ángel para cuidar de él. A mi tía tampoco le era indiferente la vejez, y con los setenta ya cumplidos, los disgustos y el trabajo de toda una vida le pesaban demasiado como para cuidar sola de papá. La época que siguió entonces fue de las más duras que viví desde la marcha de Bastian, y paradójicamente, me sentía viva y útil con cada día que pasaba.

Saberme cuidadora, necesitada, requerida, era agradable si se comparaba con el vacío que me había acompañado los últimos años. A diferencia de lo que pensaban muchos vecinos o de la opinión generalizada de la redacción, no sentía aquel deber como una carga o un castigo, sino como una tarea capaz de hacerme reconectar con la vida, con una parte primitiva intrínsecamente ligada a la muerte, que ya entonces comenzaba a rondar en los ojos de papá. Esa misma primavera pedí una excedencia en el periódico y empecé a trabajar como profesora de canto en el colegio de Gracia.

En esos mágicos años en los que España había cambiado tanto, las monjas vieron cómo aquel edificio vetusto se convertía en una escuela concertada. Algunas, como sor Ángeles, habían seguido vinculadas a las clases hasta el día de su jubilación, mientras que otras habían optado por continuar con la educación en otros centros religiosos, todavía al amparo de la Iglesia. La oferta me llegó sin esperarla por una de mis antiguas compañeras del coro, que ahora trabajaba en el colegio como profesora de Geografía y me había recomendado para el puesto al enterarse del deseo de la dirección de volver a instaurar el coro como asignatura extraescolar. Pese a que el sueldo de media jornada no igualaba lo que ganaba en el periódico, tenía ahorros suficientes como para no preocuparme por nada más que las dolencias de papá, por lo que el dinero nunca fue un problema en esos años. Además, tenía las mañanas libres porque se ensayaba a las cinco, cuando las clases tocaban a su fin, de manera que no era difícil encontrar un equilibrio entre los cuidados que requería la casa y los ensayos con los niños.

Jamás me habría imaginado dando clase. Y menos en el colegio en el que sor Ángeles me había enseñado a cantar. Ya no estaba repleto de niñas con faldas de sarga y acné, sino de chiquillos y chiquillas de barrio de todas las edades, cuyos padres, conmovidos por los primeros discos de Paco Ibáñez y Raimon, habían querido ver en la voz de sus hijos una promesa de la canción.

Era curioso: ya no cantábamos en las homilías ni había conciertos junto a la catedral los fines de semana, ni siquiera ensayábamos junto al órgano de metal que ocupaba uno de aquellos muros castigados de la iglesia. En lugar de salmos o villancicos, cantábamos una versión a capela de *La tarara* y canciones universitarias como el *Gaudeamus igitur*. Y cuando tocaba Navidad o fin de curso, los padres nos pedían que interpretásemos canciones

de Serrat, que se habían hecho tan populares para entonces que resultaba difícil sintonizar la radio sin oírlas a todas horas. Por nostalgia, me pasé tres años posponiendo los *Cantares* de Machado. Jamás daba excusas sólidas ni creíbles, pero siempre encontraba la forma de inyectarles a los niños la ilusión por otras versiones que musicalmente explorasen melodías o tonos que no habíamos estudiado antes. Recuerdo que para final de curso del 76 cantamos *Para la libertad*, la adaptación de Miguel Hernández, y que al año siguiente interpretamos un arreglo de *Mediterráneo* con piano. Pero en el 78 la clase entera se empeñó en que preparásemos una versión de *Cantares* sacada del disco de Serrat. Tras tantos cursos negándome me resultó imposible no aceptar.

Se trataba de una partitura sencilla donde el peso de la pieza recaía en las voces de los chicos, apenas una pareja de tenores y un bajo, y que remataban un grupo de niñas de Bachillerato, dos contraltos y una soprano. No podía decirse que fuese una interpretación memorable, pero tanto los padres como los niños quedaron encantados con la adaptación, al punto de retenernos varias horas a las puertas del salón de actos comentando los detalles de la actuación. A menudo me gusta volver a esa tarde, solo para confirmar lo increíble que era que un poema leído en la clandestinidad de la casa de Bastian terminase, dos décadas más tarde, cantado a pleno pulmón sobre el escenario de un colegio.

¿Lo escuchaste, Bastian? ¿Aquel disco de Serrat? ¿Te acordaste de mí por un solo momento cuando empezó a sonar ese arreglo de guitarra unos compases antes del comienzo de la canción?

De esa forma sobreviví a la apatía y también al exilio interior en el que yo misma me había embarcado: por las mañanas era cuidadora y por las tardes enseñaba en el coro; por las mañanas le cantaba a papá y por las tardes cuidaba de los niños; por las

mañanas era testigo de las crueldades de la vejez y por las tardes me quedaba maravillada con la infancia, y así de forma sucesiva, todos los días, todas las mañanas, todas las tardes.

Como era de esperar, la enfermedad de papá solo fue a más, y en un intento por anclarlo a la realidad —siempre por recomendación de los médicos—, empezamos a buscar en la habitación de matrimonio fotos, textos, cartas con las que jugar a la cordura. Esos fueron, sin duda, los días más felices que pasamos juntos: yo solía enseñarle fotos de antes de la guerra o leerle cartas que se había mandado con mamá. No siempre reaccionaba. A veces trataba de encontrar las palabras correctas y se perdía a la mitad, y otras ni siquiera comprendía lo que le preguntaba, como si le hablase en otro idioma, pero cuando lo alcanzaba la lucidez, volvía de pronto el brillo a sus ojos y se extendía por toda la periferia de la cara —vieja ya, teñida de arrugas, cansada de recordar—, justo antes de arrancarse a hablar con pillería, evocando la persona que fue un día, hacía cuarenta años.

«Eso era en la defensa de Belchite. Nos rendimos, pero no llegaron a tomar Zaragoza».

«Ese de ahí era el Miguel, que se lo llevaron de paseíllo porque se dieron cuenta de que apuntaba hacia otro lado para no matar a los rojos. Ni a las gallinas atinaba».

«Y el otro..., del otro no me acuerdo, pero estudió con tu tía y al volver del Ebro se echó a la cama y ya no salió nunca. Había muchos así. Muchos».

«Plantábamos la bandera ahí, a las afueras de Teruel. Y luego iban los rojos, a la mañana siguiente, y la quitaban y ponían la suya. Y nosotros hacíamos lo mismo al tocar la noche solo para hacerlos rabiar. Al vernos desde la trinchera con barro en los dientes y el culo,

se echaban a reír. Se reían tanto que desde el otro lado de la sierra los podíamos oír. Por el eco, ¿sabes?».

De las mañanas juntos aprendí lo que no nos habían enseñado en clase sobre la guerra; que no había sido una conquista épica, imperial, sino patética y triste, con más olor a heces que a pólvora. «Un chiste mal contado», dijo papá un día. Y cuando me reía por la ternura que me entraba al oírlo hablar así, entre dientes y con los labios agrietados, me decía que no tenía ninguna gracia, que a él le habían dado a elegir entre matar o morir, y luego, enfadadísimo —como si de pronto recuperase la lucidez—, me preguntaba:

—¿Y tú qué has tenido que elegir, eh?

Para lo que no tenía respuesta.

Si por algo recuerdo esos días no es por los momentos lúcidos o de razonamientos genuinos que papá conseguía arrebatarle a la demencia, sino por todo lo contrario; por aquellos instantes de incertidumbre, de locura, de libertad en los que se arrancaba a hablar como si se creyese poseedor absoluto de la razón. Lo hacía con tanta fe y seguridad en sí mismo que a uno le sobrecogía el corazón imaginar que para él ese era su mundo. De todas las cosas que dijo —barbaridades sobre el marido de la tía Elvira, invenciones kafkianas alrededor de los vecinos, incluso anécdotas, jamás sabremos si inventadas o no, sobre el día en que el Caudillo tuvo el honor de conocerlo— una fue, en especial, la que me robó el aliento. Sí, debía de ser temprano, no más de las siete, en invierno —el cielo de Barcelona inmenso al otro lado de la ventana—, cuando me preguntó si seguía viéndome con Bastian. No se refirió a él como «el francés», que era como solía llamarlo veinte años atrás, sino como «Bastian», con todas las letras pronunciadas a la perfección, resonando contra su garganta.

Sonreí. No con dulzura o inocencia, sino con serenidad, como si el significado de sus palabras no hubiese llegado todavía al corazón, de forma que era imposible que me alcanzase el dolor.

—No, papá. Bastian hace muchos años que se fue.

—Ah.

Y después me confesó que nunca le gustó su nombre. Ni su nombre ni él. Porque había hecho cosas terribles, sí. Y él lo sabía. Se lo habían dicho.

Hablaba con severidad tratando de dejar constancia antes de marcharse para siempre de que él era poseedor de esa información, de una verdad que jamás me había confesado ni a mí ni a nadie.

«¿Por qué ahora?», pensé, pero no se lo dije. ¿Temía descubrir la respuesta? ¿Acaso sospechaba entonces que las palabras de papá no eran fruto de una memoria fragmentada, hecha añicos, sino recuerdos de una vida en la que, en efecto, había confirmado la presunta maldad de Bastian? «Cosas terribles». Sí, esa era la expresión que había utilizado. Alguien se lo había contado, y él, por la seguridad con la que hablaba, creía en el significado de todas esas letras juntas.

Esa noche, al volver del coro, cené y luego leí hasta bien entrada la noche. Me metí en la cama con el deseo de olvidar la conversación con papá. Traté de convencerme de que todo era un delirio, incluso me dije: «Con lo que ha sido, qué lástima, qué pena, qué hombre». Y giré sobre la cama una vez, y luego otra, dándole la vuelta a la almohada para sentir las sábanas frescas sobre la cara, e intenté borrar esa imagen de mi cabeza, la del Bastian de las cosas terribles. Lo intenté, sí, pero me fue imposible.

CAPÍTULO 25

Papá murió poco después, en diciembre, sin tiempo para comprobar con sus ojos el éxito del referéndum sobre el proyecto de Constitución, en el que votamos todos. Fue la primera Constitución española ratificada mediante referéndum y recuerdo que muchos lo celebramos como una de las muchas victorias que estaban por llegar.

Con todo, su muerte dejó en mí una huella compleja que ni siquiera la libertad pudo borrar. Por un lado, me abrumaba la idea del dolor de la pérdida. Era una sensación extraña: sabía que debía sentirme triste, incluso superada, pero de algún modo era incapaz de tocar esa tristeza, como si quien se hubiese muerto no fuese papá en realidad, sino otra persona. La que estaba ahí, en la cama de casa, cuando despertaba por las mañanas, la que tenía sus ojos del color del mar y también su pelo, y su cuerpo mermado por las heridas de una guerra de la que detestaba hablar. Y por otro, me embriagaba una sensación de alivio y resignación por la que me sentía absolutamente culpable.

El tiempo me ha enseñado que lo que escondía esa culpa era la confirmación de que con la muerte de papá había muerto también la promesa de tener que convertirme en la mujer que él esperaba que fuera. Con su marcha, confiaba en que esa sombra de culpa que planeaba sobre mí desde Bachillerato —la que tenía que ver con las expectativas— volase lejos, se separase de mi cuerpo y estallase con el rugido del viento. La mezcla de ambas emociones, del duelo y la

libertad, resultaba demasiado confusa como para lidiar con ellas y al mismo tiempo con las conversaciones absurdas, sórdidas, de los seguros de vida que prometían organizar el funeral de papá de la forma en la que lo merecía.

Fui incapaz de pensar en otra cosa mientras recibía el pésame de los oficiales que acudían a jugar al dominó a casa los últimos sábados de cada mes. Su aspecto parecía sacado de otra época, veinte años atrás: trajes idénticos a los de los cincuenta, con solapas anchas, pines descoloridos y hombreras marcadas, además de abrigos que no eran caros, pero que lucían como si lo fuesen. Algunos con sus señoras —así las llamaban—, otros viudos y otros sospechosamente solos, pero todos, sin excepción, con el andar invencible que les otorgaba la misma placa que ahora descansaba, sin dueño, en los armarios de casa. Hacía años que no los veíamos; sin embargo, sus rostros conservaban la misma aura siniestra que ya tenían entonces. Sus manos, duras y de un estrechar profundamente masculino, se ciñeron a las nuestras, y tuve que dar las gracias y asentir ante medio centenar de personas mientras lo único en lo que podía pensar era en el despreciable sabor de la libertad. Si me esforzaba, podía oírlos pensar cosas como: «ni una lágrima», «esa chiquilla siempre ha dado guerra», «el pobre Ferré, los disgustos que se ha llevado».

En la iglesia nos preguntaron si queríamos enterrarlo con la bandera de España. Como mi tía Elvira no quiso responder y yo no encontré las palabras que buscaba para decir que no, al final aceptamos. También de eso me arrepentiré esa noche al llegar a casa.

Papá fue enterrado en el cementerio de Montjuïc, junto a mamá, donde también permanecían los restos de Santiago, de Gerard, de los Antonios, de Joan, y de otros tantos comunistas, idealistas y

disidentes, lo que me pareció una paradoja despiadada. Todos juntos al fin y al cabo —sus calaveras besando la misma tierra, devoradas por las mismas bestias—, a pesar del odio que se profesaban en vida. Así de cruel podía ser el país en el que nos había tocado vivir, incluso cuarenta años después de la guerra: papá enterrado en la misma ciudad que un día conquistó fusil en mano, en la que plantó la misma bandera con la que lo habíamos enterrado. De nuevo, una de esas incomprensibles contradicciones que comenzaban a darse por toda España: uno muere en la tierra que conquista, y su sangre riega la misma tierra que la sangre de los chiquillos que ha matado. «Morir, morimos solos —pensé—, pero bajo el suelo que pisamos hay tantas vidas echadas a perder que es imposible que la soledad nos alcance cuando venga la muerte a buscarnos».

Esa idea me acompañó durante toda la tarde, cuando convencí a la tía Elvira de que poco o nada importaba que no hubiesen venido esos parientes lejanos del Montseny que no se sabía bien si eran tíos o primos, porque eran hermanos de bisabuelos y tatarabuelos que ninguno ha conocido; cuando lanzamos las flores —claveles— a la tumba, incluso cuando leí el nombre de Rafael Ferré esculpido sobre el epitafio junto al de Celeste Ruiz, en el momento exacto en que comprendí que papá se había marchado al lugar donde lo esperaba mamá y que ya no podría rescatar a ninguno del lugar al que se habían ido. En ese instante me sentí orgullosa de la familia que habíamos sido un día, de lo que todavía quedaba de ambos en mí. Y solo entonces me eché a llorar como una niña, ruborizada por lo que pensaría papá si me viese con las mejillas rojas, anegadas en lagrimones. ¿Sabría que a pesar de todo lo que había hecho —y con ello, lo que había callado— lo admiraba más de lo que había admirado a nadie jamás? ¿Habría sentido algo parecido al orgullo

cuando me miraba y veía en mis ojos los suyos? «Ojalá», me dije. Ojalá.

Cuando regresamos a Portal del Ángel, la tía Elvira no parecía dispuesta a enfrentarse al vacío que había impregnado la casa: contra las paredes, sobre las alfombras, en el techo... de manera que fui yo quien tomó la iniciativa para recoger las cosas de papá. Mientras vaciábamos aquella habitación, los únicos recuerdos que traíamos a la conversación eran los de la infancia, tan fáciles, tan dulces, que no nos costaba echarnos a reír y olvidar, aunque fuese por unos minutos, que nos habíamos quedado solas. Ella me hablaba de cuando papá apenas medía un metro e iba a cazar ranas a las charcas del monte, antes de meterlas en botellas de cristal que devoraba el moho, y yo le recordaba aquella Navidad en la que le había regalado un dibujo de unas carreras de bicicletas, con nosotros entre el público en la Vuelta a España, y al verlo había dicho todo contento: «Joder con los Reyes Magos». Supongo que es así como funciona la nostalgia, siempre con generosidad.

Era curioso. Sin sus cosas, aquellas cuatro paredes quedaban reducidas a lugares de paso, y aun así uno podía sentir el peso de su mirada al entrar, como si las paredes conservasen la costumbre de sus ojos, fosilizada bajo el gotelé y el hormigón. De la colección de recuerdos que poblaban los armarios y los bajos de la cama no había mucho que pudiese decirse. La mayoría eran prendas que donamos al colegio y trastos viejos —disonantes, anacrónicos, de un mundo antiguo, anterior a que yo naciese—, con un tacto que era familiar a mis manos y que traía consigo un dolor, sí, pero también el consuelo de que alguna vez papá había dejado huella en ellos.

Por supuesto, encontramos fotos de la boda con mamá, durante la guerra, con aquel extraño vestido de novia que le llegaba hasta los tobillos, y con papá enfundado en un traje de soldado nacional

que yo nunca antes había visto —tan guapos los dos—. Y también su pistola de la guerra —una Astra 300—, así como varias medallas condecorativas con fechas que iban de mediados de los años cuarenta hasta 1975, sin estrenar, lo que solo confirmaba la poca satisfacción que le producía lo que representaban. Junto a ellas encontramos varios álbumes con fotos de los cuarenta que la tía Elvira habría deseado arrojar al fuego: instantes de un verano en Sant Feliu de Guíxols junto a su marido, todos posando metidos a la fuerza en trajes de baño de un desfasado color turquesa. También alguna de los años cincuenta, de mí junto a ella, cuando todavía no llevaba el pelo cardado, sino una melena larga que le caía por la espalda como a las sirenas. Me impactó descubrir que parte de esa añoranza que se había ido acumulando con los años sobre la familia Ferré ya se podía advertir en nuestros rostros: en el suyo de treinta y pocos y en el mío de niña.

Esa era yo. Contrariada. Dividida desde el principio de mis días entre dos mundos: la vehemencia de mi padre y la vulnerabilidad de mamá. Uno —el de Rafael Ferré— había ganado en el juego de la infancia, en la popularidad de los pupitres; sin embargo, el otro —el de Celeste— iba ganando de manera voraz en la vida adulta, que supuse que era la que en verdad contaba. Allí, frente a los álbumes que acumulaban polvo en el armario, mientras me decía que el día que abandonase el mundo me gustaría ser de mí misma, pertenecer solo a mis dolores, no heredados sino vividos, descubrí que además de fotos y una pistola, papá también guardaba el maletín de piel que iba y venía del cuartel de Vía Layetana a casa con la misma naturalidad con que lo hacía su placa o su abrigo.

Lo había visto centenares de veces: sobre la mesa camilla del comedor, colgado del perchero de la entrada, a los pies de su cama cuando tocaba el domingo y postergaba hasta la noche la vuelta al

trabajo. Sin embargo, era la primera vez que lo tenía tan cerca porque papá se enfurecía siempre que le poníamos las manos encima, temeroso de que le perdiésemos algo o —supongo— de que cogiese alguno de aquellos documentos de Estado para hacer los dibujos que las monjas de Gracia nos pedían en primaria antes de culminar cada tarea.

Dentro se encontraban aquellos míticos informes, redactados a todas horas con las mismas letras defectuosas que tenía su máquina de escribir. A menudo la eme y la ene, que no golpeaban las cuartillas con la fuerza suficiente como para dejar una huella legible sobre el papel. Pero también varias carpetas de papel que no había visto antes. El logo de la Dirección General de Seguridad figuraba en portada, con un águila desteñida que cobijaba bajo sus alas el escudo de España, flanqueado por las dos columnas de Hércules. No tardé en advertir que esa era la clase de documentos de los que él siempre recelaba: informes sobre los vecinos, cartas cuyo remitente pertenecía a otras comisarías de Cataluña y documentos que un día fueron confidenciales sobre la Barcelona de los años cincuenta.

Me fue inevitable sentir algo de culpa al verme frente a ellos sin el permiso de papá, un pudor primitivo, ligado a la infancia, y al mismo tiempo me resultaba fascinante la idea de descubrir la realidad que envolvía siempre a mi padre y de la que —como es lógico— jamás pudo hacernos partícipes, porque él nunca hablaba del trabajo, ni de a quién apoyaban los de enfrente por mucho que hubiese mandado investigarlos en secreto. Esa sería otra de las cosas de las que me arrepentiría en esa época, ya que tan pronto como continué leyendo descubrí el nombre de Bastian Ballard impreso sobre uno de esos informes que entonces —de súbito, a la desesperada y a traición— había pasado de ser un reflejo de los silencios de papá a un nuevo motivo de desvelo.

La fecha de redacción era 1959, en junio, y la extensión del documento no superaba los dos párrafos. Poco era lo que España sabía de Bastian, pero sí lo suficiente como para cambiarlo todo: no tenía un carnet oficial, no figuraba en los registros de la Dirección General de Empleo y la única constancia que se tenía de su llegada a Barcelona databa de mediados de los cuarenta, cuando había alquilado el piso que tenía en el Gótico, cuya dirección —calle de la Dagueria, número 4— me llevó de nuevo a las calles de las que tanto tiempo había tratado de escapar. Esa, claro, era la primera parte del informe, la más olvidable si se la comparaba con el párrafo que culminaba la cuartilla, donde se afirmaba sin rodeos que a Bastian Ballard —bajo petición del ejército nacional— le fue encargado el asesinato de Antonio Machado durante el mes de enero de 1939.

Lo primero que me golpeó fue la certeza de una herida que creía cicatrizada. Lo temía, sí, incluso podía llegar a presuponerlo. No era una necia, pero tuve que encontrarme frente a aquella carpeta cuarteada para darme cuenta de manera aplastante de que la sangre todavía manaba de las llagas que me habían sobrevivido. Con la lectura de su nombre, el recuerdo de Bastian se volvía pesado, insoportable. De boca de mi padre, semanas atrás, parecía irreal. Tal vez tenía que ver con que esas seis letras salían de sus labios agrietados, resultado del discurso fragmentado de una mente distorsionada, como si se tratara de una fábula, un delirio. Y sin embargo, leído en ese instante, se había vuelto de una densidad afiladísima, de esa clase de martirios que te rajan las tripas, te encienden en llamas el rostro, no conformes con la amenaza de que el corazón explote.

Lo segundo, claro, fue la incertidumbre. Me veo ahí plantada, en su habitación, con el informe en las manos, tan pálida, y pienso:

¿cómo Bastian, a quien tanto y tan dolorosamente había amado, podía haber aceptado un encargo semejante? Nunca antes me había permitido pensar así de él, pero de alguna forma eso era lo que sugería aquel descubrimiento de papá. ¿Habría dado él con la versión definitiva de Bastian? ¿Con su auténtico yo? No, eso no era posible.

Cuanto más pensaba en ello, más retorcidas e inverosímiles eran las respuestas que encontraba. Recordé así, como una intrusión incómoda, la primera tarde en la que vi el recorte de Machado que Bastian tenía colgado de la pared; su obsesión por la poesía, y también su regalo de despedida, el poemario de *Campos de Castilla*, al que volví durante esos días como un recuerdo viejo y sacado de otra vida, con la esperanza de hallar algo a lo que aferrarme.

¿Fue esa la razón por la que se marchó? ¿Porque sabía lo que papá había averiguado? ¿Porque creía inevitable que yo también fuese sabedora de su secreto y descubriese al hombre que era en realidad? ¿Por eso lo miró de aquella forma esa noche? Deseé compartir esas y otras tantas preguntas sin fin con papá, pero de nuevo me di cuenta de que ya era tarde.

La tía Elvira me preguntó qué sucedía. No supe cómo mentirle ni tampoco cómo decirle la verdad, de manera que le tendí la cuartilla sin mediar palabra. No sabía nada de aquel informe, ni de la verdadera naturaleza de Bastian, ni tampoco se imaginaba que la voluntad de papá por hurgar en el pasado de quienes nos rodeaban pudiese llegar tan lejos. Y después, con cuidado de seleccionar las palabras adecuadas, como solo ella sabía hacer, me dijo que si papá no me había hablado del pasado de Bastian era porque hay verdades a las que uno renuncia por amor. Y esa era una de ellas.

Me pidió que lo dejase estar, que cuarenta años nos separaban de aquel encargo, y veinte de aquel informe. Que entre medias se

había perdido y ganado una guerra, y se había tenido que morir mucha gente para estar donde estábamos entonces, en plena Transición; que ya lo decían en la tele, incluso el presidente Adolfo Suárez, que en un país —y más en el nuestro— no hay que mirar hacia atrás sino hacia delante. «Adelante y nada más», con la misma convicción que se pronunciaba cuatro décadas atrás «Arriba España». «Arriba España y nada más». Pero «adelante», ¿hacia dónde? «Arriba», ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo?

En las noches siguientes nada consiguió rescatarme del escalofrío de aquella lista de palabras, unas detrás de otras, que conformaban el informe de las Brigadas Sociales. Si bien la idea de Bastian había cristalizado hacía mucho en la memoria, me pareció que la herida había vuelto a abrirse en el corazón y que él, de una forma u otra, estaba de vuelta en mi vida —al cerrar los ojos, en los reflejos del espejo, aguardando en cada esquina de Barcelona—. Bastian ya no pertenecía a la Julia del pasado, sino a la Julia que era en 1979. El cuerpo y también el corazón habían sufrido una metamorfosis, una mutación fruto del tiempo, la austeridad y el dolor, pero la sangre que brotaba era la misma, con idéntica apariencia.

Cuando perdí a papá, tras nuestra discusión, es cuando más conectada me sentí a Bastian. Pero después regresé a casa y recuperé a papá, aunque ello supusiese perder a Bastian de manera definitiva. Y ahora la historia se repetía de nuevo: la muerte se había llevado a papá y jamás me lo devolvería. Sin embargo, era su pérdida la que había empujado a Bastian hacia mí, dispuesto a atormentarme incluso desde una vida remota, anterior a la mía. Y ahora no iba a dejar que se marchase. No mientras existiese la posibilidad de descubrir quién era realmente el hombre del que tan atrozmente me había enamorado veinte años atrás. El mismo —me repetí de nuevo solo para confirmarlo— al que le había sido

encargado matar al poeta que adoraba, del que tantas y tantas tardes me había hablado. El poeta del exilio, de los *Campos de Castilla* y también del olmo viejo, el amante de Leonor. Antonio Machado.

SEGUNDA PARTE

LOS CAMINANTES

CAPÍTULO 1

Eran pocas las cosas que recordaba de Machado. Sabía que a diferencia de otros poetas no lo habían fusilado y que tampoco había muerto de hambre o tuberculosis en una celda gris. A Machado le había tocado la condena del exilio, tan dolorosa como la muerte o el olvido de las cunetas. Y sabía, como muchos lo sabíamos entonces, que había dado su último aliento en febrero de 1939, un mes después de la fecha en la que el ejército nacional le había encomendado a Bastian Ballard su muerte. Pero Antonio Machado no había muerto por un disparo ni nadie lo había asesinado. No era eso, al menos, lo que decían los libros, la biografía que había escrito José Luis Cano y mucho menos los editoriales que se habían sucedido desde 1975 cada 26 de julio, con el aniversario de su nacimiento copando la sección de cultura, de los que tenía buena constancia, y en los que se lloraba la pérdida del poeta, a quien se había llevado una neumonía por culpa del frío de la frontera y sus años de tabaquismo, pero también la pena y el exilio.

Resultaba extraño pensar que Bastian poco o nada había tenido que ver con los últimos días de Machado; sin embargo —y a riesgo de equivocarme— me parecía imposible poner en duda la veracidad del informe. Que el ejército nacional le encargase su asesinato no era incompatible con que no hubiese apretado el gatillo, ¿verdad? Un hecho estaba conectado con el otro de manera intrínseca, lo sabía, aunque no pudiese afirmarlo como tal solo por haberlo leído en un documento de hacía ya veinte años.

De no ser por aquella incoherencia jamás habría emprendido el viaje que comencé días más tarde. Al hombre que un día amé, o al adolescente que era entonces, le había sido encargada una tarea monstruosa, horrible, propia de una época de tareas monstruosas y horribles, y por alguna razón, no la había cumplido. Y yo creía —creí entonces—, tan desesperada, que en aquel encargo aguardaba la promesa de encontrar una salida a los laberintos en los que su recuerdo permanecía encerrado. Quizá descubrir lo que sucedió me ayudaría a entender quién era en realidad Bastian, tal vez —solo tal vez— podría darle una razón, un sentido a sus silencios, a por qué se marchó de aquella forma, por qué mi vida —nuestra vida— se había convertido en algo tan diferente de lo que podría haber sido si él hubiese permanecido a mi lado.

Y al imaginarme resolviendo todas y cada una de esas preguntas, me sorprendía sometida al deseo de demostrarle a papá que Bastian no era un mal hombre, ni había hecho «cosas terribles». Y tan pronto como me veía hablando con él, con una copa de vino en la mano, en paz al fin, me invadía un miedo voraz a descubrir lo contrario: que en efecto era un monstruo, porque había que serlo para aceptar matar a cualquier hombre, y más todavía para matar a un hombre exiliado, sin patria, sin equipaje, sin esperanza, que no había hecho daño a nadie y jamás volvería a ver los días azules del país en el que había nacido ni a pisar su tierra. No, Bastian —mi Bastian— no podía ser capaz de hacer algo así.

El deseo de saber la verdad —que era en realidad el deseo de otras muchas cosas— fue lo que me animó a tomar la primera decisión sincera, propia, en las dos décadas que me separaban de su marcha. Fue como una epifanía que me hizo sentir viva de nuevo. En los días que siguieron al funeral de papá comencé mi búsqueda allá donde la había dejado una tarde de verano del 59.

En todos esos años no había olvidado la carta de aquella editorial francesa que mencionaba a Machado, la misma de la que Bastian no había querido hablar tras arrebatármela de las manos, y en la que se aludía a poemas que él mismo les había enviado pese a afirmar que no escribía, que no estaba preparado para tanto. Veinte años separaban aquellas tardes y ni siquiera así había podido borrar aquel logo de mi cabeza: tres medialunas alineadas la una sobre la otra.

No tardé en localizarlo de nuevo en las librerías especializadas de Barcelona: Éditions Valmont publicaba antologías de grandes poetas europeos, comentadas a veces con apuntes biográficos; tenían un distribuidor local que había bajado la persiana hacía una década, un viejo almacén en Cerdanyola del Vallès, con libros franceses que colocaba en universidades, colegios y algunas librerías. La propia editorial había corrido la misma suerte, pues había desaparecido hacía casi una década, dejando descatalogadas muchas de sus obras. En el catálogo, al menos el que había llegado a aquellas librerías contadas de Barcelona, apenas figuraban un par de tomos más de los que se podían encontrar dos décadas atrás en las bibliotecas de toda la ciudad, maltratados por las manos anónimas de los estudiantes de francés. Siempre el mismo tipo de obra, y siempre muy bien editada, con una encuadernación tan sencilla que daban ganas de echarse a leer nada más ojearlo: recopilaciones de los grandes textos de Rilke, Yeats, Machado. Y antes de desaparecer de manera definitiva, antologías de Pessoa, Lorca y Paul Valéry. Si Éditions Valmont publicaba otro tipo de obras, al menos los libreros que conocía no tenían constancia alguna.

Dediqué las mañanas de los siguientes fines de semana a recorrer los puestos de viejo de las Ramblas en busca de los pocos ejemplares que pudiesen quedar en Barcelona. Me costó varios domingos encontrar, en una de las librerías de lance de la calle

Llibreteria —bonita coincidencia—, la edición de Machado y la de Rilke, destrozadas, rayadas hasta la extenuación por lo que suponía un estudiante de Bachillerato de Francés. Tras entregarle al librero las setenta pesetas que pedía, precio que aparecía escrito a lápiz con números trémulos sobre el índice, le dije que le pagaría el doble si conseguía más ejemplares de aquella editorial, y después le anoté el número fijo de casa y regresé por plaza Cataluña con ambos tomos bajo el brazo. El teléfono no sonaría jamás. Yo no lo sabía, claro, como no sabía que ya no haría falta la ayuda de los libreros, ni la generosidad desinteresada de los vendedores de los puestos de saldo, porque todas las respuestas que necesitaba se hallaban en los únicos tomos que había comprado.

Leí ambos volúmenes torpemente y con mi francés de Bachillerato, y me pareció muy acertada la elección de los poemas —siempre ordenados de forma cronológica y por etapas literarias—. Ambos los firmaba la misma editora: Virginie Valmont, cuyo apellido bautizaba la editorial. Con todo, nada se sabía de ella: como era lógico, en los libros no aparecía ninguna información personal a la que aferrarse, y su único rastro era una dirección en París, una planta baja con el mismo nombre que el sello, que supuse traspasada hacía una década, cuando se esfumaron editorial y editora.

Tan pronto como volví del coro esa noche, al tocar las ocho, me acerqué hasta la mesa camilla del salón que custodiaba el teléfono y llamé a casa de Mikel. No lo había pensado demasiado. Fue un impulso, una decisión tomada más por el cuerpo que por la cabeza. Llevábamos varios años sin cruzar una palabra y ni siquiera tenía la certeza de que siguiese viviendo en la casa de Madrid que se había comprado cuando aún estábamos juntos.

La última vez que hablamos fue también por teléfono. A él acababan de hacerlo fijo en el periódico de tirada nacional en el que llevaba un tiempo trabajando. Dijo que había conocido a alguien y me pidió —casi un ruego que nunca llegué a comprender del todo— que lo nuestro tocase a su fin, porque de seguir viéndonos tendría consecuencias irreparables para él, consecuencias que ya no se podía permitir. Sí, eso era lo que había dicho. Y yo iba a romper esa promesa para descubrir quién era Bastian Ballard. Otra prueba más de a quién había elegido el corazón, otra evidencia de aquello contra lo que Mikel jamás podría luchar por injusto que fuese para él y para todos.

Al otro lado del teléfono, una voz de mujer, rota y plácida al mismo tiempo, dulce, incluso. Parecía que hablaba en voz baja, y me pregunté si sería su mujer, si estaría tratando de no despertar a los niños, y si sería más guapa que yo, más lista que yo, si le haría el amor a Mikel con la misma convicción, o por el contrario era él quien le hacía el amor a ella de una forma muy distinta de como solíamos hacerlo nosotros. ¿También a ella le pasaría un cigarrillo después de encenderse uno en los labios? ¿Habría trasladado algo del mundo que ambos habíamos construido al de ella?

—Necesito hablar con Mikel —le dije, y luego le mentí—: Soy compañera de un periódico de Barcelona.

Pude oír la voz de Mikel al otro lado del teléfono. No había cambiado lo más mínimo. Sonaba igual de serena y entusiasta que la de un niño pequeño que todavía no ha descubierto los secretos crueles del mundo. Y ella, sin excusas ni preguntas, me pasó con él.

—¿Sí?

Me reconoció de inmediato, así que no fue necesario pronunciar mi nombre ni teñirlo con esa oscuridad que había acompañado la conversación desde el principio. Lo primero que me dijo fue que

había pasado mucho tiempo. Sentí que no trataba de disimular su indignación al otro lado del aparato y que seguramente no le importaba que su mujer lo estuviese escuchando. ¿Era esa la clase de relación a la que uno podía aspirar? ¿A la que podían aspirar las personas buenas como Mikel? Y después, con más apatía de la que inicialmente le había supuesto, guardó silencio, como si no tuviese el valor para colgar, pero tampoco para preguntarme qué me había llevado a llamarlo a esas horas, mientras sus hijos —si los tenían— aguardaban impacientes la cena.

No medí bien las palabras. Bien pensado, nunca lo había hecho cuando hablaba con él, ni en la Escuela de Periodismo, ni en los años de idas y venidas de Madrid a Barcelona, cuando todavía trabajaba en el periódico.

Tampoco le conté la verdad —no haría falta, pensé—, pero sí le confesé que necesitaba un contacto, el de una editora francesa, Virginie Valmont, de Éditions Valmont, cuya editorial había cerrado diez años atrás. Insistí en que no lo habría llamado si no fuese realmente importante para mí. Y corrí el riesgo de añadir que no era por un tema profesional —Mikel no sabía que yo ya no trabajaba en el periódico—, sino que necesitaba encontrarla por algo personal, urgente, incluso. Comprendí, casi al instante en el que las palabras salieron de mi boca, que había cometido un error, que no había calculado el significado ni el peso de esa llamada, de la misma manera que para Mikel la distancia que nos separaba era mucho más dolorosa de lo que lo había sido para mí. Quizá pensaba que lo sabía y que estaba jugando con él. No porque siguiese queriéndome en secreto a espaldas de su familia, como se amaba a las queridas en los cincuenta, cuando se les ponía un piso y se les daba una paga, sino porque su herida, al igual que la herida de Bastian en mi pecho, corría el peligro de reabrirse con el mínimo recuerdo, y yo no

solo había tocado a su puerta, sino que amenazaba con irrumpir en el hogar que había construido.

Cuando creía que a Mikel no podía cambiarle más la voz, adquirió un tono severo, despiadado incluso, y me dijo que después de tantos años le costaba creer que lo llamase para algo así, sin preguntarle siquiera cómo estaba, qué había sido de él, de su vida. Después me recriminó —y eso fue lo más doloroso, por verdadero y por inesperado— que no había cambiado nada, que seguía siendo la misma egoísta de siempre, y que, lamentándolo mucho, no iba a poder ayudarme. Que lo sentía por lo que habíamos sido, pero que no me lo merecía —nunca supe si hablaba del motivo de mi llamada o de él mismo, y tampoco reuní el valor para preguntárselo—. Solo entonces, tras recuperar la calma y su tono habitual de voz, me dio las buenas noches y colgó, llenando de un silencio difícil la casa.

Los días siguientes quedaron marcados enseguida por el sello del fracaso. Volví a todas las librerías que conocía y descubrí muchas nuevas en busca de cualquier rastro que pudiese acercarme a Virginie Valmont: una dirección actualizada, la noticia de que había continuado trabajando como editora para otro sello, lo que fuese. Pero nadie había oído hablar de ella. Ni los libreros, ni los editores que conocía tras mi estancia en el periódico, ni tampoco ninguno de los periodistas de la sección de cultura que iban y venían cada tanto por la redacción. Que la editorial fuese francesa y llevase diez años sin publicar nada no ayudaba en absoluto.

Asumí con el paso de las semanas que tal vez la única forma de llegar hasta ella era viajar a París. Tenía una dirección, aunque lo más probable era que en la planta baja que un día había ocupado la editorial se encontrase ahora una tienda de fulares o de tecnología, como las que llevaban tomando la ronda de Sant Antoni desde hacía meses, con sus escaparates a rebosar de ventiladores, cámaras y

televisores Philips. Tuve que aceptar esa derrota y abandonarme a la idea de los trenes eternos que conectaban Barcelona con París cuando la solución llegó a casa esa misma semana. Se trataba de una carta venida de Madrid, custodiada por un sobre de color ocre, coronado por un sello de cinco pesetas donde aparecía un grabado parduzco de Jorge Manrique, demacrado, con las mejillas hundidas.

Era de Mikel. Apenas cuatro líneas de su puño y letra, nada de máquinas, donde figuraba el teléfono de Virginie Valmont —con prefijo de España— y la petición —de nuevo un ruego, una súplica— de que no volviese a ponerme en contacto con él nunca. Nunca. Así lo reclamaba en su carta antes de culminar con un «por favor» que escondía demasiadas cosas, tristes todas, y al mismo tiempo de una determinación admirable. Ese era el regalo que Mikel había tenido a bien hacerme antes de salir definitivamente de mi vida. También él se iba ahora, como se habían ido Santiago y Gerard y Clara y luego Bastian, y veinte años después, papá. Pero a él —me repetí— lo había dejado marchar yo, esa era la diferencia, y aunque fuera solo por eso debía respetar su deseo.

¿Por dónde empezar la conversación con Virginie? ¿Por Bastian? ¿Por la carta y la editorial? ¿Por Machado? Pronunciada a destiempo en mi mente, cualquier frase sonaba torpe, irreal, propia de alguien perdido, sin convicción. Y sin embargo, yo ya no estaba perdida, ni sentía que el mundo me fuera ajeno, sino todo lo contrario: estaba más viva que nunca y tenía la certeza de que de algún modo —quizá por accidente, por capricho del destino al poner aquel informe en mis manos— volvía a pertenecer al mundo. De manera que esa misma tarde me descubrí girando el dial para marcar los nueve dígitos que separaban mi voz de la de Virginie Valmont, fuera la que fuese, hablase francés o castellano, tuviese el aplomo de una mujer adulta o de una frágil anciana al final de sus días.

En cambio, Virginie tenía la voz de una mujer que había vivido sin miedo y sin pedir permiso jamás. Me fue imposible determinar su edad por el tono sobrio y contemplativo que imprimía en sus palabras. Lo más probable era que rondase la de mi tía Elvira. Me saludó en francés, muy correcta, sin mostrarse afable en exceso, ni tampoco muy reservada. Me esforcé en rescatar el francés escolar al que tantas veces había vuelto antes de llamar, y me di cuenta, al escucharlo en voz alta, de que sonaba atrofiado y vulgar, sobreactuado incluso para el oído de alguien que nunca hubiese hablado el idioma. Virginie debió de advertirlo porque no tardó en decir que podíamos hablar en castellano si así lo prefería. No pidió que nos cambiásemos de idioma, sino que lo sugirió, me invitó a ello con tanta elegancia que me resultó imposible negarme.

Y así, en el castellano en el que pensaba, con el que había aprendido a reír y a entender el mundo, se lo conté todo sin pensar demasiado. Sin rodeos, sin florituras, tan solo dejándome llevar por las ideas a medida que se superponían unas sobre otras, tratando de que sonasen coherentes, ordenadas de manera racional al tiempo que intentaba no atropellarme en cada frase ni abrumarla con la velocidad de mi discurso. Y Virginie parecía asentir a todo sin decir nada: cuando le dije que era periodista, aunque ya no ejercía; cuando le hablé de Mikel y de que era él —con el nombre del periódico mediante— quien me había facilitado su contacto; y cuando le confesé sin rubor que llevaba meses tras Bastian Ballard, un traductor francés que dos décadas atrás había enviado a Éditions Valmont un manuscrito que la editorial había rechazado, tal y como rezaba la carta que volvía sobre mí una vez tras otra desde hacía días.

En ese instante, salido de mi boca, aquel torrente de palabras me pareció tan absurdo y retorcido como llamar a alguien a quien no

conocía por unos textos de los que ni siquiera Bastian Ballard me había hablado. Me sentí ridícula y tuve la tentación de colgar. De colgar y dejarlo atrás todo, de asumir que era una tontería, un capricho, una vía de escape más, infantil y ñoña, para no lidiar con la idea de que mi padre también se había marchado.

Papá en el cementerio de Barcelona y yo tratando de hablar francés veinte años después con una editora ya jubilada al teléfono. Y yo tan ilusa. Una chiquilla, me decía, mientras comprendía que debían de ser centenares —si no miles— de manuscritos los que recibían cada año como para que aquella mujer se acordase del de Bastian, o siquiera de su nombre.

Y sin embargo, no tardó en hacerse un silencio acuoso en el que pude sentirla sonreír al otro lado del aparato.

—Es difícil acordarse de los manuscritos que recibíamos, ¿sabe? Eran muchos. No se lo imagina. Pero de ese nombre, Bastian Ballard, ha dicho, ¿verdad? De él sí me acuerdo. Y créame que a esta edad ya son muchas las cosas que se lleva la memoria.

Cuando le pregunté por qué, me dijo que era una historia demasiado larga como para hablar de ella por teléfono. Lo siguiente que recuerdo es el eco de mi voz preguntándole dónde vivía —en Cadaqués—. Y después, antes de colgar, una última petición casi desesperada: unos minutos de su tiempo, un café, o los que ella quisiera.

CAPÍTULO 2

Ese mismo lunes pedí unos días libres en el colegio. Era mediados de febrero, todavía teníamos la actuación de Navidad demasiado reciente y para el concierto de final de curso restaban más de cuatro meses, de manera que nadie puso objeciones. Imaginé que las ojeras me delataban, y que la muerte de papá estaba tan reciente que no tuvieron el valor de hacer preguntas ni de cuestionar la necesidad de unas pequeñas vacaciones.

Que me lo merecía, que descansase, que tenía que ser muy duro, que no pasaba nada porque los chiquillos repasasen el repertorio viejo, que ya encontrarían a alguien con quien cubrir la extraescolar, me dijo el director, y tras darle las gracias regresé a casa por el mismo lugar por el que había ido esa mañana, e hice la maleta para un par de días.

Esa tarde, y después de cuatro horas de tortuoso viaje en autobús, de curvas, cuestas y reflejos dorados del mar que salpicaban de destellos las ventanas, llegué a Cadaqués. El hotel en el que me hospedaba no quedaba lejos de la costa. Era la propia Valmont la que me había recomendado quedarme allí.

—En la recepción le dirán dónde vivo. Ya verá que no queda muy lejos. —Eso me había dicho antes de darme la dirección y colgar.

La habitación, aunque modesta, tenía un pequeño balcón contra el que rompía el viento al caer la noche, formando melodías que parecían convocar a todas las gaviotas del paseo. Esa madrugada, en silencio y con la mirada puesta en los cuadros de nudos

marineros que adornaban las paredes de la habitación, traté de reconstruir el contenido de la carta que Bastian había mandado a Éditions Valmont veinte años atrás. La imagen de aquel instante, apenas una fotografía borrosa, con matices que probablemente jamás estuvieron ahí, quedaba ya muy lejos y no estaba segura de cuánto podía confiar en mi memoria: ¿acaso las palabras de rechazo estaban expresadas como las recordaba o es que el tiempo me había hecho llenar ese vacío con otras distintas, arbitrarias? Hasta entonces no me había permitido volver a esas tardes de verano, no al menos rescatarlas con vehemencia, tratando de evocar los detalles más sutiles en busca de alguna pista, de algo que pudiese utilizar en unas horas.

Cuando tocaron las diez ya había intentado aplacar las ojeras con un café de la cocina del hotel, agrio e insalvable pese al azúcar. En la recepción me explicaron que para llegar hasta la casa de la señora Valmont debía subir a la zona alta de Cadaqués, custodiada por los grandes caseríos —casas blancas con ventanas de madera y tejas árabes— que miraban a la montaña y al mar al mismo tiempo, que a esas horas se asemejaban a una tela tendida sobre la tierra, de un azul oscuro y brillante que me recordó al de los cuadros de Rusiñol, que siempre parecían contener algún enigma.

Virginie Valmont no vivía lejos de la iglesia de Santa María, pero tampoco especialmente cerca del resto de las casas que las buganvillas habían devorado. Se podía decir que vivía en Cadaqués, su código postal era el de aquel municipio. Eso resultaba innegable. Y a la vez, nadie habría afirmado que vivía exactamente allí, porque su casa, alejada de la infinidad de apartamentos y plantas bajas que observaban el pueblo desde lo alto, colocados como fichas de dominó los unos junto a los otros en la montaña, destilaba un anacronismo evidente que la hacía parecer a primera vista una casa

fuera del tiempo, remota, como si pudiera haber pertenecido a Cadaqués o a cualquier lugar del mundo.

Cuando llegué se encontraba regando las plantas que colgaban de las ventanas, que parecían haberse resentido tras las inclemencias del invierno frente al mar. Su aspecto distaba —por mucho— del de las mujeres de esa edad que había conocido. Tenía el pelo corto como un chico, a lo *garçon*, blanco, sin teñir, y una mirada de ojos grises, felina y profunda. Aunque parecía más vieja de lo que probablemente era, sus ojos destilaban la misma fuerza que los de un adolescente, con ese brillo salvaje de los que quieren más, desean más, anhelan más, y saben al mismo tiempo cuándo dejar de desear por pura supervivencia.

De su torso, proporcionado, sin mucho pecho y sin barriga, atlético incluso, colgaba una camisa blanca, vieja aunque de calidad excelente, que había ido perdiendo brillo con los lavados. Y también —quizá lo que más me llamó la atención— unas sandalias de cuero con calcetines que parecían de franela. Todo en ella respiraba una libertad que rara vez había visto en una mujer: su pelo corto, su casa aislada del ruido del mar, de los pescadores, de los hoteles y de las pieles bronceadas de los franceses con demasiado tiempo libre, su vestimenta despreocupada y certera, su forma de estar en el mundo... No era envidia, ni curiosidad, ni fascinación lo que sentí al verla, pero unos segundos me bastaron para entender que Virginie Valmont no era como las demás mujeres que había conocido en mi vida.

Un perro mestizo, de color terroso, la miraba manso desde la cortinilla que custodiaba la puerta de entrada, con la lengua fuera. Su nombre era Napoleón, aunque eso lo descubrí más tarde.

—¿Quiere pasar? He hecho café.

En su garganta, la voz sonaba igual de contemplativa y convincente que por teléfono, con la diferencia de que parecía salir del cuerpo de una mujer más joven de lo que en realidad era. Agradecí que no hubiese comenzado la conversación en francés, sino en castellano. Ese castellano dulce y decidido que también caracterizaba a Bastian, contagiado a ratos del catalán, pero reconfortante de todas formas.

Por dentro, la casa también destilaba el aura que emanaba desde fuera: a refugio, a guarida, a trinchera: cada objeto de la casa, por *kitsch* o inesperado que fuese, se encontraba en el sitio idóneo, resultaba imposible imaginarlo en otra parte. La nevera era pequeña, apenas un cubo, y también la pila, en la que a duras penas cabía un cazo y un plato al mismo tiempo. Y en lugar de un sofá era un sillón de lectura el que reinaba en medio del salón —una afrenta en cualquier casa española—. Era, sin lugar a dudas, la casa de una mujer sola. Felizmente sola, me oí pensar.

Tras llenar dos vasos de duralex verde, me pidió que me sentase junto a la mesa, y luego se dejó caer en el sillón con alivio. El perro, que venía detrás de ella dando pequeños saltos y tratando de adivinar cuál sería el siguiente paso de su ama, se quedó hecho un ovillo cerca de sus pies, sin ofrecer mayor resistencia.

—Gracias por recibirme —le dije.

Ella solo asintió con la cabeza.

—¿Han sido amables en la pensión?

Le dije que sí, le hablé de las vistas y luego me confesó que había ido muchos veranos a Cadaqués antes de mudarse definitivamente, y que siempre había reservado una habitación allí. Que el resto de los hoteles no estaban mal —decía, como si los hubiese probado todos—, pero no eran lo mismo.

—Habrá quien prefiera uno más bonito. Yo prefiero que sean buena gente y que a una la escuchen. Eso es lo primero.

Le dije que sí de nuevo y le di un gran trago al café, que ardía, al tiempo que me regalaba su primera sonrisa. De cerca, uno podía advertir que en otra época había sido una mujer guapa, indiscutiblemente hermosa, digna de protagonizar alguna película independiente europea. «Esas cosas se saben, se ven», me dije mientras comprendía que cuando alguien ha convivido con esa belleza, no deja de sentirse guapa con el paso de los años, sino que mantiene cierta seguridad en su forma de moverse, de hablar, de razonar, que se contagia a todo lo que toca y que consigue proyectarse también en los ojos de quienes la miran.

—Para ser sincera, no creí que fuese a acordarse de Bastian. Incluso pensé en no llamarla. Temía hacerle perder el tiempo.

Virginie le dio un trago al café, largo, larguísimo, aunque no parecía que hubiese bebido nada, y luego me contó que a finales de los cincuenta recibían muchos manuscritos, cuando la editorial estaba en un momento dulce. Los inicios habían sido difíciles. Ella y su madre montaron Éditions Valmont con la voluntad de hacer ediciones rústicas y literarias, pequeñas joyas con las que aumentar el valor de las estanterías de los burgueses parisinos —la forma en la que lo dijo, burlona y divertida, me sacó una sonrisa de nuevo—. Pero eso no daba para ganarse el pan y, como cualquier editorial profesional, tuvieron que crear un sello que les permitiese subsistir. Fue así como comenzaron a publicar a poetas internacionales y a traducirlos al francés en ediciones divulgativas, asequibles y en tapa blanda, que se vendían muy bien para los colegios y las bibliotecas, al tiempo que pagaban las facturas. Ella misma, que había estudiado Letras en la Sorbona, se encargaba de escribir los prólogos o hacer comentarios teóricos sobre muchos de los poemas, mientras que su

madre llevaba las cuentas y el trato con distribuidores y libreros, algo que Virginie jamás había soportado.

—En esos años no resultaba difícil hacerse con los derechos de publicación de muchos autores que hoy consideramos grandes. La mayoría de los libros que editábamos se vendían a colegios o universidades. Y se vendían muy bien: tiradas enteras al comienzo de cada curso, por lo que no tardábamos en recuperar la inversión. Al cabo de cinco años convencí a mi madre, pobre, para abrir una línea de creación propia que resultó un fracaso absoluto. Previsible, visto ahora. —Una risa amarga—. Trató de disuadirme, no crea que no. Decía que era tirar el dinero, que quién iba a comprar libros de poetas que no conocía nadie, y menos en París. Pero yo le decía que si no encontrábamos al nuevo Paul Valéry terminaríamos por vender los mismos libros durante los cuarenta años siguientes, y al final nos iríamos a la ruina de todas formas. Y ella, claro, que se reía mucho y se reía bien, decía que al menos viviríamos felices hasta entonces.

Hizo una pausa, volvió a beber café y pude ver cómo la memoria le iluminaba la cara, reflejo de esos años felices, en los que uno vive por inercia sin saber que es feliz, sin sospecharlo siquiera.

—Antes de perder lo poco que habíamos ganado comenzamos a buscar manuscritos. Hablamos con libreros, agentes y también con otros editores. Algunos de París, otros de Burdeos, de Toulouse, y también de España, y se corrió tanto la voz que tuvimos que cambiar de buzón de la noche a la mañana porque las cartas se acumulaban bajo la persiana de la editorial como el que deja caer un fajo de periódicos sobre la acera. Nos llegaba de todo: novelas, relatos, ensayos... Y con mucha elegancia lanzábamos al interior de la chimenea la gran mayoría. No porque no fuesen buenos —añadió —, que también, sino porque nosotras en lo que creíamos era en la

poesía, en que esa era la literatura que realmente valía la pena, la que decía la verdad.

—Con tantas cartas y manuscritos, ¿cómo puede recordar los nombres de los autores?

—De la mayoría no me acuerdo —admitió sin rodeos—. Aunque sí de algunos de ellos. Sobre todo de los que me arrepiento de no haber publicado, y que años más tarde veía en un escaparate de Lafayette, vendidos a bombo y platillo como las nuevas voces de la literatura europea. Y también me acuerdo de esa carta de Bastian Ballard. Sí. Incluso ahora que todo eso ha quedado atrás, me acuerdo de él.

Virginie me preguntó de qué lo conocía, y con la misma seguridad con la que me había lanzado a hablar antes —sin titubeos, serena, como si me dejase inspirar por la confianza que denotaba su manera de expresarse, tan cálida— le dije que Bastian había sido mi primer amor, cuando apenas era una cría, aunque de eso hacía ya veinte años. Además de mi tía Elvira, y de la noble pero insuficiente constancia que Mikel tenía de él, era la primera persona con quien compartía aquella herida.

—Y yo que creía que era usted periodista —dijo con esa risa que incrementaba su belleza—. Ya me había hecho ilusiones de pensar que a alguien le interesaba nuestra pobre editorial después de que la dejásemos morir en París.

Me apresuré a pedirle disculpas. Su tono insinuaba que no hablaba en serio, pero eso no impidió que le contase la verdad; que era periodista, sí, o al menos lo había sido durante catorce años, pese a que llevaba varios sin ejercer; que hacía apenas unas semanas que había descubierto que Bastian Ballard podría no ser quien yo creía que era; que le había sido encargado el asesinato de

Antonio Machado, y que en el 59 había encontrado una carta de Éditions Valmont en la que rechazaban los textos de Bastian.

Valmont se acabó su café de un trago, rebuscó en el bolsillo de su camisa bajo la atenta mirada del perro, que parecía registrar incluso los movimientos más sutiles de su ama, y sacó un paquete de tabaco celeste, sobre el que lucía estampado un casco con alas. Se llevó a los labios un cigarrillo mucho más largo de los que solía ver y lo encendió tragando el humo. Con la voz queda, ahogada en la garganta, respondió que entendía el porqué de mi interés y del viaje. Y me contó todo lo que sabía de Bastian —no mucho, lo suficiente— en lo que tardó en consumirse aquel cigarrillo:

Un par de agentes literarios de París, especializados en literatura española, los habían puesto en contacto a mediados de los cincuenta, mientras en la editorial ultimaban los detalles para la publicación de un segundo tomo de Machado que nunca vio la luz. Hablaron por teléfono una sola vez —la llamada no duró demasiado — y él se presentó como un traductor francés que había vivido la Guerra Civil de adolescente y que para entonces residía en Barcelona, donde llevaba años trabajando en un poemario inédito que él mismo había traducido con todo detalle, y que buscaba publicar en Francia porque en España jamás vería la luz por culpa de la censura. Lo curioso, me explicó Virginie Valmont con un tono reflexivo que, en efecto, contagiaba su curiosidad, era que Bastian Ballard no era el autor de aquellos versos, sino que eran cuatro poetas que se hacían llamar Los Caminantes, discípulos de Antonio Machado.

—Le pedí que me los enviase, claro —confesó cuando su discurso comenzó a coger ritmo—, y al cabo de unos meses recibimos el poemario junto con una carta en la que contaba que los cuatro habían sido antiguos alumnos de Machado, en Soria. Aunque por

desgracia todos habían muerto en la guerra mucho antes de poder publicar. Decía que eran los poemas de la España que había perdido la guerra, de los poetas anónimos, y que incluso Machado los había halagado una tarde de invierno del 39 en Colliure, cuando tuvo la ocasión de conocerlo.

—¿Conoció a Machado?

—Eso decía, aunque, para ser sinceros, ni mi madre ni yo nos tomamos demasiado en serio esa parte. Pero es curioso, porque por eso mismo conservé la carta y la recuerdo después de tanto tiempo. —Un suspiro, de nostalgia—. Es mejor que lo juzgue usted misma.

Virginie apagó el cigarrillo en la misma taza de café de la que había bebido y echó a andar hacia un cuarto interior, mientras me explicaba que al mudarse desde París había trasladado a la nueva casa buena parte de los archivos de la editorial, y que por suerte —había confirmado tras mi llamada— la carta de Bastian se hallaba entre ellos. El perro la siguió de cerca y ella le dijo cuatro carantoñas en francés que hicieron que comenzase a mover la cola a toda velocidad, como si de nuevo le estuviese permitido comportarse como el animal que era.

Las palabras de Virginie todavía resonaban en el aire cuando regresó, un par de minutos más tarde, con un sobre amarillento en la mano. Tantos años en blanco, llenos de preguntas, para descubrir en un instante que Bastian había vivido la guerra —la misma que papá, donde se empuñaban fusiles y a veces se disparaba dos metros a la derecha para no matar a los vecinos—; que Bastian no era, como siempre sospeché con recelo, autor de los versos que había enviado a Éditions Valmont, sino su traductor, y que los verdaderos autores eran alumnos de Machado y habían muerto en la misma guerra en la que él había participado; y también, que Bastian había estado un invierno en Colliure y que había conocido, por

mucho que Virginie Valmont no lo creyese, al mismísimo Antonio Machado.

Pensé en todo al mismo tiempo, como una sucesión de acontecimientos inexorables; en una trinchera, en una máquina de escribir, en el frío invernal del 39, cuando el mar olía a muerte, hasta que Virginie me tendió la carta con sus manos frágiles pero sofisticadas, sabias, leídas, y me rendí de nuevo. Porque llegados a ese punto, eso era todo cuanto podía hacer.

Era la letra de Bastian Ballard, con los vicios de su escritura, con su forma particular de retorcer las letras. De eso no había duda. Escrita a mano, en un inconfundible francés que escapaba, por mucho, al pobre nivel que yo conservaba del colegio. De manera que tardé unos segundos en encontrar aquellos cuatro nombres al comienzo de uno de los párrafos. Los Caminantes, deduje. Y después los leí en voz alta buscando la aprobación de Virginie: Pepe Listerri, Julián Vila, Román Andrés Rojas y Raúl Sánchez, el Bravo. Virginie Valmont me dedicó una sonrisa de confirmación que estiró todo lo que pudo, como si supiese que la necesitaba, que requería de ese aplomo porque me faltaba el aire.

—Quédesela —me dijo sin dejar de sonreír—, para eso la he sacado.

Le di las gracias, aunque tardé demasiado en formular una frase coherente y mis palabras sonaron torpes, vacías, grises, como si no saliesen de la garganta ni del pecho, sino de un lugar más quebradizo, más propicio a romperse. Y en un intento por recomponerme le pregunté por qué no publicaron los poemas.

—Eran buenos, sí, pero no lo suficiente. —Se encogió de hombros—. A esos hombres, a Los Caminantes, todavía les faltaban cosas por vivir para sacar lo que verdaderamente llevaban dentro, ¿sabe? Debían de ser poetas jóvenes, ingenuos, aunque fuesen

hombres maduros ya, hechos y derechos, y que habrían visto de todo en las trincheras. —Una pausa—. No me malinterprete, era innegable que tenían una sensibilidad especial. Y talento. Sí, recuerdo su talento para la lírica y creo, y mire que leer he leído mucho, que podrían haberse convertido en plumas brillantes. Pero en su poesía no había atrevimientos, ni saltos al vacío. Ese masoquismo que define a los poetas malditos, que a veces suenan estridentes, pero escriben sin miramientos, sin contemplaciones. ¿Es muy descabellado?

—No, tiene sentido —respondí con sinceridad.

—Además, se notaba demasiado la influencia de Machado. No como algo especialmente malo, aunque lejos de sumar al manuscrito, lo eclipsaba, de manera que nos vimos obligadas a mandarle una carta de vuelta con una negativa. Aun así, la propuesta nos causó mucha curiosidad, y le animamos a mandar los textos a editoriales más pequeñas cuyos lectores podrían valorar la obra con buenos ojos. Sin embargo, jamás respondió para darnos las gracias por la lectura de los textos o la recomendación. Nos enteramos mucho después de que no hubo editorial en Francia con la que Bastian no se reuniese.

—¿Después de enviarles la carta?

—Sí. Más de una vez, en librerías o ferias literarias, algún editor me comentaba que un traductor le había escrito desde España, siguiendo la recomendación de Valmont. Y claro, era Bastian: todos estaban de acuerdo en que esos poemas derrochaban talento y que la traducción era buena, pero nadie parecía estar interesado en publicar a cuatro poetas anónimos y muertos en la guerra, por mucho que fuesen los discípulos de Antonio Machado. Nunca supe si se rindió o si encontró dónde publicar esos poemas, pero no volví a saber nada de él hasta su llamada.

Le pregunté si todavía conservaba los textos, si tenía alguna copia que pudiese leer, pero Virginie negó con la cabeza con la misma paciencia con que había respondido a mi llamada días atrás, solo para explicar que nunca guardaban los manuscritos rechazados, obligados por ley y por puro espacio.

—Me temo que de quedar algún manuscrito, solo hay una persona que pueda conservarlo.

—¿Puedo preguntarle algo más?

Virginie desplegó otra de esas sonrisas amplias, generosas, en las que parecían ocultarse todas las respuestas del mundo.

—¿Por qué ha dicho antes que no creía que Bastian hubiese conocido a Machado en el 39?

—No fueron muchas las personas que vieron a Machado antes de su muerte aquel febrero. Recién exiliado, enfermo, buscado por los nacionales... Cuando hablamos, Bastian tendría treinta y tantos años. ¿Cuántos podía tener en el 39? ¿Quince, dieciséis?

Yo asentí: quince. Ya había hecho las cuentas.

—¿Por qué iba Machado a verse con un chiquillo? A esa edad, Bastian no sería más que un muchacho desharrapado, famélico, como muchos otros que iban y venían por la frontera.

Le dije que yo sí lo creía. Que Bastian nunca mentía. Si en la carta hablaba de aquel encuentro era porque, en efecto, debía de haber sucedido.

Y Virginie, a la que el sillón le quemaba y no podía estarse quieta, se levantó de nuevo solo para llenar de café otra de las tazas de duralex verde que aguardaban en el fregadero. Napoleón se frotó el hocico con sus tobillos, tratando de convencerla para que le hiciese caso o volviese a soltarle otra de esas ñoñerías dulces, en francés, que tanto lo extasiaban.

—No le digo que no. —Una pausa más, el café cayendo, un hilillo de vapor caliente; «la casa del humo», pensé—. Hasta donde sé, solo hay una persona con vida de entre los pocos que estuvieron al lado de Machado en sus últimos días. Juliette Figuères. Cruzamos cartas durante varios meses para la publicación del poemario de Machado. Ya debe de ser muy mayor. Más vieja que yo —se rio—, pero dudo que haya salido de la mercería de Colliure en la que trabajaba. Los Figuères ayudaron mucho a los Machado. Mucho. A ellos y a todos los exiliados que cruzaban desde Cerbère. Desde el primer día hasta el último. Si hay alguien con quien pueda hablar de Antonio, es con ella.

La miré una última vez, allí, agazapada en la cocina, bebiendo su segundo café, que podría ser el tercero o el cuarto del día. Y volví a darle las gracias, mientras apretaba con fuerza la carta de Bastian que me había entregado.

Ella todavía tuvo tiempo de preguntar algo más.

—¿Y usted? ¿Qué quiere hacer? ¿Descubrir lo que realmente sucedió con Machado o encontrar a Bastian Ballard?

La pregunta me pilló a contrapié, por inesperada y sincera. Tardé tanto en responder que, antes de que cualquier palabra pudiese formarse en mi garganta, Virginie Valmont me dijo que tal vez podría averiguar qué había sido de Bastian: un teléfono, una dirección, la ciudad en la que vive, si volvió a enviar el manuscrito a otras editoriales.

—No sería ninguna molestia, podría escribir a algunos amigos, llamar a algunas puertas.

Se lo agradecí de corazón, pero no con el sosiego con que lo había hecho antes, sino con la misma inquietud, el mismo nervio y las mismas dudas que habría sentido la Julia de dieciocho años al descubrir el desamor, la aflicción, el duelo. Porque esa Julia, como

acababa de confirmar, continuaba viviendo en algún lugar remoto de mi interior y no estaba dispuesta a esconderse más.

CAPÍTULO 3

Al caer la tarde eché a andar por las calles de Cadaqués y no paré hasta encontrar una papelería, un negocio familiar que cerraba a las cinco y que llevaba abierto, como rezaba el cartel, desde los cincuenta, junto a uno de los callejones del centro, cerca de la calle Doctor Callís. Compré un diccionario de francés, una edición de bolsillo para estudiantes —«lo único que tengo, *carinyet*», me había dicho la dependienta—, y regresé al hotel con el rumor del mar todavía cantando a mis espaldas, mientras el crepúsculo comenzaba a devorar el decorado de nubes que con tanta gracia alguien había dibujado en el horizonte.

El encuentro con Virginie Valmont apenas había durado un par de horas, y sin embargo, su eco siguió presente durante la comida —un menú infame en el paseo—, durante el café —de un amargor extraño, capaz de enturbiar el sabor entero del paladar— y por supuesto durante la búsqueda errante del diccionario con el que pensaba traducir la carta que Bastian Ballard había enviado a Éditions Valmont, como si se tratase de uno de esos ejercicios de Francés que las monjas me devolvían a las malas, lleno de tachones en rojo y correcciones interminables. El hecho de haber compartido mi secreto con Virginie —ese que llevaba años custodiando y del que ni siquiera Clara llegó a tener constancia— había desencadenado un cúmulo de recuerdos insoportables, de una intensidad cruel, encarnizada —los poemas, las cartas, las traducciones compartidas, las palabras en francés, los besos, la piel, sí, sobre todo la piel—,

pero también había ayudado a que esa presión constante que aguardaba bajo el pecho desde mi salida de Barcelona se dirigiese ahora hacia un mismo punto, un único foco de incertidumbre y de dolor, una carta que era, a su vez, todas las cartas del mundo sin leer. Todas llenas de enigmas o de respuestas, y todas contenidas en una sola que ahora se abría ante mí en ese idioma extraño, tan hostil, en el que había aprendido a amar hacía ya dos décadas.

El sentimiento se mantuvo pegado a mí cuando regresé a la habitación del hotel al dar las seis, y cuando dieron las ocho, y luego las nueve y las diez, poniendo su voz en cada palabra, evocando su boca, sus ojos —cómo se podía mirar a alguien de esa forma—, hasta traducir la carta por completo. Sabía que la traducción no hacía justicia a la versión original del texto, y aun así me sentí profundamente satisfecha de haberlo conseguido, tanto que cerré los ojos, y sin tiempo para una tregua, para un café, para nada más que la verdad, comencé a leer:

A la atención de las señoras Valmont:

Me llamo Bastian Ballard; mi patria es la misma que la suya, aunque resido desde hace años en la ciudad de Barcelona, donde trabajo como traductor, lejos de ese París en el que ustedes viven y que, como otros editores y compañeros me han contado, tantas alegrías les ha estado dando en los últimos años.

Me dirijo a ustedes para enviarles una muestra de una veintena de poemas, con una particularidad, y es que yo no soy su autor. Estos versos que tienen ahora en la mano son de Los Caminantes: Pepe Listerri, Julián Vila, Román Andrés Rojas y Raúl Sánchez, el Bravo; cuatro poetas españoles, amigos, cómplices y alumnos aventajados de Antonio Machado, que murieron en la Guerra Civil. Como verán, les he adjuntado los poemas en francés, traducidos con la esperanza de que encuentren una editorial lejos de las garras de la censura que ahora planea sobre España.

Su literatura no solo es hermosa, sino que es un buen ejemplo de todos esos poemas que habrán quedado soterrados en las cunetas, que habrán muerto con sus autores en un campo de concentración, que habrán sido olvidados en

bolsillos de abrigos que cruzaron la frontera sin sus dueños, en las botas de los poetas soldado, en las cartas que nunca llegaron a un hogar, a una madre, a una esposa o a un hermano, o que se quedaron sin escribir. Incluso antes de que los poetas supiesen que eran, en efecto, poetas. Esa es la maldición de los tiempos oscuros, grises, de la guerra española: no solo lo que se ha perdido, sino «lo que pudo ser y ya nunca fue».

Por supuesto, no quiero que me tomen por un entusiasta de la palabra, o peor aún, por un necio. Entiendo que la convicción me mueve a la hora de escribir, pero si fuese solo yo quien viese la necesidad de publicar estos versos, probablemente jamás habría reunido el valor de hacérselos llegar. El mismo don Antonio Machado me encomendó esa tarea en Colliure, en el mes de febrero del 39, cuando ninguno podía imaginar que moriría poco después.

¿Han oído hablar de las dos muertes? La primera es la física, la corporal, la que ha de acontecer a todos. La segunda, algo más especial, habla acerca de esa inmortalidad que nos acompaña mientras vivamos en la mente de los otros. A menudo pienso en ese poema y luego pienso en Los Caminantes y también en el exilio y en Antonio Machado. Y al instante me envuelve una pena, un dolor, y me golpea también la certeza de que tal vez Machado haya sufrido la primera de las muertes, pero jamás, mientras el hombre sea hombre y tenga memoria, sufrirá la segunda. Pero Los Caminantes... ¿Por qué a ellos han de alcanzarlos ambas?

Es por eso, señoras Valmont, por lo que les hago llegar esta carta. Porque quizá su publicación les dé algo de sentido a los años oscuros que no lo tienen por más que uno los mire, les dé la vuelta y los recuerde.

Bastian Ballard

En la carta había poco más de quinientas palabras, y por mucho que las leyese y releyese con ansia, aguardando a verdades que llevaba años esperando, no había nada a lo que aferrarme. Nada. Ningún indicio de lo que sucedió entre Bastian y Machado, salvo un encuentro que era preferible creer real antes que no, y la incógnita de cómo habían llegado los poemas de Los Caminantes hasta sus manos, lo que no mencionaba en ningún momento. Tal vez porque esperaba encontrar una justificación a los tormentos de Bastian, me quedé contemplando las cuartillas que componían la carta, que

reposaban sobre la mesa de la habitación junto a varios folletos de turismo de la Costa Brava. Me sentía exhausta, por lo que me dejé caer sobre la cama, incapaz de pensar en otra cosa.

Fechó esa carta a finales de mayo del 59, de manera que cuando la escribió ya estábamos juntos. Costaba imaginar que las mismas manos que habían trazado esas líneas eran las que me habían desnudado. Él no hablaba así. Él nunca mencionaba nada de la guerra, ni de la inmortalidad, ni hablaba de las dos muertes. ¿Cómo iba a escribir de esa forma desgarrada, a la desesperada, después de hacerme el amor? ¿Después de gemir en francés tan despacio, más dulcemente de lo que creía posible en un hombre? ¡O antes! Mientras aguardaba a que llegase a su casa un sábado por la mañana, cuando se aguantaba las ganas. Y al verlo de nuevo entre esas cuatro paredes, esperándome o despidiéndose con un «adiós» —que nunca era un «te quiero» ni un «te echaré de menos», sino un «adiós», aunque lo parecía—, recordé también su escritorio bañado por la luz que se desparramaba al caer la tarde, como en un cuadro cuyo nombre nunca soy capaz de recordar, y me acordé del gato —Turrón, pobre Turrón, qué forma de matar a un animal—, de la Julia que era entonces, a la que todos creían valiente y ejemplar pese a no serlo en absoluto.

Cuando desperté, el sol ya brillaba alto en el cielo, inalcanzable. Era casi mediodía. Guardé la carta en la maleta y bajé al comedor de la pensión. Comí algo para matar el hambre acompañada de dos grandes vasos de agua fría, y agoté el café americano que todavía servían. Después regresé a la habitación y solo tras una ducha que duró el doble que la comida me sentí con fuerzas de continuar el viaje.

En la recepción había un pequeño mapa de carreteras en el que descubrí que Colliure quedaba a poco más de tres horas, y allí

aguardaba la señora Figuères con más respuestas y esperanzas de las que albergaba la carta —o eso quería creer—. No parecía un camino fácil. Estaba lleno de curvas que sorteaban la montaña según dejaban el mar atrás. Tampoco parecía haber autobuses que conectasen un punto con otro; la única forma de llegar era en coche. El propietario del hotel, que era también recepcionista por las mañanas, se ofreció a alquilarme el suyo sin muchos reparos y yo no supe decirle que no. Hacía siglos que no conducía, desde los años en la redacción, donde el periódico nos había pagado el carnet a todas para cubrir eventos de moda y sociedad que comenzaban a organizarse en Barcelona a mediados de los setenta.

El coche era un Seat 850, de color beige roto. Aunque su dueño se había excusado en que era algo viejo y el motor estaba para el arrastre, a mí me parecía muy cuidado. La tapicería, cubierta de fundas de cuero clásicas, estaba impoluta; tenía además altavoces estéreo, y el motor no se revolucionaba al subir las cuestas ni al estirar las marchas camino a Roses.

De allí había que tomar una carretera comarcal de un solo carril, que a esas alturas de febrero parecía desangelada, para llegar hasta Figueras, desde donde uno podía coger la salida de La Jonquera por la carretera nacional hasta cruzar el paso de Le Perthus, que hacía de frontera. En la aduana española, la Guardia Civil se encargaba del control de seguridad y de revisar los pasaportes, mientras que en la francesa, los funcionarios eran los que revisaban los maleteros en busca de cualquier producto de contrabando que requisar. No muy lejos del arcén se agolpaban cafeterías, puestos de cambio y gente a la que la policía espantaba por ir vendiendo tabaco y botellas de anís. De la cola en la frontera recuerdo el olor a gasolina, la impaciencia de los guardias y la mirada de sospecha que parecían arrojar a todos de manera indiscriminada, lo mismo a matrimonios

jubilados que a pescadores que regresaban a Figueras con el coche repleto de cañas y la cara tostada por el sol.

Aproveché la inspección para cambiar a francos. Tanto en las casas de cambio como en las gasolineras se arremolinaban los casetes sobre un expositor giratorio que custodiaba siempre un candado. Los había para todos los gustos: desde sencillos descatalogados de Dyango y Los Bravos, de los sesenta, hasta reediciones de Boney M, Demis Roussos y Georges Moustaki. Pero entre todos, había varios casetes fucsia, con espigas de color amarillo que parecían mirar hacia mí: el álbum que Serrat le había dedicado a Machado en el 69. Durante años había huido de él de la misma manera que había huido del azote de los recuerdos de Bastian, pero esa tarde, sin siquiera ojearlo, pagué las doscientas pesetas que pedían por él y recorrí la carretera que me separaba de Colliure con el casete a todo volumen, permitiéndome que cada nota doliese en el lugar exacto en el que debía hacerlo, dejando que el dolor entrase por los oídos, estallando contra las ventanas y el salpicadero, camino de la tierra en la que había muerto un poeta, siguiendo la misma carretera que un día Bastian había tenido que recorrer para encontrarlo y que le hablase de Los Caminantes.

«¿Qué haría si pudiese verme, si supiese lo que estoy haciendo ahora? —pensé—. ¿Se avergonzaría como el día que descubrí que no solo era traductor de francés? ¿Sentiría pudor al ver que iba camino de una mercería de Colliure con el único propósito de averiguar si era una persona terrible, capaz de matar al mismo poeta con el que tantos años después se despediría de mí? ¿Me confesaría lo mucho que le gustaría hablarme de ello aunque no tuviese las fuerzas, como había hecho aquella noche de julio días antes de separarnos para siempre? ¿Me recordaría siquiera? ¿Reconocería en la mujer que era entonces a la Julia que un día amó?».

Cuanto más pensaba en ello, mayor era el vértigo, y de igual modo, mayor era el abismo que veía crecer a mis pies. Sabía bien que era el mismo vacío que hacía dos décadas había comenzado a rondarme —el primero, el de fallarle a Clara; el segundo, el de la melancolía de Bastian; el tercero, las manos de Gerard; y el cuarto, tal vez el peor, la traición de mi tía Elvira y el bofetón de papá—. Entonces no tenía la menor idea de lo que había abajo, en la oscuridad. Pero ahora lo sabía: podía hacer los cálculos de la caída, medir sus consecuencias, los peligros que entrañaba caminar por el filo que separaba la vida del abismo, la realidad de los dolores sin remedio. Pero también sabía que si conseguía atravesarlo, cruzar al otro lado, tal vez, solo tal vez, podría cerrar las mismas heridas que me habían dado forma. Y que esa era la única manera de volver a vivir, de escuchar a Serrat sin sentir el corazón en un puño, de recordar a Bastian sin ansias, ni anhelos ni sobresaltos; de leer a Machado sin la certeza de encontrarme en el olmo seco y también en esos remotos campos de Castilla.

CAPÍTULO 4

Era entrada la noche cuando las luces del Seat descubrieron el cartel de Colliure en una pequeña cuesta desde la que se podía intuir la silueta de un campanario entre las casitas de todos los colores, difuminadas por un agua oscurísima, estampada a lo lejos como en una pintura de las que cuelgan en los bares de pescadores. La mayoría de los hostales estaban cerrados. Fuera de temporada y con el invierno tan próximo, Colliure parecía un pueblito fantasma.

Encontré una habitación en una pensión de la rue de la République, a pie de carretera. No era gran cosa: paredes de gotelé con humedades, moqueta de hacía una década y una manta que picaba como las faldas de sarga del uniforme de Gracia. Incluso la habitación de Cadaqués parecía de un lujo incontestable a su lado, pero tampoco quería quejarme ni encontrarle más defectos de los que saltaban a simple vista. Esa noche, agotada por la lluvia y la carretera, por la voz de Serrat, dormí sin pensar en nada, sin tiempo siquiera para traer a Machado a la memoria, para imaginarlo aguardando la muerte, perdiéndose en el mismo mar que había observado a lo lejos desde el viejo Seat que me había conducido hasta allí, antes de dolerme el frío, y el viento, y la ausencia de la gente en las terrazas y las calles.

Mi pensión estaba en la calle que atravesaba Colliure y bajaba en dirección a un viejo canal de piedra que partía el pueblo en dos y conducía hacia la orilla de una playa ni muy pequeña ni muy grande, en la que daban ganas de pasar todas las horas. Vista de buena

mañana, sin ese tinte negruzco de la noche anterior, uno podía darse cuenta de que las calles destilaban esa melancolía silenciosa de los pueblos costeros en invierno, como si las gaviotas y su tronar, la ropa tendida y el olor a mantequilla caliente de las panaderías hubiesen quedado suspendidos en el tiempo y el pueblo entero se moviese al ritmo de la marea, marcado por una brisa de espuma, que tenía un nombre o en algún tiempo lo había tenido y ahora ya era difícil de descifrar.

Toda esa gente que había extrañado al llegar se agolpaba en una cafetería que aguardaba en la misma esquina de la pensión. Pedí unas tostadas y un café con el mejor francés que pude y cuando el camarero me preguntó si era española, asentí por compromiso en un gesto que debió de interpretar como una sonrisa. Era alto y no demasiado mayor, en esa edad incierta que excede, a lo sumo, la mayoría de edad, en la que a todos nos habría gustado quedarnos a vivir, y tenía esa belleza genuina, casi envidiable, de los que viven sin miedo porque no han tenido tiempo para sentirlo en su propia carne.

Al cabo de cinco minutos volvió con un plato con dos rebanadas de pan, mantequilla y un café con leche en vaso de tubo, donde había mucho más café y leche de lo que acostumbraba a tomar en varios días. Me preguntó si estaba de turismo y le dije que era periodista —una mentira que no era una mentira, pero pretendía serlo—, que había venido a buscar la mercería de Juliette Figuères, y luego le di las gracias por el café. Se rio. Tenía las manos grandes, la nariz grande, la cara llena de lunares de todos los tamaños, y los ojos bonitos, de un marrón claro que seguramente podría confundirse con el verde al sol en un día vaporoso de playa.

—Antes venía mucha gente a verla, ya no tanto. Creo que está mayor, pero mi madre sigue yendo a comprar allí y dice que la ve

igual que siempre.

Le dije que hablaba muy bien español y tras darme las gracias me explicó cómo llegar hasta la mercería; que no tenía pérdida, como nada en ese pueblo, que era bajar por la cuesta y girar a la derecha, hasta llegar a una plazoleta grande —«grande para ser Colliure, eh»— y que la vería enseguida, junto a los plataneros, en la place Général Leclerc, que alguien importante debía de haber sido para que le pusiesen su nombre a una plaza por la que pasaba la gente que quería ir a todas partes.

Y los dos nos reímos sin mirar hacia otro lado. No hacia abajo, hacia las tostadas con mantequilla o hacia el suelo, ya pegajoso por las gotas de vino, sino el uno al otro.

En los minutos que tardé en devorar el desayuno, aquel crío no dejó de mirarme: disimuladamente, mientras servía una copa de Ricard, anís diluido con agua fría, a un hombre con piel de mar; mientras llevaba dos zumos de manzana a unos niños que no paraban de imprimir sus huellas sobre el cristal del escaparate; y sobre todo mientras aguardaba a que un hombre que leía *Le Monde* encontrase las monedas exactas para pagar su café. Me miraba sin pestañear y yo a veces también lo miraba a él, y cuando el azar quería que nos mirásemos a la vez, sin previo aviso, casi a traición, podía sentir que el pecho se me encogía en algo cercano al deseo, que no terminaba de ser cegador, ni confuso o indescifrable, pero sí placentero.

—Son ocho francos —dijo en cuanto apuré el café, tendiéndome un tique escrito a mano.

Le entregué una de esas monedas grandes y pesadas de plata que había cambiado en la aduana. Después me animé a preguntarle por su nombre. Respondió que se llamaba Maxime y le dije que yo era Julia.

—Encantado, Julia.

¿Qué edad tendría? No debía de ser mucho mayor de lo que yo era cuando conocí a Bastian. Y cuando me levanté y cogí el abrigo sentí que el tiempo le apremiaba.

—¿Te hospedas aquí cerca?

—Sí —sonreí.

Sabía qué era lo que quería preguntarme, pero no traté de ayudarlo, ni de ofrecerle más de lo que ya le había dado. Todavía podía sentir sus ojos clavados en mis piernas, al amparo de las únicas medias ocres que llevaba para todo el viaje, cuando salí a la avenida con una sonrisa estúpida en los labios.

La mercería de los Figuères se encontraba en el sitio exacto que me había indicado Maxime. Era miércoles y el cartel de abierto reinaba sobre una puerta de cristal y madera. Olía a una mezcla nostálgica de ropa limpia y lana, con ese toque tenue de polvo que acompaña siempre a las cajas de cartón y a los papeles que permanecen mucho tiempo en el mismo sitio, pero sobre todo como se supone que debe oler un hogar. La mercería, de dos plantas y repleta de paquetes, cajas y telas de colores pastel, parecía haberse quedado congelada cuarenta años atrás. Un mostrador inmenso atravesaba el local a lo ancho y una escalera de caracol se perdía entre albaranes y carretes de cartón. Recordaba esa clase de colores, el crujir de la madera a mis pies, las caras rosadas y siempre serviciales de las dependientas de aquellos comercios que poblaban el Gótico o el Raval en los años cincuenta y que en Barcelona ya habían comenzado a desaparecer. A su imagen y semejanza, la mercería parecía un delirio de la infancia.

Al otro lado del mostrador aguardaba un hombre blanquísimo y de cabello moreno, enfundado en un pulóver marrón, quien me dio

los buenos días en francés con una voz serena y hospitalaria. No debía de ser mucho mayor que yo.

Respondí con el mejor francés que pude: que me llamaba Julia Ferré, que había venido desde Barcelona por recomendación de Virginie Valmont, la antigua editora de Éditions Valmont, y que estaba buscando a Juliette Figuères. Y en cuanto oyó lo de Barcelona, pasó a hablar en el mismo castellano tierno y difícil que también hablaba el camarero: se presentó como Georges, el hijo de Juliette, y después me preguntó si era periodista, para qué medio trabajaba, si había hablado con ella por teléfono, que cuándo. Y le dije que sí a unas preguntas y que no a otras; que era periodista aunque ya no ejercía, que no trabajaba para ningún medio ni tampoco había hablado con ella, y que lo que me había llevado hasta Colliure no era una entrevista y mucho menos el encargo de un periódico, sino algo personal, sobre Machado.

Georges trató de descifrarme con la mirada, como si intentase leer un texto en un idioma del que apenas conocía un diminuto grupo de palabras.

—Mi madre todavía conserva una mente brillante, pero está muy mayor y la deja exhausta hablar con los demás.

—Será breve. De verdad.

El hombre se quedó unos instantes observando la escalera de caracol que conducía al segundo piso, hasta que finalmente abrió la portezuela de madera que separaba el mostrador del resto de la sala y echó a andar hacia el piso de arriba.

—Tiene suerte de que hoy se encuentre en la tienda. Últimamente se queda mucho en casa y ya no viene tanto por aquí. Le cuesta horrores subir y bajar las cuestas.

Juliette se encontraba en el piso de arriba junto a una mesa camilla de la que colgaba un faldón de ganchillo junto a una vieja

estufa de gas. Incluso en la inmensidad de la buhardilla que hacía las veces de almacén, todo en ella era grande, mayúsculo: sus labios anchos, descoloridos, sus cejas anchas también, su frente marcada como la tierra, sus orejas custodiadas por dos pequeñas perlas. Hasta sus manos llenas de manchas estaban henchidas. Tenía los hombros caídos hacia delante por el peso natural de los años, y el pelo, tintado de un gris casi negro, no podía ocultar su edad: debía de estar más cerca de los noventa que de los ochenta. Y con todo, desprendía una humanidad y una frescura que rara vez había visto en alguien tan mayor.

En la radio, un transistor gris y pesado, sonaba *Parlez-vous français?*, de Baccara, que reconocí enseguida porque el año anterior había representado a Luxemburgo en Eurovisión, pese a estar cantada por dos españolas, lo que había supuesto todo un escándalo para la época.

Juliette estaba haciendo inventario en una vieja libreta de tapas de hule cuando Georges nos presentó y le habló de mí, de que era periodista, pero no ejercía, y de que venía a hablar de Antonio Machado, aunque en realidad viniese a hablar, como le había confesado, de algo personal.

Se presentó en un castellano imperfecto que excusó enseguida. Hacía mucho que no iban españoles a verla, y mucho menos una mujer.

—Periodistas han ido y venido bastantes —dijo—. Eso sí, todos hombres. Mujeres, ninguna. Usted es la primera.

Le di las gracias por recibirme y después la felicité por lo preciosa que tenían la mercería —una reliquia—. Ella le restó importancia, solo para dársela después a su hijo Georges, que ya se encontraba bajando al piso de abajo. Me contó que tras la muerte de su marido en el año 60, había sido él quien había conservado intacto el legado

familiar, y también que pese a su edad —jamás dijo un número, una cifra— se resistía a jubilarse. Reconoció que le fallaba la vista, a veces las manos y «siempre, siempre, siempre» las piernas, pero que no tenía ni había tenido en la vida nada más que esa mercería. El local la distraía, la mantenía viva, y creía que si se quedaba en casa todo el día, se pondría mustia como esos viejos que hacían de su cama una trinchera.

Desplegué mi mejor sonrisa y después le hablé de Virginie Valmont, del viaje que estaba haciendo para reconstruir los últimos días de Machado, de cómo me había insistido en que fuese a verla porque apenas quedaban testigos directos de las últimas semanas del poeta, tortuosas, tan grises.

—No quedan muchos, no —dijo, bajando el volumen de la radio, cuando empezaron a repasar las noticias del día.

Me di cuenta de la forma tan paciente en la que movía las manos, de un lado a otro, sin prisa, como si sus dedos ya conociesen el tacto de todas las cosas y ahora solo quedase aguardar a que la mente y la edad las olvidasen para descubrirlas de nuevo, como le había sucedido a papá.

—Casi todo lo que sé de Machado, lo sé por lo que me contaba Sebastián, mi marido. Para nosotros, tanto Antonio como los que iban con él eran unos más de los tantos exiliados que cruzaron la frontera ese invierno —comenzó a enumerar—: su hermano José y su esposa, no me acuerdo de su nombre, su madre, Ana, esa pobre mujer... Y un amigo suyo que también escribía. Corpus Barga. Nosotros no sabíamos quiénes eran ni la fama que tenían. Y tampoco se crea que en el pueblo lo sabía demasiada gente. Antes de que los Machado entrasen por esa puerta, ya habíamos ayudado a muchos —continuó—. Sí, desde ese mismo septiembre. No nos enterábamos de gran cosa. En los periódicos de aquí se contaba lo

que querían que se contase y lo poco que íbamos sabiendo de la guerra, de la de verdad, era por lo que largaban los republicanos que desertaban después de la batalla del Ebro. Cuando cayó Barcelona, en enero, no dimos abasto.

Juliette me habló de las largas marchas por carretera que comenzaban en La Jonquera, seguían por Cerbère y terminaban en Colliure, en la misma place Général Leclerc, de caminos llenos de la metralla del fuego cruzado, de las guerrillas en los bosques, de las largas colas de coches que se quedaban aguardando a metros de la frontera bajo el bombardeo de los aviones franquistas; de las caminatas, el miedo y el hambre; de madres primerizas, chiquillas que amamantaban a sus hijos en abrigos empapados por la cuesta que bajaba hasta la playa; de perros, gatos, gallinas sin dueño; de padres con hielo en las cejas que no olvidarían nunca el crujir de la nieve a sus pies ni el retumbar de los cañones que se habían llevado a sus hijos; de maridos que llegaban a Colliure sin sus esposas, que se habían quedado en mitad del camino y les habían suplicado que siguieran solos porque «si nos paramos, morimos los dos»; de gente que había muerto en la playa de Argelès, donde el viento cortaba la piel como cuchillas, aunque no supiesen que estaban ya muertos; me habló de los que llegaban con la cara menguada por el hambre, sin una pierna, con maletas destrozadas o, la mayoría, sin maletas, de desertores que cavaban hoyos en la arena para guarecerse del frío, y que rompían a llorar cuando alguien como Juliette les ofrecía un café caliente y una manta, cuando hacía solo un mes se encontraban durmiendo en una cama de verdad, llevando una vida de verdad, cuando todavía tenían un país que defender, un idioma que hablar. Y al escuchar aquellas penas de su boca, de esos labios henchidos y generosos, sin odio, sin rencores, me pareció impensable, despiadado, que eso mismo hubiese sucedido hacía solo

cuarenta años. Que le hubiese sucedido a la gente que venía de Barcelona —mi Barcelona— y que esa gente hubiese vivido, reído, llorado en las mismas calles que yo pisaba de niña. Qué injusto, y qué triste. ¡Que eso nos había pasado a nosotros, y que eso también era ser español, y que a ellos también los habíamos olvidado, y que seguramente ellos habían querido olvidarnos también —olvidarlo todo, exiliarse de ese dolor— y no habían podido, cómo iban a hacerlo!

—Lo de los Machado fue distinto —dijo Juliette—, por eso le gusta tanto a la gente su historia. Porque ellos no llegaron aquí por accidente, como los demás, los pobres —siempre los pobres, o los pobrecitos, o *malheureux*—, sino que los trajo a Colliure un chiquillo que trabajaba como revisor en la línea de Cerbère: Jacques, se llamaba. Dicen que los encontró durmiendo en un vagón en la estación, adonde los había guiado un inspector de la aduana que los había reconocido al ver sus pasaportes y los había dejado pasar en lugar de retenerlos en la frontera o mandarlos a los campos de Argelès o Saint-Cyprien, como a la mayoría. El chiquillo lo admiraba mucho, a Antonio, porque lo había estudiado en la escuela, aunque en el momento de ayudarlos no sabía cómo se llamaban ni quiénes eran. Eso lo descubrió después.

Juliette se estiró y subió la temperatura de la estufa. Comenzaba a hacer tanto frío en la buhardilla que enseguida me di cuenta de que tenía los pies helados. Y luego, recolocándose la manta, continuó:

—Mientras los Machado estuvieron en Colliure, Jacques no paró de correr cuesta arriba y cuesta abajo para pasar con ellos todo el tiempo que podía. Para cuando el chiquillo los trajo a Colliure una tarde de enero, ya llevaban siete u ocho días arrastrándose por la carretera. Ardían de fiebre, cojeaban, tenían hambre. La madre, muy

mayor, con el pelo calado por la lluvia, tan menuda, tan vieja pero tan guapa, no hacía más que delirar. Estaba fatal y confundía a Corpus Barga con uno de los Machado. No paraba de preguntarle: ¿Cuándo vamos a llegar a Sevilla? Y sus hijos unas veces le decían que estaban en Francia, que no iban a ir a Sevilla, y otras que ya estaban llegando, que quedaba menos para ver los patios de flores y los olivos y los carros tirados por los caballos.

»Llegaron los cinco empapaditos, sin maletas ni equipaje ni nada que echarse a la boca. Habían intentado ir a la pensión Bougnol-Quintana, adonde los había mandado Jacques, pero por culpa de las cuestas se había formado un riachuelo en la rambla de Doury, junto al canal, y no podían cruzar al otro lado del pueblo. Así que se quedaron aquí unas horas, hasta que amainó la lluvia y pudieron pedir un taxi. Les di ropa limpia que no habíamos colocado todavía y mucho café con leche. Varias tazas. Y ellos no podían estar más agradecidos. Se les caían los gracias, los abrazos, las palabras bonitas. De eso sí me acuerdo perfectamente —confesó sonriendo con los ojos brillantes de una niña—. De la voz campanuda de Antonio, terrible si me pregunta —se rio—, sentado ahí al lado de donde está usted ahora, blanco, *négligé* —que no supe lo que significaba pero lo intuía—, todo grande como una vaca, mirando hacia ninguna parte... Mi marido congenió enseguida con los hermanos, en especial con José. Él y Antonio se turnaban para ir al comedor de la pensión porque solo tenían una camisa para ambos. Cuando nos enteramos, madame Quintana les dio suéteres de otros refugiados que habían pasado por Colliure. También les prestamos libros, que era lo que más le dolía a Antonio haber dejado atrás. Incluso cuando nos enteramos de que José y su mujer llevaban meses sin recibir cartas de sus chiquillas, a las que habían mandado

a la Unión Soviética, les dimos dinero para costear los sellos con los que escribirles.

»¡Con estas manos! —sentenció incorporándose de la silla en la que estaba, desde donde podía apreciarse el olor a lavanda pegado a su piel—, ¡con estas cosí la bandera republicana con la que enterramos a Antonio! Le pedimos permiso al alcalde. Un buen hombre, el mejor. Marceau Banyuls. Y al día siguiente mi marido llevó el féretro junto a José, que pidió que no hubiese curas, y un grupo de milicianos de la Segunda Brigada de Caballería. No serían más de diez o doce, a los que sacaron adrede del castillo real en el que estaban presos. Mire por dónde, que la Brigada se llamaba Andalucía, siendo él de Sevilla... —Juliette miró hacia el suelo y suspiró como si la vida no tuviese remedio, y ella, por vieja, por haber estado ahí, lo supiese mejor que nadie—. Sebastián y José se lo llevaron a él primero. Y más tarde a Ana, la madre. La pobre. *Ma petite...* Que dicen que se despertó después de varios días dormida, y cuando preguntó por Antonio, José no le quiso contar la verdad. Le dijo que se lo habían llevado a un sanatorio, pero ella, como buena madre, lo supo enseguida y se dejó morir tres días después.

Hacía unos minutos que habíamos perdido el hilo de las noticias y aunque abajo podía oírse el trajín de la tienda, un silencio poderoso se interpuso entre ambas. Y de nuevo ese frío hostil subiendo de los pies a la cabeza, el aliento enquistado en el pecho.

—El doctor Cazaben, que también era nuestro médico de familia, dijo que estaba muy cansado, que había sufrido demasiado, pero yo creo que murieron de pena, madre e hijo, tan huérfanos los dos. Que no soportaban la idea de no tener un sitio al que volver. Madame Quintana se cansó de decir que a Antonio lo enterraron con tierra de España que él mismo había metido en una cajita de madera antes de cruzar la frontera. No muchos lo saben. La gente ha

preferido quedarse con la historia de aquel papel arrugado en los bolsillos.

Le pregunté a qué se refería. Y con una nueva sonrisa de sabiduría, me contó que su hermano José encontró un último verso en los bolsillos de su chaqueta días después de su muerte, antes de que llegase una carta a la pensión en la que le ofrecían un puesto en la Universidad de Cambridge. Con su voz grande, como sus manos, dijo:

—«Estos días azules y este sol de la infancia...». Hasta yo me lo he aprendido de tanto contarlo.

No supe qué responder. Pensé que cualquier cosa que dijese sonaría estúpida en mis labios, que no eran grandes, ni henchidos como los de ella, ni sabían tanto.

—No lo ayudamos porque fuese poeta, sino porque era lo correcto. Y en esos días, que no eran azules en absoluto, había mucha gente a la que ayudar. A usted también le habría gustado que la ayudasen si hubiese tenido que dejarlo todo atrás, ¿verdad?

Asentí casi tiritando.

Juliette debió de darse cuenta porque estiró los brazos y volvió a subir la temperatura de la estufa, que no daba más de sí. Solo en ese instante volvió la música a la radio, aunque no supe descifrar de qué canción se trataba.

—¿Está escribiendo un libro? ¿Un artículo? Los periodistas que vienen siempre acuden por lo mismo.

Reuní las fuerzas suficientes para decirle que no y luego le hablé de Bastian con la misma franqueza con la que ella me había hablado minutos antes, pero Juliette no tenía constancia de ningún Bastian Ballard ni había oído su nombre antes.

Dijo que Machado no salía mucho —apenas nada—, que se lo habían desaconsejado José, madame Quintana y también su marido.

Y no solo por su estado de salud, sino por el temor a que alguien los viese o se corriese la voz.

Le pregunté si la familia tenía la sospecha de que alguien fuese tras ellos y se rio con esa naturalidad tan admirable que otorga la edad.

—En esos días cualquier exiliado podía sentirlo, incluso en el sur de Francia. Perseguidos por la Police Spéciale des Frontières, la Gendarmerie, los soldados nacionales... Y más aún si su nombre era Antonio Machado. En esta mercería tardamos un tiempo en comprenderlo, pero solo hay que poner un pie en el cementerio para darse cuenta de quién era y cuánto lo querían. Y más ahora que tan cerca está el cuarenta aniversario de su muerte.

—¿Y la pensión Bougnol-Quintana de la que habla? ¿Sigue abierta? ¿Hay alguien con quien pueda contactar?

—Por desgracia, madame Quintana murió hace unos años y la pensión lleva cerrada desde entonces. Ahí la tiene, justo enfrente. —Señaló hacia la ventana de la buhardilla, desde la que podía verse un hotel de tres plantas con grandes balcones, y una forma que recordaba a las casitas de los dibujos de los niños.

Al peso de la decepción se sumó de pronto el rumor de los pasos en la escalera. Era Georges, al que no le hizo falta decir una sola palabra para evidenciar que había abusado del tiempo de Juliette.

Entendí, en su francés perfecto, cómo esta alentaba a su hijo a que nos trajese un café, pero me excusé enseguida: no quería robarles más tiempo.

Con los pies todavía entumecidos por el frío y el eco de la conversación oprimiéndome el pecho, le tendí la mano, y ella me la rodeó con sus dedos grandes y agradecidos. Tenía la piel gustosa y suave, como si con el paso de los años su tacto se hubiese fundido con el de la seda que sacaban de las cajas cada día.

—Siento no ser de más ayuda —sentenció mirándome a los ojos y dejándome sin escapatoria—. Ojalá a partir de ahora vengan más mujeres a verme. Siempre es agradable que a una la quieran escuchar. Y más siendo así de vieja.

Me fue inevitable sonreír.

—Sí. Ojalá —dije antes de emprender el camino de vuelta junto a Georges.

—Julia, ¿verdad? —preguntó Juliette cuando ya había dado por cerrada la conversación.

Asentí por última vez.

—Si no está escribiendo un libro ni un artículo, un viaje así solo se hace por amor.

No respondí. Me limité a darle las gracias con la mirada y luego seguí a Georges, que se deslizaba por aquella escalera de caracol que conducía hasta el mostrador. La distancia era de apenas unos segundos, una veintena de escalones, no llegaba a los treinta, pero a mí me pareció de una lejanía despiadada, como si de pronto fuese yo la única que cargaba con ese dolor que Juliette había relatado. En los pies, en los muslos, en las caderas, bajo las axilas, en la garganta. Un exilio que no era mi exilio, pero que desde entonces sentiría de forma gélida bajo la piel, y dolería igual, y quemaría igual, y ya no podría quitarme de encima.

CAPÍTULO 5

Compré un ramillete de lirios en una de las floristerías de la plaza y tomé la rambla de Doury cuesta abajo, siguiendo los carteles que conducían hasta el cementerio de Colliure, más allá de la antigua pensión Quintana, custodiada por pinos.

Era demasiado pronto para una copa de vino, y tardísimo para uno de esos avemarías que cantaban las monjas tras el tañido de las campanas a las nueve, lloviese o saliese un sol perfecto por la Barceloneta. Quizá por eso el cementerio estaba vacío: los madrugadores habían llorado sus penas y desde la verja que custodiaba las tapias de piedra ya podía sentirse esa difícil mezcla del olor de las flores marchitas y las frescas, que también era, a su modo, el olor de la muerte.

Solo encontré a mi paso a un funcionario de pelo azabache y alborotado, que, supuse por cómo iba vestido, haría las veces de jardinero y vigilante. Era una de esas personas a las que la simpatía parece haberles cogido el gusto y haberse mudado a los pliegues de su piel: a su frente, a sus labios, a sus mejillas encendidas de empatía contagiosa. Debió de leerme las intenciones y adivinar adónde iba porque tan pronto como me dio los buenos días desde su caseta, me pidió los datos con mucha más naturalidad que cualquiera de esos policías de fronteras que aguardaban en Cerbère. Le tendí el pasaporte y al poco volvió a darme los buenos días, esta vez en un catalán musical que agradecí con una sonrisa. Después, en un castellano más reciente que el de la señora Figuères o el de

su hijo, se disculpó por las formalidades y me explicó que desde hacía unos años llevaban un registro exacto de todas las personas que visitaban el cementerio, en especial desde que comenzaron a peregrinar desde España para visitar la tumba del maestro Machado; esas fueron las palabras exactas que utilizó.

—La gente no conocía Colliure antes de que lo enterrasen aquí, pero últimamente vienen muchos españoles, y más tras cada aniversario. El cementerio ha terminado por convertirse en una especie de Meca. Incluso hay gente que hace excursiones desde La Jonquera, hijos de republicanos, nietos..., siguiendo el mismo camino que hizo Machado en su día. Así que mientras nos dé trabajo, aquí estaremos. ¡Y con gusto!

Luego me explicó cómo sortear los mausoleos y me devolvió el pasaporte con la misma sonrisa de antes.

Todo en aquel cementerio desprendía una nostalgia pegajosa que se adhería a la piel, a los párpados, incluso a las suelas de los zapatos, y que uno arrastraba consigo a través de las criptas y las ramitas de los cipreses, esparcidas entre las piedras como diminutos riachuelos de color verde. La sensación era similar a la de adentrarse en una de esas capillas de techos bajos que escondían a veces los pueblecitos de la Costa Brava; reconfortante pero frágil al mismo tiempo. Varios panteones —los había con columnas latinas, con cruces de piedra y con apellidos hispanofranceses que sonaban a muchas pesetas— se alzaban sobre las losas, conformando un pequeño laberinto de calles y ramas que crecían aquí y allá como venidas de las entrañas de la tierra. Fue fácil encontrar la tumba, tan solo había que seguir las huellas que habían terminado por desgastar el sendero de piedra, no muy lejos de la entrada del cementerio.

Tal y como había dicho la señora Figuères, la cantidad de flores, poemas y cartas que había junto a la tumba era abrumadora: un mosaico de colores y tinta que nada tenía que ver con la austeridad de la piedra, tan modesta como cualquier otra de las que la rodeaban. A la cabeza, junto a una bandera republicana maltratada por el tiempo, su nombre y el de su madre:

ANTONIO MACHADO
Sevilla 26 VII 1875
Collioure 22 II 1939

ANA RUIZ
Madre del poeta
Sevilla 4 II 1854
Collioure 25 II 1939

Dejé las flores junto al resto y por unos instantes sentí aquella misma losa dejada caer contra mi pecho. Para entonces fue irremediable: todas aquellas imágenes que Juliette Figuères había dibujado en nuestra conversación —las horas frías del exilio, la tierra de España, su España, en el interior del féretro, aquel café con leche ardiendo, la lluvia de enero, como una tromba— comenzaron a proyectarse desde algún lugar profundo, como si antes solo hubiesen pertenecido al terreno de la imaginación y ahora al fin pudiese tocarlas y comprender que, en efecto, aquel sufrimiento era tan real y gélido como las piedras de los camposantos, y nada, ni los dos años que llevábamos de democracia, ni los discursos de Adolfo Suárez, ni todos los republicanos que sobrevivieron al exilio y ahora se hacían viejos, y con ellos sus sueños, pudiera ponerle remedio. De nuevo las preguntas: ¿qué pensaría si viese la España que había

quedado tantos años después? ¿Acaso sonreiría al ver quién la había heredado?

Las respuestas, claro, no se encontraban en ninguna parte. Ni siquiera en aquella colección de cartas que crecía sobre su tumba como una hiedra. No encontré ni rastro de Bastian. En su lugar se acumulaban apellidos españoles y franceses, y cuartillas —algunas imposibles de descifrar— pegadas con mucho empeño a los ramilletes o aguardando a que alguien las leyese, en muchos casos con dedicatorias de estudiantes. Lo mismo sucedía con las flores; las había de todos los colores y tamaños: ramos de lirios idénticos al que había comprado en la plaza, crisantemos blancos, amarillos, morados y una colección de capullos burdeos que no supe nombrar, pero las más llamativas eran cuatro rosas que yacían en un jarrón de vidrio al pie de la tumba y cuyos pétalos, a diferencia del resto, todavía respiraban esa frescura y color que se les presupone a las flores recién cortadas. Y a su lado, sobre una de aquellas guirnaldas doradas que solían envolver los tallos de las flores, un único apellido. Uno de los cuatro que tantas veces había vuelto sobre mí en las últimas horas; de los labios de Virginie Valmont, del puño y letra de Bastian, de mi propia traducción de su carta: «Listerri», con sus ocho letras perfectamente escritas a mano en una caligrafía envidiable.

Lo primero en lo que pensé fue en las palabras de Bastian. Él mismo había dicho que Los Caminantes habían muerto en la guerra, antes de ver publicados sus poemas. ¿Acaso estaba equivocado? ¿Lo habría estado mientras enviaba sus textos a editoriales de toda Francia? ¿Mientras se negaba a contarme qué le pasaba en esas tardes de primavera en las que todo era negro, relegándome a su silencio?

Me sorprendí preguntándole al funcionario que me había dado la bienvenida, cegada por la misma sensación que me había llevado en volandas hasta casa de Bastian tras aquel concierto en el Gótico. De nuevo esa sensación agradable de cuando se vive sin miedo, cuando la incertidumbre no alcanza a tocar la piel y se resbala al rozar los tobillos.

—¿Listerri? Claro. Cada semana. Y tiene mérito, ¡eh!, porque aunque viene mucha gente como usted, a ver la tumba del poeta, casi nadie repite. Pero él acude religiosamente. Sin excepción.

Su voz era como agua caliente, reconfortante. Y con ella trató de responder a cuantas preguntas salieron de mis labios, rotos por la humedad del mar: que Listerri era muy mayor, sí; aunque no perdía la sonrisa de niño; que siempre iba solo; que llevaba las mismas flores cada semana, cuatro rosas rojas, siempre —«se caiga el cielo o haga más calor que en época de vendimia»—; que aparcaba un poco más abajo del cementerio, en la cuesta; que llegaba siempre con su Citroën 2CV, también rojo, y salía cojeando aunque sin bastón, y que llevaba con la misma tos ronca «desde que empecé a trabajar en el cementerio». Y de eso hacía más de quince años.

Le dije que de ser quien yo creía, había luchado en la Guerra Civil y se le había dado por muerto desde entonces.

Y él respondió entre risas que lo último que imaginaba era que el granuja de Listerri hubiese luchado en la guerra española, que le costaba mucho imaginárselo con aquella cara de niño bueno empuñando un fusil o echado en una trinchera.

—Pero ¿vivo? Ese está más vivo de lo que lo hemos estado el resto nunca, que no le quepa duda.

—¿Y sabría cómo podría contactar con él?

Se ofreció a darme la dirección que figuraba en el registro sin muchas objeciones, aunque solo si era para darle una alegría a

aquel viejo al que el tiempo había convertido en esa clase de amigos que apenas saben nada el uno del otro, pero que en el fondo lo han aprendido todo de tanto verse callar. Y luego, solo cuando nos despedimos y nos estrechamos la mano, me dijo que se llamaba Clément. Segundos después, doblaron las campanas.

Listerri vivía en Perpiñán, no muy lejos de Colliure. O al menos esa era la dirección que Clément me había dado de él, la única que figuraba en el registro. Cuando regresé a la pensión ya se podía advertir el atardecer. Llamé al hotel de Cadaqués para decirles que me quedaría el coche un par de días más y en cuanto colgué marqué el teléfono de casa. Al otro lado, tía Elvira con esa voz de las últimas cosas que se le había puesto desde la muerte de papá, lo que le había hecho recordar que el mundo era un lugar más inhóspito y cruel del que habíamos creído durante los años de calma vividos desde el 75. Se lo conté todo: lo de Virginie, lo de Juliette, lo de Clément y lo de Listerri, aunque no le hizo ninguna ilusión que alargase mi viaje.

—¿Y las clases? ¿Lo saben en el colegio? A ver si vas a enfermar con el frío que hace ahí arriba.

No le dije que había diluviado, ni le hablé de lo poco que calentaban las estufas de las pensiones, ni de la fuerza del viento gélido que subía del mar. Se quejaba de una cosa tras otra, y a cada segundo de conversación parecía encontrar una excusa nueva para necesitarme entre esas cuatro paredes. Sabía que no lo decía para hacerme sentir culpable —ella, que tanto había hecho por nosotros —, sino porque la edad comenzaba a pesarle más de lo que ella misma quería reconocer. Con todo, sus palabras se clavaron bajo las uñas como pequeñas espinas, no muy distintas de aquellas que

reinaban en la tumba de Machado, con sus hojitas perfectas y brillantes por el rocío. En especial cuando habló de Listerri y dio voz a las mismas inquietudes que yo tenía.

—¿Y si después de tanto viaje no quiere hablar del pasado? En la guerra no había héroes, mira a tu padre.

Le dije que lo sabía y que aun así necesitaba hablar con él. Solo cuando le prometí que en dos días estaría de vuelta se concedió un silencio —que venía a decir que no estaba de acuerdo, pero que se resignaba y aceptaba el pacto—, y le pareció bien Colliure, Perpiñán y la Francia entera.

Antes de colgar le pregunté si Virginie Valmont había llamado o dejado algún recado, pero a casa —por suerte o desgracia— no había llamado nadie. Sin saber muy bien qué se escondía tras aquella espera, le pedí que estuviese atenta y luego muchos besos y muchos «te quiero, hija», y muchos «abrígate» y «cuidado en la carretera, por favor» justo antes de colgar.

Fantaseé el resto de la tarde con la idea de llamar yo misma a la señora Valmont con la excusa de hablarle de mi descubrimiento sobre Pepe Listerri y la posibilidad de que aquel poeta, aquel fantasma, hubiese sobrevivido a la guerra —¡qué noticia, qué victoria!—, pero en el fondo sabía que lo único que deseaba era escuchar de su voz lo que quiera que hubiese encontrado de Bastian: una dirección, un teléfono, un editor amigo de otro editor que hubiese hablado con él recientemente... Era una mezcla de deseo y horror, cálida y asfixiante, no muy distinta de la que había quedado registrada en la piel antes de nuestra primera llamada, en esos segundos fascinantes y terroríficos al mismo tiempo en los que todo es posible. Tal vez por eso, porque al final ganó el miedo, no volví a descolgar el teléfono.

Cené en el mismo bar en el que había desayunado, donde parecían haberse quedado congelados los mismos parroquianos, bebiendo los mismos licores, fumando sus mismos cigarrillos a medio consumir. Sin embargo, el camarero ya no estaba allí. Ni él ni esos bonitos lunares de todos los tamaños que tan bien le quedaban desperdigados por las manos y la cara. Esa idea, la de Maxime entre mis muslos —se llamaba así, ¿no?—, me pareció de pronto ridícula, la fantasía de una chiquilla. ¿Con qué derecho podía poner su rostro en el de ese hombre que imaginaba desabrochándome el sostén en la habitación del motel, carcomida por la humedad, mostrándole al gotelé de las paredes los pechos imperfectos, las axilas rasuradas? Si tanto fantaseaba con aquel camarero que brincaba de un lado a otro del salón sin despegar su mirada de la mía, ¿por qué no se lo había dicho, por qué me había conformado con relegarlo al mundo de las fantasías, donde del vientre crecían las mismas flores que custodiaban a Machado y no los olores de la adolescencia? ¿Era porque al menos ahí podía tener el control, convertir sus manos en las mías, trazar una cruz en el centímetro exacto de la nuca donde esperaba que me besase? Tal vez por eso dormí sola y me desperté sola aquel día.

La dirección de Listerri conducía hasta una de las calles del centro de Perpiñán, no muy lejos de los dos ríos que envolvían la ciudad, toda llena de piedrecitas por donde a esas horas de la mañana se extendía un murmullo familiar, no muy diferente del que solía cobijar el Gótico entre semana, cuando la gente se echaba al mercado y no había palomas planeando sobre la plaza de la catedral. En esos días fríos, Perpiñán parecía congelada en una postal *kitsch* para turistas: el murmullo de las gaviotas planeando

contra un cielo inmenso, el brillo del sol contra los escaparates rotulados en francés, inglés y castellano. Siempre me pareció curioso que aquel viaje me condujese hasta una ciudad atravesada por dos ríos, como un corazón —en el centro de todo, del cuerpo, del camino, de la añoranza y el miedo— es atravesado por la aurícula derecha y la izquierda.

Se trataba de una librería. No era un piso, ni una de esas casas de media altura del casco histórico, sino una planta baja sobre la que reinaba un enorme cartel en francés, amarillo y algo descolorido, en el que se podían entender sin mucho esfuerzo las palabras *libros y saldos*. Por dentro era mucho más grande de lo que hacía pensar el escaparate, contra el que se acumulaban enciclopedias y libros de viejo como salidos de otra época. Conmigo, la incertidumbre sobre la identidad de Bastian, el dolor del exilio de Machado, la certeza de que ambas eran también mi herida y, sobre todo, la evidencia de que cuando mirase a Listerri, estaría sola con todas ellas.

Las mesas, grandes y de una madera muy oscura, se agolpaban en una nave central con decenas de saldos y ediciones descatalogadas. Por los lados sobresalían varios pasillos, mucho más pequeños, algunos diminutos, conformados por expositores y estantes con columnas de libros que alcanzaban el techo, al estilo de las librerías de lance del Barrio Gótico. Conocía bien esa clase de lugares, los secretos que escondían sus libros de segunda mano —con frecuencia subrayados, dedicados y huérfanos tras la muerte de sus propietarios— y sus olores. Polvo, tinta, cuero. Un destello a menudo dulce, otras veces amargo, terroso, del papel envejeciendo junto a la madera como en un matrimonio católico de los que tanto oíamos hablar en clase de Economía doméstica.

Apenas un par de clientes revoloteaban en torno a las novedades, copadas de tomos de relatos de Farrère y ejemplares de *Rue des Boutiques Obscures* de Patrick Modiano, el último ganador del premio Goncourt. El resto, un matrimonio jubilado y un estudiante salpicado de pecas del color de la miel, iban y venían alrededor de una de esas mesas del centro que acumulaba varios carteles de «OFFRE, 13 F», con clásicos en varios idiomas, en cartoné, cuya edición recordaba a las escolares: *Tom Sawyer*, *Rojo y negro*, *Germinal*, *La comedia humana...* Al lado, imposible no verlo, un mueble de literatura española algo mejor ordenado, que acumulaba antologías atípicas que conocía solo de oídas. Ediciones de Rivadeneyra, Montaner y Simón, y primeras tiradas de Renacimiento o de Biblioteca Nueva. Estaban todos: Machado, Lorca, Ramón de Campoamor, Carolina Coronado, Miguel Hernández, Alberti, Vicente Aleixandre... y un tomo violáceo de Luis Cernuda, en tapa blanda, que juraría haber visto sobre la mesa de Bastian incontables veces. Por dentro, la edición era austera y el papel estaba algo envejecido por el paso del tiempo, pero, más allá de eso, parecía intacta, con la encuadernación todavía rígida y fuerte, como si solo la hubiesen hojeado un par de veces en los más de veinte años que acumulaban sus páginas.

—«No, no quisiera volver. Sino morir aún más. Arrancar una sombra, olvidar un olvido». —Era una voz rota aunque ligera, de un entusiasmo genuino—. Tiene versos muy buenos, debería darle una oportunidad.

La voz venía de uno de los pasillos, desde donde se acercaba un hombre con aspecto de estar estirando demasiado la jubilación. Arrastraba una ligera cojera que le confería una fragilidad mucho mayor que la que irradiaban sus ojos azules. Pese a que ya habría dejado atrás el ecuador de los setenta, no tenía demasiadas arrugas.

Apenas dos líneas curvas bajaban de su nariz a la comisura de los labios, y tres lunares parecían haberse instalado en su rostro a la altura de las mejillas. Solo en el cuello la piel se había vuelto fina y flácida, y también en las orejas. Grandes, algo peludas, y con los lóbulos echados hacia abajo, a medio colgar. Todavía conservaba mucho pelo, blanco y repeinado hacia un lado.

—¿De dónde es? ¿Barcelona, Girona? No suele venir mucho español que no sea de allí. Y menos aún que lean a Cernuda.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que hablaba el castellano más perfecto que había oído en los últimos días. Solo podía tratarse de él.

Le dije que era de Barcelona y que estaba de viaje, y después, de camino a la caja, le pedí que me cobrase el poemario.

—¿Qué la ha traído hasta Perpiñán? Es un sitio agradable para estar, incluso para vivir, pero ver, que se diga ver, no hay mucho.

—Estoy buscando a Pepe Listerri.

Aquella idea, la del viaje a Perpiñán, la conversación con el funcionario del cementerio, las cuatro rosas, me pareció de pronto ridícula, pero ya no podía echarme para atrás.

—Pepe solo me llaman los amigos, y mire que ya me quedan pocos. ¿Le puedo preguntar quién me busca?

Su tono era risueño, muy distinto de como habría imaginado la voz de un veterano de guerra o un superviviente.

Le conté que me llamaba Julia Ferré, que venía del cementerio de Colliure, que Clément me había facilitado su dirección gracias al registro, y que había conducido hasta Perpiñán con la esperanza de encontrar a un hombre que creía muerto en la guerra. Mientras le quitaba el precio al libro y lo envolvía, Listerri registraba mis palabras una a una; llegaban a sus oídos de la forma en que debían, pero aquellas explicaciones no daban respuesta a la verdadera

pregunta que me había formulado. Lo podía advertir en sus ojos escépticos, que no se creían merecedores de mi tiempo ni de mis kilómetros.

—Son veinticuatro francos.

Saqué una moneda de veinte y otra de diez del monedero y le pedí que se quedase con el cambio.

—Al ver la librería, he pensado que era usted el Listerri que estoy buscando. El Caminante.

Tras pronunciar esa palabra, casi al instante, un asedio de emociones en las tripas. Sin excusas ni rodeos, nada que ver con lo que hacían los periodistas que conocía. Desde el otro lado del mostrador, el cuerpo de Listerri se enderezó. Podía apreciarse cómo sus músculos se apretaban contra la balda de cristal que hacía las veces de mesa sostenida por dos pilas de enciclopedias. Intuí en su expresión cierto desaliento. En las manchas casi imperceptibles de las sienes, en los surcos de la barbilla. En las arrugas —que antes no estaban ahí— de la frente.

Durante unos segundos no dijo nada. Ni lo negó ni asintió tampoco. Uno de los clientes le preguntó algo en francés, y Pepe asomó la cabeza despacio y señaló hacia uno de los pasillos en los que había carteles de colores con varios idiomas.

—Esas son historias de hace muchos años —dijo al fin—. Cosas de viejos que el mundo no quiere escuchar.

—Pero yo sí.

Volvió a retarme con esos ojos azules que sí parecían contener el sol de la infancia.

—¿Cómo puede una muchacha de Barcelona interesarse por esas cosas, vamos a ver? ¿Sabe el tiempo que ha pasado?

Al oírlo llamarme de esa forma me fue inevitable sentir algo semejante a la ternura.

—Cuarenta años —dije.

—En España, todo ha pasado hace cuarenta años.

No tardé en advertir que, de todas las personas que había conocido en el viaje, Listerri era el que más recuerdos llevaba consigo. Tantos que incluso dolían. Cualquiera podía verlo si se fijaba en cómo su mirada atravesaba la piel al observar a los demás, al observar el mundo.

—Vi las rosas en la tumba de Machado. Las cuatro. Son por Los Caminantes, ¿verdad? Por eso sigue yendo todas las semanas a Colliure.

En ese momento una mezcla de fascinación y vulnerabilidad, sin disimulo, se extendió en su rostro y lo hizo rejuvenecer de pronto un par de décadas, dibujando una mueca traviesa en sus labios, similar a una sonrisa.

CAPÍTULO 6

Acordamos encontrarnos en una de las cafeterías que bordeaban los canales del río, a mediodía, aprovechando que la librería cerraba a las doce y media. Listerri llegó algo más tarde de lo esperado y se apresuró a disculparse. Una boina verde y jaspeada coronaba su cabeza, a juego con una rebeca de punto bajo la que se escondía la misma camisa de cuadros que llevaba un par de horas antes. Nos sentaron en la terraza, con vistas al canal. Pedí un café y él un vino con gaseosa, que se apresuró a mezclar en cuanto se lo sirvió el camarero.

—No me vaya usted a juzgar por beber a estas horas. Es una de esas concesiones que uno debe hacerse con la edad. Así todo se ve de otra forma.

Y sonrió, cubriendo con una servilleta las gotas que habían caído sobre la mesa. Pensé en preguntarle su edad. Había hecho números mentalmente y debía de estar entre los sesenta y cinco y los ochenta. Listerri debió de leer la pregunta en mis ojos porque enseguida se aventuró a responder.

—Debería haberme jubilado hace años, pero me niego a deshacerme de lo único que me queda. Esa librería es mi vida. Antes todavía tenía a mi mujer. Ahora ni eso.

—¿No tuvieron hijos?

—No. Ella nunca quiso, y a mí —una pequeña pausa— me pareció bien. En España habría sido otro asunto. —Otra pausa, esta vez más larga—. Por suerte, la librería no da demasiado trabajo y se

lleva bien con la edad. La mayoría de los clientes vienen por las novedades y con eso ya da para vivir y cubrir los gastos. El resto ya lo ha visto: reliquias y libros que me gusta comprar y vender por pura afición, como ese que se ha llevado de Cernuda. Satisfactorio placer el de acumular libros. Una pena haberlo descubierto tan tarde.

Dio un primer trago a su copa de vino. El café todavía ardía.

—Es eso lo que la ha traído hasta aquí, ¿no? Los libros, la poesía, Machado.

Pese a no mencionar a Bastian, traté de hablarle con la misma sinceridad con la que él se había dirigido a mí desde el principio. Le conté con el mayor detalle que pude que estaba tratando de reconstruir los últimos días de Machado, y luego le hablé de Éditions Valmont y de cómo había llegado a ellos una carta que mencionaba el nombre de Pepe Listerri, junto al de otros tres poetas. Le dije que en la carta lo daban por muerto, como al resto, pero que al descubrir las cuatro rosas en el cementerio de Colliure y ver su nombre tuve la certeza de que se trataría de él.

—Conozco Éditions Valmont, por supuesto. Todavía tenemos varios saldos en la librería, pero no sé de qué carta me habla. Yo pensaba que nadie se acordaba de nosotros. De ese nombre. Los Caminantes. Cuando nos dio por ser poetas...

Hablaba con dulzura, con esa seguridad que se le presupone a quien acumula demasiados recuerdos dentro.

—Lo que pasa es que es una historia de viejos, lo de la guerra, para gente vieja a la que le interesan las cosas del pasado. Hoy ya nadie quiere escuchar lo que sucedió hace cuarenta años. ¿Por qué iba a interesarle a usted? Tan joven, con tanta vida por delante.

No le hablé de la posibilidad de que Bastian fuese un monstruo, ni de aquel informe —no todavía, no tan pronto—, ni de que llevaba

veinte años despertando por las noches, creyendo oír mi nombre de sus labios. De esa clase de cosas, me dije, no se puede hablar con alguien a quien acabas de conocer, por mucho que necesites convencerle de cuánto quieres escuchar su historia. En su lugar le dije que si había llegado hasta aquella carta de Éditions Valmont era porque tenía la sospecha de que alguien había tratado de asesinar a Machado durante su estancia en Colliure. Le hablé de papá, de su trabajo en las Brigadas Sociales, de su investigación, de que yo era periodista —o lo había sido—, pero detestaba el periódico en el que trabajaba y sus estúpidos suplementos de prensa rosa, de los días libres en el coro, del disco de Serrat y del viaje a Francia. Y solo cuando le dije que no me levantaría de allí hasta haber escuchado la historia al completo, Pepe Listerri se animó a dar un nuevo trago de vino.

—Y creo que usted también lo sabe, y que en el fondo necesita sacarse esa historia de dentro porque si no, no habría accedido a venir hasta aquí, ¿no es cierto?

Lo miré con una sonrisa difícil, amarga, que respondió con un trago más, al que siguió otra sonrisa envuelta en melancolía que me recordó de pronto a la melancolía de Bastian. Una sonrisa feliz, sí, pero adversativa. La conocía bien: era la sonrisa de un país entero, de los que perdieron la guerra aunque ganaron algo más. Algo que todavía no se sabía, pero perduraba en el fondo de los ojos, demasiado escondido como para encontrarlo. Sí. Ya lo había aprendido a esas alturas del viaje.

Fue comenzar a hablar y ya nada pudo pararlo:

—Nosotros cuatro nos conocimos en Soria, en el Instituto General y Técnico, que, pese a ser el más barato de la ciudad, era muy elegante. Monumental. Antes había sido un claustro de los jesuitas, así que ya se puede imaginar. Eso sí, ninguno valía para los

estudios. La mayoría de los chiquillos veníamos de familias de jornaleros o del campo, y los maestros no nos tenían paciencia. Se podría decir que nos odiaban a todos por igual. A Julián, que era rubio y tenía cara de bruto, la mandíbula muy ancha..., aunque era el más bueno de todos, muy sensible, y el que más se esforzaba en que no nos matásemos los unos a los otros. A Román, que era poca cosa y si no estaba enfermo por la tos era por las fiebres, lo que no le impedía tener las peores ideas del mundo: me acuerdo de que trepaba a lo alto de la higuera para espiar a las chiquillas que iban y venían de la plaza, y luego, cuando lo pillaba el conserje, corría a echarle la culpa a Raúl, morenísimo, al que en clase llamaban el Bravo en tono cariñoso, porque todo lo chulo y grande que parecía, lo tenía de corazón. Era un pobre diablo que aparentaba dos o tres años más de los que le tocaban, que ya era mucho, pero que iba detrás del resto haciendo lo que Román o yo decíamos, pues llevábamos la voz cantante cuando no terminábamos a trompazos por culpa de las canicas. A veces pasábamos semanas sin despegarnos los cuatro, otras discutíamos por cualquier tontería y nos mezclábamos con el resto de los chiquillos mientras fingíamos que los otros no existían. Así fue hasta cuarto curso, cuando comenzó a darnos clase Antonio.

Él, un trago de vino.

Yo, uno de café.

—Creo que para entonces ya llevaba un año dando clase en el instituto, o puede que más. La cuestión es que a nosotros no nos dio Francés hasta los once o doce años. Sabíamos por los alumnos más mayores que tenía fama de disciplinado y lo comprobamos enseguida. No era uno de esos maestros severos y violentos que saltaban a la primera de cambio, pero sí era muy exigente con la asistencia. Si alguno faltábamos a clase porque estábamos en época

de jornal y coincidía con un tema importante del curso, se plantaba en casa para pedirles a nuestros padres un poco de manga ancha. Él nunca lo reconoció, pero tenía una paciencia y una sensibilidad especiales que eran muy raras de ver con alumnos del campo como nosotros.

»Antonio nunca perdía los papeles, y tampoco le hacía falta, y en cuanto podía se arrancaba con anécdotas literarias y ya nos tenía a todos encantados, como si fuese música para las fieras. Por supuesto, tenía sus manías. Por ejemplo, si uno no pronunciaba una palabra francesa como debía, no se terminaba la clase, igual daba que tronasen las campanas de la plaza o que hubiese ya otro maestro esperando para entrar en el aula. Él te miraba bajo esa boina negra que siempre llevaba puesta y ya sabías la que se te venía encima. No miento si digo que la mayoría lo respetaba. No —se corrigió—. Lo admiraba. Sí. Muchos queríamos ser como él aunque no tuviésemos las inquietudes que el maestro tenía. Sobre todo los chiquillos de familias más humildes, a los que dedicaba mucha más atención y paciencia que al resto.

»Cuando quisimos darnos cuenta, los cuatro estábamos fascinados por sus clases, hablando de poetas con nombres que éramos incapaces de escribir o pronunciar: Baudelaire, Verlaine, Mallarmé... Para ser sinceros, no entendíamos nada de lo que decía su poesía, pero sus nombres nos sonaban exóticos, y nos gustaba fingir que éramos ellos y vivíamos en París, del que el maestro siempre hablaba con nostalgia. Con Antonio todo era un poco así, ¿sabe usted? Una aventura. Él veía cosas donde nadie más las veía y si uno se dejaba llevar lo suficiente, también conseguía verlas. Esas clases nos unieron más que el odio que sentíamos por los chiquillos repipis de zapatos de piel que se iban corriendo con el balón cuando les marcábamos un gol en el patio. Supongo que para el resto

seguimos siendo los mismos diablos de siempre, pero para él éramos algo más. Ese año, cuando acabó el curso, ya éramos inseparables. Julián, Román, Raúl y Pepe, los hijos del cabrero, del jornalero, del molinero y del de la vid, al fin juntos como si se tratase de los personajes de una obra de teatro.

»Antonio siguió en el colegio un par de años más, hasta la muerte de su mujer, Leonor, cuando se marchó a Baeza. De eso y de la relación que tenían los dos nos enteramos mucho después, pero en ese momento fue un impacto muy grande. Se querían mucho. A pesar de que ella era más joven. A veces venía a buscarlo al tocar las cinco. Recuerdo que siempre sonreía y que tenía el pelo muy rizado, echado hacia los lados como un sombrero. Y los fines de semana no era raro encontrárselos cogidos del brazo desde la orilla del río hasta la ermita del Mirón. Incluso cuando ella enfermó y solo podía ir en silla de ruedas, siguieron saliendo cada domingo, sin importar que apretase el calor o hiciese mucho frío. ¡Y eso que el frío de Soria es mucho frío! Todavía nos daba Gramática y Francés cuando se marchó. No terminó el curso. Perderlo como maestro fue un golpe terrible, aunque no por ello dejamos de estar unidos.

Volver a aquella visión de Machado y Leonor me hizo cosquillas en las tripas, como si por unos instantes pudiese dibujarnos a Bastian y a mí sobre aquella Soria de principio de siglo, igual que en el Tibidabo, riendo a la carrera, felices y nada más.

—Al año siguiente se publicó *Campos de Castilla*. Compramos la edición de Renacimiento entre los cuatro, con las pocas pesetas que nos daban nuestros padres por ayudarlos en verano, y compartimos el mismo ejemplar durante meses. Lo subrayamos, copiamos, recitamos e incluso interpretamos subidos a la misma higuera en la que nos empujábamos los unos a los otros de niños. Ese fue el momento en el que nos dimos cuenta de que queríamos ser poetas.

La vida de jornalero era aburrida, triste, monótona, sin misterios. Y la poesía era todo un enigma, un camino romántico que podía conducirnos a Madrid, París o a donde quisiésemos, así que aprovechábamos cada minuto libre del patio para fantasear con aquello: nuestros versos dando la vuelta a toda Europa, una vida llena de viajes, vino y amores, muy distinta de la que podía prometernos Soria.

»Lo intentamos. Tratamos de convertirnos en poetas. Nos presentamos a certámenes locales de escritura, comenzamos a leer y releer de forma enfermiza a cualquier autor que cayese en nuestras manos e íbamos al teatro siempre que podíamos. Venían compañías de Madrid, Valladolid y Burgos. Zarzuelas, comedias, sainetes... Algo dentro de nosotros nos decía que si conseguíamos publicar, conseguiríamos la aprobación de Antonio y nos ganaríamos su respeto, su admiración. Pero luego pasó lo que les pasa siempre a los idealistas, que les da de trompazos la realidad.

Listerri se terminó su copa de vino y se sirvió una más, regada con la misma cantidad de gaseosa que la anterior: poca. El café ya se había enfriado y el trago siguiente me supo mucho más amargo que el anterior. Desde donde estábamos sentados nos llegaba el humo denso, invasivo, de la mesa de al lado, donde charlaba una pareja en la veintena con sus cigarrillos dejados caer en los labios. Debía de ser tabaco negro, no muy distinto de los puros que a veces fumaba papá.

—¿Llegaron a terminar los estudios?

—Solo Román. Pasaba tanto tiempo enfermo que sus padres nunca lo obligaron a compaginar el trabajo y la escuela. Al resto nos sacaron de clase al cumplir los catorce y nos tuvimos que poner a trabajar de sol a sol. Cada diablo con lo suyo: Julián al campo, Raúl al trigo y al molino y yo con las cabras, que pronunciaban francés

mucho mejor que cualquiera de los granujas que Machado ponía a practicar *l'élision*. Lo único que nos quedaba era ese sueño adolescente de dejarlo todo para dedicarnos a la poesía, y aun así no lo abandonamos nunca. ¡Nunca! Cambió la rutina, el tiempo que pasábamos juntos y, por supuesto, el que podíamos dedicarle a la escritura, pero esa idea romántica de perseguir una vida de poetas siguió con nosotros siempre. No se extinguió, simplemente quedó relegada a un pequeño compartimento de la memoria, hasta que Machado volvió a Soria en el 32, invitado por la República.

»Para entonces ya era una leyenda viva de la poesía, muy lejos del maestro de provincias que habíamos conocido. Supongo que ese es el tiempo que le costó cicatrizar la herida de Leonor. Veinte años, los mismos que nos separaban de los chiquillos revoltosos que un día fuimos sus alumnos. Así que allí nos fuimos nosotros, para la plazoleta que hay enfrente de la ermita de San Saturio. Le pusieron una placa con su nombre y lo nombraron hijo adoptivo de la ciudad, y en su discurso no solo habló de poesía, sino también de sus alumnos y de las clases en el Instituto General y Técnico. Pensábamos que no se acordaría de nosotros, pero en cuanto corrimos a saludarle se nos echó a los brazos, como si el tiempo no hubiese pasado, eufórico al ver a esos pillos convertidos en hombres. Y en cuanto le dijimos, por insistencia mía, que conste, que habíamos comenzado a escribir poesía gracias a él, se mostró tan entusiasmado que esa misma noche cenamos juntos y nos pidió que se lo contásemos todo.

»Le hablamos de nuestras lecturas, de las visitas incansables al teatro, de cómo escribíamos más en invierno que en primavera, que era cuando apretaba el buen tiempo y apenas podíamos salir del campo, de los certámenes ganados y los perdidos, que eran la mayoría, y le enseñamos todo cuanto habíamos escrito en esos

años: libretas enteras, cuartillas, cartas... No sentíamos pudor ni miramiento alguno. Teníamos la esperanza de que nos regalase los oídos, de poder al fin ganarnos esa admiración con la que soñábamos desde hacía dos décadas. Incluso, en el mejor de los casos, que nos ayudase a publicar. Las obsesiones nunca han sido sanas, pero la de publicar es con la que resulta más difícil lidiar para los poetas, porque son idealistas y soñadores por naturaleza. Unos desgraciados. —Ambos nos reímos—. Ahora entiendo que Antonio fue muy generoso con sus palabras, que escogió los términos adecuados para no herirnos y seguir insuflando esa ilusión de forma genuina en nosotros. Hasta en eso seguía siendo un buen maestro. El mejor si usted me pregunta.

»Y luego vinieron los años cambiantes. Las bodas, los niños de Raúl y Julián, los poemarios tirados a la chimenea para empezar de cero... Hicimos exactamente lo que Antonio dijo: vivir y dejarnos llevar. Lo demás llegaría solo si tenía que llegar.

»Esta vez no dejamos que se perdiese la relación, y los cuatro seguimos escribiéndonos con él. Eran cartas muy extensas. Pulía la métrica, nos recomendaba a nuevos autores y si sentía que algún poema sobresalía del resto, se ofrecía a enviarlo a alguna revista literaria, aunque *Litoral* y *Occidente*, que eran las que nos interesaban porque allí publicaban Lorca, Alberti, Jorge Guillén o Vicente Aleixandre, jamás respondían.

—¿Él ya vivía en Madrid? —pregunté al recordar aquellas lejanas historias de Bastian, y Listerri asintió con la cabeza.

—Allí estaba, sí, después de haber pasado más de una década en Segovia. De hecho, cuando alguno acudía a Madrid, lo que no era muy común en esos días, Antonio siempre encontraba un rato para nosotros. Fue en esa época cuando le contó a Román, o eso le gustaba decir a él, todo orgulloso, que se había inspirado en

nosotros para sus artículos de Juan de Mairena, que era el pseudónimo que utilizaba en prensa para publicar sus artículos de filosofía. —De pronto soltó una risotada y golpeó con la palma en la mesa, divertido—. Román se enfadaba muchísimo cuando nos burlábamos de él diciendo que se lo había inventado todo, como cuando se pasaba el patio entero gritando que las monjas se habían levantado la falda al verlo espiándolas en lo alto de la higuera.

»El mejor recuerdo que guardo de esa época es de poco después, en el 36, cuando cogimos un autobús y nos plantamos los cuatro en Madrid al llegar la primavera. Llevábamos un tiempo intercambiando ideas, de modo que nuestros temas eran muy similares. La forma de escribir, aunque difería en cada uno, tenía ese no sé qué generacional que le daba unidad a todo. Hablábamos del deseo de escapar, de Castilla como prisión, como yugo, y de las vidas posibles que podríamos haber llevado y para las que sospechábamos que comenzaba a ser demasiado tarde. Estaba todo ahí, en esas páginas. Un poco del simbolismo de Baudelaire, de la belleza del modernismo, de la soberbia de la vanguardia. Y claro, del bucolismo de Antonio. Creíamos que era lo mejor que habíamos escrito nunca. Y así lo sintió también él.

»Recuerdo que nos llevó al Gran Café Gijón, en Recoletos, y se pasó media hora en silencio leyendo los poemas nuevos de los cuatro. Y luego dijo: "Estoy orgulloso de que hayáis encontrado el camino", y tomó a Julián, que era el que tenía más cerca, y le apretó los hombros como un padre que prepara a su hijo para la comunión mientras lo viste. Esa fue la señal de que al fin nos habíamos convertido en poetas.

De nuevo, la cortina de humo de la mesa de al lado. El murmullo del río. Y unos segundos después, un silencio cómplice.

—Fue suya. La idea de publicar como grupo —volvió a hablar Listerri—. Antonio creía que sería más fácil que nos publicasen si nos presentábamos como una generación de poetas con las mismas heridas e inquietudes, y a todos nos pareció bien. Dijo que lo mejor sería escoger los poemas que mantuviesen mayor unidad entre sí y agruparlos en una antología. Incluso se ofreció a avalarnos escribiendo el prólogo. Lo único que nos faltaba era un nombre que nos representase a los cuatro por igual y con el que la prensa y las editoriales pudiesen asociarnos enseguida. —Una pausa, dos tragos de vino, muy cortos—. Fue Román el que propuso Los Caminantes, que era como solíamos llamarnos de chiquillos, cuando leíamos *Campos de Castilla*, y ninguno tuvimos nada que añadir: no había nombre mejor. Era perfecto. Sobre todo si Antonio era el que iba a firmar el prólogo. Así que el pacto quedó sellado como se ha hecho toda la vida: con mucho vino, mucho humo y muchas promesas.

»A los pocos días, Los Caminantes regresamos a Soria para trabajar en la versión final de la antología. Apenas dos meses después se la enviamos a Antonio para que pudiese corregirla, escribir el prólogo y mandar el manuscrito a varios editores de Madrid a los que ya les había hablado de la obra. Pero nunca llegó a escribirlo y mucho menos a enviarlo a ninguna editorial. Ya sabe lo que pasó aquel verano.

Para entonces su voz había tomado una resonancia extraña, reconfortante pero muy lejana al mismo tiempo, como si esos recuerdos perteneciesen a una vida anterior que llevaba años enquistada. Conocía esa clase de temores a la perfección porque todavía entonces los llevaba dentro, solo que de diferente forma, menos oscuros quizá, aunque no por ello menos dolorosos.

—En cuanto se alzaron los nacionales, la poesía se volvió el menor de nuestros problemas y la realidad se llevó por delante lo

poco que teníamos. Como Antonio, los cuatro éramos leales a la República, pero seguíamos viviendo en Soria, que apenas tardó una noche en apoyar el alzamiento. Yo fui el único de los cuatro que no pudo salir a tiempo: Román y Julián se marcharon a León, que cayó poco después, y Raúl y su mujer se marcharon a la sierra con los chiquillos esa misma noche, pero yo no tuve el valor de dejar el negocio y la casa atrás. No con esa facilidad y determinación que tenía el resto. No supe nada de ellos durante meses, así que me temí lo peor.

»Aquel verano en Soria fue horrible: comenzaron a llegar milicianos voluntarios, falangistas, requetés y miembros de la Iglesia. Enseguida se hicieron bandos municipales y edictos públicos que buscaban la movilización de los hombres que podían luchar. Primero fueron los más jóvenes, de veintipocos, y con el paso de los días el resto. Colgaban llamamientos en el ayuntamiento, por quintas, según el año de nacimiento, y si uno no acudía se consideraba deserción o, peor aún, traición a la causa nacional. Cualquiera de los caminos terminaba conduciendo al mismo lugar: era morir o dejarse llevar. No había más.

En sus palabras podía registrarse una cadencia renqueante, un resquemor, una culpa, que incluso le había hecho olvidar la copa de vino con gaseosa a la que tanto había recurrido desde el comienzo de la conversación. Cada vez que inhalaba, antes de comenzar una frase nueva, larga, de las suyas, parecía que el aire se cargaba de pesar, y casi podía verse el dolor en sus labios agrietados.

—Después de leer mi nombre en las listas de quintas, todo se volvió caótico y durante un tiempo perdí el contacto con el mundo. Nos llevaron a un cuartel de instrucción en Burgos y nos formaron como si quisiesen despacharnos y enviarnos al día siguiente al frente. No tenía nada de heroico ni glorioso. La mayoría no

habíamos empuñado nunca un fusil y raro era el que estaba de acuerdo con todo lo que se decía en las instrucciones. Ahí fue cuando aprendimos a callar y a guardarnos lo que pensábamos para las noches, que era el único momento en el que podíamos hablar los unos con los otros con cierta libertad. Había socialistas, profesores, señoritos de bien, obreros con simpatía por la Falange y también trabajadores del campo, de izquierdas, pero la mayor parte, yo incluido, no tenía una ideología tan fuerte ni estaba dispuesto a matar o morir por unos principios.

Listerri me contó que en cuestión de semanas, a muchos los enviaron a las carnicerías de Madrid y Teruel, que quedaban más cerca, y otros permanecieron en la ciudad, en la retaguardia, con una vida más cómoda, pero con el miedo constante a ser enviados al frente. Podía pasar en cualquier momento, a cualquier hora, y a uno lo podían mandar a cualquier lugar... Los que volvían, que no eran muchos, lo hacían cambiados, exhaustos, abatidos, en silencio. Y resultaba extraño oírlos hablar de las semanas patéticas o crueles tratando de entrar en Madrid o de defender Salamanca y Valladolid.

A él le tocó quedarse en Burgos de guardia, como a tantos otros. Casi un centenar. Franco y Mola no estaban muy lejos, de manera que siempre se requería a varias decenas de hombres atentos a lo que pudiese ocurrir.

—Gracias a eso estuve los dos primeros años de la guerra yendo y viniendo de Soria con el camión y haciendo trabajo de oficina. No eran muchos los que sabían leer y escribir con soltura, así que yo era un privilegiado: no tenía que ir al frente ni derramar la sangre de otros. Enseguida me pusieron una mesa y una máquina de escribir en el cuartel, y me pasaba los días redactando informes de bajas, cartas de avisos de defunción y leyendo la prensa. Lo leía todo: el *ABC*, *Mundo Obrero*, *Arriba*, *La Vanguardia*. Quería enterarme de lo

que decían los unos y los otros, pero, aunque no parecía que ninguno tuviese la verdad sobre el curso de la guerra, y cuando creía que sí, que al fin iban a ganar unos y perder los otros, todo cambiaba drásticamente de un día para otro. Parecía que la guerra no se terminaría nunca. La gente moría para nada. O esa era la sensación que nos daba desde fuera.

—¿Y no tuvo noticias de los demás? —le pregunté cuando me pareció que se perdía en sus pensamientos.

—Sabía, por la prensa, que Antonio se había trasladado a Valencia con el Gobierno, pero ni una palabra del resto, hasta que en el segundo invierno Román se puso en contacto conmigo a través de una carta. Una temeridad, si me pregunta ahora, aunque una por la que siempre le estaré agradecido. Decía que los tres habían terminado luchando para la República, sumándose a una pequeña milicia de leoneses que llevaban meses resistiendo en la sierra, pero que iban a dirigirse hacia el Ebro en los próximos días para sumarse a la resistencia de Enrique Líster. También, que habían conseguido la dirección nueva de Machado, una segura, en Rocafort, en Valencia, y que adjuntaban las cartas que él les había ido enviando en los últimos meses. Y más allá de eso, solo tragedias: que la mujer de Raúl había intentado volver a Oteruelos con los chiquillos y no habían vuelto a tener noticias de ellos; que a la cría con la que andaba Julián, que era más tozuda y pasional que él y por eso se había alistado en la Columna Durruti, la había alcanzado un obús en la batalla de Belchite; y que el propio Román, que para colmo arrastraba las mismas fiebres que cuando era niño, había recibido un disparo en la tibia y cojeaba como el mismísimo Franco. Los tres estaban tan solos como yo.

»Leer las cartas de Antonio tampoco ayudaba: eran las más tristes que he leído jamás. Uno podía ver cómo se apagaba poco a

poco. Ya debía de sospechar que el fascismo podría dejar huérfana a España a la primera de cambio. En el 38 lo trasladaron a Barcelona y la correspondencia solo fue a menos. En sus cartas jamás felicitó al resto por alistarse con Líster en la batalla del Ebro, y tampoco me regañó a mí por haberme unido a los nacionales. No. Él siempre estuvo por encima de eso.

»La relación entre los cinco, a tientas entre aquellas cuartillas, se convirtió muy pronto en el único consuelo que nos quedaba. Yo siempre mandaba las cartas desde Soria, nunca desde el cuartel, y rara era la vez que las firmaba o que citaba el nombre de Machado. Antonio. Antonio. Antonio, siempre Antonio. Los republicanos no tenían esa fijación con la censura o el control que teníamos nosotros, no al menos de la misma manera, por lo que seguimos escribiéndonos hasta finales del 38, cuando nos destinaron a todos a Barcelona. De no haber llevado la correspondencia del cuartel, habría sido mucho más difícil mantener el contacto: yo mismo era el que se encargaba de leer las cartas de los demás y hacer de censor. Un peaje horrible, pero que también traía sus cosas buenas.

»Y luego llegó la última carta de Antonio y de los demás, con la caída de Barcelona. Que a los nacionales nos enviasen a Cataluña a esas alturas solo confirmaba los esfuerzos de Franco por asestar el golpe final a la guerra, eso lo sospechábamos todos. Antonio fue tajante: en los siguientes días se marcharía a París, adonde esperaba llegar en primavera. Iría con su madre, su hermano José y su mujer, Matea, y nos invitaba a los cuatro a unirnos a ellos. Todavía conservaba buenos contactos de su etapa en Francia y creía que podría ayudarnos a empezar de cero. Y, con suerte, a retomar la antología. Fue la primera vez, en los años que separaban aquella conversación que tuvimos en Madrid, que volvía a mencionar el poemario. Con la guerra, ninguno había continuado escribiendo.

Nada. Ni un solo verso. Lo habíamos dado por perdido, aunque nos negábamos a reconocerlo. Román y los demás, que seguramente veían la guerra más negra de lo que la veía yo desde casa, querían seguir sus pasos. Sin familia, sin patria, sin bandera... No les quedaba nada. Lo dejaron claro en su última carta: en cuanto tuviesen ocasión, desertarían y cruzarían a Francia, siguiendo la misma ruta que planeaba seguir Antonio, que no tenía nada de especial, pero era de las pocas que se podían recorrer a pie una vez que los nacionales tomasen el norte de Cataluña.

»Así fue como surgió la idea de reunirnos en Colliure, cerca de la frontera. El camino era claro: había que llegar a Cervià de Ter, en Girona, y cruzar por Portbou hasta territorio francés. De ahí llegaríamos a Cerbère y finalmente a Colliure. Si todo salía bien, nos encontraríamos todos en febrero y desde allí Antonio nos ayudaría a llegar a París. Ya te puedes imaginar que eran muchos los intelectuales y la gente que había comenzado a exiliarse a Francia, Argentina, Portugal, Marruecos..., por lo que huir hasta allí no nos pareció ninguna locura en los tiempos que corrían. En especial, porque fue el propio Corpus Barga quien convenció a Antonio, y Antonio a nosotros, de cruzar hasta Colliure siguiendo esa misma ruta, lejos de los nacionales y los gendarmes franceses.

—¿No tenían miedo?

—¿Miedo? Todo el del mundo. Y dolor también, mucho. Se habla muy a la ligera del exilio, y más ahora que la gente está volviendo a España. Alberti, Jorge Guillén, Arrabal, Goytisolo... Pero rara es la vez que se habla de la incertidumbre de salir del país de uno, que al final es lo mismo que alejarse de lo que se lleva dentro. Abandonar las calles de siempre, en las que uno se crio, dejar de verse en los ojos de sus vecinos, renunciar a los campos que ha pisado de muchacho, al sol que lo ha visto crecer... Es devastador. ¿Recuerda

lo que le he dicho de que a Soria se llega llorando y se marcha llorando también? Pues creo que algo de eso tiene España, y se lo digo yo, que hace más de cuarenta años que no la piso.

—¿Por qué no ha vuelto desde entonces?

—Uy, eso sí que daría para otra conversación, y de las largas.

Ignoraba cómo era el Listerri poeta, pero el narrador era impecable. Hablaba con palabras graves, sin prisa, a las que a veces se sucedían algunas más agudas, casi dejando escapar un gallito de emoción. En especial al mencionar a Antonio, cuando le brillaban los ojos y la euforia le recorría el cuerpo tostado por el sol. Antes de continuar, el camarero, que parecía danzar entre mesas con un par de botellas de vino sobre la bandeja, se acercó para preguntarnos si todo estaba bien. Caí en la cuenta de que el café seguía en su taza, frío e imbebible. Apenas le había dado dos tragos. Listerri, en cambio, se había acabado su copa y los restos de tinto reposaban como destellos granates en el fondo del cristal. Tan pronto como fue a llenarle la copa, Pepe dijo:

—Mejor déjenos la botella, ¿podría ser con más gaseosa?

A partir de ese momento, sus frases comenzarían a sonar apresuradas, erráticas, un ida y vuelta; no desde esa nostalgia caliente, de sobremesa, en la que llevaba media hora sumido, sino desde la clase de dolor que tiende trampas por culpa del tiempo, que aprieta, subyuga, retuerce y obliga a escoger verbos distintos de los que escogeríamos, a medir las palabras, las sílabas, las letras, tratando de seleccionar las que no reabren heridas ni dejan cicatriz. Sospeché entonces que aquella historia, la misma que me había contado, debía de haberla repetido decenas de veces —a su mujer, sus vecinos, sus clientes—, pero la que estaba por llegar llevaba demasiado tiempo oculta en su interior y estaba manchada de la

misma tristeza que los ojos de Bastian. Lo que no imaginaba era que sus caminos conducían hasta el mismo lugar.

CAPÍTULO 7

—Tardamos tres días en llegar al norte de Cataluña. Los tanques que usábamos, los T-26, robados a los soviéticos, eran muy ligeros, pero aun así avanzaban despacio. A nuestra columna la mandaron cerca de Figueras, donde quedaban los últimos reductos republicanos. Esa misma semana aproveché una guardia nocturna y crucé el río para acercarme todo lo posible a la frontera. Era enero y hacía un frío que pelaba. Recuerdo que se me pegó al cuerpo y tardó horrores en irse. ¡Semanas! De Figueras a Portbou estaba todo lleno de republicanos, así que hice el resto del camino sin uniforme. No debía de haber más de diez o doce horas a pie, pero tardé dos días en llegar a la frontera.

»Eran muchos los que desertaban entonces. Republicanos casi todos. Nacionales no conocí a ninguno. A algunos los veía en la carretera, con la mirada perdida, y tan desconcertados como yo, pero nadie decía nada. Los bombardeos de los nacionales no cesaban. Eran como estruendos caídos del cielo. A esas alturas se habían hecho con la mayor parte del arsenal de los republicanos y con las armas de muchos brigadistas. Además, tenían aviones italianos y alemanes, obuses, morteros, y cuando descubrieron que la gente estaba cruzando la frontera a pie, por la carretera, no tuvieron piedad. —Sus cejas recalcaban los detalles militares, los subrayaban con arcos imposibles, haciéndolos evidentes, comprensibles para cualquiera—. La zona entera se convirtió en un cementerio durante el mes de enero.

En los caminos: sangre, maletas y perros sin dueño, deambulando de aquí para allá, bebés sin padres, coches sin conductor que jamás llegarían a Francia..., y en los bosques, la guerra de guerrillas: los pocos republicanos que se negaban a rendirse, disparando a todo lo que se pusiese delante, y los nacionales perdiendo la cabeza por sacarlos de allí. Listerri dijo que llegar vivo a suelo francés parecía un milagro, pero al final consiguió cruzar la frontera y entrar en Francia. De Julián, Román, Raúl y el grupo de Antonio, ni rastro.

»Ellos habían salido de Barcelona un par de semanas antes, así que me aferré a la idea de que se encontraban a salvo. Y cuando dormía, lo poco que dormía, los veía tomando un café en una terraza de Colliure, leyendo el periódico, tristes, condenados, sí, pero convencidos de que el mundo era un lugar mejor ahora que estaban todos juntos y que, a pesar de haber perdido un país entero, habían ganado una vida nueva.

Sus ojos se quedaron unos segundos clavados en el río, aunque no miraban hacia allí ni hacia ningún lado en realidad.

—Después de varios días de operaciones en Figueras no resultaba difícil orientarse para llegar hasta Portbou, siguiendo el camino que había detallado Corpus Barga, pero el cruce a Francia... eso era otra historia. Uno no lo piensa cuando deja atrás el ejército o el país del que viene. No piensa en los laberintos de árboles, ni en la frustración de pasar dos y tres veces por la misma cascada. Estaba desesperado, muerto de hambre y de miedo. Hasta que la segunda noche di con un grupito de franceses. Civiles. Conocían la zona. Iban desarmados, pero llevaban provisiones para varios días. Parecían una milicia, todos voluntariosos y dispuestos a arrimar el hombro. Uno de ellos, un crío de quince o dieciséis años, el único

que hablaba español, dijo que me ayudaría a cruzar a Francia y durante dos días seguí sus pasos hasta Cerbère.

Un escalofrío en la columna. El corazón, que se saltó un latido.

—¿Recuerda su nombre? —logré murmurar.

—¿El del muchacho? No. —En su voz asomó algo parecido a la decepción—. No es que lo haya olvidado, porque pienso en su cara, como en la de otras tantas personas, y creo recordarlo, como si estuviese escrito sobre su cabeza, pero luego nunca me acuerdo. Siempre se borra.

Di un trago de café. Frío, helado, de un sabor horrible, que me dejó todavía más seca la boca, pero me permitió volver a respirar mientras él seguía hablando.

—Era un chico tímido y muy reservado, muy alto. También prudente, muy formal. Me dijo que no vivía lejos de allí y que llevaban semanas ayudando a los exiliados a cruzar la frontera, huyendo de los bombardeos de la carretera. En esos días no confiábamos ni en nuestra propia sombra, pero el crío me dio agua y algo de comer, y dormimos en un refugio de montaña cerca de la frontera, y esa noche le ofrecí el poco vino que me quedaba. Pocas cosas más llevaba conmigo: un petate con una muda, las cartas y los poemas que me negaba a abandonar en Soria, y la misma bota de vino que siempre usaba mi padre. La primera noche bebimos y hablamos sin parar. No hicimos otra cosa.

—¿De qué hablaron?

—De todo. Esa es la magia que nace entre los que saben que pueden morir de un momento a otro: le conté que había desertado del bando nacional, quiénes éramos Los Caminantes, que quería llegar a Colliure para reunirme con los demás, que Antonio Machado nos ayudaría a empezar de cero en París...

—¿Y lo conocía?

—¿A Antonio? Sí. De oídas, claro, como muchos en la época. Pasamos un par de días esquivando a los nacionales y también a los gendarmes, que patrullaban los bosques para que nadie cruzase por donde no debía, y en ese tiempo hablamos de un millar de cosas, sobre todo de poesía. El muchacho no era muy leído, pero le gustaba oírme hablar de Antonio, de Los Caminantes, de París. Hasta que llegó la noche del tercer día, cuando los bombardeos empezaron a engullir la frontera.

»Hacía semanas que bombardeaban las carreteras, pero esa noche el bosque entero comenzó a retumbar. No paramos de correr hasta bien entrada la madrugada. Él todavía podía aguantar el ritmo. Era un muchacho, pero a mí eso me venía grande. Venía de días de mucha hambre, de mucho frío, y estaba exhausto. Pensé que iba a morir, que sería solo cuestión de horas que las bombas nos cayesen encima y, de no ser por el chico, así hubiese sido. De manera que se los di a él.

—Que le dio... ¿el qué? —pregunté, aunque en realidad ya lo sabía.

—Todo: las cartas de Román, las de Antonio, los textos... Le pedí que los enviase a Colliure a nombre de Machado, que allí se los harían llegar. De eso sí me acuerdo. Claramente. Le dije: «Si no llego yo, que por lo menos lleguen los poemas». Se lo hice prometer, ¿sabe? Que los enviaría, por lo que más quisiese.

Listerri se sirvió otra copa de vino. Había perdido la cuenta de cuántas llevaba. La botella nueva ya iba casi por la mitad.

—No recuerdo cuándo nos dormimos, pero al despertar llovía un poco y apenas quedaba rastro de los bombardeos. Nos arrastramos como pudimos por la falda de la montaña, los pinos reducidos a ceniza, y antes del mediodía ya alcanzamos a ver Cerbère a lo lejos, junto al mar. Parecía un milagro que hubiésemos llegado vivos hasta

allí. Aunque la alegría no nos duró mucho. Antes de echar la vista atrás, ahí estaban todos mirándonos: una avanzada de gendarmes. No tenía la menor idea de lo que decían, pero al crío no parecía gustarle. Trató de decirles algo, de excusarse, y le dieron de golpes como si el pobre fuese de papel. Y después vinieron a por mí. Me llevaron a rastras por la falda del monte hasta el puesto de fronteras que había a las afueras de Cerbère, del otro lado de la estación de Portbou. Esa fue la última vez que lo vi. A él y a los poemas.

—¿Y qué fue de los textos, de las cartas? ¿Volvió a saber algo de ellos? ¿Los recuperó?

—No, jamás. Todo se quedó allí, bajo ese cielo en llamas. El muchacho pudo haberlos enviado a Colliure o haberlos lanzado al río, que no hubiese supuesto ninguna diferencia. Se perdieron, eso es todo. Pero en ese momento, durante esa noche en la frontera, entregárselos a él fue la decisión correcta. La más coherente: con él estaban a mejor resguardo de lo que habrían estado conmigo. Tiene que entender que el puesto de la frontera estaba colapsado. Éramos muchos los que habíamos tratado de cruzar a Francia y el ejército no daba abasto. Estaban superados. Para ellos no éramos refugiados, sino extranjeros indeseables, de manera que nos tuvieron allí varios días. Diría, de memoria, que seríamos diez mil, puede que más. El gobierno de Daladier no tenía un plan, así que se pasó días pensando qué hacer con nosotros. En todo ese tiempo no paró de llegar más gente. A ellos, como a nosotros, se lo quitaron todo: las maletas, los muebles, las gallinas que llevaban, el dinero, las joyas..., así que lo más probable es que los poemas hubiesen terminado ardiendo en la hoguera de una cuneta de Francia, junto a otros tantos libros.

Un trago. El más largo. Con más pesar.

—Apenas teníamos comida o agua y enseguida empezó a correr el rumor de que nos iban a llevar internados. Para entonces ya debíamos de ser cuatro o cinco veces más de los que éramos cuando me encontraron los gendarmes. Ninguno de nosotros sabíamos lo que significaba aquello del internamiento y nadie, ni siquiera los exiliados que hablaban francés, era capaz de sacarles media palabra a los militares. Yo creo que ni ellos mismos lo sabían. La situación era insostenible y la decisión del gobierno francés no se demoró más, de forma que comenzaron los traslados masivos a Argelès-sur-Mer. Por aquel entonces, ninguno teníamos la menor idea de lo que era un campo de concentración. No tenía el significado que tuvo después, con los alemanes, pero eso era justo lo que era: un campo de concentración, con todas las letras, por mucho que la historia se haya negado a llamarlo así.

Lo miré con un gesto grave, aguardando la fatalidad, esperando que llegase a mis oídos. Y de nuevo, las palabras desbordadas, ese no mirar a ninguna parte. La voz queda y los monstruos.

—Todo era arena. Una orilla inmensa desde la que apenas se alcanza a ver el mar. Levantaron una alambrada en torno a un espacio abierto y fácil de vigilar, por lo que resultaba imposible no tenernos controlados. De un lado, soldados senegaleses, traídos de las colonias. Del otro, el mar. ¿Adónde íbamos a ir? Era la cárcel perfecta. Cuando llegamos, todavía no habían montado los barracones que construyeron después, y durante días dormimos en hoyos sobre la arena. Tampoco había letrinas, ni agua potable. Los había que deliraban y bebían agua del mar: eso empeoraba las diarreas y la deshidratación, y mataba a tantos como los piojos o la tristeza. Cada día se morían diez o doce. Chiquillos, ancianos, hombres con y sin ideas. Y, sobre todo, muchos de los heridos de guerra que habían desertado y que arrastraban neumonías o

infecciones que los comían por dentro. Los enterrábamos en la arena, todo lo lejos del mar que podíamos para que el agua no los sacase de vuelta. No teníamos palas y los senegaleses ni siquiera nos ayudaban.

—¿Y la prensa?

—¿La prensa? —resopló, irónico—. No sabíamos lo que estaban diciendo por ahí, claro. Ni siquiera teníamos radio. Mucho después nos enteramos de que en los periódicos se habló de «medida necesaria para el orden público» y que se alabó la gestión de Daladier. «El menor de los males», dijeron... Pero nada de lo que he leído por ahí ha hecho justicia jamás a lo que vivimos durante esos días. Supongo que los franceses que sabían las condiciones en que se vivía en aquella playa se avergonzaban, claro, pero...

Pepe Listerri volvió la vista hacia mí. De pronto parecía un hombre distinto, más envejecido, como si hubiesen transcurrido años desde la última vez que nuestras miradas se habían cruzado. La pena le pesaba en los pómulos, en la piel, y ese entusiasmo juvenil que desprendían sus ojos se había ido apagando hasta volverse sombrío.

—No estoy seguro de cuánto tiempo pasamos ahí dentro. Semanas, mínimo, puede que meses. A mí me sacaron a punto de llegar el verano, después de fantasear toda la primavera con que vendría algún barco de los rusos a salvarnos, pero mucha gente se quedó todo el 39 ahí metida. A algunos los mandaron a otros campos: a Saint-Cyprien, a Gurs... A los que causaban más problemas los enviaban a hacer trabajos forzados. El proceso de selección era aleatorio y muy confuso. La realidad es que te podían mandar a cualquier lado.

Le pregunté por los que se quedaron, aunque por su expresión era fácil anticipar la respuesta.

—Muchos terminaron deportados por el régimen de Vichy, que era mucho peor que el de Daladier. De largo. Se supo después que a la mayoría los mandaron a campos nazis. A Mauthausen y otros lados. Para muchos, la pesadilla de Argelès fue solo la primera de muchas otras.

Recuerdo cómo el mundo, al escucharlo, se vuelve más oscuro de pronto. Se copa de nubes, y comienza a sonar extraño, despiadado, hostil. ¿Por qué tanta gente había tenido que correr esa suerte y por qué nadie sabía nada? ¿Por qué el silencio? ¿Por qué en clase de Historia y Geografía se enseñaba la lista de los reyes godos, las capitales de Europa, los afluentes de los ríos, y no la historia de Listerri? ¿De la gente que corrió su misma suerte? ¿Por qué las monjas de Gracia no nos habían contado que bebían agua del mar o se cubrían con sábanas de arena? ¿Acaso esa gente no era nuestra gente? ¿No podíamos haber sido nosotros de haber nacido veinte años atrás?

—A mí acabaron mandándome a hacer trabajos forzosos para los franceses. Ese año me lo pasé entero por el sur de Francia trabajando en el ferrocarril. Colocábamos traviesas, extendíamos el balastro y, a falta de máquinas modernas, nivelábamos el terreno. Todo con picos y palas. Y con las manos cuando no había herramientas suficientes. Me acuerdo de que en esos días pensaba mucho: «mañana por fin me muero, mañana, sí, es a mí a quien le toca», pero luego nunca me moría, manda cojones. Y seguía cargando raíles y arrastrando los pies por las vías. Con todo, era mucho mejor que Argelès. Ya no teníamos que dormir en la playa y al menos la comida era digna. Los había que se conformaban con eso. No los culpo. Pero yo ya no podía más. No sabía qué había sido de Antonio ni del resto. Vivir con esa incertidumbre fue lo peor de todo.

»Un año estuvimos así. Hasta el verano siguiente. En cuanto comenzó la ofensiva de los alemanes, las cadenas de mando saltaron por los aires y abandonamos las vías durante una semana. Muchos exiliados nos mezclamos con los soldados, que no sabían qué iba a pasar. Fue un caos silencioso. Nadie quería que nos enterásemos de lo que estaba ocurriendo y al mismo tiempo resultaba imposible no darse cuenta. No fue difícil salir de allí. Un día, simplemente, no vinieron los guardias, así que nos marchamos. No fue heroico ni memorable. Tan solo echamos a andar por el monte, siguiendo las mismas vías que llevábamos un año armando. Y así, por carreteras comarcales y raíles a medio poner, fuimos yéndonos cada uno hacia un lado.

»En cuestión de días llegamos aquí, a Perpiñán. Nos pasamos dos semanas enteras en el hospital. Podrían habernos delatado, incluso los habrían felicitado por entregarnos, pero nadie lo hizo. Descubrimos después que llevaban meses ayudando a muchos de los exiliados que habían conseguido salir de los campos o que se habían fugado. Fíjese qué cosas: los mismos franceses que nos habían metido en una jaula eran los que ahora nos curaban las heridas y nos daban de comer caliente. Fue allí, en el hospital, donde me enteré de la muerte de Antonio. Habían pasado casi dos años y yo había vivido todo ese tiempo sin tener la menor idea, imagínese. Eso me dolió más que lo de Argelès. Me dejó devastado.

—¿Y qué hay de Los Caminantes? ¿Consiguió contactar con ellos?

—Nada. Ni rastro. Se esfumaron. Jamás supe si sobrevivieron a los últimos días de la guerra, si llegaron a cruzar la frontera, si los mandaron a los campos. Con el tiempo conseguí contactar con la mujer de Raúl, incluso con José Machado, por si llegaron a encontrarse en Colliure, pero no sabían nada de ellos. Ni una carta, ni un mensaje... No recibimos noticias de su muerte. Simplemente,

desaparecieron, como muchos otros. Entonces no había registros. No, si uno no quería que los hubiese, seguro que entiende a qué me refiero. Los busqué —una pausa, un silencio parecido a un suspiro que se deshizo en el aire antes de convertirse en algo más—, pero no hubo forma, créame. Sea lo que sea que les pasó, a ellos y a sus poemas, ya nunca lo sabremos.

Pensé en Bastian con el pecho encendido. En su carta, en los años buscando editores, dándolos a todos por muertos. Y la amargura me quebró la voz:

—¿Y qué hizo luego?

—París dejó de tener sentido y Colliure con ella. De manera que hice lo único que me quedaba por hacer: enamorarme. Se llamaba Camille —añadió recuperando algo de ese brillo genuino que tenía antes en los ojos—. Era rubia, de un rubio muy distinto del de las españolas, ya lo creo, y trabajaba de enfermera en el Centre Hospitalier de Perpiñán, donde tan bien nos habían tratado. Ella y la gente del hospital nos ayudaron a convertirnos en fantasmas hasta tener los papeles. Tuvimos que ir y venir a Marsella varias veces, a la Prefectura de Bouches-du-Rhône. Allí había una red de exiliados muy grande, gracias al puerto comercial, y se hacía negocio con los permisos de residencia y los salvoconductos. Muchos se fueron de ahí a Argentina o al norte de África. Fue el momento perfecto porque luego, con Vichy y la ocupación, todo se volvió más complicado. Después de eso, con el permiso de residencia bajo el brazo, trabajé de todo lo que usted se pueda imaginar: vendimiando los veranos, de conserje en una fábrica de cemento, descargando barcos aquí mismo, en Perpiñán, y de dependiente. Estuve en dos librerías, y la tercera ya me la quedé. El resto fue mucho menos interesante que todo cuanto le he contado: el empezar de cero, la rutina, el matrimonio. Por fortuna, Camille era maravillosa, y su

familia, aunque humilde, nos apoyó mucho. Sobre todo cuando entraron los alemanes y el miedo se generalizó en cada casa. La querían mucho —de nuevo, un silencio—. Nos querían mucho. Por un tiempo, y a pesar de todo, a pesar de la muerte de Antonio, de no saber nada de mis amigos, fui el hombre más feliz del mundo. Llegué a Francia como un idealista persiguiendo la vida que creía digna, y al final encontré algo distinto. No sé si mejor, pero igual de valioso. Antes me culpaba mucho por ello, ¿sabe?

—¿A qué se refiere?

—Pues que yo haya podido vivir esa vida, una vida al fin y al cabo, y ellos probablemente no. Porque de haber sobrevivido nos habríamos encontrado. Habrían hecho por vernos. Me habrían buscado. Quizá habrían vuelto a España, qué sé yo. La cuestión es que nunca tuvieron la oportunidad de elegir, pero yo sí. Me daba tanto coraje que durante años me despertaba por las mañanas con la certeza de que me habría cambiado encantado por ellos, que les habría entregado mi vida para que pudiesen vivirla con la misma ilusión con la que había terminado por vivirla yo. Sin París, sin Antonio, sin poesía, pero con amor. Eso fue hace muchos años, sí. Ahora ya no pienso igual. Ahora que soy más viejo, que ya no está Camille y solo me queda la librería, sé que por mucho que los quiera, que los eche en falta, no podría cambiar los años que viví con ella por nada. Y eso me hace feliz, aunque me duela, porque significa que han sido años buenos y vividos de verdad, y estoy seguro de que si me viesen, no me dejarían cambiarme por ellos. No. Ni pensarlo —sonrió al fin—. Así de buenos amigos eran.

En cuanto Listerri terminó, el camarero se acercó con un par de cartas de papel estucado, como si llevase varios minutos aguardando el momento exacto.

—¿Pedirán algo para comer? —preguntó en francés.

Pepe echó la vista al reloj que llevaba en la muñeca. Dijo que eran casi las dos y que se le había hecho tarde con tantas historias, que no debería tardar en abrir la librería. Lo único que pude decirle fue que me dejase pagar por haberle robado tanto tiempo. No se negó.

Juntos, deshicimos lo andado por la orilla del río. El sol nos observaba desde el punto más alto del cielo antes de caer y por un rato ninguno dijo nada. Tan solo silencio, tan extraño de súbito, recóndito.

—¿Por qué no ha vuelto a España? —pregunté para romperlo.

—No se crea que no lo pensamos. En el 75, cuando pasó lo que tenía que pasar, estuvimos a punto. Lo que ocurre es que Camille ya estaba enferma, no tan enferma como se puso después, pero no estaba para viajes ni mudanzas. No a esta edad. Y luego, cuando se fue, ya era tarde. Aquí la tengo a ella, la librería, y también a Antonio. —De nuevo, la imagen de las cuatro rosas en el cementerio de Colliure—. No necesito más. Y fíjese lo que le digo: aunque no tuviese nada, aunque tuviese que empezar de cero, no volvería jamás a España. No con todo lo que está pasando ahora.

—¿No le gusta cómo se están haciendo las cosas?

—Ni pensarlo. ¿Sin justicia? ¿Sin memoria? ¿Sin acordarse de nosotros? —La cólera asomaba en sus labios, un gallito al fondo de su garganta, de coraje, de pasado, de muchos pasados—. ¿Así es como escriben la historia cuando es demasiado horrible para mirarla a los ojos, con el silencio? ¡Ni pensarlo! Uno puede hacer la vista gorda con muchas cosas, pero si un país renuncia a lo que ha sido o mira hacia otro lado... ¿Para qué ha servido tanto dolor? ¿Para qué los cuarenta años sin noticias de Román, de Raúl, de Julián? Los hay que se creen profetas, ¿eh? Los que dicen que es la única manera de hacer las cosas, de no hacer más daño del que ya se ha hecho.

Pero yo creo que es todo lo contrario, porque si se tuviesen que sentar a reconocer el daño que se ha hecho realmente, estaríamos cuarenta años de luto. La sangre, mucho me temo, no la seca el tiempo, ya lo decía Antonio.

La gente que había terminado de comer se arremolinaba ya en las calles de piedra del centro, donde el olor a café había sustituido al de las flores y el pan. No debíamos de estar lejos de la librería.

—¿Y escribir? ¿Ha vuelto a hacerlo en todo este tiempo?

—Pues no se crea que no me hubiese gustado. Seguro que me habría ayudado mucho —las pausas, siempre esas pausas de aflicción—, pero no. La literatura lo ha supuesto todo en mi vida, ya lo ve: Antonio, Los Caminantes, el viaje a Francia, la librería..., y sin embargo, después de Argelès no volví a escribir nunca. Cuando uno vive algo así, deja de creer en nada. También en la poesía, en la vida, en las cosas que verdaderamente merecen la pena. Ahora me conformo con ayudar a otros a encontrar refugio en los libros.

Cuando llegamos a la librería, me fue inevitable pensar que le debía una explicación. Él se había abierto durante casi dos horas conmigo. Me había hablado de quién había sido y de quién no había podido ser, y a cambio yo no le había entregado nada. Me sentía en deuda, y debía ponerle remedio antes de que Listerri subiese la persiana, porque sabía con total seguridad que en el momento en que pusiese un pie dentro no volvería a verlo jamás. Guardé silencio unos instantes para buscar las mejores palabras, para tener, al menos, dos frases formuladas en mi cabeza que no me traicionasen y no le hiciesen daño. Solo entonces, con ellas aguardando en la garganta, le dije que tal vez estábamos a tiempo de recuperar aquellos textos —si encontraba a Bastian, pensé, si llegaba hasta el final del camino—.

Sus mejillas se tiñeron enseguida de gris y su mirada se volvió ausente.

—Me temo que esa vida la di por perdida hace mucho. He tenido tiempo de despedirme de ella, de los poemas y de mis amigos. No creo que nadie esté interesado en las obras de cuatro muchachos de Soria que ni siquiera llegaron a convertirse en poetas. Tampoco usted, por muchas molestias que se haya tomado en venir hasta aquí.

El brillo de sus ojos —de nuevo aquel brillo, juvenil, entusiasta, en el que cabían todas las ilusiones del mundo— lo delataba con la misma convicción con la que la memoria nos tiende trampas para creernos nuestras propias mentiras. Sí, ese brillo —me dije— lo conocía bien.

—Una última cosa.

—¿Sí? —preguntó Listerri tirando de la persiana metálica de la librería, que enseguida dejó entrever los carteles de colores de los saldos.

—¿Cree que ese crío, que Bastian —rectifiqué—, podría estar en la frontera porque buscaba a Antonio Machado? Encontré un informe. De las Brigadas Sociales. Le encargaron matarlo durante aquel invierno.

—Aquel crío... no tenía cara de haber matado una mosca. Y mucho menos a Antonio Machado.

—Lo sé —me oí responder casi como un acto reflejo.

¿Lo sabía? ¿Tan segura estaba? Y de ser así, ¿para qué había empezado aquel viaje?

Pepe Listerri me regaló la mejor de sus sonrisas. La más entusiasta y también la más amarga, como si viniese de dos personas distintas, inseparables, y después se adentró en la librería

con el mismo paso errático y perenne que siempre llevaba consigo, haciendo camino al andar.

CAPÍTULO 8

Esa noche —después de muchos años sin hacerlo— soñé con Bastian Ballard, que no era el Bastian que yo conocía, sino el adolescente, el Bastian de la frontera. Soñé que me conducía a través del bosque. De fondo, el eco de la metralla, las bombas, los morteros. Yo no sabía diferenciar esa clase de ruidos, pero intuía que eran máquinas de matar y que ambos corríamos peligro. En especial porque él caminaba delante de mí a toda prisa. Se adelantaba con una carrerilla, aminoraba el ritmo y luego, después de otear el horizonte con el torso pegado a un pino, echaba a andar de nuevo. Nunca miraba para atrás. Quería decirle que parase, que se volviese porque necesitaba hablar con él, hacerle tantas preguntas... Preguntarle, por ejemplo, cómo encontró el resto de los poemas de Los Caminantes, cómo pudo aceptar el encargo de matar a Machado. Sin embargo, respirar resultaba una quimera por culpa del humo. Teníamos que salir de ahí o íbamos a morir. Le grité su nombre:

—¡Bastian!

Lo grité tan alto que incluso los aviones de guerra se dieron cuenta de dónde estábamos y comenzaron a arremeter con más fuerza contra nosotros. Todo eso lo podía ver —las caras de los pilotos, las alas de los aviones—, nítido ante mí, como si fuese más real que la propia vida.

—¡Bastian!

Pero esta vez no me salieron las palabras y cuando advertí que los labios se movían muy despacio, apenas un susurro, y que la garganta había quedado muda, todo se convirtió en una pesadilla. Para entonces ya no podía correr porque el cuerpo era un amasijo de carne, inmóvil, una estatua de cera a la espera de la muerte. Como no podía gritar, pensé: «Bastian, no me dejes». Pensé en su nombre muchas veces. Para mí, muy fuerte, y cuando al fin parecía que se iba a girar, que iba a verle la cara —al muchacho, no al mentor ni al amante—, que iba a poder hacerle todas esas preguntas, una explosión. Un calor en la carne. Un destello en la punta de los dedos. Los ojos llenos de llamas.

A la mañana siguiente le devolví el coche al dueño del hostal de Cadaqués. Le pagué por los días extra y le pedí permiso para darme una ducha de agua caliente. Esa misma tarde volví en autobús a Barcelona, por el mismo camino sinuoso e interminable por el que me habían llevado al comienzo de la semana. Tan solo habían pasado unos días, pero la sensación, que no distaba mucho del sueño de esa noche, era de toda una vida.

En casa aguardaba la tía Elvira con el pesar de siempre. La ausencia de papá podía sentirse en las paredes y también pegada a las cortinas. No fui consciente de ello hasta que regresé del viaje. Una no se daba cuenta de ello si solo iba del colegio a casa, pero vista con la perspectiva de los días, su presencia se había reducido al olor vulnerable de su ropa, que hacía las veces del olor de la enfermedad, de la vejez, de la muerte, y ahora aguardaba tras la esquina de aquel pasillo largo, tan español, en la tela de las toallas al secarse las manos, en los pomos de las puertas, pese a que papá ya no estuviese con nosotros. Me permití repetírmelo varias veces —«Papá ya no está, por muy lejos que te vayas, por mucho que tardes en volver, papá se ha ido»—, mientras la tía Elvira se

empeñaba en abrazarme con fuerza para que no me fuese. A mí, que era lo único que le quedaba. Qué curioso, cuántas veces había deseado de niña que papá se marchase y cuánto deseaba ahora echarme en sus brazos y respirar el humo de su tabaco, la picazón de la sarga de su traje en las mejillas, el deje a cuero de esa colonia cara a la que nunca llegaba en el baño por mucho que estirase los brazos de pequeña para oler como él, para ser como él.

Un suspiro de madre —una madre vieja, de un mundo viejo, de las que ya no quedaban— se escapó de su boca al soltarme, en el que se podía oír todo lo que callaba.

—Ha llamado esa mujer.

—¿La señora Valmont?

—La editora, sí.

Al parecer, había tocado a varias puertas de Francia. Nadie sabía nada de Bastian desde hacía cinco años. La correspondencia se había perdido: o él dejó de contestar las cartas que le enviaban o los editores rompieron el contacto en algún momento. Lo poco que sabían de él era que llevaba un tiempo viviendo en Toulouse. Uno de los editores a los que había llamado Virginie todavía conservaba su número de teléfono. No podía asegurar que siguiese viviendo allí, pero podía tirar de ese hilo.

Mi tía había apuntado el número en una de las cuartillas viejas que papá llevaba siempre consigo. Una de tantas que no habíamos tirado y que se amontonaban en los cajones de casa con la nostalgia suficiente como para deshacernos también de ellas.

—Le dejas a tu tía que te dé un consejo. —Era una pregunta pese a que no lo parecía.

La miré a los ojos con el número en la mano. Era la mirada más franca que recordaba. No había reproches en ella, ni siquiera ese

paternalismo incómodo con el que solía abroncarme en la habitación tantos años atrás. Asentí. Qué más podía hacer.

—Entenderé si sales a buscarlo otra vez. Si así te quedas más tranquila, está bien. Pero si solo va a servir para que te hagas más daño, tal vez deberías olvidar lo que ha pasado, como hacemos todos cuando nos hacemos viejos. —Me tomó de la barbilla, con las manos bañadas de la misma ternura que la había definido toda la vida—. A veces, las personas a las que más queremos no tienen las respuestas que esperamos.

Estaba tan mayor, y daba su amor tan por sentado, que a ratos olvidaba que un día —como papá— ella también se marcharía, y entonces ya no me quedaría nadie con quien compartir mis silencios. Esa idea me alcanzó con tanta fuerza y de forma tan inesperada que por un instante me olvidé del teléfono y de Virginie Valmont. Sabía que debía darle la razón, que estaba rabiosamente en lo cierto como lo había estado siempre, como lo están las madres —qué tontas somos las hijas, que no tenemos remedio—, pero en su lugar le di las gracias, le devolví los besos, las caricias en las manos, y me encerré en la habitación con ese crujir amargo que la madera había hecho una noche para no cambiar jamás.

Leí el poemario de Cernuda hasta coger el sueño, incapaz de regresar al salón y levantar el teléfono. Había varios poemas que subrayé de forma destartalada, con líneas que iban de un verso a otro sin la mínima intención de enderezarse. Pero lo que más me llamó la atención fue que había uno que ya estaba subrayado. En concreto, la última estrofa de «No quiero, triste espíritu». Era la misma que Listerri había pronunciado en voz alta en el momento de entrar en la tienda. Conocida su historia, sus dolores y sus fantasmas, el poema cobraba un significado totalmente distinto.

Morir aún más. Arrancar una sombra. Olvidar un olvido...

En las horas siguientes pensé en los nuevos abismos, ninguno diferente de los que ya me perseguían, y en aquel número que ahora aguardaba encima de una cómoda vieja, con aquel espejo —ya de color cobre, o verde, o como se supone que son los espejos que sobreviven durante décadas— frente al que me había maquillado por primera vez, frente al que me había abrochado un sostén por primera vez, frente al que me había descubierto llorando por mamá con el mismo desamparo de quien llora por primera vez.

Afuera, solo el tictac del reloj del comedor. Ni el sonido de la radio, ni el de la tele, ni el balanceo de las pantuflas de tía Elvira, cada vez que iba al baño a medianoche por culpa de las valerianas que tomaba desde siempre. Pensé en llamar tantas veces, en qué decir, en qué callar, que cualquier excusa me parecía válida con tal de esperar al día siguiente: la hora —ni siquiera habían dado las once—, el precio de la llamada internacional, el juicio de mi tía, incluso la distancia que me separaba del comedor —la despertaría, estaba segura, tenía el sueño ligero—. Pero cuando quise darme cuenta ya había salido de la cama, cruzado el umbral del pasillo y descolgado el teléfono del salón.

El número empezaba por 33, como todos los prefijos de Francia. Metí el índice en el tres, como quien hurga en la herida, y di una vuelta al disco.

De nuevo el tres, disco.

El seis, disco.

El cuatro.

El dos.

El seis una vez más.

Disco, disco, disco.

Y con cada número, un miedo, una culpa, un deseo, una necesidad —qué tonta, veinte años después—, un sudor adolescente

pegado a las axilas, entre dos abismos de piel fría. Más tarde, el zumbido del tono, musical como la lluvia de la noche anterior, pero resonando en las tripas:

Un tono.

Otro tono.

Otro más —pensé: «ya van tres, nadie va a cogerlo»—.

Un cuarto y un quinto, que parece que vayan muy seguidos, más que el resto.

Luego, el contestador: una voz metálica, de telefonía, que no era la voz de Bastian Ballard ni podría serlo nunca.

Colgué.

Me armé de valor.

Y luego repetí el mismo ritual tratando de que los nervios no ganasen en esta segunda oportunidad. Para entonces me temblaban tanto las manos —los dedos helados, los brazos con titubeos de serpiente— que tardé casi el doble en girar cada número. Una vez más: el tres, el tres, el seis, el cuatro, el dos y el seis.

El retroceso del disco.

Un tono.

Dos.

Y un tercero.

—Allô?

Era una voz femenina. No podía ser mucho mayor que yo. ¿Sería esa la voz de la mujer de Bastian, con la que habría decidido compartir su vida, tener hijos quizá?

Con el mejor francés que pude —los labios temblando, la lengua desorientada— le expliqué que estaba buscando a Bastian Ballard. No mencioné a Virginie Valmont ni tampoco cómo había conseguido el número porque eso solo habría evidenciado la torpeza de mi francés, que seguía menguando en la memoria.

La mujer guardó silencio unos segundos. Parecía estar hablando con alguien —un hombre, o esa era la sensación que daba por el ruido torpe del auricular que iba y venía de la mano a sus oídos—. Después de eso comenzó a hablar con frases apresuradas e ininteligibles, como si tratase de quitarse de en medio la conversación lo más rápido posible. Lo único que pude hacer fue disculparme y pedirle que fuese más despacio.

Al otro lado del auricular pude oír otro silencio, que no debía de distar mucho de uno de esos suspiros de incredulidad que solían lanzar las monjas al confesarles que no habíamos entendido nada. En cualquier caso, el efecto debió de desdibujarse enseguida porque empezó a hablar con palabras simples, muy despacio, como si se dirigiese a un niño.

Fue así, con esas palabras pequeñas, diminutas, como entendí que hacía años que Bastian no vivía allí. Y luego le rogué —al menos así es como sonó cuando las palabras salieron de mi boca— que me dijera cómo contactar con él. Le dije que había sido una persona muy importante en mi vida y que, después de mucho tiempo buscándolo, ese número era todo cuanto había encontrado. Si no daba con él de esa manera, sospechaba que ya no podría hacerlo nunca. Debí de decirlo con una sinceridad radical porque toda la dureza de su tono se diluyó en los segundos siguientes.

—*Une seconde, ça va?*

El auricular me devolvió el sonido de un golpe seco. Debía de haberlo dejado contra un mueble. Y al cabo de un par de minutos —en los que cabía toda la incertidumbre del mundo—, su voz de nuevo: aunque Bastian ya no vivía allí, seguían llegando cartas para él, cosas sin importancia, seguros, bancos..., apenas mantenían el contacto, pero siempre las remitían a la única dirección de la que tenían constancia, una villa al norte de Toulouse, en Saint-Jory.

Le di las gracias hasta que se me cansó la lengua y tomé nota de su dirección en la misma cuartilla en la que la tía Elvira había apuntado aquel número horas atrás.

Debía de seguir viviendo allí porque las cartas que le reenviaban nunca volvían, eso fue todo lo que dijo antes de dar las buenas noches y colgar.

A la mañana siguiente, y con el desayuno sobre la mesa, le dije a la tía Elvira que el fin de semana cogería un taxi al aeropuerto del Prat y compraría el primer vuelo rumbo a Toulouse que hubiese. En la tele —siempre la primera cadena, apenas la UHF—, las noticias. Una reposición de Adolfo Suárez llamando a las urnas en las que serían las segundas elecciones democráticas desde el fin de la dictadura, para las que todavía quedaban un par de semanas.

Le conté lo de la llamada y con cada palabra advertí un tipo de incertidumbre distinta: la incertidumbre del precio del billete —y qué caro, hija, y que cómo lo vas a pagar, y qué vas a hacer, sacarlo de la herencia—, la incertidumbre del recelo, de unos días más lejos de casa, tantos —y dónde te vas a quedar, y me vas a dejar sola ahora, otra vez—. Pero al final no dijo nada. Sin vacilaciones, sin perplejidad.

—Si eso es lo que quieres, está bien.

Y después se sirvió otro vaso de leche pese a que el que tenía ya estaba medio lleno.

Su contención fue uno de los muchos actos de amor que la tía Elvira me concedió sin ningún tipo de reservas.

Esa noche no soñé con Bastian ni con aquel bosque en llamas. No soñé con nada.

CAPÍTULO 9

En el momento de subir al avión, dos días después del cuarenta aniversario de la muerte de Machado —«otra de esas curiosas rimas del destino», pensé—, el miedo de las últimas semanas había desaparecido. En su lugar, una expectación extraña me había tomado el cuerpo. No sentí miedo al abrocharme el cinturón ni durante el despegue, ni tampoco al aterrizar o al verme reflejada —mi cara, esa era mi cara, sí— en la ventanilla del cristal del taxi, preparada para que el cuerpo o lo que aguardase dentro se estremeciese al entrar en contacto con Bastian Ballard.

Un verde perpetuo que recordaba al de los primeros días de primavera escoltaba el camino entre el aeropuerto de Toulouse y Saint-Jory. Una vez enfilada la carretera y dejadas atrás las casitas de color teja, el cielo se abría ante esa luz suave de Francia. A medida que uno se acercaba al norte, se arremolinaban los troncos —algunos claros, otros manchados— de los álamos —algunos altos, otros solo espigados— entre las filas de las casas a ambos márgenes de la carretera. Ir de cualquier terminal del aeropuerto hasta Saint-Jory no suponía más de cinco o seis canciones en la radio, dependiendo de lo rápido que condujese el taxista o de lo bien que conociese los caminos que conectaban una finca con otra.

Pagué con el dinero que había cambiado en el aeropuerto y me permití mirar hacia todos lados. La dirección conducía hasta una casa rodeada de campos de un inconfundible verde primaveral que comenzaban a brotar, mucho más alejada que la mayoría de las que

habíamos dejado atrás. Su aspecto era crepuscular. No solo por el estado de la madera, que necesitaba varias capas de pintura, sino por la forma en que su silueta recortaba el horizonte, con el techo parcheado con tejas de colores diferentes y con varias alturas que, si una se fijaba lo suficiente, parecían regirse por distancias distintas. Con lo entusiasta que era Bastian de la ciudad, resultaba difícil imaginarlo allí: leyendo, andando, riendo en medio de la nada misma.

La puerta de la finca, de idéntica madera vejada que el resto, estaba entreabierta y en el buzón —de un azul pálido, pintado con chorretones— aguardaban las cartas de varias semanas, agolpadas unas sobre otras. Tras poner un pie dentro, ladridos. Busqué con la mirada hasta localizar a tres perros, no muy grandes, no muy fuertes, atados junto a un techado que hacía las veces de garaje, donde también me observaba un Renault 4 rojo, al que el polvo había tomado por rehén. ¿Desde cuándo conducía Bastian?

Con cada paso, los ladridos se intensificaban. Entendí enseguida que era la intrusa, que siempre lo había sido, y que ahora ellos eran los encargados de recordármelo como en otro tiempo lo había sido mi reflejo en los espejos de los pasillos, mi ropa echada al suelo del comedor después de acostarnos. Desde dentro de la casa salió una voz cansada, y luego una silueta que trató de acallarlos en francés haciendo aspavientos con los brazos: demasiado rápido para la edad que parecía tener, demasiado despacio para resultar convincente. Se trataba de un hombre, y aun así era alto y del rostro, conquistado por una barba oscurísima pero también de un blanco galopante a la altura de las patillas y la barbilla, apenas se dejaban ver unas gafas redondas. A los ojos les tomó unos segundos reconocerlo, pero el corazón advirtió enseguida la conmoción que precede al abismo.

Al ver a Bastian Ballard dibujado contra la puerta no pude seguir andando. Me quedé allí, de pie, a merced de los ladridos, esperando que fuese él quien se acercase, quien rompiese la distancia hasta que el cuerpo —mi cuerpo— entendiese que no me encontraba en ninguna trinchera ni estaba huyendo de las bombas en la frontera. Pero en el fondo sentía la tentación de darme la vuelta y echar a correr. Por su reacción, deduje que no me había reconocido. Era mucho lo que cambiaba una mujer de los dieciocho a los casi cuarenta, ¿verdad? ¿Cómo asimilar, cómo reconocer tan rápido la metamorfosis de la infancia, la mutación del entusiasmo en silencio, de los ojos brillantes a los ojos rendidos?

Sin dejar de gritar a los perros, Bastian se ajustó las gafas y dio varios pasos vacilantes hasta donde me encontraba, como si todo en él tuviese un peso distinto del que debería, un peso desproporcionado en los brazos al alzarlos, en las manos al hacer aspavientos, en las piernas al caminar despacio, primero una, luego la otra, hasta que se aproximó lo suficiente como para observarlo de cerca. A esa distancia, todo en él me resultaba ajeno a la memoria, y también extrañamente familiar al hombre idealizado que tantas veces había proyectado: no había perdido pelo. Es más, lo había ganado, dejándoselo crecer hasta la altura de los hombros. Pero daba la sensación de que lo llevaba secado al aire, ondulado en algunas partes, liso en otras, sin huellas de un peine o un cepillo. Las mismas canas que le habían tintado las sienes y parte del cogote se habían extendido por la barba, que apuntaba en todas direcciones y en ninguna al mismo tiempo. Estaba más delgado de lo que recordaba —o bien pensado, puede que siempre hubiese sido tan huesudo—. Sobre los hombros ya no reposaba uno de esos suéteres para el frío, que le hacían lucir más elegante que cualquiera de los vecinos del Gótico a pesar de pasarse el día escribiendo, sino

prendas que parecían haber vivido de más: un pantalón de chándal negro, un par de tallas más grande, y un jersey rojo que había perdido parte del color tras muchos lavados, en especial a la altura de las axilas y las mangas.

Yo, que me sabía fuerte a esas alturas del viaje, que podía ver morir a un padre, cargar con él en brazos, lavar su cuerpo; yo, que sabía orquestar una canción de Serrat para diecisiete adolescentes, paralizada de pronto como si no hubiese pasado un solo minuto desde su marcha.

—¿Quién es? —dijo en francés.

¿Así de tenue sonaba en realidad? ¿Me habría traicionado la memoria todo ese tiempo o era fruto del idioma? Luego, otra onomatopeya estridente tratando de calmar a los perros, cuyos ladridos habían comenzado a transformarse en gemidos leves de indignación. No daba la sensación de que viese bien de lejos: apretaba mucho los ojos y eso hacía que a las arrugas naturales de la cara les saliesen afluentes por la frente y las sienes. ¿Qué edad debía de tener para entonces? ¿Cincuenta y cinco mal llevados? ¿Tal vez más?

Eran tantas las veces que lo había imaginado, que me había visto frente a él fantaseando con todos los escenarios, que había tenido el tiempo suficiente para ensayar cada frase. Le diría: «por qué te marchaste», «adónde», «en qué momento decidiste que te ibas a despedir con aquel poemario», «ya lo sabías aquella noche, ¿verdad?, cuando dijiste que me ibas a añorar». Tenía estudiadas las respuestas a sus respuestas, los caminos que podía tomar para evadir las explicaciones que merecía, posponerlas, dar voz a sus excusas. No tendría forma de escapar, de salir de esa. Pero nada —qué tonta, de nuevo la misma trampa del corazón— me hacía imaginar que me quedaría sin palabras al verlo.

Me quedé esperando, inmóvil, unos segundos más, como una forma de autodefensa de la realidad, como una forma de decir: «sí, esto está pasando, Julia, está delante de ti». Deseé que no se me quebrase la voz y al mismo tiempo me pareció imposible. Sin embargo, Bastian ya se hallaba a apenas un metro de mí, a la distancia perfecta en la que por fin pudo reconocer a la mujer que tenía delante, que ya no llevaba falda escolar, ni salía corriendo para llegar a tiempo a casa. Se le encendió la cara al pronunciar mi nombre, y la expresión de incertidumbre del principio se deshizo en una mueca de gratitud y nostalgia en la que podía leerse lo mucho que hubiese deseado abrazarme y lo mucho que lamentaba haber perdido el derecho a hacerlo.

De esa tarde lo recuerdo todo con nitidez —imposible que haya lugar para las trampas de la memoria—: cómo nos miramos sin decir nada unos segundos más, hasta que la situación se volvió incómoda, cómo me invitó a pasar adentro, volviendo al castellano con una torpeza inusual para él, cómo los perros flexionaron las patas de delante con un gemido para hacerse un ovillo después y recogerse sobre su cola, cómo el corazón parecía decirme cuánto deseaba explotar ahí mismo, manchando la valla del jardín, las macetas de todos los tamaños, el sendero con florecitas que conducía hasta la finca, una jaula de pájaros sin pájaros que aguardaba en el porche al subir tres escalones de piedra.

También me acuerdo de que la casa estaba sumida en el mismo caos que parecía regir al nuevo Bastian. Un caos armónico si se echaba un vistazo rápido, pero asfixiante a la hora de detenerse en los detalles. Resultaba inevitable compararla con su antigua casa de Barcelona: los libros no solo reposaban en sus estanterías, sino que muchos estaban en pilas por aquí y por allá, como si alguien hubiese comenzado a leerlos y los hubiese descartado sin más. Frente al sofá

—marrón, viejo, plasticoso—, el televisor —¿desde cuándo Bastian tenía tele?— estaba encendido, y a él se sumaban pequeñas lámparas, como las que acumulaba en el Gótico, que parecían sacadas de otra época, como el tocadiscos que ya tenía en los cincuenta, o la mesa del comedor, de un tono caoba a juego con las sillas, de las que pendían varias prendas de invierno.

Con todo, la casa era luminosa, con varias ventanas alineadas en las paredes de la cocina y el salón, lo que hacía que las virutas de luz se reflejasen en esquinas concretas de forma pictórica, incluso en unas escaleras de madera lustrada que sugerían un par de pisos más. En cada detalle en el que me fijaba, me resultaba imposible no imaginarlo. Lo veía arrastrar esos hombros menguantes que se habían vencido para dentro, subiendo por las escaleras rumbo a no sé dónde, oteando las nubes del horizonte desde la ventana que daba al jardín, por donde se ponía el sol al caer la tarde. Sí. Lo veía con tanta nitidez: diciéndoles monerías a los perros cuando les consentía entrar en casa y creía que nadie lo oía, buscando un libro en las estanterías que se resistía a ser encontrado, olvidando una toalla mojada sobre las sábanas, de la que terminaría acordándose de madrugada. Todo eso lo podía ver sin esfuerzo porque lo había visto tantas veces que no resultaba difícil trasladarlo hasta aquella casa, por mucho que fuese una casa distinta, y esa que tuviese delante fuese una versión diferente del Bastian que conocía.

Y por supuesto, me acuerdo del frío que hacía pese a estar ya rondando la primavera. Un aire hostil, de los márgenes, que se metía dentro de la piel y la hacía tiritar desde dentro. Metí las manos en el abrigo y apreté el cuello contra los hombros. Bastian no necesitó preguntar, se dio cuenta enseguida. Cerró la puerta y encendió la estufa de butano que permanecía junto al sofá con uno

de esos sonidos intermitentes —cla-cla-cla-cla— hasta que se oyeron las llamas surgir de entre el gas.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Agua, té? Café no tengo. Ya no tomo.

—Té está bien.

Dijo:

—Estás cambiada. Muy cambiada, sí.

Sonreí por cortesía y luego lo vi perderse en la cocina. Desde la ventana del salón podía verse no solo la valla de madera que rodeaba la finca, sino la inmensidad del campo que había al otro lado, que parecía extenderse mucho más allá de donde alcanzaba la vista.

El sonido de la tetera —qué rápido, ya debía de estar caliente—, de nuevo sus pasos pesados, arrastrando los pies, dos tazas en las manos; una roja, a juego con su jersey, con unas letras ininteligibles en negro —para él—; otra blanca, de una marca de batidos francesa, que también se comercializaba en algunos pueblos de Barcelona —para mí—.

No se disculpó por el desorden ni por el frío ni por nada. En su lugar me invitó a sentarme a la mesa del salón, oscura, desnuda, sin manteles ni velas. Esperé a que se dejase caer sobre una de las sillas para sentarme al otro extremo de la mesa. Después sonrió, sin dar crédito, como si no creyese todavía que quien estaba ahí era la Julia Ferré a la que una tarde de abril de 1959 salvó de los grises metiéndola a la desesperada en su casa. Por la impunidad de sus ojos no fue difícil advertir todas las cosas que deseaba preguntarme, pese a no ser lo suficientemente valiente como para hacerlo: «¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué ha sido de ti en este tiempo? ¿Estudiaste o te pusiste a trabajar después del colegio? No, tú aspirabas a más que eso. ¿Hijos? ¿Tal vez una niña a la que has

puesto el nombre de Celeste? ¿Has seguido cantando? Deberías. ¿Y tu padre? ¿Cómo está tu padre? Siempre hablabas mucho de él».

En vez de todas esas preguntas, una mirada de las que no se acaban nunca, y un silencio, y luego:

—Antes, cuando te he visto ahí parada, he pensado que habías cambiado mucho. Pero ahora que te veo bien, de frente, me doy cuenta de que no has cambiado nada. Como si no hubiesen pasado...

—... veinte años —completé. Y él se limitó a asentir.

Por la luz viciada del salón, sus ojos parecían hundirse sobre sí mismos, se volvían oscuros por culpa del cristal de las gafas, tintado, y profundos por las ojeras. Tenía el castellano olvidado y en su boca algunas palabras sonaban cautelosas, inseguras. ¿Habría sido su voz siempre así o habría cometido el error infantil de idealizarla?

A continuación vinieron las formalidades y varias preguntas más que se parecían a las preguntas que había imaginado, pero que eran mucho más reservadas, en las que se podía intuir algo parecido a la distancia y al miedo. Respondí con la mayor franqueza que pude, sin detenerme a escoger las palabras más fáciles o las que no estaban cargadas de dolor: no tenía marido, ni hijos —casi me oí decir que en el fondo lo habría deseado— y respecto a cantar, no lo había dejado por completo, aunque tampoco podía decirse que siguiese cantando tal y como él recordaba. Bastian se limitó a asentir. No sé si esperaba otra clase de respuestas o que le tomase el testigo, bombardeándolo con más cuestiones sobre lo que éramos y lo que un día deseamos ser, pero no me sentía con fuerzas de saber nada más de él que lo que había ido a buscar.

Saqué el informe de papá del bolso con las manos todavía entumecidas por el frío. La noche de antes lo había guardado en la misma carpeta en la que lo encontré, junto a una muda limpia, un

jersey de franela y el poemario de *Campos de Castilla* que él mismo me había regalado —un amuleto, un talismán, por lo que pudiese pasar—. Extendí el informe sobre la mesa y Bastian estiró los brazos hasta tenerlo a su alcance. En portada, el mismo símbolo de las Brigadas Sociales que tantas veces había visto, con la diferencia de que ya no significaba nada sobre aquel cartón descolorido.

Le conté lo de papá. Dijo que lo sentía y le di las gracias. Eso sí me lo permití. Y luego le hablé de la demencia, de los días en la cama, de las noches recordando a los compañeros que habían disparado hacia otro lado en lugar de al pecho de los soldados que tenía enfrente, de lo que había llorado mi tía en el tanatorio —en el entierro ya no, ya no podía— y también de cómo había encontrado ese informe en su habitación. El silencio se volvió de una densidad insoportable en cuanto Bastian abrió la carpeta y comenzó a leer lo que había dentro. Le cambió el rostro, y por un momento reconocí en esa aflicción la melancolía que acostumbraba a invadirlo tantos años atrás. ¿Cuánto tiempo llevaría sin enfrentarse a quien era en realidad? ¿Formaba parte de un pasado que se había empeñado en enterrar y ahora había sido yo la encargada de devolverlo a las tinieblas?

Cuando terminó de leer, depositó el informe sobre la mesa y envolvió con las manos la taza de té, que aún dejaba una estela de humo colgada del aire.

—Has tenido que recorrer mucho mundo si has llegado hasta aquí por Antonio Machado.

Traté de endurecer la mirada. Apreté los dientes, los puños bajo la mesa. ¿Por qué tenía miedo de herirlo, de que se rompiese entre mis manos? ¿Por qué tras tanto tiempo seguía latente el deseo de salvarlo?

—¿Hay algo que pueda contarte que no sepas ya?

Había tantas cosas, tantas preguntas, tantas heridas encerradas en una sola, que le pedí que comenzase por el principio: con lo que no se había atrevido a contarme tantos años atrás.

CAPÍTULO 10

Las palabras que salieron de su boca a partir de ese instante fueron a la vez vagas y voraces, cuando no un susurro, una culpa. En su discurso no había trazos de la nostalgia que destilaba Juliette Figuères, ni esa mística de la señora Valmont al estirar un segundo de más cada silencio, sino la clase de desolación de quienes hace mucho que se rindieron.

Bastian Ballard se crio en un orfanato católico a las afueras de Toulouse. Fue así como lo llamó, «orfanato». Se resistía a llamarlo casa de acogida o cualquiera de los nombres menos hirientes que también hacían justicia a su propósito: cuidar de los chiquillos sin padres o abandonados a la suerte. Su madre, española, había terminado en Francia por culpa de un mal de amores, y tras cinco años renqueantes y de trabajos precarios, había entregado a Bastian a las monjas antes de regresar a España. Si Bastian lo llamaba así es porque sentía aquel abandono como una forma cruel de orfandad. No tenía constancia de quién era su padre, de cómo se llamaba, de dónde venía su apellido —«Un mal hombre, un vendehúmos, un artista de las palabras, si acaso un pájaro, que primero conquista y luego echa a volar», había oído de su madre una vez—. Sí. Bastian tenía un padre y una madre, o los había tenido, pero era huérfano y lo había sido ya desde el momento de venir al mundo, un mundo egoísta, demasiado difícil de entender para un niño sin referentes al que nunca regresaron a buscar.

Fue en aquel orfanato de Toulouse donde Bastian encontró algo parecido a un hogar: las monjas lo instruyeron como a uno más, le dieron una educación cristiana y lo cuidaron como se cuida a los hijos que no son hijos pero se sienten como tales. Así nació su amor por los libros, antes que los otros amores que habrían de acompañarlo en los años siguientes: antes que el amor por el jazz, que el amor por la poesía, por el vino. Gracias a ellos descubrió que el mundo era un lugar más apasionante de lo que creía y se dio cuenta —eso es lo bonito de la literatura, empecé a pensar— de que mucha gente antes que él ya se había sentido de la misma forma, de que muchos otros ya habían sido sometidos a la brecha de la soledad —huérfanos, lazarillos, buscavidas, monstruos y jorobados— y habían vivido para contarlo.

Las monjas les leían mucho. A todas horas. Y no solo la Biblia, también los clásicos universales, obritas de teatro adaptadas y cuentos fantásticos, que eran los que más aburrían a Bastian, que se encontraba antes en las páginas de Julio Verne que en cualquiera de los protagonistas de Charles Perrault o Jean de La Fontaine, que no se parecían en nada a quien era él en realidad. De las monjas me contó muchas cosas. La gran mayoría maravillosas, tiernas, llenas de gratitud. Me contó, por ejemplo, que se lo perdonaban casi todo: las dudas infinitas —sobre su familia, sobre la fe, sobre el cielo, sobre lo que era estar muerto—, las afrentas contra la Iglesia, contra los curas, contra el pan seco y duro del comedor que había que mojar en un caldo parduzco con muchas patatas y un solo pedazo de carne. Sin embargo, jamás encontraron a nadie que quisiese adoptarlo ni Bastian se abrió a esa nueva vida. A menudo, los chiquillos iban y venían y a la edad de siete u ocho la mayoría solían estar integrados en familias que acudían expresamente desde Montpellier, Aviñón y Burdeos, pero él se resistía a marcharse. Esos

años, en los que comenzó a disminuir el número de chiquillos a su alrededor, fueron en los que más aprendió. En parte porque ese universo de letras lo era todo para él: leía y escribía en francés y latín a un nivel superior al de otros niños de su edad y algunas de las monjas se habían tomado el tiempo de seguir enseñándole castellano, como se hacía en muchos colegios de Francia por aquel entonces. Bastian no tenía especial interés por otros idiomas, pero si eso lo ayudaba a leer a autores que no habían sido traducidos, aunque apenas fuese un libro desconocido de relatos o de poesía, era suficiente.

El tiempo que duró su estancia en el orfanato le dio para muchas cosas: para aprender partes de la Biblia que jamás podría olvidar; para cantar los viernes a mediodía en los conciertos del coro, que sin saber muy bien por qué le llenaban los ojos de cristales brillantes; y sobre todo, para mirar al vacío que le crecía dentro, que le devolvía la imagen de alguien que por mucho que se empeñase en negarlo, deseaba saberlo todo del mundo que le esperaba ahí afuera. Bastian lo sabía: el orfanato ya no era para él, y cuanto más mayor se hacía, cuanto más le cambiaba el cuerpo, cuanto más se preguntaba quién era en realidad, si no era nadie, si su apellido le pertenecía a alguien lejano a quien no conocía, más le ardían los pies al pisar el claustro por las mañanas. Fue así como dejaron de bastarle los libros, la paciencia, las canciones del coro. Ese dique de aflicciones contenidas en el que poder refugiarse se volvió insuficiente tan poco a poco que nadie se dio cuenta, y para cuando tuvo edad de trabajar —la edad de trabajar en los años treinta, claro—, Bastian se marchó con la misma incertidumbre con la que había entrado, a pesar de la insistencia de las monjas por hacer carrera en el seminario.

Que tuviese un nivel excelente —casi milagroso— de latín, insuficiente. Que para su edad hubiese leído —o escuchado de labios

de sus profesoras— la mayoría de los clásicos de la biblioteca, insuficiente. Que por ser el eterno *enfant terrible* lo tratasen con un cariño y una dedicación sin igual, insuficiente. Ya era tarde. Ese no era su sitio. Bastian ya no les pertenecía a las monjas ni a Dios. Bastian quería —necesitaba— pertenecerse a sí mismo, escribir su propia historia, aun cuando eso lo colmaba de deseos que no podía cumplir.

De los años siguientes no me contó demasiado. Sé que recorrió el sur de Francia ganándose la vida como podía. La escolarización llegaba hasta los trece, de forma que no le resultó difícil encontrar un lugar que le ofreciese un techo y un plato de comida a cambio de algunas horas de jornal. Hasta donde sé, trabajó en la vendimia, fue aprendiz en un taller de artesanos de Pamiers y mensajero de vuelta en Toulouse, lo que le hizo aprender a ganarse a la gente, adquirir la capacidad para leerla y rodearse de amigos que no le durarían mucho, pero le ayudarían a llegar a lugares distintos, más lejanos de lo que habría imaginado desde la ingenuidad de la infancia. En las conversaciones que vinieron meses después, Bastian añadió trabajos, quitó otros y le dio matices a su rol en cada uno de ellos que me ayudaron a tener una mejor idea de quién fue durante los meses que pasó deambulando de un lado a otro, pero nunca tuve la certeza de que un crío pudiese hacer tantas cosas a esa edad. Esa es otra de las muchas atrocidades que separan los tiempos de la guerra del ahora: la condena de las infancias robadas.

Desde su regreso a Toulouse, no podía decirse que Bastian fuese infeliz: la sensación de independencia en una gran ciudad era satisfactoria, incluso complaciente, pero los trabajos a los que lo limitaba la edad lo abocaban a una existencia renqueante. Tuvo que madurar a marchas forzadas y no tardó en pagar los achaques de ingenuidad intrínsecos a su educación en el orfanato, que pronto lo

llevaron a la miseria. Si salió del paso no fue por su apellido y por lo que significaba —Ballard: «valiente», «audaz», habían dicho las monjas una vez—, sino a fuerza de repetirse que la vida no podía ser eso, que debía de ser algo más que trabajar y comer, que romperse el alma con tantas súplicas. Al escucharlo —las manos todavía pegadas a la taza, el calor prendido en la yema de los dedos — registré ese dolor como propio. Propio de la Escuela de Periodismo, de los años en el periódico, de las tardes cuidando de papá, de la vida antes de encontrar aquel informe de las Brigadas Sociales que le daba sentido a todo. Y pensé: «Te entiendo, yo que tanto te quise una vez, te entiendo, Bastian, pese a que ahora me resista a decírtelo porque sería reconocer lo mucho que aún me dueles».

Me preguntó si el té, intacto para ambos, estaba demasiado caliente, si quería que me cambiase la taza. Le dije que no, que estaba bien así, y cuando continuó entendí el porqué de la pausa, la necesidad de coger aire: fue en esos años fatales de la adolescencia cuando surgió la posibilidad de trabajar en la frontera. Era el 38. Una cuadrilla de los hombres para los que a veces trabajaba se dirigiría allí en invierno y querían contar con él porque sabía español. No le ofrecían mucho dinero, pero le garantizaban salir de Toulouse. Bastian se había metido en demasiados líos para entonces y aceptó sin pensarlo demasiado. Lo único que sabía era que su cometido sería el de ayudar a la gente a cruzar la frontera por los caminos menos nobles, más peligrosos, pero también los únicos capaces de sortear los controles fronterizos de los gendarmes. Sabía que no eran buena gente. Los había conocido en los suburbios. No le gustaba cómo hablaban, las palabras que usaban y su forma condescendiente de ver el mundo. Incluso alguna vez se la habían jugado y lo habían puesto a prueba, haciéndolo elegir entre la

humillación propia o la ajena. Con todo, para el mes de noviembre ya conocía de memoria las rutas de los bosques libres de gendarmes y los destinos a los que conducían los muchos caminos de tierra de Cerbère, adonde no llegaba el ejército francés, superado por la cantidad de exiliados que se agolpaban en las carreteras del norte de Girona.

Su trabajo no era difícil ni requería del ingenio de sus anteriores oficios en Toulouse, que precisaban de más pillería y saber hacer. Se dividían en grupos de tres o cuatro e interceptaban a mucha de la gente que echaba a caminar hacia Francia a la desesperada. Eran demasiados. En eso sí insistió. Muchísimos. Familias —rara era la vez que llegaban todos juntos—, jubilados, niños, recién casados... Pasaban con ellos una noche o dos, lo que se tardaba en cruzar la frontera a pie y rodear la montaña. Si llevaban joyas, dinero o algo de valor, se lo quedaban a cambio de conducirlos hasta el otro lado, lejos de los puestos de control. Pero si por el contrario se trataba de intelectuales, políticos o soldados republicanos que intentaban esconder las vergüenzas de desertar, se los entregaban a los militares del bando nacional a cambio de un puñado de duros que se repartían a partes dispares, y eran a menudo generosos con Bastian —eso siempre se lo reconoció, que tratasen de comprarlo—, el único que hablaba español con la soltura suficiente como para ganarse la confianza de los exiliados.

Cuanto más importante era la persona que entregaban, más duros recibían y más nombres iban tachando con un lápiz rojo —que a veces no tenían a mano y los obligaba a hacer dobladillos en el papel— de una larga lista que Bastian había visto en más de una ocasión, y que se iban pasando los soldados nacionales los unos a los otros dependiendo de quién hiciese el turno de guardia. En el tiempo que pasaron en la frontera apenas tacharon cinco o seis

nombres, uno cada pocas semanas, pero a cambio les pagaban lo suficiente como para vivir unos meses más.

Del destino de la gente que conducían hasta los nacionales prefería no saber nada. Su filosofía, viciada por la picaresca, era la de mirar hacia otro lado, la de no implicarse en problemas ajenos, que ya los propios vendrían solos. Pero cuantos más días pasaban allí, cuantos más nombres se tachaban de aquella lista, más difícil le resultaba no hacerse preguntas. A veces entablaba amistad con «esa gente». Le contaban lo que habían perdido, cómo eran sus vidas antes de la guerra o qué esperaban del exilio: poco en la mayoría de los casos. Eso se le daba bien, ganarse su confianza, escucharlos, registrar su dolor y tratar de sanarlo. Cuanto mayor era la herida de los que encontraba, más ganas sentía de acercarse a ellos, cerca, muy cerca, y de advertirles que echasen a correr de vuelta, porque por muchos horrores que albergase España no serían tan terribles como los que deparaban esos bosques.

La primera semana de enero cambió todo: habían dado con un pequeño grupo de desertores republicanos. Eran tres. Los reconocieron al instante pese a que vestían de forma desigual: camisa verde oliva, gastada, a punto de echarse a perder, polainas de lona, un petate —o algo que se le parecía— al hombro, fusil a medio empuñar. Dos llevaban botas, otro no. El más grande, con cara de envalentonado, estaba chupado por el hambre. Él iba el primero y detrás los otros: el de los ojos de gato, verdes, tan brillantes, con mucha tos; y el mediador, que fue el primero en hablar ese día, el más cansado, engullido por unas ojeras en las que repiqueteaba el agua como un charco, quien cojeaba por culpa del fuego cruzado. Los tres pasaron varias noches con ellos al amparo de las bombas. Era imposible avanzar, de manera que apenas caminaban más de cuatro o cinco horas al día. El resto lo dedicaban

a esconderse en refugios de montaña. ¿Debían conducirlos hasta la frontera o entregarlos a los nacionales? La decisión, en el ir y venir por sendas y caminos de piedra, siempre se demoraba al segundo día, cuando Bastian había conseguido ganarse su confianza lo suficiente, pero en el caso de aquellos soldados la tomaron durante la primera noche. No hizo falta esperar más.

En cuanto se sentaron junto al fuego, Bastian los descubrió sacando un fajo de cuartillas de entre la ropa mojada que llevaban en los petates y poniéndolas al resguardo de la lumbre. Cuando les preguntó qué eran aquellos folios carcomidos por la humedad, el de los ojos de gato le respondió que era poesía. Luego, como era costumbre, llegó el vino, los colores en las mejillas, el calor en la punta de los dedos. En esa noche y las que siguieron les hablaron de los dolores que compartían, de las guerras y las heridas abiertas: habían desertado de la unidad de Líster hacía semanas, después de luchar en la batalla del Ebro, y estaban tratando de llegar a Colliure para reencontrarse con Antonio Machado, quien había sido su maestro desde que eran niños. Solo unos pocos compañeros de Bastian conocían la identidad del poeta, pero quienes lo hacían sabían lo suficiente como para dimensionar la importancia de su nombre. A Bastian, a diferencia de la mayoría, no le interesaba qué los había llevado hasta allí o adónde iban. La fijación que tenían por esas cuartillas que cada día ponían a resguardo del fuego le sedujo mucho más. En cuanto se interesó por los poemas, descubrió que aquellos hombres no eran simples desertores, sino poetas soldado que llevaban años escribiendo sus propios textos con la esperanza de publicar algún día. Se llamaban Raúl, Julián y Román, pero en realidad se hacían llamar Los Caminantes, aunque para eso debían contar con el único que les faltaba, su amigo Pepe, que, hasta donde sabían, todavía militaba en el bando nacional.

Bastian se pasó la semana entera fascinado por su historia, sumergido en las palabras de Román, tan visceral y entusiasta, que abocaba a Raúl y Julián a añadir matices a cada anécdota que salía de su boca. Para un chiquillo de quince años que había hecho de la literatura su único refugio, el encuentro con aquellos tres hombres desató una conmoción inesperada. A los detalles sobre Machado —para el Bastian de entonces, el único poeta famoso que podía rozar con los dedos— y las desventuras en el frente, se sumó el mágico ritual de la poesía: en cuanto llegaba la noche y el vino se mezclaba con el fuego, Los Caminantes cantaban canciones republicanas para los demás. A veces, incluso recitaban sus propios versos. La mayoría no entendía nada, pero todos permanecían en silencio escuchándolos, como hipnotizados. El primero siempre era Román, que recitaba de forma muy intensa, con mucha intención, y el último, sin excepciones, debía ser Raúl, que con todo lo grande que era no pronunciaba una sola palabra sin haber bebido el vino suficiente. A Bastian, ese propósito —el propósito de la poesía, de París, de seguir los pasos de un poeta de carne y hueso— le resultaba tan fascinante como las canciones que le enseñaba Julián antes de dormir, en susurros, muy bajito, para no despertar al resto:

Hijo del pueblo, te oprimen cadenas
y esa injusticia no puede seguir.
Si tu existencia es un mundo de penas
antes que esclavo prefiero morir.

De eso sí que se acordaba bien. Cómo iba a olvidar la primera noche desde su salida del orfanato que volvió a sentir algo parecido a estar en casa.

Para el resto, en cambio, solo fue la confirmación de que esos poetas que habían rescatado de la lluvia no eran como el resto de

los desertores republicanos que solían cruzar la frontera. Por ellos, querían creer, les darían muchos más duros que por la mayoría de los que habían entregado. Y eso era motivo suficiente para darles cuanto vino quisiesen, para reírles las gracias en un idioma que les era desconocido, incluso para interesarse por los poemas de un poeta al que muchos solo decían conocer para no sonar ignorantes.

Bastian no olvidó jamás la mirada que pusieron cuando los entregaron a los nacionales, días más tarde. Sus ojos, del color de la cólera, la rendición, la furia, la traición. Todo estaba en aquellos ojos vulnerables, aun cuando él ignoraba cuántas cosas cabían en una mirada.

En contra de lo que muchos pensaban, no les dieron demasiado por Los Caminantes, pero solo con saber que el destino de Machado era Colliure ya les pagaron más de lo que les habían dado hasta la fecha. Además, les ofrecieron un trato: el doble de duros si les entregaban al poeta o se deshacían de él al cruzar la frontera. Con esa cantidad, bastaría para volver a Toulouse y pasarse meses enteros malgastándolo.

Antes de seguir, en su casa de Saint-Jory, Bastian endureció las facciones y apretó los labios. Llegado ese momento, apenas habíamos probado el té y el vapor había desaparecido por completo de la taza.

Las palabras que se sucedieron desde entonces estaban marcadas por la culpa: esa madrugada esperó a que todos estuviesen dormidos y deshizo lo andado, siguiendo los pasos que habían quedado señalados en la senda a causa del barro. En el aire todavía podía olerse la fragancia intensa de la pólvora, flotando como una bruma. Era el olor de la muerte, guiándolo entre los árboles que conducían hacia el interior de la montaña. Lejos, muy lejos del mar. Bastian los localizó en una fosa que nadie se había

esforzado en tapar, a unos cientos de metros del campamento al que los habían entregado, con las manos atadas y de espaldas, junto a otra gente que no conocía y que no conocería ya. Los mismos hombres que hacía unos días cantaban junto al fuego se encontraban ahora desplomados sin aliento contra la tierra, a merced de las alimañas. La imagen —destinada a acompañarlo desde entonces— era de una devastación absoluta; la culpa le quemaba las entrañas. Vomitó una, dos veces, tratando de sacársela de encima, y mientras vomitaba, espantado, pensó en muchas cosas: en que se habían ido muy temprano, en que nunca podrían cumplir su promesa, en sus calaveras, en sus tripas, sus ojos —esos ojos verdes de Román, esos ojos de gato—, en que nunca podrían cantar esas canciones ni recitar esos poemas que con tanto orgullo llevaban por bandera. Y, sobre todo, en que él —de alguna manera— también los había matado.

Vomitó hasta que le ardió la garganta. Y lloró, sí. También lloró mucho, como el niño que en realidad era. Y cuando quiso seguir llorando, pero ya no pudo más, se echó al lado de ellos y rebuscó con los ojos empapados. Escarbó la tierra entre sus cuerpos calientes, se manchó las manos con su sangre, se llenó las uñas de barro y nadó entre los cuerpos de quienes eran hijos, abuelos, padres o que lo habrían sido de haber nacido en una España distinta, y solo cuando encontró los textos en sus bolsas, resguardados por las mudas que cada noche sacaban a la lumbre, se permitió secarse las lágrimas con la manga de la camisa. Ninguno conservaba la documentación ni el poco dinero que arrastraban, con el que habían tratado de darles las gracias el primer día: los nacionales debían de haberse quedado con todo lo de valor y haber lanzado lo demás a la fosa. Bastian dobló las cuartillas de Los Caminantes con el mismo cuidado con el que lo hacían ellos y se las

metió por dentro del pantalón, poniéndolas a buen recaudo. Y después echó a andar por donde había venido. Cuando amaneció, ya estaba de regreso con el resto. Sin embargo, una parte de él habría de quedarse para siempre anclada a aquella fosa.

En ese punto, las frases de Bastian se habían llenado de un aire difícil, escapando hacia el techo del salón como un globo. Colgaban ahí, mecidas sobre nosotros, observándonos en silencio, ajenas a todo. A duras penas podía escoger la palabra siguiente a la que estaba pronunciando y tenía que detenerse al final de cada oración para tomar aliento. ¿Cuántas veces habría contado esa historia? Sospeché que aquella era la primera y que esas frases nerviosas, con la voz tomada, eran, a su modo, el último regalo valioso que Bastian podía ofrecerme.

Los días que siguieron al asesinato de Los Caminantes estuvieron cargados de un dolor espantoso, imposible de contener: una culpa atroz, violenta, incapaz de materializarse en acciones y en verbos. Se sentía tan culpable y estúpido que no podía comer ni dormir, tan solo permanecer en aquel estado de parálisis y penitencia, bajo el único amparo de los versos de Los Caminantes. Se preguntó qué habrían pensado las mujeres que lo habían educado, qué habría pensado Dios si pudiese verlo, oteando el bosque, atravesando árboles y riachuelos solo para ser testigo de su indiferencia. Él había permitido que los asesinasen —no solo a Los Caminantes, sino a todos los que habían entregado en la frontera, que no eran poetas pero también tenían sueños y familias que los esperaban en Francia — y eso lo convertía en cómplice. ¿Y qué era un cómplice en la guerra sino un asesino? Solo de pensarlo, el estómago se retorcía en su cuerpo y le entraban arcadas.

Pero Bastian parecía ser el único al que le perseguían los fantasmas; el resto estaba más ocupado en fantasear con la idea de

cazar a Machado: algunos proponían ir a Colliure a por él —si les habían dado todo ese dinero por revelar adónde se dirigía, cuánto más no sería si entregaban al poeta o se deshacían de él—; y los había, también, que proponían esperar a que cruzase la frontera. Creían que si eran pacientes, él mismo vendría hasta ellos, pero lo cierto es que no había ninguna certeza de que no hubiese cruzado ya a Francia. Con todo, la decisión era unánime: aceptarían el encargo de entregar a Machado o se desharían de él si tenían la oportunidad. Eso jamás quedó claro. Porque, «a pesar de ser ruines y mezquinos, la mayoría no habría podido apretar un gatillo». Al menos esas fueron las palabras con las que Bastian los definió.

El pacto quedó sellado con los nacionales junto a la frontera: les entregaron parte del dinero por adelantado, tomaron nota de sus nombres y se dieron el plazo de un mes para localizar al poeta, hasta finales de febrero. Lo que Bastian no imaginaba era que en su camino se terminaría cruzando el único de Los Caminantes que le quedaba por conocer: Pepe Listerri, deshidratado, moribundo, un espectro, siguiendo la misma ruta que le había marcado el resto por recomendación expresa de Corpus Barga. Y eso lo eclipsó todo: por inesperado, por retorcido. Una broma del destino.

No fue su grupo quien lo encontró, sino el de un chico generoso, demasiado para estar allí, de dieciocho años, al que conocía bien. Nada le hacía sospechar a Bastian que Pepe Listerri era amigo de aquellos a los que había enviado a la muerte noches atrás, pero tan pronto como empezó a hablar con él en castellano, este se abrió en canal: no solo les ofreció dinero para que lo ayudasen —hambriento, desesperado—, sino que no tuvo reparos en admitir que estaba siguiendo el mismo camino que sus compañeros habían emprendido días atrás, Los Caminantes.

El grupo de Bastian no entendía nada: como era habitual, él llevaba la comunicación con los exiliados y filtraba la información al resto, traduciendo palabra por palabra. Esa tarde, por el contrario, con la culpa todavía acechándolo como una sombra, tomó la decisión que le cambiaría para siempre la vida: los engañó, manipuló las palabras de Listerri y les dijo que Pepe se había separado del grupo con el que había salido de España hacía apenas unas horas, al llegar a la aduana. Lo llevaría de vuelta él solo, para no interferir en el ritmo de los demás, y al día siguiente, si el tiempo lo permitía, estaría de regreso. Los otros le creyeron, inyectados del deseo de descubrir a Machado entre la marea de gente que se agolpaba al pie de la montaña, de manera que ambos se perdieron minutos después entre los claroscuros del bosque, incapaces de imaginar lo mucho que cambiaría aquel encuentro la existencia de ambos.

Pepe —hasta donde recordaba Bastian— tenía buen corazón, era ingenuo, entusiasta. Y eso le gustaba. Fue así como descubrió su forma torpe pero envalentonada de desertar del bando nacional —una extraordinaria anomalía desde la caída de Barcelona—, la relación con su maestro Antonio Machado —que hasta donde Listerri sospechaba ya debería haber llegado a Colliure— y su promesa con Los Caminantes, cuyas indicaciones había seguido a pies juntillas, tomando los mismos caminos, las mismas sendas, con tal de reunirse con ellos lo más pronto posible. Al escucharlo esa noche, Bastian creyó morir ahí mismo: cuanto mayor era la fascinación con la que Listerri hablaba de su poemario y de las vidas no vividas en París que al fin iban a alcanzarlos, mayor era la certeza de que Dios había enviado a ese hombre como una forma de castigo. Él, que había sido el responsable de la muerte de sus amigos —¡de tantos otros!—, debía lidiar ahora con el último de ellos, que había regresado para acusarlo, para martirizarlo con la culpa igual que

volvían los fantasmas en las obras de teatro, entre susurros, con hábito y el rostro pintado de blanco.

Sin embargo, Listerri no sabía nada de lo que le había sucedido al resto. No imaginaba que sus cadáveres debían de continuar en aquella fosa en la que Bastian los había encontrado días atrás, ni que él mismo —junto a otros, sí, pero también él— los había conducido a la muerte. ¿Qué habría hecho al descubrir que el muchacho que lo conducía a través del bosque era cómplice de la muerte de sus amigos, que era el único tema del que sabía hablar, del que necesitaba hablar? ¿Lo habría golpeado con una de esas piedras hostiles del camino hasta dejarlo sin conciencia? ¿Lo habría estrangulado con sus propias manos sin pronunciar una sola palabra? Sospechaba que no, que eso sería lo último de lo que sería capaz, y aun así decidió no hablarle del destino de Los Caminantes por miedo a hacerlo enloquecer, a las consecuencias. De manera que durante los días que se prolongó su viaje, los poemas de los demás permanecieron en el petate que cargaba Bastian sin intención alguna de salir de él.

En las dos jornadas que duró su travesía de La Jonquera a Cerbère fueron muchas las cosas que pasaron por su corazón, pero de lo que estaba seguro era de que necesitaba salvarlo a toda costa. No podía permitirse abocarlo a la muerte a él también. Tal vez —se decía— no se trataba de un castigo enviado por el mismo Dios que lo había criado, sino de una oportunidad de redimirse. Quizá, si conseguía salvarlo a él y no lo entregaba a los nacionales como al resto, lograría cauterizar esa herida, aplicar el calor suficiente para volverla una cicatriz sobre su pecho. Esa idea, la de la salvación —salvar a Listerri, salvarse a sí mismo—, fue lo único que le hizo mantener la cordura durante el viaje, que le dio el valor para mirarlo a los ojos en esos días.

Cuando se despertaba, se obligaba a pensar en ello, y en cuanto cerraba los ojos al acostarse y registraba el dolor de la culpa, los apretaba con fuerza tratando de no perder el control, de convencerse de que todo estaría bien, al menos por un tiempo, mientras consiguiese que el último de Los Caminantes no corriese el mismo destino que el resto de los poetas.

Lo que siguió después no fue muy distinto de lo que ya me había contado Listerri. Su versión era, en esencia, la misma: los bombardeos, el retumbar del bosque, el miedo a no sobrevivir a aquella noche en la frontera, el legado de sus textos, su petición desesperada por que hiciese llegar los últimos poemas a Colliure, que llegasen a manos de Machado como fuese... y el encuentro con los soldados franceses que puso fin a todo. Bastian, completamente roto, me contó cómo los apuntaron con los fusiles, cómo lo llamaron traidor por sortear la aduana y tratar de meter a un exiliado español en suelo francés y cómo lo golpearon, tendido contra el barro, hasta robarle el aliento; desde allí observó a Listerri marcharse en contra de su voluntad en dirección al control de la frontera, retorciéndose como un pez fuera del agua.

Cuando uno es un niño, registra rápido esa clase de dolores, los que son más grandes que la vida y aún no puede procesar. Es entonces cuando se produce la primera grieta en el cuerpo. Para mí, fue la tarde en el río, fueron las manos de Gerard, el escepticismo de Clara y la bofetada de papá doliendo muy adentro de la piel, lacerando los huesos. Y para Bastian lo fue aquella última mirada de Listerri, que se mezclaba con tantas cosas difíciles de las que él aún no sabía nada. Imaginarlo así, en la frontera, con los labios rotos por culpa de los golpes, con las heridas frescas que más tarde serían las cicatrices que yo misma besaría, me dejó desarmada.

Dijo que rezó por él. Que pensó mucho en Dios durante esa tarde. No como el ser que habría de castigarlo, sino como el único en el que buscar refugio. Fue la primera vez desde la salida del orfanato que lo hacía, que rezaba con toda su alma. No había olvidado las oraciones; hay palabras, versos, que sobreviven al fuego, por mucho que deseemos olvidarlos.

Cœur Sacré de Jésus.
Cœur Sacré de Jésus, J'ai confiance en Vous.
Cœur Sacré de Jésus, J'ai confiance en Vous.
Est-ce que Vous m'entendez?

Las repitió palabra por palabra. Para sí mismo, en voz alta, en pequeños susurros. Todo con tal de convencerse de que al menos a él había podido salvarlo de la suerte que habían corrido los demás.

Durante la historia de Bastian sentí el deseo de hablarle del verdadero destino de Listerri varias veces —Perpiñán, la librería, su mujer, que ya no estaba, el entusiasmo juvenil de su mirada, las cuatro rosas sobre la tumba de Machado—, pero me sentía tan confusa que no alcancé a decirle nada. Estaba abrumada por sus palabras, devastada ante la idea de que esos mismos años que habían pesado sobre papá como una losa nos hubiesen arrastrado también a Bastian y a mí al mismo abismo del que el país entero trataba de exiliarse. ¿No era injusto que un muchacho como él tuviese que lidiar con un dolor tan grande, más grande que la vida misma?

A la mañana siguiente, y con la sospecha infundada por Listerri de que Machado debía de haber llegado ya a Colliure, Bastian partió hacia allí sin decirles nada a los demás: sin abrazos, sin un adiós. Nada importaba ya aquel encargo de los nacionales ni que su nombre figurase en una larga lista de muchachos sin nada que

perder, dispuestos a mancharse las manos por un puñado de francos. Tras lo sucedido aquel mes de enero, ya no podía mirar hacia otro lado. Los poemas de Los Caminantes pesaban demasiado, arrastraban muchos otros rostros. Sus versos estaban llenos de culpas, y solo Antonio Machado podía liberarlo de ellas.

CAPÍTULO 11

A los peligros del viaje —una peregrinación, un perdón— se sumó enseguida una sensación de irrealidad que lo acompañó hasta bien entrado el mes de febrero. Se quedó a su lado, pegada a la piel, incluso en el momento de poner un pie en el Hotel Bougnol-Quintana, donde llevaban varios días alojados los Machado.

Gracias a Bastian descubrí que Pauline Quintana, la dueña de la pensión, había sido tan considerada con la familia como la mayoría de las personas que se habían cruzado en su exilio. Les daban de comer, les llevaban la prensa, como era costumbre, y trataban de levantar los ánimos cada vez que tenían la oportunidad. Los Machado, en cambio, eran muy reservados. En la semana que pasó Bastian allí, apenas los vio salir de las habitaciones. Pasaban la mayor parte del tiempo en cama y cuando asomaban, era siempre por turnos y en grupos, yendo y viniendo del restaurante a los pasillos que se extendían por la segunda y tercera planta, luciendo la herida aún fresca del exilio.

Bastian trató de abordar a Machado muchas veces durante esos días, pero encontrarlo a solas resultaba una quimera. Y cuando lo estaba, cuando lo descubría en el comedor leyendo en silencio, no tardaban en acudir su hermano José o su cuñada Matea Monedero. A veces salían juntos por Colliure, muy temprano, y volvían más tarde con bolsas de papel con ropa seca y mudas nuevas, que les habían entregado en la mercería de Juliette Figuères. La falta de valentía —la culpa— tampoco ayudaba a la impaciencia con la que

se había tomado aquel propósito. ¿Qué le diría a Machado al presentarse? ¿Qué excusa debería abordar antes de entregarle los poemas? ¿Sería tan valiente como para mentirle a la cara? ¿Podría ocultarle la verdad igual que había hecho con Listerri antes de perderlo a él también?

Pasaron cinco días hasta que Antonio Machado echó a andar en dirección al mar. Solo, sin más compañía que su sombrero y un bastón maltrecho, que había visto demasiadas cosas en los últimos meses como para ser de la utilidad que debería. Era la primera vez que lo veía cruzar el umbral del hotel con esa convicción y no podía dejar pasar una oportunidad semejante. Siguió sus pasos hasta el paseo marítimo. A esas horas, el viento golpeaba contra todo, rebotando en los cañones de piedra que custodiaban la playa y estallando en el cielo.

No había terrazas abiertas ni pescadores, y las persianas repiqueteaban contra las ventanas de colores. Mecido por aquella soledad, Machado no tardó en descubrirlo tras su estela. Le preguntó por qué llevaba una semana observándolo en la pensión, y también qué quería, con esa voz suya de las últimas cosas, inconfundible, en la que se dejaba entrever la pena a la que se había rendido.

Cuando Bastian comenzó a hablar, las palabras sonaron torpes, afónicas en su boca, hasta que se cansó de pedirle disculpas. Para entonces, Machado ya había comprobado que Bastian no solo parecía un crío, sino que también lo era. En ese momento de la conversación, la sonrisa de Bastian —del Bastian que me observaba desde aquella casa en Saint-Jory, no del niño que observaba a Machado como uno de sus alumnos de Soria— asomó a su boca. Era una sonrisa de ternura, inocente, genuina, idéntica a la que ponía cuando hablábamos de Antonio y de Leonor, y nos gustaba

proyectarnos sobre ellos. Y luego más palabras, más rápidas, más vergüenzas.

Un temblor, en los labios.

Una culpa que duele como la muerte.

Y la confesión, con rubor, de que si había estado observándolo durante días era porque le faltaba valor para hacerle entrega de los poemas que le habían sido legados, los poemas de Los Caminantes.

Y del otro lado, el silencio de un poeta. La sospecha de una aflicción sobre aquel rostro pálido del exilio.

Le preguntó qué sabía de ellos, qué había sido de sus alumnos, pero Bastian no encontró las palabras con las que responder y esa fue ya una respuesta.

Machado, con la voz rota, le pidió que le contase lo que fuera con tal de no darle más malas noticias. Y después se dejó caer contra uno de los bancos de piedra del paseo marítimo, presagiando lo peor, como si la crueldad del exilio todavía guardase secretos terribles con los que envenenarlo.

Bastian —aún lo veo cuando pienso en él, al adolescente, sobre aquel banco frente al mar— le contó la verdad. Al menos, esa parte de la verdad que sí podía contar: que llevaba semanas ayudando a los exiliados en la frontera, y que los nacionales los habían sorprendido tratando de llegar a Cerbère cuando guiaba a Los Caminantes desde Portbou. Su deseo —el de todos, los cuatro— era que los textos llegasen hasta Colliure para que él, su maestro, pudiese publicarlos en Francia. Por eso había acudido hasta allí a la desesperada.

Machado le escuchó con un pesar amargo que se contagió a las mejillas frías, a los ojos cansados, con los que lo miró sin ganas de seguir luchando, sin ganas de nada, y cuando al fin recuperó el aliento, le contó lo especiales que eran aquellos chiquillos para él:

Pepe Listerri, Julián Vila, Román Andrés Rojas y Raúl Sánchez, el Bravo, que, aunque tenían casi cuarenta, seguían dejándose querer como cuando los conoció a los nueve años. Les tenía fe. Fe y esperanza para ayudarlos a empezar de cero, para intentar darles la vida que merecían. Porque España, su España —qué España— no había podido hacer nada por ellos. Y a su modo, se sentía culpable, como todos. Culpable por no hacer más para salvar su país y a los chiquillos que habían creído en él, que eran patriotas de verdad, que amaban la tierra que pisaban, que escribían de ella y para ella, y no la habían vendido a los italianos y a los alemanes como los que gritaban palabras vacías en nombre de la misma tierra que regaban con sangre.

Todavía los veo allí. A ambos. Bajo aquel silencio de sal que duele en las manos, en las tripas, y que tiene un sabor, un nombre, que nadie se atreve a pronunciar. Veo a Bastian tratando de entregarle los poemas, de sacudirse de encima la culpa, y a Machado dando dos golpes de bastón contra la piedra, negándose a aceptar que también a ellos los había perdido, que el exilio se los había quitado, sabiéndose enfermo de pena, de vejez y de cansancio. Con ese dolor todavía en la garganta, veo a Machado confesándole que si los textos se quedaban en Colliure, morirían con él, y con ellos lo poco que quedaba en el mundo de Los Caminantes.

Ese fue el instante en el que Bastian —el chiquillo de quince años de Colliure, no el que me observaba con la culpa danzando en los ojos— vio caer el mundo contra él.

—Machado me dijo que era yo quien debía hacerme cargo. Había viajado hasta allí con ellos, sorteando la maldición del exilio. Podría haberlos arrojado a cualquier cuneta, haberles prendido fuego, pero en su lugar había decidido llevarlos hasta él y correr ese riesgo. ¿Por qué no iba a poder hacerme cargo por un tiempo más? Eran buenos

poemas que no pretendían ser algo distinto de lo que en realidad eran, y estaban escritos con el corazón. Tal vez podría publicarlos en Francia, concederles ese deseo que ni siquiera él había conseguido satisfacer. Y luego dijo algo que no he podido quitarme de la cabeza en todo este tiempo: «La guerra me temo que la perdimos hace mucho, pero la batalla de la segunda muerte, la de la memoria, todavía estamos a tiempo de ganarla».

Eso lo destrozó. Sí. Yo misma podía verlo en sus ojos. Incluso cuarenta años después: seguir cargando con esos poemas era el peor de los castigos, el recordatorio de lo que había hecho y también de lo que no se había atrevido a hacer —un silencio, el aire cargado de palabras, los perros que no ladran pero siguen inquietos y mecen las cadenas que los atan—. Deseó contarle todo a Machado con tal de librarse de aquella carga. «Habría sido tan fácil...», dijo. Pero a la hora de la verdad fue un cobarde que prefirió cargar para siempre con la culpa antes que romperle el corazón a aquel poeta que tanto significaba para todos, y que algún día, lejos, muy lejos, en Barcelona, sellaría nuestra historia.

Su hermano José llegó dando gritos por el paseo poco después. Era grande, como Antonio, pero más espigado y con gafas. El mismo pelo, la misma frente amplia, henchida. A él no le había dejado tanta huella la soledad. Se podía ver en el modo en que caminaba, con rumbo fijo, seguro de su camino. En cuanto Machado se apoyó en el bastón para regresar a la pensión, Bastian le contó que lo estaban buscando, que sabían que estaba en Colliure. Y él lo miró con esos ojos suyos de agua oscura, más profundos que el mar, antes de contestar que estaba cansado de correr y que no se escondería más. Así es como recuerdo a Machado, todavía ahora, a través de las palabras de Bastian, de su voz temblorosa, vulnerable, amplificada por el salón desolado de su casa.

Afuera, el atardecer. Las tazas todavía intactas, la llama de la estufa danzando en el quemador. Quería decirle que lo sentía, que sentía tanto que hubiese tenido que pasar por eso, que hubiese tenido que cargar él solo con ese peso, con esa culpa. Y al mismo tiempo quería reprocharle su marcha, su despedida, el envío triste, mudo, de aquel poemario con el que de alguna forma me había dicho adiós. Solo entonces sospeché que no había comenzado ese viaje únicamente para descubrir quién era Bastian, para darles un sentido a los años anodinos, vacíos —veinte, veinte habían sido—, que no lo tenían, sino para entender por qué se había marchado, dejándome sola en esa Barcelona con la que no podía reconciliarme, que ya no era nada sin él. ¿Por qué no había querido verlo hasta entonces, por mucho que la verdad estuvo desde el principio ante mis ojos? ¿No me lo había dicho Juliette Figuères, que un viaje así solo se hace por amor? ¿Por qué, si no, había vuelto tantas veces a ese «te voy a añorar» en la plaza Vicente Martorell, en el que cabían todas las despedidas del mundo?

Y entonces me resultó inevitable preguntárselo. A pesar de su dolor, de su historia, que era también la historia del exilio de un país al que llevaba veinte años tratando de no mirar a los ojos.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué así?

La poca luz que quedaba en el salón se posaba sobre la mesa que nos separaba. Bastian no se levantó a encender una lamparita o una vela, sino que siguió observándome con ese brillo anacrónico en la mirada —lejos, siempre lejos, muy adentro— hasta que reunió el valor para responder.

Dijo que se fue porque no quería que supiese quién era en realidad.

Dijo que en el momento en el que me acogió en casa sabía que papá lo buscaría, que no tardaría en descubrir quién había sido, lo

que había hecho.

Y dijo —lo que era peor, lo que dolía más— que le aterraba perderme, que le causaba pavor la posibilidad de que, al conocer la verdad, renegase de las cosas horribles de su pasado y ya no pudiese verlo de otra forma.

Y también que por eso renunció a mí, a nosotros. A esa versión de él que era cuando estaba conmigo, la única con la que podía sentirse en paz y sin culpas.

Por fin lo sabía. Bastian prefirió marcharse a ser testigo de cómo ese amor desaparecía al mirarlo.

—Ver la realidad en tus ojos lo habría convertido todo en cierto: las semanas mirando hacia otro lado en la frontera, la traición a Los Caminantes, la muerte de toda esa otra gente que solo buscaba seguir viviendo, la promesa incumplida a Machado. ¿Sabes los años que tardé en convivir con esa carga? No podía permitirme que formases parte de ella, que te manchases con ese dolor. Eso me habría destruido.

Me di cuenta de que tenía las mejillas empapadas en lágrimas por el sabor a sal en los labios. Tardé unos segundos en entender que estaba llorando. Lo sentía en el pecho, en los pulmones al jadear, en las manos, que se entrecerraban por inercia, incluso en la crueldad de las uñas clavadas en la carne.

—Es injusto que eligieses por mí. —Un silencio, un temblor en los labios—. Lo sabías, ¿verdad? Cuando me lo dijiste en la plaza.

—Cuando te dije el qué.

—Que me ibas a añorar. Sabías que te ibas a ir. Ya habías tomado la decisión.

De pronto me encontraba de pie. Las palmas contra la madera. Los pies, tan lejos del corazón, como si fueran a caerse por todos los

abismos a los que había mirado en esos años. La angustia en la frente, en los ojos, en la garganta. Sobre todo en la garganta.

—Claro que lo sabías.

Bastian se disculpó sin moverse de su sitio. Dijo que por inútiles que fuesen ahora sus palabras, lo sentía, lo sentía tanto... Dijo que era un cobarde, que lo seguía siendo; que había pensado muchas veces en buscarme, en escribirme, en contarme la verdad, pero nunca había sido tan valiente como lo había sido yo al buscarlo de esa forma. Dijo que ya sabía, desde la primera vez que me miró a los ojos, durante aquel concierto en el Gótico, que sería alguien mucho mejor que él, con más valor, más digna: la persona que él ya no podría ser nunca.

Al escucharlo, la angustia pasa de la garganta a las manos, recorre la espalda, los muslos, se extiende a cada músculo de un cuerpo en cuyos movimientos no me reconozco, que echa a andar y busca la puerta de la casa a tientas entre la penumbra en pos de una bocanada de aire. De ese instante no guardo ningún recuerdo: no sé quién soy, qué estoy haciendo ni lo que veo, solo que camino hasta el exterior de la finca con el cuerpo temblando; que los perros, al verme, rompen a ladrar como si no entendiesen la urgencia por respirar, el castigo por tantos años de incertidumbre. Afuera el crepúsculo, el horizonte violeta, y la idea —el deseo contradictorio— de echarme a los brazos de Bastian o de correr lejos, chillar, para maldecir el mundo que habíamos heredado y que nos había arrebatado tanto a todos.

—¡Julia!

Reconozco su conmoción entre el bramido de los perros, que con cada grito ladran más fuerte.

Me llama de nuevo. Es mi nombre en sus labios. El que una vez sonó placentero, real, de manera distinta de como lo habían

pronunciado los demás antes, y que ahora suena tan diferente de como lo recordaba.

—¡Julia!

Lo grita una vez más. Se le rompe la voz. ¿Eso era lo que tanto temía hace veinte años?

—Julia, por favor.

Y en medio del desconcierto, de tantas emociones para las que no tenía nombre, sus brazos tomándome a la fuerza. Su cuerpo aplastado contra mi piel. Sus manos en mis manos, como aquella tarde en la que me salvó de la policía, pero pidiéndome que no me vaya, que «por favor, por favor», y yo sacudiéndome su cuerpo de encima: que pare, que se calle, que nadie te dice cómo sentirte después de descubrir la verdad tras un país roto, mientras pienso que no sería difícil alejarlo de mí, su cuerpo es frágil. Ha perdido el aplomo que tenía, la entereza. Y sin embargo, sigo escuchando sus súplicas, sigo dejándome mecer por el vaivén de su torso que parece danzar detrás de mí: sus labios en mi pelo, su aliento en la nuca, como cuando me pedía que cerrase los ojos antes de llenarme de besos la espalda. Si tan solo me hubiese dado a elegir, si me hubiese hablado a tiempo de los fantasmas de la frontera, me habría ahorrado tantas preguntas, tanta culpa, tanto sufrimiento... Deseé gritarle palabra por palabra aquellos dolores, enumerarlos, sacarlos de las tripas, pero no podía parar de llorar.

—No te vayas. No te vayas así.

Pataleé. Estiré un brazo, luego otro, las piernas, el cuerpo entero, hasta comprender que Bastian ya no estaba haciendo fuerza y que los gritos ahogados que se extendían por la finca no eran los míos sino los de él. Indefensos, desconsolados, como los de un niño o un anciano. Era Bastian Ballard, llorando, el mismo que se había deshecho en lágrimas después de escuchar el *Ave María* en el salón

de su casa hacía casi dos décadas. ¿Cómo había podido olvidar esa mirada de vulnerabilidad, ese desconsuelo? ¿Cuánto había pasado desde la última vez que había visto a un hombre llorar? ¿Acaso no era él el primero y también el último que se había permitido romperse frente a mí?

Toda la contención que había demostrado Bastian desde mi llegada explotó en sus ojos líquidos. Y con ellos su cuerpo, que se dejó caer contra mis piernas como si el mundo ya no pudiese escucharlo ni darle refugio. Ese no era el Bastian mentor que yo conocía —un alarido en mi vientre, sus rodillas contra la tierra—, ni el traductor de francés, ni siquiera el amante. Era el Bastian de la frontera, el chiquillo que había rescatado los poemas de Los Caminantes de entre la tierra mojada y la sangre, el que había rezado por Listerri pese a haberse prometido no volver a rezar jamás. Podía verlo incluso en medio de la oscuridad del jardín, desgarrado, con el pecho abierto por completo, el corazón hecho trizas. Cuarenta años había esperado para llorar de esa forma. Y aun así, seguía sin ser tiempo suficiente.

La imagen era de un dolor tan intenso que me permití agacharme a su lado, estrecharlo con violencia entre mis brazos. Bastian —de nuevo mi Bastian—, tan roto como para hacerme olvidar la rabia, el mundo, en un abrazo que era más fuerte que la memoria, que lo racional, que los años de preguntas. Siempre había sido la piel la primera en perdonar, en someterse, en tomar las decisiones importantes mucho antes de entender sus consecuencias, incluso entonces, en el momento de romper el ciclo de la añoranza: ambos habíamos vivido demasiado tiempo en la ignorancia del otro, pero con aquel abrazo desapareció el desconocimiento, la ausencia. Ya no era la añoranza lo que definía el sello de ese amor que estaba ya muy lejos de ser un amor, y que escapaba a mi conocimiento de

las emociones y el lenguaje, que si acaso, de tener un nombre, permanecería oculto en algún poema de Cernuda o Machado. O de cualquiera de los poetas malditos que la guerra hubiese sepultado.

Permanecimos en aquel abrazo —en cuclillas, tan humillante si nos hubiesen visto— hasta que le conté que Listerri seguía vivo, que sobrevivió al campo de Argelès, que se permitió caer enamorado de la misma mujer que le curó las heridas del exilio, y terminó montando una librería en Perpiñán, que no era bonita ni especial, pero tenía muchos más libros que cualquiera en la que hubiese estado. Bastian —todo lágrimas, todo desconsuelo— me escuchó superado, sin decir palabra. Con cada frase parecía gemir más alto, asfixiarse más. Llegué a pensar que no encontraría consuelo en nada —una caricia en el pelo, olas de sal bajo esos ojos de café que esconden las gafas—, que de la tierra brotarían raíces cubiertas de rocío que lo engullirían hacia dentro, como habían engullido a Machado, a papá, a los que estaban ya demasiado cansados para luchar. ¿De verdad era tan tarde para una generación entera? ¿No decía Dios que siempre había tiempo para la salvación?

Tras recuperar el aliento, Bastian dijo que entendería que me marchase, que no quisiese volver a verlo, y se ofreció para llevarme al aeropuerto a cambio de un momento más sin movernos, pero antes de que pudiese añadir nada, me sorprendí escuchando de mi propia voz un «no me quiero ir», un «no todavía». El vuelo no salía hasta el día siguiente, temprano, y aunque confiaba en quedarme en alguna pensión de Saint-Jory, lo cierto es que no tenía ninguna prisa en alejarme de allí.

Cuando echo la vista atrás y pienso en esa tarde, me cuesta entender cómo, a pesar de todo, el deseo de consolar a Bastian era más fuerte que los años de dolor e ignorancia. El rencor se había reblandecido como el papel al contacto con el agua, y se había

deshecho en una masa uniforme, viscosa, que apenas podía comprender. Bastian, subyugado, me había otorgado el poder de ser yo misma de nuevo, como si esa versión de mí que se formó con su marcha hubiese sido incompatible desde el principio con el odio, con las dudas, con el miedo. Qué equivocada había estado todo ese tiempo. Qué daño me había hecho al hacerme pequeña, diminuta, al encerrar a la Julia que un día fui tan adentro.

Esa noche me quedé a dormir en casa de Bastian. En una habitación al fondo de la primera planta, a la que llevó la estufa y un par de mantas. De las paredes colgaban estanterías en las que reposaban muchos de los libros de su colección, ordenados tal y como un día lucieron en Barcelona —con sus lomos rugosos, textiles, desgastados, mates, gomosos, de colores, de papel y con sobrecubiertas—. Me permití retener esa imagen conmigo, guardarla muy adentro para no olvidarla nunca. Temía que al cerrar los ojos todo se viniese abajo, pero al despertar a la mañana siguiente, los libros permanecían allí indemnes al tacto, al igual que la casa, los ladridos de los perros, el polvo en los marcos de las ventanas.

CAPÍTULO 12

Había té encima de la mesa, pastas y un rastro de humo que se extendía más allá del salón. Bastian aguardaba sentado con una camisa de franela a cuadros.

—Buenos días.

Tenía los ojos cargados, con ojeras negras, pronunciadas, como si alguien las hubiese pintado con una brocha de color oscuro.

—Has conservado los libros. Pensé que no podrías cargarlos todos.

—No todos, la mayoría. También he regalado muchos.

Pensé en preguntarle a quién, cuáles, aunque enseguida lo desestimé.

—Siéntate.

Desayunamos hablando de la casa, de su orientación al oeste, de los perros —de nuevo sin nombre, como Turrón antes de ser Turrón —, del viento que azotaba las paredes por la noche y de la alergia en primavera por culpa del polen fresco. Había visto la noticia del alquiler en el periódico y tras llegar a un acuerdo con el propietario se había instalado allí. No pagaba un alquiler barato, pero se lo podía permitir porque tampoco tenía más gastos.

Le pregunté si seguía traduciendo. Dijo que no, que lo había dejado poco antes de ir a vivir a Saint-Jory, y que abandonar toda pretensión de publicar aquellos textos lo había hecho más feliz. Ahora podía dedicarse a leer y a ver la tele, un descubrimiento que le había fascinado y que le robaba —y eso lo dijo con el orgullo

herido— más tiempo del que le gustaría reconocer. Hablamos de todo menos de lo sucedido la noche anterior. Ninguna mención a su pasado, al abrazo en el jardín, a su llanto ni a Listerri. Y sin embargo, podía leerse la incertidumbre en el rostro de ambos. Probablemente porque ninguno alcanzaba a entender todavía qué había pasado ni cuál era la magnitud real de aquel reencuentro.

—No hace falta que cojas un taxi. Puedo acercarte yo mismo al aeropuerto. No es ninguna molestia.

—Lo sé, pero está bien así.

No mentía: no quería deberle nada. Quería demostrarle —demostrarme a mí— que no necesitaba ser salvada, que ya no era esa estudiante que huía a la desesperada de la policía.

Bastian asintió y se esperó a que me terminase el té para levantarse y devolver las tazas a la cocina. Cuando regresó le fue imposible mirarme a los ojos. Me despedí de la casa con la mirada: un último vistazo a los libros echados aquí y allá, al cuello viciado de los perros por culpa del tirón de la correa, a la silueta irregular del techado dibujada contra el horizonte. Y luego ambos echamos a andar hasta el camino de grava que había fuera de la finca, en el que se acumulaban señales comarcales entre el principio y el fin de aquellos campos infinitos. Permanecimos en silencio hasta que el taxi asomó a lo lejos, por la carretera, diminuto como un coche de Scalextric, con el eco del motor dando tumbos en cada curva. Bastian aguardó a que estuviese lo bastante cerca para buscarme con la mirada.

—Puedes volver cuando quieras. —Un silencio—. Me gustaría que volvieras. —Y otro más, a tientas en la oscuridad—. Si quieres.

Advertí en esos ojos cansados —entendí mucho después que su aspecto no se debía al paso del tiempo, sino a algo mucho más doloroso— que lo decía de verdad, no porque necesitase de la

compañía de alguien ni porque la rogase, sino porque estaba necesitado de mí y solo de mí. Y no se había dado cuenta hasta que me había tenido enfrente de nuevo. A mí, que ya no era la Julia que le cantaba canciones, que descubría el sabor del vino en sus labios. A mí, que le rogaba escuchar una vez más —todas, cuantas hiciese falta— la historia de Leonor y Machado. Y aun así me requería.

No nos abrazamos. No nos besamos en las mejillas ni nos dimos la mano. Fui incapaz de contestarle que volvería, que regresaría para estar a su lado, golpeada por la misma confusión que devora el cuerpo después de un accidente en el que todo ha pasado demasiado rápido. Él me miró antes de entrar en el taxi y yo le mantuve la mirada desde la ventanilla mientras Bastian aguardaba el primer sol de la mañana, varado en el camino con la barbilla gacha, las pupilas huecas pero brillantes.

En el avión, sus palabras me martillearon las sienes, repetidas a la fuerza con tal de ordenar lo que sentía: llevaba veinte años ignorando el motivo de su marcha, creyendo que mi amor —el nuestro, tan único, un milagro— no había sido suficiente para él, releyendo aquel viejo poemario de Machado hasta la extenuación, en busca de respuestas. Y sin embargo, había sido él quien había antepuesto su penitencia a la salvación. Bastian estaba roto, y lo estaría siempre. La Julia de esos días solo era parte de una historia más grande, de una pena, de un duelo. Así fue como entendí que no podría haber cambiado nada de haber regresado a su casa esa noche, que de nada habría servido prometerle que jamás me marcharía de su lado, ni tampoco ser más guapa, más lista, hacerle mejor el amor, haber nacido sabia, leída. Así fue como descubrí el verdadero significado del consuelo, el rumor de la alegría. Y con él, la constatación de que el amor de Bastian era un amor real y yo era merecedora de él. ¡Yo, que tantas veces había mirado hacia otro

lado en los últimos veinte años por no creerme preparada para el amor de nadie! ¡Yo, tan tonta! ¡Tan convencida de no merecer besos de verdad! ¡De no merecer la clase de caricias que son algo más, de no merecer los afectos que preceden a la entrega de un corazón en llamas!

La culpa se lo había quitado todo a Bastian. Y yo había permitido que sus fantasmas se convirtiesen en los míos. Y por ellos habíamos renunciado, sin saberlo, a una existencia juntos, a una familia, a un hijo, una hija o ambos, que cambiase la forma que teníamos de ver el mundo. Al convencerme de los muchos instantes que nos habían robado, el dolor de su marcha me parecía absurdo y despiadado, propio de un cuerpo ajeno, que ya no era el mío ni el de la Julia adolescente en la que había aflorado. La herida comenzó a transformarse así, sin que yo lo supiera, en una cicatriz corpórea, magnífica, que seguiría cicatrizando en las horas siguientes, en los meses siguientes y que ahora, por fin, podía mirar a los ojos para ponerle nombre.

La tía Elvira aguardaba en el aeropuerto. Debió de registrar la sospecha del cambio porque al mirarme a los ojos, encendidos, sonrió como tantos años atrás, y ambas regresamos a casa en silencio. Mi cabeza contra su regazo en el taxi de vuelta, la voz de Luis del Olmo citando un discurso de Adolfo Suárez, un corte de *Libertad sin ira*, de Jarcha, sonando entre cada párrafo.

Tan pronto como volví a casa, a mi Barcelona, me alcanzó la certeza de que el mundo era un lugar viejo, reciclado, lleno de grandes injusticias y pequeños triunfos con los que había que conformarse, una máquina ardiente que no pararía nunca, que no

esperaría a nadie, y a la que yo tampoco estaba dispuesta a esperar. No ahora que conocía la verdad.

En las semanas que siguieron al viaje a Saint-Jory todo se volvió más liviano. Al principio de manera imperceptible, como si nada hubiese cambiado, y con el paso de los días, de forma evidente: las elecciones del 1 de marzo y la victoria de UCD, con todo lo que eso significaba, la ilusión de la tía Elvira a la que la política jamás le había interesado, incluso la imagen que tenía de mí misma. Pero el punto de ruptura llegó con el corte de pelo: me encerré en el baño y, a imagen y semejanza de Virginie Valmont, me deshice de la coleta con un tijeretazo. La mata, de ese marrón claro que se parece al rubio aunque no llega a serlo, cayó sobre la pila del baño, y a ella se sumó enseguida el flequillo y el pelo de ambos lados de la cabeza, de modo que el espejo me devolvió la imagen de uno de esos chiquillos de infantil que iban y venían por las mañanas por plaza Cataluña, rumbo al colegio, con la diferencia de que mi rostro seguía siendo el de una mujer de casi cuarenta, con la sospecha de esas arrugas que advierten arrugas más profundas y la mirada cansada en los párpados. La tía Elvira descubrió la escena espantada —tan afectada por los trasquilones como por el cambio imposible de predecir— y se afanó en arreglarlo con las mismas tijeras de vaciar que teníamos desde hacía treinta años.

Al corte de pelo le siguió la iniciativa de un ensayo público antes del concierto de fin de curso. Pese a la insistencia de los profesores y la dirección del colegio, la actuación de junio del coro se había mantenido como uno de los secretos mejor guardados por petición personal. No sé si lo definiría como inseguridad o introspección, o si simplemente prefería rehuir, siempre que fuese posible, el ritual de agradecimiento que suponía cada concierto. Con todo, organizamos un ensayo en el gimnasio para el personal del colegio. Y lo cierto es

que resultó un éxito. Las versiones de Serrat que habíamos preparado conmovían, pero sin llegar a caer en el bucolismo, y eran varios los alumnos que podían lucirse con sus solos. Después de eso, todos vinieron a felicitarnos: «qué número», «de los últimos años, el mejor», «un acierto el repertorio». Y comentarios sobre el pelo: «déjatelo así», «qué envidia me das, qué bien se te ve», «pareces tan joven». En lugar de rehuir los piropos, las felicitaciones, como tantas veces había hecho, me limité a escucharlos todos, mirando a cada uno de los profesores a los ojos, permitiéndome recordar el sabor de los elogios merecidos, del reconocimiento, y creyendo oír en su voz la voz de sor Ángeles, con aquel inconfundible cariño.

Tras el corte de pelo y el ensayo, se sucedieron cambios diminutos en el día a día, imposibles de detectar: la manera de mirarme en los espejos, el tacto de los muebles de casa, el interés repentino por un programa absurdo de la tele, la ausencia de la prisa al leer, un carmín ligeramente más claro, no muy distinto del color natural de los labios, una luz —imperceptible, apenas un destello— a la altura de los pómulos, en las mejillas, pero que en conjunto atestiguaban una conmoción silenciosa. Desde las esquinas de casa, la tía Elvira se había acostumbrado a tratar de descifrarme y enseguida le cogí el gusto a hacer que no me daba cuenta, como si yo misma fuese incapaz de desentrañar la razón de aquella nueva forma de contemplar el mundo.

Si los días eran el tiempo reservado para cicatrizar las heridas, las noches no tardaron en convertirse en el rumor de Los Caminantes. Pensaba mucho en la culpa de Bastian —tal vez para tratar de entender la propia— y en las consecuencias de sus acciones. En las terribles, las crueles, las que lo perseguían despiadadas, y que sin quererlo habían dado pie a aquella cruzada por la publicación de sus poemas. ¿Existiría la posibilidad de que viesen la luz esos textos si

los cuatro no hubiesen corrido aquella suerte en la frontera? Era difícil saberlo, pero su muerte —o en el caso de Listerri, su estancia en el campo de Argelès— estaba íntimamente ligada al deseo de publicar aquel poemario. Sin la traición de Bastian, jamás habría existido esa pulsión. Era cierto: él era cómplice de sus muertes, él les había impedido llegar a Colliure y después a París, pero si no los hubiese mandado a la muerte y los franceses los hubiesen capturado como hicieron después con Listerri... ¿No habrían quedado olvidadas todas esas cuartillas y cartas en una habitación fría de la frontera? ¿En qué convertía eso a Bastian, aunque fuese de manera accidental? ¿En héroe y a la vez en verdugo? ¿En salvador y en cómplice? ¿Acaso se podía ser ambas cosas al mismo tiempo?

Pensaba en papá, en todo lo espeluznante que había tenido que hacer en la guerra pese a no querer hacerlo. Si lo entendía a él, si lo perdonaba —¿era ese el verbo correcto?—, si había aprendido a vivir con ello, que tenía esa memoria de sangre acumulada en las manos, cómo no iba a perdonar a Bastian y al muchacho que era entonces. Era tarde, muy tarde ya, para el amor. Tarde para ganar una guerra que llevaba perdida cuarenta años, pero la idea de salvarlo, de salvar a Los Caminantes con él y a tantos caídos anónimos con ellos, se instaló en mí noche a noche, con la misma serenidad y fuerza que había sentido al descubrir aquel informe sobre Machado tras la muerte de mi padre. Fue así como me convencí de que las cicatrices no podían pesar más que la vida. De manera que unos días más tarde le escribí a Bastian para decirle que quería visitarlo de nuevo en Saint-Jory y ayudarle a publicar los poemas de Los Caminantes.

La nueva vida de Bastian era un teatro donde cada mañana representaba la misma obra con tal de no perderse a sí mismo. Su soledad era la soledad de las cosas que no pueden decirse, que pudren, envenenan, amargan, y la había utilizado para dar forma a

su rutina, a ese mundo gris, crepuscular y abandonado. Sí. Él mismo se había encargado de preparar la función: tenía sus decorados, sus tiempos de montaje, y la luz del sol o su ausencia hacía de telón, pero cualquiera podía ver las cuerdas sosteniendo el atrezo. Yo me había convertido, sin quererlo, en su única espectadora, en la última en la sala, la última capaz de lanzar flores y aplaudir para que la obra continuase un día más. El teatro de la soledad siempre había estado ahí, pese a que yo había sido una mera figurante. Y ahora por fin tenía la capacidad de chillar desde mi butaca y ser escuchada.

Bastian Ballard se había marchado hacía dos décadas y ahora me necesitaba —lo había visto en sus ojos, en sus manos, me lo había dicho su piel— de la misma forma en la que yo lo necesité a él para continuar adelante y descubrir un mundo nuevo en el que sí podía vivir, que no era el de papá ni el de las monjas, ni siquiera el de Santiago o Gerard. Si le negaba mi ayuda, si me dejaba llevar por el rencor y me oponía a respirar el aire que él respiraba, ¿qué nos diferenciaría al uno del otro?

CAPÍTULO 13

Después del concierto de fin de curso, y coincidiendo con el inicio de las vacaciones de verano, visité de nuevo a Bastian. Habíamos acordado que me quedaría varios días —con fechas flexibles, el viaje en tren lo permitía— y que hablaríamos en persona sobre el manuscrito de Los Caminantes. El mismo caos de hacía meses seguía reinando en la casa, con la diferencia de que Bastian había preparado el despacho a conciencia para que pudiese dormir allí: era la única habitación en la que el polvo no se acumulaba aquí y allá. Había retirado una de las estanterías para cambiar la cama de noventa por una de matrimonio, algo más pequeña de lo común, pero más grande que una individual. Y también había llevado allí la estufa y un par de mantas que no llegué a usar.

Los días que pasamos juntos en junio planeaban sobre mí con la misma naturalidad con la que los vivimos, como si ambos, a pesar de todo —a pesar de tanto— todavía contuviésemos en nuestro interior a las personas que un día fuimos. No nos besábamos, apenas había lugar para el tacto, y era difícil aguantarnos la mirada el uno al otro, pero dentro de cada uno seguía viviendo esa dulzura contenida con la que un día nos tratábamos. No era amor, lo sabíamos, sino otra cosa. Algo más valioso, un vínculo más consistente. Un vínculo que se anudaba de nuevo, frágil al principio, vulnerable y lleno de dudas, y conformado, más tarde, por pequeñas certezas del día a día, como el deseo de cuidar del otro, en el que se resumía el mundo entero. Creo que esa tregua no elegida nos

desarmó a ambos y con el paso de los días nos hizo desatender la distancia buscada que nos habíamos impuesto. Para no hacernos daño, para poder vernos de nuevo, todo debía ser fácil. Y lo era. Teníamos miedo de romper algo —de hacernos añicos el uno al otro —, pero eso nunca sucedió. Quizá porque ambos nos habíamos permitido, al fin, ser quienes éramos en realidad. Ahora sé que eso es el amor de verdad.

Escuchamos los nuevos discos de jazz de Bastian —Chet Baker, Chick Corea, John Coltrane—, y también los viejos, cuyas melodías, por extraño que parezca, había olvidado en su mayor parte. Era capaz de tararear los fraseos principales, pero siempre fallaba al final de los estribillos. También dimos paseos larguísimos junto a los perros, que siempre corrían entusiasmados varios metros por delante de nosotros. Observamos las columnas de humo de la quema de cereales, que dibujaban líneas oscuras y verticales contra el cielo, y dormíamos con las ventanas abiertas a merced del chillido de las rapaces y jugábamos, por insistencia de Bastian, a adivinar de dónde venía la brisa, que según él caía desde las llanuras del este antes de bañar los campos y susurrarnos en la piel. Por las horas expuestas al sol, se nos quemaron los pómulos y los brazos se nos llenaron de pequeños lunares. Bastian se fijaba mucho más en los míos que en los suyos propios y yo hacía como que no me daba cuenta sin romper el silencio. Tardamos mucho, demasiado, en decirnos algo que verdaderamente tuviese un valor o un significado.

Creo que ese es el signo que define aquellos días juntos, el de la calma y la dulzura, ambas igual de silenciosas y diminutas. También de eso me arrepentiré con el paso de los años: de no decir más, pese a no tener nada que decir, solo por el placer de escuchar su voz o verlo mover los labios. Aunque la realidad es que apenas necesitábamos abrir la boca para entendernos, para saber si uno

deseaba tomar una senda u otra, acostarse temprano o más tarde, subir el volumen del televisor o bajar el del tocadiscos. Habíamos conseguido ese equilibrio tan meritorio en el que las palabras se volvían transparentes, cristalinas, hasta no significar nada.

La segunda noche, antes de apagar la luz, me quedé observando sus libros sentada en la cama. La habitación no era muy grande y si estiraba los brazos podía coger casi cualquiera. La primera vez me esforcé en retener esa imagen conmigo, pero no tuve el valor de abrir ninguno. En especial, aquellos a los que tantas horas habíamos dedicado por las traducciones y las lecturas. Esta vez no pude resistirlo: abrí los tomos de Oscar Wilde y también los de Machado, y me destrozó descubrir que dentro de su ejemplar de *Soledades* se encontraban las fotos del Tibidabo. Estaban todas: aquellas en las que salíamos sonriendo, in fraganti, las fotos veladas o con la sombra de nuestros dedos por encima; Bastian tapándose la cara de forma cómica, su torso silueteado contra una atracción de color rojo; Bastian dando de comer a dos palomas grises; y luego solo yo, mordiendo el bocadillo de jamón —cuándo había hecho esa foto y por qué no me había dado cuenta—, sonriendo frente a la basílica al pie de la montaña, señalando el cartel de la entrada, mirando de reojo la lente mientras hacíamos cola en la Talaia, mientras él se guardaba el miedo por culpa del vértigo.

Sospeché que debían de llevar años guardadas allí y que incluso Bastian se había olvidado de su presencia. ¿Debería llevármelas conmigo a Barcelona? ¿Las echaría en falta? Durante las noches siguientes sentí la tentación de pedirle permiso para meterlas en la maleta. Pensé que se alegraría de ver las fotos después de tanto tiempo, pero me resistía a reconocer que había hurgado en sus cosas y al final desestimé la idea. A la mirada furtiva del interior de los libros se sumó enseguida otra mirada más dentro de los cajones

y los armarios, pero aquellas fotos fueron lo único que encontré de los meses que pasamos juntos en Barcelona.

A la mañana siguiente, y tras muchas idas y vueltas, lo convencí para arreglarle la barba. Lo intenté también con el pelo, que para entonces le había crecido hasta rozarle los hombros. Sin embargo, fue una negociación imposible. La barba, a ratos blanca, a ratos de un negro azabache, brotaba de la cara en horizontal y le hacía parecer diez o quince años mayor de lo que era. Se la recorté con unas tijeras de cocina, las únicas que había en casa. Tenía el pelo tan duro y rizado que tuve que mojárselo varias veces para que se ablandase y poder darle la forma que quería. Con la barba a medio repasar —no me dejó cortar más—, una podía apreciar lo delgado que estaba. Bastian siempre había tenido un cuerpo delgado, aunque sólido y elegante. Pero visto junto a la pila del baño, en camiseta interior y sin esa barba boscosa que le llegaba hasta el pecho, una podía registrar la huella del paso del tiempo en su piel. Tal vez podía disimular los años de tormento con aquel aspecto de intelectual maldito, pero tan pronto como una lo veía a medio vestir saltaba a la vista lo desconsiderada que había sido la vida con él.

No hablamos de Los Caminantes hasta el último viernes de junio.

Bastian, que había tomado la costumbre de fumar al caer la tarde, cuando el destello del cigarrillo se estremecía al mismo ritmo que los rastros del sol, se encendió uno y me ofreció una calada. Yo llevaba años sin fumar, desde la época en Madrid, pero lo compartimos en silencio mientras observábamos a los perros dormir bajo la caseta del garaje.

—¿Para qué seguir intentándolo?

—Porque se lo merecen. Todos. Listerri, Machado, Los Caminantes. Porque te lo mereces tú.

Bastian apuró el cigarrillo, consumido por la ceniza.

—No han querido publicarlo en cuarenta años. ¿Por qué iban a hacerlo ahora?

No tenía nada racional con lo que responderle. Estaba en lo cierto, lo sabía, y aun así deseaba convencerme de lo contrario y conseguir que él me creyese.

—La primera vez que vine me dijiste que te gustaría volver a verme. De alguna forma me pediste que regresase y yo te concedí aquel deseo porque sabía que lo necesitabas. Ahora soy yo la que te pide una última concesión.

Bastian me miró por dentro, como solo él sabía hacerlo. Insistí.

—No solo por ellos, sino por ti.

—No lo sé.

—Una última vez. —Me permití cogerle de las manos—. Una última, por favor.

Esa misma noche, y tras asegurarle que conseguiría convencer a Listerri para que nos permitiese publicar el manuscrito, me enseñó todo el material que había acumulado sobre Los Caminantes: las cartas con Machado, las cartas de Román con Listerri durante la guerra, las primeras versiones de los manuscritos individuales de cada uno y varias cuartillas con correcciones y notas de Antonio Machado, que se acumulaban de forma errática en los márgenes de cada página. Dedicamos horas a revisarlo todo. Bastian, que había culminado hacía años una copia mecanografiada de los textos en castellano y francés, sin faltas, tenía una idea muy clara del orden del poemario, que evolucionaba desde los versos más primerizos hasta los más maduros, evidenciando la influencia de Machado y la conciencia generacional de los cuatro. El trabajo que había hecho, su nivel de detalle y cariño, eran casi una proeza si se tenía en cuenta que era tiempo dedicado a poetas anónimos que el mundo había olvidado.

Junto a los textos y las cartas, Bastian conservaba un cuaderno azul —para mi sorpresa y conmoción, el mismo que había custodiado con recelo en Barcelona—, en el que figuraba una larga lista de editoriales a las que había enviado el manuscrito, el año al que correspondía el envío y su respuesta: siempre negativa. En Francia se contaban por decenas: editoriales de divulgación, históricas, de poesía, más o menos literarias, mientras que en España apenas llegaba a la veintena. El manuscrito llevaba años intacto, guardado en un cajón: el último envío a una editorial española databa de antes del fin de la dictadura. Le dije lo que pensaba: que podríamos intentarlo en Barcelona, que tal vez con otro enfoque, poniendo en valor los textos originales en castellano y acercándolos a la historia de Los Caminantes en la frontera, podría interesarle a algún editor, de igual manera que muchas calles de la ciudad comenzaban a recuperar su nombre en catalán. No mentí. Estaba segura de que la gente desearía escuchar una historia como esa, descubrir —de la misma forma que yo la había descubierto— la historia silenciosa de nuestro exilio, del otro, el que no salía en los libros, del exilio de los que no habían vuelto y los que no llegaron a irse nunca.

Los Caminantes eran un buen ejemplo de todo lo que nos habíamos visto obligados a olvidar —Argelès, las carreteras de la vergüenza de Portbou, los poetas con tierra en los bolsillos, enfermos de soledad—, y sus textos así lo demostraban. Ignoraba si habría algún editor interesado en publicar el manuscrito, y tampoco tenía la seguridad de garantizárselo a Bastian, pero de lo que estaba segura era de que, si conseguíamos contar esa historia a través de los poemas y las correcciones de Machado, darle un nuevo sentido a la obra y encapsular esa porción diminuta de realidad, esa verdad cruel y dolorosa, la gente querría leer el libro. Porque la historia de

Los Caminantes también era, de manera irremediable, la historia de España.

Seis días más tarde terminamos la primera versión del nuevo manuscrito. Obviamos muchos poemas, en especial los primeros, añadimos notas y correcciones de Machado como parte del propio texto y Bastian escribió un apéndice sobre su historia en la frontera, incluyendo las cartas que se habían enviado los unos a los otros desde el 36 hasta finales del 38, así como el itinerario que habían seguido bajo las indicaciones de Corpus Barga. El libro ya no era solo una antología cronológica sobre la evolución de Los Caminantes como poetas, sino la historia de cuatro amigos unidos por Antonio Machado a los que la guerra había separado. Y que era, a su modo, la historia del exilio de un país entero. Aunque todavía quedaban cambios y matices con los que darles profundidad a algunos fragmentos, ambos acordamos que me llevaría una copia de regreso a Barcelona y que yo sería la encargada de buscarle un editor. Esa fue la única condición que puso.

Esa madrugada, coincidiendo con mi última noche en Saint-Jory, Bastian abrió una botella de vino, y solo cuando no pudo más, con los labios de color burdeos y los ojos entrecerrados en algo parecido a una mueca, me confesó que tenía el estómago enfermo.

—Decían las monjas que Dios lo perdona todo, aunque a veces también castiga. Y a mí ha decidido castigarme las tripas.

Me miró los dedos, miró los suyos y luego volvió a mirarme a mí. No había nada ahí dentro, en sus ojos. Ni ese brillo dorado de los reflejos del sol, ni la culpa que al aflorar solía teñirlos de oscuridad. Pensé en algo que decir, pero todo me sonaba vacío y de una insignificancia horrorosa.

—Si no te lo dije la primera vez que viniste es porque no quería condicionar el modo en que me veías. No quería que te apiadases de

mí. Ese es un sentimiento espantoso. —Guardó silencio unos segundos—. Estos días han sido lo mejor que me ha pasado en años. Lo sabes, ¿verdad? —Me limité a asentir—. Me encantaría pensar que se van a repetir de la misma forma: que vas a volver y las cosas van a ser exactamente así, pero me resulta imposible pensar que vendrán días mejores. Quizá nunca lleguen y ya hayamos vivido los suficientes. —Un silencio una vez más, largo como el corte de una canción que no termina de arrancar—. Cuando pienso en eso, me doy cuenta de que no soportaría que el recuerdo que tuvieses de mí fuese en una cama, enfermo. Con lo que he sido para ti, con los ojos con los que me has mirado. No sé si alguien más me ha mirado así alguna vez. —Estiraba las letras para contener el dolor—. Pero sé que es lo que puede pasar y que no es algo que yo deba elegir. Ya no. Ya no pienso decidir por ti. Creo que tienes que saberlo. Que estará bien elijas lo que elijas. Y que esa elección es tuya. Nada más.

Bastian sonrió como esos adolescentes a los que se les nota que no les dejaron tener infancia, que nunca conocieron la felicidad del todo, por mucho que intuyan que es algo parecido a una sonrisa de presente absoluto, y por un instante creí que todas las versiones de Bastian confluían sobre la que tenía enfrente: el niño abandonado en un orfanato de Toulouse, el adolescente de los exiliados en la frontera, el traductor de Barcelona, el profesor, el amante, el Bastian de «te voy a añorar» y el Bastian que —ahora lo sabía— iba a morir porque tenía el estómago enfermo. Comprendí enseguida, con un dolor pegajoso, que iba a extrañarlos a todos, sin excepción, y que Bastian —mi Bastian— debía marcharse de nuevo.

CAPÍTULO 14

En agosto volví a Toulouse. Esta vez para pasar tres semanas.

La enfermedad de Bastian no había dejado marcas en su cuerpo, huellas evidentes que rastrear con las que convencerme de lo lejano que quedaba el momento de decir adiós. Se le veía más cansado, tenía las ojeras hinchadas y parecía que en apenas dos meses hubiese perdido parte de la fuerza que le quedaba. En el campo, sus pasos se veían más primitivos, más rudos, como si su cuerpo pesase varios kilos más de manera repentina, pero más allá de eso, no me permitió ser testigo de su dolor: se lo guardó en los costados, lo escondió muy adentro, donde nadie podía verlo. Tal vez pensaba que así le sería imposible contagiarme con él.

Ese verano escribí a la librería de Listerri y se lo conté todo: quién era Bastian, el destino que habían corrido el resto de Los Caminantes y que todavía conservábamos los manuscritos y las cartas originales de los años treinta, sin edulcorar ni una sola palabra. Era una carta extensa, en la que no ocultaba el propósito de publicarlos después de tanto tiempo. Aunque para ello, claro, necesitaba su aprobación, lo que de una manera u otra suponía dejar su legado y el de sus amigos en manos del mismo hombre que los había llevado a la muerte. La respuesta no se demoró más de unos días. Pese a mostrarse escéptico ante la posibilidad de que a alguien le interesasen los textos, se sentía afortunado de conocer el destino de Los Caminantes y, por suerte, aceptó cualquier iniciativa que pudiese rescatarlos del olvido, incluso si eso pasaba por

reconocer el trabajo al que Bastian —aquel muchacho tímido y francés de la frontera al que le legó su obra— había dedicado una vida entera. En sus palabras no había rencor ni afán de revanchismo, solo la paz propia de quien por fin puede ponerle nombre a la herida y despedir a sus amigos. Esa es otra de las cosas que con el tiempo aprendí a admirar de Listerri: su forma genuina y serena de mirar a ese pasado que se lo había arrebatado todo. A cambio de cedernos los textos solo quería quedarse con el material original, tanto el suyo como el de los demás, escrito de su puño y letra, así que fotocopié todo y le hice llegar los originales a la mañana siguiente por correo certificado, tratando de imaginar esa mirada suya, inocente y de niño, que se le ponía al hablar de sus amigos y de Antonio Machado.

También en esos días azules de verano les envié el manuscrito de Los Caminantes a varias editoriales de Barcelona, tal y como había pactado con Bastian. La influencia de uno de los redactores de cultura del periódico, con el que había pensado en acostarme pese a no llegar a hacerlo nunca, resultó determinante para llamar a las puertas adecuadas. En apenas dos semanas, el libro llegó a manos de sellos gigantes y también de editoriales más modestas. La mayoría de las veces no recibía respuesta y, en el mejor de los casos, una carta impersonal que certificaba la recepción de la obra: si en tres meses no tenía noticias suyas, podía darse por descartada su publicación.

Fue así como comenzaron a llegar las cartas, los silencios, incluso algunas llamadas que alababan la legitimidad del proyecto y su interés histórico, pero también su difícil encaje dentro del mercado editorial: un texto demasiado riguroso y técnico para las librerías comerciales, y demasiado ambicioso y emocional para las librerías especializadas o académicas. La obra estaba en tierra de nadie, como una casita en mitad del monte, aislada entre montañas y ríos.

Supuse que Bastian y yo éramos sus únicos habitantes y que haría falta un tornado para llevar la casita lejos —todo lo lejos posible—, sobrepasando las lindes de las cordilleras con la esperanza de ir a parar cerca de una ciudad o un pueblo con tendido eléctrico, agua potable y una pequeña librería.

El tornado, o la promesa de él, llegó también en forma de carta. Se trataba de una editorial pequeña, sin apenas catálogo, a la que había enviado el manuscrito con más inconsciencia que saber hacer. En su catálogo tenía obras menores de algunos autores de la generación del 50 y varias obras de divulgación sobre la Guerra Civil con un enfoque crítico y a menudo periodístico. Una amalgama que evidenciaba los gustos eclécticos de los editores y el respaldo económico que tenían detrás. Dijeron que dentro del sello estaban preparando una nueva colección de textos vinculados al exilio y que aquel de Los Caminantes podría encajar con lo que estaban buscando —que no era fácil de describir ni siquiera para ellos—. En la carta preguntaban si había recibido alguna oferta por el manuscrito y parecían tener prisa, incluso ansia, en conocer la respuesta.

Escribí de vuelta esa misma tarde:

«No, no he recibido ninguna oferta por la obra», les dije. «Está disponible». Y luego muchas gracias y muchos abrazos de despedida, tratando de parecer más risueña de lo que era, más optimista. En agosto, cuando regresé a Toulouse, nadie había respondido todavía a esa segunda carta.

En aquellas semanas de verano, Bastian nunca me preguntó por el manuscrito, pese a que sabía que él tenía la capacidad de intuir esa clase de cosas con solo mirarme a los ojos: la cantidad de editores cuyo nombre había averiguado con el único propósito de hacer sonar más humanas las cartas, el dinero gastado en llamadas

de teléfono, en fotocopias y sellos, las horas abriendo y cerrando sobres, humedeciendo con la lengua sus solapas de color ocre. Sí. Bastian había desarrollado el poder de saberlo todo con una mirada y yo no tenía forma alguna de engañarlo o de contarle medias verdades. Quizá por eso prefería guardar silencio y no hacer preguntas. Como le había prometido, esa era mi responsabilidad y él estaba exento de salvaguardar el legado de Los Caminantes.

Recuerdo que durante esos días le insistí mucho para que ingresase en un hospital de Barcelona. Allí podría tenerlo cerca, estar al tanto si sucedía cualquier cosa.

Pero Bastian deseaba morir en Saint-Jory. Le gustaba el jardín de la finca, la forma en la que entraba el sol por las ventanas, en especial en entretiempo, cuando la luz no era muy dura ni muy estéril. Le gustaban las vistas desde el piso de arriba, desde donde se podía ver el campo como un manto sin fin que le hacía pensar, a veces, que no existía nada más en el mundo. Eso le traía consuelo, incluso cuando bebía, se atrevía a bromear y a echarme en cara que quisiese sacarlo de allí. Decía que los inviernos en los que apenas soplaba el viento no solo podía oír a Los Caminantes, a quienes oía cantar aquellas canciones en la frontera como si no fuesen cuarenta los años que separaban un instante de otro, sino a toda la gente que había entregado a los nacionales, cuyo rostro había borrado tan atrozmente la memoria.

—Por eso ladran tanto los perros —concluía riéndose mientras miraba hacia otra parte, asomándose a una realidad que solo él parecía ver—. Son demasiados y en Barcelona hay mucho ruido como para oírlos a todos, ¿no crees?

De las muchas conversaciones que tuvimos sobre sus días de soledad, el único triunfo que me concedió fue el de la contratación de una mujer de mediana edad, Laura, que acudía a visitarlo dos

veces por semana para lidiar con las muchas tareas de la casa que se iban acumulando con el paso de los días y a las que en realidad él nunca había querido hacer frente. Como era de Saint-Jory y tenía vehículo propio no cobraba demasiado. Para Bastian, que vivía de los pocos ahorros que conservaba en una cuenta corriente de Toulouse, era una pequeña fortuna que solo podía permitirse a regañadientes. Esa fue la primera y última concesión que hizo durante su enfermedad, la única porción de su vida en la que me dejó intervenir y ayudarlo.

Bastian le cogió cariño enseguida. Laura era una mulata no mucho mayor que yo, y ocultaba bajo un carmín rojo sus mejillas picadas de acné. Todo en ella era henchido y grande, y a la vez de una seguridad incontestable: sus manos con esos anillos de oro y algunas cadenitas colgadas de las muñecas, su pelo duro que le brotaba como una cascada y sus labios redondos, mullidos, de los que siempre se caían las gracias. Hablaba un poco de castellano y era generosa en palabras cuando la llamaba por teléfono para preguntarle por Bastian.

«Lee mucho».

«Pone la música muy alto».

«Hoy no se ha levantado de la cama».

«Lo he acompañado al médico, pero ha entrado solo. Parece que está mejor».

El vocabulario que manejaba era simple, pero de una eficacia absoluta, como si la realidad, al quedar reducida a ese grupo de cien o ciento cincuenta palabras, fuese mucho menos compleja de lo que en verdad era.

De Laura me gustaba que no hacía preguntas, que no juzgaba la inseguridad con la que hablaba y sobre todo su forma de estar en el mundo, ligera, dulce y ruda al mismo tiempo, de una fuerza natural

que distaba mucho de la fragilidad de Bastian o de la mía propia. La casa agradeció enseguida una cara que no estuviese teñida de aflicción, y el polvo de las ventanas y los muebles, que durante tantos meses se había resistido a abandonar a Bastian, desapareció sin más.

A espaldas de él me descubrí dándole un pequeño extra a Laura para que le hiciese compañía algunos fines de semana. Durante un tiempo, ese fue nuestro secreto y a ella se le dio especialmente bien cuidar de él. Cada sábado ponía una excusa distinta, que me contaba por teléfono con voz divertida: que había ido a ver a unos familiares que vivían en una casa no muy lejos de allí, que unos vecinos le habían llevado frambuesas con la llegada del otoño y quería compartir unas pocas con Bastian, incluso que su hijo, al que le volvían loco los animales, quería conocer a los perros que custodiaban la casa. Al crío lo vi un par de veces, tres a lo sumo, vestido con ese traje de vaquero que tanto le gustaba ponerse —como él mismo me contó— para ir al campo, con su sombrero de *cowboy* varias tallas más grande de la que debería y una chaqueta tejana de color claro.

El hecho de que Bastian pudiese tener más tiempo para leer y despreocuparse de la casa despertó en él la pulsión de buscar refugio afuera: me enseñó la Chapelle Notre-Dame-de-Beldou, de Saint-Jory, una capilla preciosa en lo alto de una pradera, y la orilla del río Garona, que atravesaba el sur de Francia antes de perderse en el Atlántico, y las vistas desde el Château de Merville, desde donde podía verse uno de esos laberintos de boj que salían en las películas de época a las que se había aficionado la tía Elvira desde hacía décadas.

Un fin de semana de septiembre en el que volví a Francia, lo llevé en su coche hasta un local de Toulouse —que había encontrado

en la guía telefónica— donde un trío de jazz tocaba en directo. Durante el trayecto no paró de preguntar adónde íbamos, inquieto como un perro en el asiento del copiloto, pero en cuanto llegamos al parking y oyó la música le cambió la cara y ya no pudo hacer otra cosa que apretar los labios con tal de contener la alegría.

Los músicos eran mucho mejores de lo que cabría esperarse para un local de la periferia. En especial el batería, al que le gustaba cerrar los ojos y conducir al pianista y al saxo cuando se permitían improvisar para enlazar una canción con otra. Tocaron varios temas de Oscar Peterson, Keith Jarrett y Sonny Rollins, y antes de terminar, por petición popular, dedicaron un par de piezas a Billie Holiday.

Pedimos varias cervezas y algo de whisky y traté de seguirle el ritmo a Bastian sin mucho éxito: bailamos —al principio junto a la barra; después de dos copas, en primera fila—, cantamos y nos reímos tanto que a ambos se nos olvidaron los estómagos enfermos y menguantes, los poemas por publicar, los fantasmas de la frontera, la primavera del 59. Y cuando bajaron la persiana y no quisieron servirnos más, nos echamos a las calles de Toulouse, resignados a volver a casa, llevados por la certeza de que nadie sabría quiénes éramos ni les importaría la forma en la que nos mirábamos pese a la diferencia de edad que nos separaba. Recuerdo que Bastian me cogió de la mano en un arrebato de emoción —era la primera vez que lo hacía en veinte años— para que continuase bailando con él por el Pont Neuf, junto al río, por el que a esas horas ya no pasaban barcos ni góndolas, sino el reflejo tembloroso de una luna que iba y venía de entre las nubes.

—Así, así. Así es como hay que bailar.

Y me daba la vuelta con un brazo, ajeno a todo, y yo giraba sobre él una vez y luego otra, antes de que echase a correr como un

crío en dirección a la plaza Saint-Pierre, con el mismo ímpetu con el que yo había corrido una vez hacia su casa.

—Bastian —susurré—. ¡Bastian! —grité más fuerte cuanto más rápido se sumergía en la ciudad.

Él aguardaba dando tumbos, con la mirada impaciente, como si se meciese al ritmo de una trompeta.

—Ven, Julia. Ven aquí.

Me cogió por la cintura y comenzó a cantar con la voz queda *Autumn Leaves*, la versión de Chet Baker y Ruth Young. Me di cuenta de que no recordaba la letra: de sus labios solo salía la melodía, tarareando el resto.

—Ahora tú, venga.

—No —le dije.

No quería cantar. No delante de él. Y sin embargo, Bastian siguió cantando hasta bien entrado el estribillo.

—Esta canción siempre me ha recordado a ti.

Le pregunté por qué, pero no respondió, tan solo siguió cantando, incluidos los pasajes de piano y de trompeta, tan intensos, tan tristes, que precedían al final de la canción.

Cuando terminó se quedó allí de pie, inmóvil, mirando hacia ninguna parte, pero con algo parecido a una sonrisa de extenuación en los labios. Me permití abrazarlo con las fuerzas que me quedaban a esas horas, que ya no me pertenecían a mí, sino al whisky. Estábamos tan cerca, los rostros pegados, los cuerpos a ras, que podía sentir la edad en su aliento, el olor que emana de la piel de los enfermos como propio. Tuve tiempo de observarlo muy de cerca, de ver cómo sus ojos me miraban desde el mismo lugar desde el que me miró una mañana del 59 en Barcelona, en un silencio perfecto. Pensé que iba a besarme, que apretaría sus labios contra los míos de la misma forma que había hecho con su cuerpo al arrancar a

bailar, pero cuando apenas lo tuve a unos centímetros de mí, dejó caer su cabeza contra la mía. Me pidió que lo mirase. Y yo lo miré —la cara consumida de un enfermo— y comprendí que ya no le quedaban palabras en la garganta, y que todo cuanto tenía que decirme me lo diría así, con esos ojos que veían tan adentro y gritaban: «te elijo a ti, Julia, es a ti a quien quiero mirar por última vez».

Esa noche, un paréntesis para la ternura, aprendí que la muerte también era decir las últimas cosas con la mirada.

Yo también te habría elegido a ti, Bastian Ballard. Eso me temo.

Con los ojos.

Con las palabras.

Con las entrañas.

CAPÍTULO 15

El editor respondió la misma semana de septiembre en la que comenzó el curso. Se alegraba profundamente de que el manuscrito siguiese disponible, o al menos esa era la sensación que daban las palabras que había escogido en su carta. En ella reiteraba el valor de un proyecto semejante, tan necesario en los días que corrían. La vinculación de Los Caminantes con Machado y el hecho de que la obra se apoyase en cartas reales le daban mucha veracidad al texto, lo que había despertado el interés en el resto de los editores del sello, así como en los informes de lectura. Sin embargo, antes de hacer una oferta, necesitaban unas semanas más para valorar si iban adelante con la publicación: a su modo de ver, faltaba un punto de entrada que conectase al lector con la obra. Entendían que continuase enviando el manuscrito a otras editoriales, y al mismo tiempo rogaban entre líneas para que aguardase su respuesta de manera exclusiva. La decisión era enteramente mía, o eso quería creer.

La idea de esperar más tiempo para obtener una respuesta que podría ser negativa me pareció insuficiente. Bastian empeoraba cada día. Yo misma lo había visto en la última visita a Saint-Jory, y Laura certificaba su angustia sin enmascararla con palabras vacías. Su estómago, lejos de menguar, se expandía, devorando todo a su paso con pequeños bocados que en mi mente eran también batallas diminutas, célula a célula: con cada nuevo día, los pinchazos en la tripa duraban más, se saciaba antes y llegaba, también antes, el

momento de vomitar la comida, a veces con motas de sangre que lo delataban, dejando su huella en los pañuelos de algodón que yo misma le había comprado. Si aceptábamos la espera y nos rendíamos a ella, tal vez su estómago seguiría dando vueltas en su interior, convenciendo a los pulmones, el hígado y el bazo de que ellos también eran los responsables de las cosas terribles de la guerra que enferman los cuerpos y sus órganos —sí, lo sabía bien por papá—.

Traté de llamar por teléfono a la editorial para comunicarles que esperaríamos, que pagaríamos ese precio —al fin y al cabo, era la única de todas ellas que había contestado—. Y, sobre todo, para preguntarles por aquello que parecía faltarle a la obra para conectar con el lector, pero no pude dar con ellos. Le dejé el recado a la tía Elvira, y me llamaron de vuelta cuando estaba en el colegio: agradecían el gesto y prometían volver con una respuesta ese mismo otoño. Si en ese tiempo cambiábamos algo del manuscrito, estarían encantados de que se lo enviásemos de nuevo. No dieron pistas ni explicaciones sobre lo que esperaban leer. Nada. Solo palabras generosas y abrazos, muchos abrazos.

Con el regreso de las clases me fue imposible viajar a Toulouse durante semanas. Las nuevas responsabilidades en el coro —que habían ampliado a primero y segundo de EGB— y la vejez de la tía Elvira lo complicaron todo, de modo que en esos días en los que se volvió tan cruel el frío, continuamos hablando por carta. Bastian prefería escribir a hablar por teléfono: le permitía hacerlo a su ritmo, a su manera, y decía que podía elegir bien las palabras en castellano sin miedo a meter la pata, algo que apenas le había oído hacer. Se lo contaba todo: cómo veía en el rostro de los chiquillos del coro a los hombres en los que se convertirían algún día, si tendrían dinero o se casarían con una mujer guapa, guapa de verdad; cómo me miraba

Ricard, el profesor de Historia, desde que me había cortado el pelo —como si tratase de buscar algo que no llegaba a encontrar—; y le contaba las ocurrencias de la tía Elvira, a la que le costaba horrores quedarse sola por el miedo a caerse, como le había sucedido a una de las vecinas.

Fue en una de esas cartas en la que le sugerí, después de mucho pensarlo, que quizá el libro necesitaba una puerta de entrada al lector. Tal vez las cartas y los textos descartados que habíamos adjuntado a modo de epígrafe al final del manuscrito eran insuficientes para conectar con la historia de Los Caminantes y generar esa empatía. Me sentí inútil al utilizar las mismas palabras vacías que había empleado el editor y, al mismo tiempo, tenía la certeza de que, si encontrábamos eso que le faltaba, ese vínculo, y teníamos el valor para reconocer que estaban en lo cierto, conseguiríamos al fin publicar la obra. No había forma racional de explicarlo, pero lo sabía.

Contestó pasados unos días: ¿era por los editores? ¿Me lo habían pedido ellos?

Le respondí que no, que era por el libro: «No lo sé, es una intuición, algo en lo que tal vez deberíamos pensar».

Jamás respondió a esa última carta.

Supe días después, por boca de Laura, que Bastian, tras su visita al hospital, se había opuesto a ser ingresado, y que su estado había empeorado. Había preferido encerrarse en la habitación y se había negado a salir, de forma que era a Laura a quien le tocaba cuidar de los perros y espantar a los animales que rondaban la finca. En cuestión de semanas, Bastian dejó de comer por culpa del dolor, se le hundieron las mejillas y sustituyó el ir y venir escaleras arriba y abajo, de un lado a otro, por largas jornadas de reposo en la única habitación que había en la planta baja. Lo poco que entraba en su

cuerpo lo vomitaba minutos después, sin importar que fuese comida sólida o agua. Cuanto más se le marcaban las costillas en el pecho y más se le pegaba la piel a los órganos, más evidente se volvía la conquista de su estómago, un emperador que lo había tomado todo a su paso.

Regresé a Toulouse a finales de diciembre, tres meses después de la última visita, en un vuelo que partía el viernes a mediodía con motivo de las vacaciones de Navidad. Pedí salir un par de horas antes en el colegio y a primera hora de la tarde ya me encontraba en Saint-Jory. Para entonces seguíamos sin noticias de los editores. No había vuelto a llamarlos ni a escribirles por miedo a recibir un no por respuesta. El temor —una contrarreloj— resultaba tan incapacitante que me martiricé durante todo el vuelo pensando qué le respondería a Bastian cuando me preguntase por los textos. Pero al llegar, nadie dijo nada. Los perros ni siquiera ladraron. La casa aguardaba bajo una quietud pegajosa que se metía bajo la ropa, tratando de llegar hasta los poros más profundos de la piel. Laura, a la que le había pedido que se instalase unos días allí hasta mi llegada, esperaba en la cocina junto a su hijo, el vaquero. Había preparado un estofado y también un cazo de lentejas con carne de cerdo salada, que nos observaba desde los fogones en completo silencio. El mismo que parecía haberse instalado de manera sospechosa en cada habitación.

Los perros tenían comida para varios días. No solo pienso, también los huesos del caldo.

Las dos plantas estaban barridas y fregadas, y no había polvo en los muebles.

Los animales llevaban días sin acercarse por la finca. Ni rastro de los zorros —¿desde cuándo había zorros en Saint-Jory?— ni jabalíes,

a los que a veces se veía correr por la carretera de grava que conectaba las fincas de las afueras.

Bastian debía tomar siete pastillas al día —analgésicos, protectores gástricos, antieméticos—, repartidas cada cuatro a seis horas. Y solo dos —opiáceos— en caso de que empeorase el dolor. Como diría Laura, en caso estrictamente necesario.

Antes de que se marchase, y entre las onomatopeyas de wéstern de su chiquillo, le di un sobre con varios francos con lo poco que me había dado tiempo a cambiar en el aeropuerto. Ella sonrió al tomarlo con las manos y, tras negar con la cabeza, me lo devolvió, apoyándolo contra mi pecho.

—Está bien —dijo—. Está bien.

Después me abrazó y dejé que lo hiciese, hasta que advertí que mi cuerpo permanecía inmóvil, incapaz de devolverle el gesto. Le di las gracias tantas veces que no pudo evitar echarse a reír, y luego, con esos andares de los que han vivido mucho, se marchó por el jardín junto a su hijo, a quien se le podía oír preguntar «*Tout va bien, maman*?», mientras saltaba de aquí para allá, esquivando las piedras más grandes, que solían tambalearse al poner un pie encima.

El cuerpo de Bastian, que aguardaba en la habitación, no era muy distinto del que había imaginado, con la diferencia de que una serie de bultitos adornaban su vientre —escuálido, sus costillas una prisión para el resto de los órganos—, como pequeñas bolas de Navidad de un árbol sin ramas. Su voz, aunque más cansada, seguía siendo la misma. Aún contenía esa luz tan particular que la ennoblecía al verme llegar a Saint-Jory, y que albergaba un entusiasmo silencioso, sutil, que acompañaba con esa sonrisa inconsciente para la que el mundo había dejado de existir.

Dijo que me había crecido bastante el pelo, que me quedaba bien el flequillo. Le sonreí y traté de pensar en algo que responder sobre su físico: una broma, una gracia sobre lo pálido que estaba y la maraña de pelo que se le arremolinaba junto a la barba, todo en uno, que ya tocaba arreglar, pero no se me ocurrió nada ingenioso ni que pudiese hacerle reír. Sospeché en ese momento que ni el amor ni la dedicación de los cuidados serían suficientes para salvarlo, de igual manera que habían sido insuficientes para papá. No bastaría con hacer desaparecer los órganos enfermos, ni siquiera con refugiarnos lejos, en lo más profundo de las montañas, en los valles, o muy alto, en el cielo, donde la muerte no pudiese encontrarlo. La vida me había regalado a Bastian una tarde de primavera de 1959 y ahora, veinte años después, me lo iba a quitar.

En los días siguientes no me despegué de su lado ni un instante. Fui testigo de cómo los dolores se fueron apoderando de manera voraz de su cuerpo: el del vientre, ese viejo conocido, tirando de la piel desde dentro; el de los pulmones, que le impedía respirar si estaba boca arriba; el del corazón desbordado, que dolía en realidad en los ojos, empeñados en permanecer abiertos y en sostenerme la mirada sin decir nada. Le pedí que los cerrase, que estaba bien así, que no me marcharía a ningún lado, pero él se obligaba a estirar los párpados y observarme de la misma forma que había hecho en la plaza Saint-Pierre de Toulouse antes de romper a cantar.

¿Era eso en lo que pensabas, Bastian? ¿En volver a ese momento? ¿En la letra de *Autumn Leaves*, en la voz de Chet Baker y Ruth Young, que parecía venir de otra época, y hablarnos tan cerca de los oídos como una vez nos habíamos hablado, pese a no habernos dicho nunca «te quiero»?

La madrugada del día 24 llegaron también las revelaciones: la de que el tiempo pasado juntos había sido de una insuficiencia

absoluta. La revelación de ese dolor indeleble de tener que decir adiós. La revelación de la culpa por no haberlo visitado durante el otoño, mientras aguardaba como una ilusa a que los editores regresaran con una fecha de publicación, como si eso fuese a salvarlo. La revelación anticipada del duelo. Un duelo que no se alcanza a entender hasta que no llega, pero que la piel registra y deja preparado, extendiéndose como una bruma por todo el cuerpo, de una intensidad demasiado real como para no doler.

—Está arriba, en el despacho.

—Shhh... —le dije tratando de acallarlo con dulzura.

—El prólogo. Está arriba.

—Qué importa eso ahora.

Sonrió.

—Solo quiero que lo sepas. —Y de nuevo el silencio—. Julia.

—¿Sí?

—¿Te acordarás de mí?

Y más tarde, delirios, aquellas pastillas «estrictamente necesarias» y una guerra, la de los que se resisten a marcharse y no cruzan al otro lado quedándose dormidos, sino abriéndose paso con la carne de las manos en una arboleda llena de zarzas y espinos. ¿Dónde estaban los ángeles que nos prometieron un día a ambos? ¿Adónde habían ido, si no era a esa casa, los de hábitos de lino blanco y pelo hecho de caracolitos dorados? ¿No eran ellos los que debían llevárselo en volandas sobre las nubes y señalar a lo alto del cielo, de donde emanaban esas luces preciosas como cristales de todos los colores?

Esa noche, mientras veía pasar todas las horas del reloj, me fue inevitable pensar en las vidas posibles que habríamos llevado de no haber vivido en la añoranza: imaginé que éramos un matrimonio francés que veraneaba en Alicante y tenía dos hijos —un niño y una

niña—, e imaginé lo mucho que nos reíamos y discutíamos a la vez para ponernos de acuerdo en los nombres, en que nos apuntábamos a clase de esquí acuático algunos veranos, aunque sin mucho éxito. E imaginaba a ese Bastian trabajando como traductor en una gran agencia de publicidad o en una revista cultural de prestigio, y a mí —que tanto había renegado de ello— criando a nuestros hijos en casa, aprovechando las mañanas para cocinar los mismos guisos que había aprendido de la tía Elvira, y leyendo mucho por la tarde, solo por el placer de leer.

Imaginé de pronto un bautizo, una comida familiar en Navidad, las servilletas rojas arrugadas encima de un mantel mucho más caro de lo que parecía a simple vista, un tapón de corcho de una botella de champán olvidada. La apertura de los regalos de Papá Noel en una mañana de nieve incontestable. Imaginé que nos escondíamos para hacer el amor. Que mis padres, que eran Rafael y Celeste, pero unos Rafael y Celeste franceses —él con un ligero bigote, ella con el pelo corto y por teñir—, venían a casa y traían dulces de París con olor a mantequilla y se quedaban unos días en los que Bastian y yo aprovechábamos para salir mucho: a bailar en las calles, en los puentes y las orillas de los ríos. Imaginé que vivíamos en Toulouse, pero íbamos a cualquier parte en un coche familiar, rojo, monovolumen, en el que nuestros hijos aprendían a entretenerse con las carreras de las gotas de rocío que cubrían las ventanillas. Imaginé los domingos, congregados alrededor del televisor, viendo un concurso de talentos que en otro tiempo habría odiado, pero que, a su lado, en un sofá hortera y estampado, me resultaba el momento más placentero del mundo.

E imaginé también su comunión —qué feliz me hacía verlos vestidos con traje de marinero o verla a ella con ese vestido blanco que la hacía tan mayor—, una actuación de baile en el gimnasio de

un colegio público y de barrio, una carrera de bicicletas donde todos los niños querían ser como Bernard Hinault. Imaginé incluso que crecían y nos enfadábamos mucho, que nos enfadábamos hasta tal punto que olvidaban lo felices que habían sido a nuestro lado. Y que Bastian se ponía muy triste y les escribía cartas para que volviesen a casa por vacaciones, que al final nunca enviaba a la residencia de estudiantes de París donde vivían. Imaginé que él —no sé ni sabré ya su nombre— no terminaba la carrera, pero conseguía un trabajo digno y era feliz, mientras que ella —otra hija sin nombre ni rostro— trataba de conseguir plaza como profesora titular en la universidad, y eso la volvía profundamente desdichada, tanto como para volver a casa sin decir una sola palabra y correr a apretarse contra mi pecho como una chiquilla. Imaginé, aunque solo por un momento, que seguían creciendo, que nos daban nietos y se nos llenaba el rostro de lágrimas pequeñas, diminutas, a Bastian y a mí, al estrechar sus cuerpitos hinchados contra nosotros y decirles: «Ya está, cariño, ya está» y «Bienvenidos al mundo».

Imaginé que nos quedábamos solos de nuevo y peleábamos por amarnos como lo habíamos hecho cuarenta años atrás, con las manos, los labios y con prisa, siempre con prisa —que el tiempo se acaba—, cómo iba a ser si no el amor de verdad. Y seguí imaginando aquella vida hasta que al mirar a Bastian vi a un Bastian mucho mayor, que no estaba enfermo sino mayor, muy mayor, y que nos observaba a mí, a sus hijos y a sus nietos con el mismo amor con el que tantas veces me había mirado. El dolor que me devolvía esa imagen —la imposibilidad de que esa fuese ya nuestra vida— se mezcló con una felicidad desconocida, la de imaginarnos a todos apretados allí, en aquella habitación de Saint-Jory, solo para que Bastian tuviese a quien mirar antes de marcharse, solo para

demostrarle que había llevado una vida que había merecido la pena vivir. Y que la había vivido a nuestro lado.

Con el primer sol del día, como si de pronto recuperase las fuerzas o utilizase las pocas que le quedaban, me tomó de las manos y pidió, con un hilillo de voz ahogado, que le cantase una canción. Le recordé que ya me había negado a hacerlo en Toulouse, pero no pareció importarle. Como tampoco le importaba que fuese una canción de jazz o un bolero. Mientras cantase, cualquier cosa bastaría. A cambio, deseé pedirle que no se muriese, pero me conformé con entregarle la sonrisa más honesta que pude, la más real, y tras tomar conciencia del nudo que tenía en la garganta y de la necesidad de deshacerlo, comencé a cantar en susurros el *Ave María* de Schubert en algo que estaba todavía muy lejos de ser una canción. Era lo primero que me había venido a la mente: la misma melodía que le había cantado en el salón de su casa antes de verlo llorar por primera vez.

¿Fue ese el momento en el que supiste que me ibas a amar?

¿Fue ahí donde te diste cuenta de que ese era el principio de todo? ¿El comienzo de la añoranza, de los días difíciles y también de los más maravillosos?

La voz, tan remota, se dibujó en las paredes con cada estribillo, y la misma sonrisa de aflicción de mis labios se trasladó a los de Bastian. Noté que tenía las mejillas empapadas en lágrimas, pero no podía dejar de cantar. Apreté sus manos con toda la fuerza que pude, cerré los ojos y canté sin perder la sonrisa. Estiré las sílabas, incluso desafiné por la falta de aire con tal de no alcanzar la última nota, porque sabía que para cuando la canción llegase a su fin tendría que asumir que Bastian me había dejado sola de nuevo. Así que continué cantando con la idea, ilusa e inocente, de que mientras escuchase mi voz se quedaría unos minutos más a mi lado.

Ave Maria.
Gratia plena.

Una oscuridad que se intuye y se abre paso.

La melodía rompiéndose en un alarido. Los labios salados.

Todavía tenía tantas cosas por decirte y tú tantas por escuchar, Bastian.

Maria, gratia plena.
Maria, gratia plena.
Ave, ave Dominus.

Una voz que es la mía pero ya no me pertenece, que resuena en la frontera de Portbou, entre los pinos y el mar, cerca de un sendero que lleva hasta un claro. Y en el claro, bañada por el sol, la certeza de la muerte sobre el rostro sereno de Bastian, con esa mirada llena de secretos que aúna todas las demás miradas.

Ave Maria.
Ave Maria.
Ave Maria.

Con los ojos todavía cerrados, me dejé caer contra su pecho.

Nunc et in hora mortis.
In hora mortis nostrae.

Y al comprender que ya no volvería a verlo llorar, que no volvería a oír mi nombre de sus labios —Julia, su Julia—, me aferré una vez más a su cuerpo aún caliente, a las mismas tripas que me lo habían arrebatado.

In hora mortis nostrae.

In hora mortis nostrae.
Ave Maria.

CAPÍTULO 16

Enterramos a Bastian días después, en el cementerio de Toulouse. En su lápida no había cruces. Solo su nombre, dos fechas y la frase que pedí esculpir: YO TAMBIÉN TE VOY A AÑORAR.

Como era Navidad, no había necesidad de pedir días libres en el colegio para encargarse de sus cosas y de la casa: la finca de Saint-Jory era de alquiler, así que no suponía ningún trámite de herencia. Laura se quedó con uno de los perros, un mastín blanco al que su hijo bautizaría esa misma tarde —con entusiasmo desmedido— como Jolly Jumper, en honor al caballo de Lucky Luke. Una semana más tarde consiguió encontrarles un hogar a los otros dos.

Donamos la ropa a un centro social de Bruguières y, después de quedarme con todos los libros que pude —los que un día habían significado algo para ambos—, llevamos el resto a la biblioteca de Saint-Jory, que de la noche a la mañana se llenó de decenas de tomos en francés y castellano que cambiaron por completo la percepción de sus fondos. En el interior del poemario de *Soledades* continuaban las fotos de Colliure. Al verlas, me alegré de no haberlas tomado prestadas meses atrás y las guardé como el tesoro que eran: nuestras primeras y últimas imágenes juntos.

El prólogo esperaba en uno de los cajones del escritorio. Lo leí las veces suficientes para entender que no tenía palabras para mí y que el texto estaba lejos de ser una despedida a mi nombre. No solo era una reflexión a corazón abierto acerca de las dos muertes, tal y como había hecho en la carta que un día había enviado a Éditions

Valmont, sino la historia de su confesión: su encuentro con Los Caminantes en la frontera, el rescate de sus poemas de una fosa común, sus días con Listerri en los bosques de Portbou, el encargo de asesinar a Machado y su viaje desesperado a Colliure para heredar, sin quererlo, su legado. Ahí se encontraba todo, palabra por palabra, tal y como me lo había contado meses atrás. Sin excusas tramposas ni edulcoradas. Solo su culpa, su intento de redención y una súplica: «Que con la publicación de esos versos, los deseos, miedos y amores de Pepe Listerri, Julián Vila, Román Andrés Rojas y Raúl Sánchez, el Bravo, sigan vivos en la gente que los lea, y que con su recuerdo consigamos salvarlos de la segunda muerte, porque es la única de la que todos estamos a tiempo de escapar».

La certeza de que Bastian había contenido a la muerte hasta terminar la escritura de su confesión me dejó devastada. Incluso días después de regresar a España y enviar el prólogo a los editores de Barcelona me fue imposible quitarme de la cabeza esa idea, como si, al habérselo pedido en la última de mis cartas, hubiese comprendido que era el momento idóneo para irse. Era eso lo que querías, ¿verdad, Bastian? Por eso solo te quedaba escuchar mi canción. Porque todo lo demás, todo cuanto tenías que hacer, ya lo habías hecho.

Su pérdida —la definitiva— me sumió en un estado contrariado y difícil de explicar, en una soledad necesaria, de las que preceden a los nuevos caminos y dan paz al tiempo que sacuden las culpas. Aquel dolor era distinto del de la primera vez que lo había perdido y eso me consolaba. Era como si el corazón ardiese de igual forma, reaccionase con la misma violencia ante el dolor y el duelo, pero hubiese algo dentro capaz de sofocar las llamas. Su muerte no había traído el deseo indeleble de mi muerte, no me había conmocionado hasta el punto de perder la noción del lenguaje y el sentido de la

realidad, como tantos años atrás. Ya no quería morir con su marcha, sino vivir, demostrarme a mí misma que la vida podía ser algo más y, sobre todo, demostrárselo a él para, cuando *volviésemos* a vernos —si seguíamos equivocados y al otro lado aguardaban los ángeles o el cielo—, poder decirle: «Sí, he vivido, Bastian, he vivido por los dos y ha valido la pena, ojalá pudieses verlo».

Semanas más tarde, el mismo editor con el que habíamos mantenido el contacto llamó personalmente a casa para comunicarme que irían adelante con la publicación. Les había entusiasmado el tono del prólogo y la historia de Bastian, y querían pactar una fecha de publicación y comenzar con las correcciones finales. Creo que fue en esa misma llamada cuando me propusieron que figurase mi nombre como coautora de la edición. Creían que por mi vinculación con la prensa local sería positivo que se me relacionase con el libro, que atraería más ventas y tendría más repercusión en el gremio. Sin embargo, me negué, no porque llevase años desvinculada del periódico, sino porque jamás habría permitido que se le arrebatase una pizca de mérito a Bastian. Aquel poemario era un triunfo, pequeño, tal vez insuficiente, pero un triunfo al fin y al cabo, y era de Bastian Ballard. Era él quien merecía que su nombre apareciese junto al de Los Caminantes, pese a las cosas terribles de las que había sido parte en la frontera, y que de igual manera lo habían llevado a rescatar aquellos poemas que de lo contrario habrían sido olvidados, como tantos otros que ya nunca conoceríamos.

El editor no solo aceptó sin muchas reticencias, sino que conseguí convencerlo para incluir una pequeña foto de Bastian en el Tibidabo, en la que aparecía sonriente, junto a dos palomas que se habían posado sobre él, y con la ilusión confesa del niño que nunca pudo ser. Sí, aquella era la mejor versión de Bastian, vista a través

de mis ojos, y de la lente de su cámara, y esa sería también la versión con la que lo recordaría el mundo. El resto de las fotos todavía las guardo conmigo —como marcapáginas, en los cajones de la mesita de noche y en el poemario de *Campos de Castilla*—, a pesar de que con los años hayan perdido el color y el brillo.

En mayo, una caja llegó a casa con los primeros ejemplares de *Los Caminantes: antología de los amigos de Antonio Machado.* La edición era sencilla aunque preciosa: la foto de Bastian lucía en la solapa como sacada de varias décadas atrás y la maquetación parecía inmejorable. Incluso las cartas y los textos del apéndice le daban al libro un rigor incontestable.

Me quedé con dos —uno que coloqué al alcance de la vista, en el salón, y otro que hice llegar a Virginie Valmont— y esa misma tarde envié el resto de los ejemplares a la librería de Pepe Listerri, en Perpiñán, junto a las pocas pesetas que prometía el adelanto. Habría dado lo poco que tenía con tal de ver su sonrisa —camuflada en esa piel lastrada de viejo— al abrir la caja sin tener conciencia de que dentro lo esperaba una vida entera no vivida, la misma que se había quedado en la frontera antes de entrar en el campo de Argelès. Deseé escribir un mensaje junto al paquete que dijese: «Sabía que tus ojos mentían, que no te habías rendido todavía», pero al final lo mandé sin decir nada.

Listerri respondió unos días más tarde, con una foto de la tumba de Machado junto a cuatro de los ejemplares del poemario. Y adjuntaba una pequeña carta llena de palabras de agradecimiento, muchos «gracias», «gracias», «gracias», muchos «ojalá pudiese leerlo Camille, ojalá pudiesen leerlo los demás». Y muchas promesas sobre lo precioso que iba a quedar el escaparate de la librería a partir de ese momento.

Virginie Valmont llamó a finales de mes para felicitarme por la edición y la selección de los textos. Estaba convencida de que el libro había cobrado un nuevo significado con el enfoque que le habíamos dado y apuntaba que el prólogo era precioso y, por difícil que fuese, hacía justicia a la historia de una generación entera: a los que se habían marchado para no volver nunca y todavía seguían allí. Le reiteré mi agradecimiento todas las veces que pude y, restándole importancia, como solía hacer ella —la imaginé con una de esas tazas de duralex verde llenas de café, mirando por la ventana en dirección al mar de Cadaqués—, confesó que se había tomado la libertad de enviar el libro a un par de editores franceses que ya conocían el trabajo de Bastian. Quizá todavía estaban a tiempo de publicar su traducción.

—Eso sería fantástico. Estoy segura de la ilusión que le habría hecho.

Dijo que lo intentaríamos y luego, antes de colgar, una última pregunta:

—Entonces, ¿ha valido la pena?

Al colgar, la tía Elvira se acercó a mí y ambas nos fundimos en uno de esos abrazos dulces que me había regalado desde niña. Y sonrió, orgullosa —«*petita, sempre petita Júlia*»—, como me habría gustado que sonriesen papá y mamá si pudiesen volver por unos instantes y llenarme el cuello y las mejillas de besos, con el corazón encendido.

Tras la ventana, en el cielo, ese rumor de los días azules, ese sol de la infancia que le quedó por escribir a Machado, que les quedó por vivir a Los Caminantes, a Bastian Ballard y a toda la gente de la frontera; a los que habían perdido la guerra, a los que la habían ganado pese a perderlo todo a cambio, y a los que no habían muerto una sino dos veces porque alguien había decidido borrar su

nombre con tierra o con sangre, cuya historia, como la de mis veinte años de añoranza, era —estaba segura— mucho más que una historia.

Por ellos. Por ellos ya nunca dejaré de caminar.

Hoy es siempre todavía.

ANTONIO MACHADO

AGRADECIMIENTOS

No quiero poner punto final a este libro sin dar las gracias a todos aquellos con los que estoy en deuda:

A Agus, por ser mi mundo, mi refugio y mis ojos. Por escuchar con atención y cariño las anécdotas sobre el exilio de Machado en plena madrugada, por ponerse en la piel de Julia cada semana, por leer cada versión del manuscrito y dedicarle a cada una de ellas la sensibilidad y el cariño que tanto necesitaba. Por entenderme, por el pasado y también por el futuro. Y, sobre todo, por las cosas maravillosas a las que, aunque no lo parezca, no alcanzan las palabras.

A mis padres, por supuesto, por creer en mí desde que recitaba poemas de Lorca y Miguel Hernández en el gimnasio del colegio. Y en especial por apoyarme tras la siempre difícil decisión de dedicarme a algo creativo y artístico. Ojalá más gente tuviese la fortuna de que sus padres los mirasen de la forma en la que me miráis vosotros. Y a mis abuelas: Ángela, que llevas siguiendo este premio desde que aprendiste a leer. Y Fina, a la que siempre tengo presente aunque ya no pueda leerme.

A Begoña —mi querida Begoña—, por nuestros cafés, nuestras charlas. Por escuchar mis dudas, por leer desde la primera escaleta de esta novela hasta la última versión, atendiendo siempre a esos pequeños detalles que solo los que han leído mucho y han vivido mucho son capaces de apreciar. Este libro, lo sabes, también es tuyo.

A Carolina, por hablarme una mañana de Sant Jordi de los vecinos del Gòtic que acogían a manifestantes que huían de la Guardia Civil en Barcelona. Sin esa pequeña anécdota, jamás habrían existido Julia ni Bastian.

A Sara, por los consejos y las palabras en francés que están llenas de secretos que nadie puede ver.

Gracias a Pablo, David y todo el equipo de Editabundo. Por creer en mí y en esta historia desde el principio, por encontrar en ella lo bello y lo trágico que esconde un país entero. Y gracias también al equipo de Planeta por el cariño, el respeto y la sensibilidad que han impreso sobre cada página.

Y, cómo no, gracias a Ian Gibson, Jacques Issorel, Corpus Barga, Aurora de Albornoz, Julio César Chaves, Joaquín Gómez Burón, Antonio Niño y un largo etcétera de hispanistas, investigadores, editores y periodistas que han velado durante décadas por mantener intacto el legado de Antonio Machado y la triste historia de su exilio. Sin su trabajo y la bibliografía que nos han legado jamás podría haber escrito esta novela.

Como ya imaginaréis, *La añoranza* es una ficción histórica, por lo que parte de los hechos reales y las fechas que aparecen en la obra se han modificado para entretejer esta historia. Por desgracia, no tenemos constancia de la existencia de poetas como Los Caminantes, pero de lo que no me cabe duda es de que hubo demasiados como ellos —poetas que nunca llegaron a convertirse en poetas— cuyos nombres ya no recordaremos, pero a los que siempre podremos salvar en los libros.

Y ya por último —prometo que estamos terminando—, gracias a los que habéis llegado hasta aquí y habéis emprendido este viaje junto a Julia Ferré y a Bastian Ballard. Comencé a escribir esta historia para contar el exilio de Machado y terminé enamorándome

de ambos. Ahora están conmigo siempre y espero que también os acompañen a vosotros.

Gracias, gracias, gracias.

Nos leemos pronto.

La añoranza
Sergio Hernández

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Fotografía de la cubierta: © Kurt Markus / Trunk Archive
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Sergio Hernández Carrasco, 2026
Autor representado por Editabundo S. L., Agencia Literaria.

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2026

ISBN: 978-84-08-32886-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta